BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

14

JOSE ANTONIO PAEZ
VISTO POR CINCO HISTORIADORES

FUENTES PARA LA HISTORIA REPUBLICANA DE VENEZUELA

CARACAS - 1973

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA
NACIONAL DE LA HISTORIA

14

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

Cristóbal L. Mendoza
Director

COMISION EDITORA
Ramón J. Velásquez
Presidente

Guillermo Morón
José Carrillo Moreno
Pedro José Muñoz
Ildefonso Leal

DIRECTOR DE PUBLICACIONES
Guillermo Morón

COORDINADOR
Antonio Arellano Moreno

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

14

JOSE ANTONIO PAEZ

VISTO POR CINCO HISTORIADORES

EL PRESENTE VOLUMEN HA SIDO EDITADO BAJO EL PATROCINIO DEL CONGRESO DE LA REPÚBLICA/CARACAS/VENEZUELA/1973



CHARLES JARVIS
1852. OLEO SOBRE TELA.
PROCEDENCIA: MARÍA JOSEFINA GUERRERO DE IBARRA

PRESENTACION

Entre los historiadores o intelectuales que han escrito biografías o semblanzas del General José Antonio Páez, se encuentran Tomás Michelena, autor de BIOGRAFIA DE PAEZ, *escrita en 1880 y R. B. Cunninghame Graham:* JOSE ANTONIO PAEZ, *editada en Londres en 1929 y con una edición castellana en 1959. Estas dos obras aparecen en esta nueva colección de la Academia Nacional de la Historia. Además, debemos citar a J. A. Cova, autor de* EL CENTAURO, Vida del General José Antonio Páez, *Buenos Aires 1947, 220 pp; a Simón Planas Suárez:* PAEZ, Restaurador de la Independencia y de la República de Venezuela en 1830, *Buenos Aires, 1957, 371 pp. y a Vitelio Reyes:* PAEZ, Venezolano Integral, *1957, 934 pp. Todas, obras muy meritorias, por cuanto examinan documentos, aclaran dudas, emiten juicios y ponen en manos del lector instrumentos adecuados para el conocimiento del ilustre biografiado.*

Para este volumen hemos seleccionado los trabajos de Américo Briceño Valero, Antonio García, José Nucete Sardi, Miguel A. Páez Formoso y Manuel Landaeta Rosales, por considerar que aparte de que reúnen una serie de cualidades en la materia, se complementan y tienen una extensión que nos permite reunirlos en un solo libro.

Américo Briceño Valero, *meritorio educador trujillano, autor de diversos textos pedagógicos y de monografías históricas útiles y valiosas, trata de presentar al héroe ante sus alumnos, siguiendo un riguroso método didáctico. El Académico Mario Briceño Perozo,*

en el prólogo que le hizo a esta obra se encarga de analizar sus méritos y de poner de relieve la vocación profesional de tan distinguido trujillano.

Antonio García *es un distinguido escritor colombiano que aparte de haberse inspirado en la vida del héroe, ha realizado labor cultural en diversos campos del pensamiento. Su obra fue editada en 1955 por la Cooperativa Nacional de Artes Gráficas de Bogotá y dado el interés de ella y la poca difusión que ha tenido entre nosotros, nos ha parecido conveniente incorporarla en el presente volumen.*

Nucete Sardi, *Académico de nuestra Historia, recientemente fallecido y escritor de amplia trayectoria, preparó esta semblanza para las publicaciones de Editorial* Edime *sobre* Personajes Ilustres de Venezuela.

Páez Formoso, *quien desempeñó el cargo de Cónsul ad honorem de Venezuela en el Uruguay durante algunos años, es uno de los más apasionados admiradores de Páez; de allí que realice sus propósitos biográficos con calor y cariño como podrá apreciarlo el lector.*

El General Manuel Landaeta Rosales, *autor de la* Hoja de Servicios del General Páez, *es uno de nuestros más insignes investigadores históricos. Dejó al morir una de las más copiosas obras, entre ellas 22 libros publicados, 62 folletos, 48 biografías y 210 estudios de diversa índole.*

Quisiéramos que Páez visto por cinco Historiadores, *cumpliera los propósitos que nos guiaron al preparar y editar esta analecta, como son los de ofrecer una visión general de la vida y la obra del ilustre biografiado.*

Caracas, mayo de 1973

HAZAÑAS, PROEZAS Y VIRTUDES DEL GENERAL JOSE ANTONIO PAEZ, PARADIGMA DE LOS JOVENES VENEZOLANOS

por Américo Briceño Valero

INTRODUCCION

La *Biblioteca Trujillana de Cultura,* vieja aspiración nuestra que sugerimos para el Cuatricentenario, desde las columnas de la prensa local y también desde los periódicos capitalinos y falconianos, se inicia hoy con este estupendo trabajo del brillante historiógrafo don Américo Briceño Valero.

A pocos meses de la desaparición del eminente escritor trujillano, su hijo, Reynaldo Briceño Enríquez, seguro del alto aprecio y firme admiración que ayer profesamos a la persona de su ilustre padre, y que mantenemos vivos al rescoldo de su recuerdo, puso en nuestras manos *Hazañas, Proezas y Virtudes del General José Antonio Páez, Paradigma de los jóvenes venezolanos,* a efecto de su revisión, toda vez que don Américo murió precisamente, cuando se disponía a realizar esta tarea. Cumplimos el encargo, mas éste se limitó a pequeños detalles, como fueron el de titular ciertos Capítulos, verificar algunas fechas, confeccionar el índice, etc. Por lo demás, tanto el fondo como la forma quedaron intactos, no era correcto desviar el contenido medular de la obra y tampoco modificar su aspecto exterior, caracterizado por esa típica manera que Briceño Valero tuvo de exponer sus pensamientos, valido de su copiosa erudición y profundos conocimientos lingüísticos, de aquí que no extrañe, entre otras cosas, el uso y abuso del arcaísmo.

En este ensayo Don Américo proclama: *La verdad debe ser dicha sencillamente, pero desnuda, para que brille como el sol, con luz propia, y no con reflejos ni con velos de hipocresía.* Y quienes

conocemos su obra publicada y parte de lo que dejó inédito, bien sabemos que este postulado fue la suprema inspiración de su pluma, de ésta jamás brotó una palabra de componenda, un rasgo de falacia, el servil laudativo para halagar a algún poderoso. Por eso se precipitó en la arena de la polémica, por ello no fue tomado en cuenta por el dictador de turno para ocupar la posición que con tantos títulos merecía en la dirección de los destinos públicos, y por eso mismo acabó su vida en la mayor pobreza; pero con la dignidad y el ejemplo de los egregios ductores.

Acerca de Páez se ha escrito muy poco, hasta la fecha no ha salido a la liza de la publicidad una obra fundamental sobre el eximio Caudillo de los Llanos venezolanos. Esta de Don Américo se contrae a determinados aspectos de la vida y la obra del grande hombre, y deja para otro estudio la actuación política de Páez a partir de 1830 hasta el triunfo de la Revolución Federal. Este otro libro lo intitula Briceño Valero, *Historia de la República Central* (1830-1864).

De manera que de la suma de estas dos obras surge el Páez hombre, héroe y político de cuerpo entero, en toda su enorme dimensión histórica.

Por el momento, la *Biblioteca Trujillana de Cultura* se enorgullece de comenzar su catálogo de Literatura vernácula con *Hazañas, Proezas y Virtudes del General José Antonio Páez, Paradigma de* los *jóvenes venezolanos.*

En Trujillo, el nombre de Américo Briceño Valero, está unido por las excelencias de su obra de maestro de la historia regional, al de dos esclarecidos trujillanistas: Amílcar Fonseca y Mario Briceño-Iragorry, con ellos forma la trilogía de los disertos divulgadores de nuestro pretérito heroico.

Briceño Valero nació en San Lázaro, Municipio homónimo del Distrito y Estado Trujillo, en 1877. Obtuvo los títulos de Bachi-

ller en Filosofía y Letras y de Agrimensor Público. Durante largos años ejerció el magisterio y fue Inspector Técnico de Instrucción Primaria en varios Estados de la República, Subdirector-Secretario del Colegio "Vargas" (Valera) y Director del Liceo "Andrés Bello", (Caracas); perteneció a la Academia Nacional de la Historia como Miembro Correspondiente en su Estado nativo y recibió la Medalla de Honor de la Instrucción Pública.

Su bibliografía es rica en número y calidad. Entre sus principales obras anotamos: *Manual de Instrucción Cívica; Lecciones de Cronología* (preparadas para sus alumnos del Colegio "Vargas"); *Geografía de Venezuela; Historia de la Guayra; Nuevo y Racional Método de enseñanza de la Geografía; Dirección de las Escuelas Primarias* (organización y Metodología); *El Alfabeto Castellano* (Historia, Morfología y Lexicografía); *Factores Etnicos de la Raza Hispano-Americana; Origen de los habitantes precolombianos del Continente americano; Libertadores* (tres opúsculos sobre Historia Patria; estudia aquí a Juan Francisco de León en su revuelta de Panaquire, y al prócer trujillano Doctor y Coronel Antonio Nicolás Briceño); *La traición del Castillo de Puerto Cabello; Lecciones Elementales de Cosmografía; Problemas aritméticos graduados concéntricos desde el primero hasta el sexto grado de la enseñanza primaria; Lecciones de Sistema Métrico Decimal; Apuntes para la historia de la conquista y población del territorio de los Cuycas y Cartilla de Historia Colonial de Venezuela* (inéditas); *Historia de la República Central, desde 1830 hasta 1864,* mencionada en otra parte de este escrito; dos novelas de ambiente venezolano inspiradas en episodios de la Historia Nacional, la primera, *La Reina de Barinas,* y la segunda, *La Cuesta del Judío* (describe la toma, saqueo e incendio de la ciudad de Trujillo por el pirata francés Francisco Esteban Grammont, en 1678); *Antonio Lorenzo Degaray* (biografía de un político de la época del centralismo y la historia romántica de la novicia Doña Sol de Amézaga); *Geografía del Estado Trujillo; La Ciudad Portátil* (Historia de la antigua provincia de Trujillo); *Addenda a la Ciudad Portátil* (abunda en nuevos datos sobre los primeros exploradores y conquistadores de

la tierra de los Cuycas); *El Doctor Diego Bustillos* (microbiografía); *Gobernantes de Trujillo desde 1557 hasta 1951;* y, preparaba *Antología Trujillana,* desde la Colonia hasta 1955, cuando lo sorprendió la muerte.

A través de la nómina transcrita podrá apreciar la juventud venezolana cómo este modesto maestro trujillano laboró ardientemente por la Patria Grande desde los cimientos del terrón natal, callado y humilde como suelen fomentar ingentes ideales y abrir luminosos caminos los hombres de auténtico valer.

MARIO BRICEÑO PEROZO

Trujillo, 1º de Junio de 1958.

CAPITULO I

INFANCIA, ADOLESCENCIA Y JUVENTUD

José Antonio Páez nació el día 13 de junio del año 1790 en una casa del vecindario de Curpa, cercano a la población de Acarigua, del Cantón de Araure.* Fueron sus progenitores el señor Juan Victorio Páez y Violante Herrera.** Siendo aún muy niño, su padre tuvo que trasladarse a la ciudad de Guanare donde se radicó para dedicarse a desempeñar el cargo rentístico de Administrador del Estanco del Tabaco, mientras que doña Violante con sus otros siete hijos se trasladó al pueblito de *San Francisco Javier, del Cantón San Felipe del Yaracuy,* donde residían varias personas de su parentela.*** Cuando José Antonio cumplió ocho años de edad, su madre lo envió a la escuela primaria que en el pueblo de Guama tenía la señora Gregoria Díaz, bajo cuya férula el niño aprendió a leer, escribir y contar y la Doctrina Cristiana. A la edad de doce años, el plantador de cacao, don Bernardo Fernández, cuñado de doña Violante, se llevó a José Antonio para su hacienda, situada en el

---

* Cuando José Antonio Páez nació, el Cantón de Araure pertenecía política y judicialmente a la Provincia de Caracas, en la Capitanía General; y cuando escribió la "Autobiografía", pertenecía a la Provincia de Barinas. Por esta razón, él dice que nació en la de Barinas.

** Los padres de J. A. Páez eran de origen canario, o sea como los llaman comúnmente, isleños. Mas, según descubrimientos genealógicos recientes, tenía antecesores castellanos. Según aseveran otros investigadores, los miembros de esta familia criolla eran mestizos, es decir, tenían sangre indiana.

*** Según lo dice el mismo J. A. Páez en su libro "Autobiografía", su padre servía de empleado al Gobierno Real de España en la Capitanía General en el ramo fiscal, como uno de los Administradores de la cuantiosa Renta de la Elaboración del Tabaco, la cual producía al Real Erario la utilidad líquida de varios millones de pesos cada año y se considera que la mayor parte de la producción industrial de la planta se explotaba de contrabando para las Antillas extranjeras, se comprende cuán rico era este comercio. Don Victorio era el Estanquero de Guanare. Había sendos estancos en varias ciudades de la Capitanía General.

vecindario de "Yurubí" donde lo empleó junto con su hermano mayor, llamado José de los Santos, en el detal y manejo de un negocio de pulpería, o mercancía, industria que les confió a ambos para dedicarse él al cultivo del cacao, en su fundo agrícola. En este oficio estuvo José Antonio hasta el mes de junio del año 1807, teniendo el mancebo diecisiete años de edad, ya cumplidos.

Doña Violante, viviendo en el pueblo de Guama, llamó a su hijo José Antonio a su casa, y le ordenó el desempeño de una misión muy delicada y riesgosa, como que se trataba de viajar al sitio de Los Patios, cerca del pueblo de Cabudare, pueblo de la Provincia de Barquisimeto. A tal efecto, le confió la doble misión de llevar al Abogado a cuyo cargo se hallaba el arreglo de varios asuntos de intereses monetarios y judicial, y la conducción de cierta cantidad de dinero: "dióme mi madre una buena mula ensillada, una espada, un par de pistolas de bronce y doscientos pesos para los gastos de viaje". Además, le dio un peón de a pie, o espaldero, a quien confió el encargo de entrar en la población de Barquisimeto y comprar ciertas mercaderías.

Así equipado y ajuarado, luego que recibió el muchacho la bendición de la madre y los votos de los hermanos que lo despedían, salió al campo, camino de Barquisimeto; y el joven José Antonio, iba tan ufano y tan contento como Alonso Quijano cuando salió de su aldea para ir en busca de las aventuras que imaginaba en la exaltación de sus quiméricos ensueños de lector de novelas caballerescas; y por su parte, el muchacho pueblerino, que por vez primera se veía de tal manera aventajado, sintiose el más feliz de los que por esos andurriales transitaban. De ida para Cabudare, no le ocurrió ninguna novedad desaguisada, y así anduvo el largo camino que lo condujo por aquellos solitarios vericuetos, hasta que un día surgió en la casa campestre del Abogado, a quien le entregó carta, documentos y dinero, y cuando el mancebo vio su misión cumplida, sintiose tan complacido que se imaginó que en el mundo haber no podía otro tan valiente y tan dichoso. La vanidad juvenil había infládole el meollo y estimuládole la imaginación, en tal manera que ninguna temeridad parecíale tan riesgosa que pudiera

amedrar su brazo ni aminorar sus bríos. Deseoso de lucirse, echó a andar solo, camino adelante de regreso para su casa, sin esperar que se le incorporara el escudero, que tal lo creyó el novel Caballero, y resolvió aprovechar la primera ocasión de comprobar ante las gentes su valor y su osadía. La ocasión bien pronto sobrevino, y, la impaciencia le aguijoneó la mente, cuando pasó por el frente de una tienda de mercancías, ante cuya puerta se detuvo, echando pie a tierra, y entrando con el pretexto de comprar algo, y, al pagar el gasto, sacó el bolsillo lleno de monedas de oro, derramó sobre el mostrador de la tienda, las monedas, sin hacer caso de las personas que allí en ese momento hallábanse mirando al vanidoso muchacho que exhibía tan apetitoso montón de oro amonedado en onzas *pelmonas*. Cuatro de los espectadores, deslizáronse furtivamente del local, y salieron tomando una calle traviesa, se encaminaron al campo siguiendo una vereda que penetraba en un bosque escabroso, sombrío y solitario, llamado "Mayarabí", que demora a corta distancia de *Yaritagua,* por el camino que conduce a Urachiche. En la zanjonada, esperaban aquellos cuatro hombres al mancebo, en cuya desprevenida mente no había a esa hora ningún pensamiento temeroso.

Según lo refiere el mismo General Páez en su libro dictado por él al historiador Mantilla, en este lugar y en tal momento, salieron a su frente y con el objeto de robarle el dinero que portaba, cuatro hombres. Uno se abalanzó sobre él y lo amagó con un sable, pidiéndole el dinero. El mancebo, al verse agredido, saltó hacia atrás y empuñó la pistola, amagando al agresor, y retrocediendo paso a paso; mas, como los otros tres hubiéranse apoderado de la mula, el mozo disparó el arma, logrando herirlo en la ingle, lo cual lo derribó, moribundo. Los tres sobrevivientes, viendo yacente a su compañero, cobraron miedo, y a escape se ocultaron en el bosque. José Antonio arrojó la pistola ante el difunto, volvió a montar y continuó el camino, y solamente después de haber montado vino a darse cuenta de que la pistola, al disparar, le había herido la mano, cuya piel sangraba.

Continuando la marcha, el mozo penetró en la espesa selva, y, habiendo sobrevenido la tarde, el cielo se obscureció, y se esta-

bleció en el paraje una fuerte tempestad lluviosa. La noche plenó con sus horrores el espacio, y, (según lo cuenta el General Páez en su Autobiografía), su situación se hizo en grado sumo embarazosa, rodeado de torrentes henchidos por la fuerte lluvia que bajaban de la montaña estrepitosamente, y en tal manera que aumentó y agravó su ánimo hasta inducirle temores, a pesar de que, según el dictado de su propia conciencia el acto que acababa de ejecutar dándole muerte a uno de los cuatro salteadores estaba rectamente justificado según las leyes divinas y humanas. Las tinieblas, el fragor de los truenos, la candente luz de los relámpagos, el ímpetu del viento huracanado y el estruendo de las ramas de los árboles sacudidos por el cierzo, todo se conjuró contra el muchacho, quien a ratos se hallaba envuelto en tan densas masas de obscuridad que se veía obligado a detener la marcha de la mula para buscar a la luz de los relámpagos el sendero que debía seguir. A media noche aminoró la tempestad, sobrevino la bonanza, se aclaró el espacio, por lo cual el mozo pudo apresurar la marcha, y llegar a su casa al rayar la aurora. En la mañana rindió cuentas de la comisión a doña Violante, y secretamente contó el lance a su hermana Luisa, a quien amaba y de quien era amado con intenso y fraternal cariño.

Tal fue el tremendo lance que le sucedió a este adolescente y del cual salió con vida providencialmente. Tal fue el primer lance heroico que realizó al varón animoso y sereno que habría, en atinada serie de hechos asombrosos, fatigar con sus proezas legendarias las musas de la Historia.

El muchacho valeroso permaneció tranquilamente en su oficio de mercero en el negocio mercantil de su tío, pero como el lance se divulgó entre las gentes de la Comarca, hubo de llegar a oídos de las autoridades, las cuales procedieron a la averiguación judicial. La señora madre del mancebo, y sus hermanos deliberaron acerca del suceso y llegaron pronto a la conclusión de que era urgente poner a salvo al sindicado. Por lo cual, una media noche subsiguiente, salió José Antonio furtivamente del pueblo y tomó el camino de Guanare, a donde fue en solicitud del amparo y los consejos paternales. Enterado del suceso, don Victorio decidió el

envío del muchacho a Barinas, donde vivía el acaudalado magnate don Manuel Antonio Pulido, bajo cuya égida lo colocó. En el hato de ganado vacuno y caballar ubicado en la llanura de "La Calzada", halló colocación y trabajo en calidad de peón, ganando tres pesos, la comida, el vestido y la vivienda.

La miserable existencia del pobre muchacho en aquel hato llanero, que no era mejor ni peor que tantos otros diseminados en las llanuras del Guárico, Portuguesa, Barinas y Apure, si se pudiese describir y contar, requeriría tantos años como el que gastaría un historiador en escribir la historia de la Colonia española de la Capitanía General. Basta decir que los llaneros no tenían habitaciones sino cabañas en palancas; su alimentación consistía en carne asada sin sal, queso duro, pescado salpreso, yuca y topochos, guarapo y panela; su vestido, una camisa de cotorúa y unos calzones de lienzo, un sombrero de caña o de peluche; su montura, un tereque de madera; sus asientos, cabezas de reses, cráneos de caballos o esqueletos de caimán; su diversión era tocar una guitarra de cuatro cuerdas construida con taparos y tripas de res; sus armas, la lanza de albarico; en fin, tan rudimentaria existencia, bien se puede calificar como primitiva. La vida del peón llanero era montar a caballo, colear toros, nadar en ríos y caños atiborrados de saurios y tembladores. En los pocos ratos de ocio tejía cabestros de cerda o cortaba largas sogas de cuero. En el día, celebraba las *Juntas y Rodeos;* capaba los toretes, domaba los potros salvajes, toreaba las reses bravías, herraba en la hacienda y recogía los mautes en los corrales, coleaba los novillos ariscos; en fin, su vida era un solo y continuo esfuerzo muscular, bajo los rigores del ardiente sol tropical.

Así vivían aquellos hombres, cuya máxima ambición sólo era llegar a ser *Capataz,* allí donde había nacido, crecido y servido como Peón. Así vivían, en lucha incesante y tenaz contra caballos y toros que no son menos feroces que los tigres y los caimanes. A un hato semejante llegó un día del mes de julio de 1807, el adolescente enviado por el Amo de este hato, llamado "La Calzada", y amo también de los hatos llamados "Suripá" y "El Pagüey", ubicados

en las sabanas que demoran al lado occidental del río Santo Domingo.

El Capataz de "Suripá" era a la sazón un zambo llamado Manuel, cuyo enorme corpacho y grotesca catadura le había atraído el apodo de Manuelote, conque a sus espaldas llamábanlo, así los peones sabaneros como los domésticos y los esclavos. Pero él se hacía llamar *Señor* y *Don* imitando al amo y Señor del hato.

Manuelote era un negrazo alto, fornido, taciturno, sañudo y severo, a quien contribuía a hacer más repugnante y medroso la negra, híspida y poblada barba que casi cubría toda su faz. Vestía una amplia y holgada hopalcuda de lienzo fuerte que le ceñía un cinturón de cuero crudo de donde pendía un sable corto, grueso y afilado. Jamás se calzaba las sandalias, y tenía la costumbre de hacerse lavar cuidadosamente los pies, péndulo a horcajadas del chinchorro.

Tal fue la primera ocupación que Manuelote le impuso a Páez, que éste desempeñaba humilde y cuidadosamente, mientras él se adormecía; y al terminarla, le espantaba las moscas; y cuando advertía por los ronquidos que se había dormido, se iba a la cocina, donde se ocupaba de hacer cualquier oficio doméstico, y, al fin, cenar, y dormirse no bajo el arrullo de la brisa o el canto de los payadores, sino en el áspero chirrido de los grillos, o el estridor de los batracios. Durante los primeros días, Manuelote lo adiestró en el manejo de la soga y los oficios del corral, como manear vacas, ordeñar, y pastorear los becerros; y un día lo aplicó a recoger caballos y traerlos de la sabana, lo cual tenía que hacer vadeando caños y el caudaloso río Pagüey. Una vez, estando el río muy henchido, pues ya había entrado la estación lluviosa, le ordenó pasar el río y traer al corral cierto caballo que él estimaba en sumo grado. *"Como yo regresase sin haber atravesado el río,* (cuenta en su "Autobiografía" el General Páez), *al verme llegar sin el caballo, me gritó: ¿Y el caballo? Le contesté: Está muy crecido el río, y no pude atravesarlo. Entonces el Negro Manuelote, ardiendo en iracundia, me gritó furiosamente: "Yo no le he mandado a ver si*

el río está crecido, sino a traerme mi caballo". Así era como mandaba Manuelote en aquella ínsula donde él era dueño y señor de vidas y hacienda.

"Este hecho me dio a comprender clara y definitivamente quién era Manuelote y que allí yo no valía ni un comino, pues a tan despiadado salvaje, nada le importaba que yo perdiese la vida ahogado en el río, arrastrado por la impetuosa corriente, o devorado por los caimanes o caribes".

El muchacho, estimulado por la represión, y para demostrar a Manuelote y los otros peones que presenciaron la angustiosa escena, fustigó al caballo y se lanzó a la corriente, valerosamente, sin importarle la temeridad, sino únicamente el cumplimiento de su deber, moción esta que animó y fortaleció a José Antonio Páez, desde su más tierna edad. Se lanzó al río, venció a la naturaleza que se oponía a que lo cumpliese con honra y con noble orgullo de Caballero sin miedo y sin traba, enlazó el caballo, pasó otra vez el río, y trayendo al animal ante el Capataz, le dijo humildemente: *Aquí está su caballo, Señor Capataz.*

Manuelote, admirado, asombrado ante la valerosa acción del adolescente, solamente dijo: "Ajá".

Los peones que presenciaron esta proeza, ningún comentario hicieron. Mas, uno de ellos, quien había manifestado cierta simpatía al muchacho, cuando estuvo a solas con él, díjole: "Mire, Catire, cuando usted pueda, y ojalá fuera pronto, húyase de aquí, para muy lejos, pues Manuelote le tiene rabia, y trata de matarlo, porque a él le han dicho que usted es un *Espía del Amo,* quien lo ha mandado para que vigile al zambo y le dé informes sobre su conducta y la de otros peones".

Desde muy temprano, los peones llamaron al muchacho, Catire Páez, debido a su color, un poco más claro, o menos tostado que la de los mestizos. En efecto, José Antonio era blanco andaluz, tostado como los agarenos de Andalucía, o Las Canarias. El era descendiente de Isleños de Tenerife, y tenía la piel morena. Por

esto, llamábanlo Catire, y, así, desde que José Antonio llegó al hato, se complacía diariamente ordenándole: "Catire Páez! Tráigame una camaza de agua, y venga a lavarme las patas!"

Mas, el adolescente muchacho no se preocupó, ni se amilanó ante aquella revelación. Antes bien, puso en juego su paciente bondad, aguzó la inteligencia, y desarrolló sus astucias. Estudió el carácter y el genio selvático del zambo, y procuró amoldarse a su índole, ganándose su confianza, para atenuar la animadversión que por él sentía; y la ocasión se le presentó más pronto de lo que quería. Sucedió así:

Manuelote tenía una hermosa potranca, a la cual había criado y amansado como si fuera una criatura racional. Era una hermosa yegua, de color y finísima estampa, que constituía todos sus encantos. La potranca se había extraviado en los apartados lamederos. El zambo sentíase contristado y la pesadumbre se había apoderado de su corazón, tanto que cayó sumido en profunda melancolía. Los peones y sabaneros se afanaron en solicitar la potranca, diligencia que intentaron por varios días infructuosamente. José Antonio pidió permiso para salir a la sabana con el fin de intentar la búsqueda de la yegua, por su parte. Obtenida la licencia del Capataz, una mañana salió hacia las sabanas que se extienden más allá del río Pagüey, y el novel aprendiz de vaquero, sin ser baqueano de los lamederos ni práctico en los escondrijos de las manadas de vacas y caballos, al caer la tarde del mismo día, surgió en los corrales del hato trayendo consigo a la hermosa potranca. El gozo del zambo, la alegría que lo poseyó, y el agradecimiento que inundó el alma rústica del hirsuto llanero no tuvieron límites; y desde ese momento, la malevolencia, la ojeriza y la odiosidad que antes sentía, tornose en cariñosa devoción amistosa. Era que aquel hombre medio salvaje, en cuyo pecho no se había anidado nunca el hermoso y noble sentimiento del amor, amaba a la hermosa potranca cual si fuera una novia.

A veces, al caer de la tarde, y cuando habían concluido sus tareas, los peones, péndulos de sus chinchorros, sentados en taburetes, o echados en los cueros secos, se solazaban, cantando coplas, reci-

tando corridos o refiriendo lances de cacería, de la doma de potros, o danzando al son enardecedor de cántigas eróticas o burlescas; o bien bailando las danzas de moda, tales como la *zamanaca,* el *piquiruro,* el *galerón,* el *zambo,* u otro cualquier aire llanero, alegre y emotivo, a cuyos sones bailaban o cantaban, formando parejas de varón y hembra, o solamente varones cuando en el campamento hay pocas mujeres. En las fiestas, la orquesta se compone de *cuatro, arpa y maraca,* y cuán dichosos se consideran los llaneros cuando tienen estos instrumentos!

Mas, la mejor diversión de los hijos del llano no es la lidia de toros, a la cual siguen: colear, herrar novillos y rodear. El rodeo es acaso la favorita. En éstas se adquieren y se hacen las habilidades de los jinetes y con su práctica, ganan fuerza y destreza y artimañas. Hablando Páez en su "Autobiografía" de esta escuela de gimnasia hercúlea, dice:

"Este fue el gimnasio donde adquirí la robustez atlética que tantas veces me fué utilísima después, y que aún hoy me envidian muchos hombres en vigor y fuerza de sus años. Mi cuerpo, a fuerza de golpes, se volvió de hierro, y mi alma adquirió con las adversidades durante los primeros años, el temple vigoroso que la educación más esmerada, difícilmente habría podido darme".

El llanero es por atavismo y por tradición músico, poeta humorista. Acaso la dosis de sangre agarena que hay en los andaluces, traída a los Llanos en las entrañas de los primeros pobladores de Venezuela, es el origen de la índole alegre, festiva y varonil de los llaneros. Esta modalidad racial, típica del llanero, es buena para la educación de los hombres que florecían en los Llanos, a cuya raza perteneció José Antonio Páez.

CAPITULO II

EL PRIMER ASCENSO DEL HUMILDE PEON DE "LA CALZADA"

Durante dos años, (julio de 1807 a julio de 1809), el muchacho que se hallaba sumido en la ínfima condición de sirviente *lavapatas* del zambo Manuelote, ascendió a *peón sabanero,* debido a la buena acción de conseguirle la hermosa potranca a su amo y señor, quien cifraba en el amor del hermoso animal todas sus ilusiones de hombre salvaje y montaraz: esta acción le valió el primer ascenso de *peón de sabana.* Don Manuel Pulido, (dueño de los hatos *La Calzada, Pagüey y Suripá*), tenía conocimiento de estos hechos y no perdía de vista al valeroso mancebo, hijo del honrado funcionario vecino de Guanare; y, para aprovechar las excelentes aptitudes de trabajador, lo pasó al hato del "Pagüey", donde le dio el cargo de capataz de una guerrilla de jinetes encargados de velar las sabanas para proteger los rebaños contra el abigeato. En esos tiempos, pululaban en las sabanas que bañan los ríos *Santo Domingo, Suripá, Canaguá, Pagüey* y otros que bajan de la cordillera de Mérida, varias partidas de cuatreros que robaban ganado de los hatos y los llevaban a vender en los pueblos de la Serranía.

Don Manuel Pulido confió la guardia de sus ganados al joven José Antonio Páez, y éste, satisfecho y orgulloso de su elevación dedicose con todo entusiasmo y actividad a la defensa de la hacienda de su protector y amigo.

Varios lances sobrevinieron en el hato de *El Pagüey,* en los que los cuatreros salieron severamente castigados por las lanzas de los peones que mandaba José Antonio, a quien ellos dieron en llamar *Catire Páez,* a causa de que el color de la piel era menos tostado que la suya, y, a quien profesaban, además de cordial amistad, suma admiración, por su valor, su agilidad como jinete y las astucias que ideaba y realizaba admirablemente para atrapar y castigar a los ladrones del ganado.

Conocedores estos bandidos de la sabana de que la hacienda de "El Pagüey" se hallaba de tal manera protegida, no volvieron; pero entonces se dedicaron a robar en los hatos del lado arriba, pertenecientes a otros ganaderos que no tenían defensores tan valientes y sagaces. Y conocedor José Antonio Páez de que por los lados del hato de don Manuel Tapias merodeaban varios cuatreros, se dirigió hacia ese paraje acertando a interceptar una partida de cuatreros que ya cargaban con una punta de novillos que pasaban de ciento. Verlos, y caerles encima a lanzazos, todo fue uno; y, después de haber derribado varios de los ladrones, arrió el ganado para los corrales de don Manuel Tapias, y entregó los cien novillos al Mayordomo. Este dio parte del hecho a su amo, quien recompensó el servicio del Catire Páez y sus peones, con una gruesa cantidad de dinero en onzas de oro; pero el abnegado y valeroso peón sabanero no la aceptó, antes bien le manifestó que él y sus jinetes se hallaban completamente a sus órdenes para proteger su hacienda sin interés alguno; y para perseguir a los ladrones de ganado hasta limpiar las sabanas de tan dañina plaga.

Este hecho elevó al Catire Páez a la categoría de Jefe de los Jinetes de los Llanos de Barinas. Y tal fue el segundo ascenso que realizó en su carrera de exitosos triunfos. A la sazón, Páez solamente había cumplido diecinueve años.

A fines del año 1810, decidió radicarse en el pueblo de Canaguá, ubicado en la desembocadura del río de este nombre, sobre la orilla izquierda del río Apure; y aquí se dedicó a traficante por el río, hasta Nutrias y Guasdualito, conduciendo gran cantidad de bongos, mercando y cambalacheando frutos y mercaderías entre uno y otro puertecito fluvial del caudaloso Apure.

Fue entonces cuando se prendó de una hermosa y linajuda dama, de la familia Ortiz, vecina de Barinas, y con quien contrajo matrimonio poco después.

Cuando estalló en Caracas la insurrección de 1810, José Antonio Páez se hallaba en Canaguá. Cuando los Patriotas de Barinas se

adhirieron a la Causa de la Emancipación, Don Manuel Pulido fue uno de los principales revolucionarios de la Provincia de Barinas.

La Junta de Gobierno creada por los revolucionarios de Barinas confió el mando de las milicias barinesas al rico hacendado Don Manuel Antonio Pulido, con el grado de Comandante de Caballería; y éste llamó a José Antonio Páez al servicio del arma con el empleo de *soldado de caballería.* Como tal, hizo la campaña del año 1811, prestando importantes servicios a la causa republicana.

Durante el lapso de enero de 1810 a julio de 1812, cuando sobrevino el infortunio del Terremoto y la invasión del Cap. Domingo Monteverde, Páez sirvió bajo las órdenes del Comandante Pulido; y cuando la pérdida de la Primera República, se retiró a su domicilio y negocios de Canaguá.

El régimen realista establecido por Monteverde confió el gobierno de Barinas al Coronel don Antonio Tízcar, quien impuso en los pueblos de la Provincia un estado de terror tan espantoso que promovió la reacción de los patriotas, que se pusieron en armas para libertarse de semejante vergonzosa opresión.

El día 27 de noviembre de 1813, siendo ya *Capitán de Caballería,* nombrado por el mencionado Jefe, Don Manuel Antonio Pulido, Páez libró un recio combate al frente de 250 jinetes barineses en el célebre sitio de "Mata Guerrereña" contra un destacamento de 400 jinetes comandados por el Coronel realista don Miguel Marcelino. Esta fue la primera acción de guerra dirigida personalmente y en calidad de Jefe, por José Antonio Páez, quien salió victorioso.

El día 6 de diciembre de ese mismo año, asaltó, a la cabeza de tres hombres, (su ayudante y dos jinetes), la guarnición de Barinas, constante de 50 infantes, a la cual obligó a rendirse a discreción, apoderándose de la plaza. El Jefe realista, Antonio Puig, huyó.

El día 19 de enero de 1814 bajo las órdenes del Coronel Ramón García de Sena, se batió en la defensa de Barinas contra el ejército

de mil hombres al mando del mencionado Puig y el criollo Remigio Ramos, siendo derrotados los republicanos por causa de la deserción del Jefe García de Sena, viéndose obligados a refugiarse en las montañas de la cordillera de Trujillo y Mérida.

CAPITULO III

EL PROTEGIDO DE LAS ANIMAS BENDITAS

Noticioso don Antonio Tízcar, Gobernador realista de Barinas, de las excepcionales condiciones de llanero valeroso e inteligente que distinguían a José Antonio Páez, y de sus importantes servicios militares prestados bajo el mando del Comandante Pulido, cuando éste fue Gobernador republicano, quiso atraerlo al servicio de las Armas Realistas, y así conquistarlo con cierta maña y diplomacia sagaz y halagadora, ordenó al Teniente-Justicia del pueblo de Canaguá donde a la sazón vivía Páez, que comisionase a Páez para recoger 500 caballos y mil reses en el hato de "El Carrao", ubicado a 50 leguas de distancia de Barinas, y las condujese a su Cuartel General, en esta ciudad.

Páez cumplió la comisión con tanta presteza y eficacia, que Tízcar quedó admirado y agradecido. Por lo tanto, invitolo a su mesa, junto con otras respetables personas de la ciudad.

Como Páez le preguntase cuánta era la contribución que le tocaba para los gastos de guerra, el Gobernador le dijo que ninguna, pues le tenía listo el Despacho de Capitán de Caballería. Páez no aceptó el Grado que le ofrecía Tízcar y evadió cumplir cierta orden que le daba. Se incorporó en la tropa del Comandante Pulido, y militó bajo sus órdenes hasta que cayó Barinas otra vez en poder de los realistas.

Noticioso el nuevo Gobernador, don Antonio Puig, catalán al servicio del Cap. Domingo Monteverde, de las actividades de Páez y de la negativa conque había correspondido a la oferta de su antecesor, dispuso la prisión de Páez y dio la orden de engrillarlo fuertemente. Suponiendo que Páez era un hombre sensible al halago y temeroso al castigo, después de engrillado le ofreció el Grado de Capitán del Ejército español, en las mismas favorables condiciones propuestas por Tízcar; pero Páez no aceptó nada, ni flaqueó, ante la fiereza del castigo.

Puesto en capilla para ser alanceado junto con otros presos, logró la libertad, comprándola al Gobernador Puig por 600 pesos fuertes. Libre ya, volvió a su casa en el pueblo y puerto de Canaguá.

A los quince días de estos hechos, una escolta enviada por el Gobernador arrestó a Páez y lo condujo a Barinas, donde este funcionario le pidió las armas que tenían los hombres de su mando cuando derrotó al Coronel Marcelino en la acción de "Mata Guerrereña". No pudiendo entregarlas, el Gobernador Puig ordenó engrillarlo y ponerlo en capilla para decapitarlo esa misma noche, junto con otros presos patriotas, e inocentes, pero cuya sangre debía calmar la sed de venganza que padecía el bárbaro catalán.

La manera de matar a los prisioneros no era por medio de fusilamientos, sino por medio del sable, cercenando las cabezas, o a lanzazos. Esa misma tarde iban a ser alanceados estos infelices, de tan cruel manera; y todos se confesaron y se dispusieron a morir como patriotas, o como mártires inocentes.

Ciento quince presos encerrados en la cárcel, esperaban su última hora, esa noche tétrica. Entre estos presos destinados a ser matados como cerdos, a lanzazos, se hallaban varias damas barinesas, a quienes el Gobernador destinaba a servir de "rancho" a los soldados ávidos de sensualidad, temblando de sádico sensualismo, cuya satisfacción les proporcionarían las damas condenadas a semejante ultraje.

Temblaban los presos ante la idea de que acaso el sanguinario catalán Puig tendría la trágica humorada de matarlos a ellos como pocos días antes había asesinado a lanzazos y a sablazos a los presos de Guanare, encerrados dentro de una celda. Y pensando en este triste fin, oyeron afuera gritos de: ¡Viva el Rey! ¡Viva España! ¡Mueran los rebeldes!

Ante semejantes gritos, creyeron llegada su última hora, y empezaron a rezar las preces del ritual eclesiástico de "bien morir".

Mas, nada sucedió. Luego se restableció el silencio. Un silencio profundo de cripta.

¿Qué había sucedido afuera?

Había sucedido que un ejército de *Animas Benditas del Purgatorio* derrotó el ejército del Gobernador Puig, quien desocupó la ciudad y se largó al pasitrote hacia el puerto, y de allí se dirigió a Nutrias, espantado ante una sorpresa *tan sorprendente,* y tan extraña!

Al anochecer, y con luna clara, un disparo de fusil resonó del otro lado del río, que corre a inmediaciones de la urbe. Habiendo salido en esa dirección un piquete de soldados con el fin de observar y reconocer la novedad, el jefe de la comitiva vio que por esa banda desfilaba una tropa. Alertada, los que desfilaban contestaron: *La América Libre. El Ejército de la Muerte.* Y al mismo tiempo, tanto el oficial Correa, que mandaba el piquete, como los soldados oyeron un sordo murmullo, como de personas de uno y otro sexo que rezaban las preces funerarias.

Entonces, los realistas dispararon sus armas, y observaron que las descargas no producían ningún efecto en la tropa, por lo cual cobraron miedo y retrocedieron espantados a dar parte al Jefe de la Plaza, quien, inmediatamente, dio la orden de *Marcha al Pasitrote,* evacuando la población, y caminando a paso largo por el otro lado.

El Capitán Correa informó al Jefe que a favor de la claridad de la luna había podido observar detenidamente que aquel ejército era

de aspecto medroso y sobrenatural, y, desde luego, llamolo "ejército de las ánimas benditas".

Pocas horas después, llegó a la cárcel el señor Orzúa, quien ordenó al carcelero que pusiera en libertad a los presos, lo cual hizo, y cuando Páez se vio libre, corrió a su casa, ensilló su caballo y, armado con su espada y las pistolas, regresó a la plaza y desarmó la escasa guarnición. Luego fue al calabozo donde estaban encerradas las señoras, y les dio libertad. Antes del amanecer, tomó el camino de Canaguá con el objeto de alcanzar a Puig y castigarlo. Pero reflexionó sobre este acto, y tomó otra resolución, yéndose para su casa de Canaguá.

Los criollos barineses dijeron días después a Páez:

—Usted es un hombre tan afortunado que hasta las Animas Benditas lo favorecen.

Mas, en realidad, ¿qué había sucedido?

Nadie lo supo jamás. El hecho quedó grabado firmemente en la memoria de los llaneros, tanto como en la mente de los españoles, quienes, acaso para explicar, si no justificar, su desbandada ante un ejército imaginario, aseguraban que realmente fueron las Animas Benditas, los soldados de tan extraño ejército. Y, desde que los despreocupados españoles lo afirman, así debería ser. Por mi parte, yo ni quito ni pongo Rey...

CAPITULO IV

NUEVO DAVID, VENCE A UN GIGANTE

Después de la evacuación de Barinas, dispuesta inexplicablemente por el Coronel García de Sena, que la defendía, los patriotas se dispersaron a la desbandada. Entre los que ganaron para la serra-

nía de Mérida, iba el Comandante Páez. A pie y solo, buscando las partidas de republicanos que se hallaban en armas en esta provincia andina, al mando del Coronel Juan A. Paredes y Capitán Antonio Rangel. Se incorporó en estas fuerzas y prestó sus servicios a los patriotas merideños, con actividad, eficacia y su acostumbrado valor y pericia militar, combatiendo varias veces con las fuerzas del Coronel Matute.

Al lado occidental de Mérida y en el camino que conduce a San Cristóbal y Lobatera, se encuentran los pueblos de Estanques y Lagunillas. Estas ricas comarcas se hallaban bajo la despótica tiranía del gigantón José María Sánchez.

Habiéndose reunido las fuerzas realistas comandadas por Matute, Luzón y José María Sánchez amenazaron a Mérida y pidieron la rendición de la plaza. Los jefes patriotas les contestaron que viniesen a tomarla, y se prepararon. Para este momento, el Comandante Páez montaba un hermoso caballo que había adquirido luchando cuerpo a cuerpo con su dueño, que era un oficial de Matute, a quien derribó de un lanzazo.

Salieron Paredes y Rangel, camino de Estanques, con ánimo de rechazar a los realistas antes de que se acercaran demasiado a la Capital. Encontráronse en las haciendas de Estanques, los realistas fueron puestos en fuga, y se retiraron hacia Bailadores. Perseguídolos el Comandante Rangel con una columna de infantería y algunos jinetes, entre éstos, el Comandante Páez. Alcanzáronlos en una colina un poco más allá, y los tirotearon, sin otro resultado que repelerlos en orden, pues continuaron su retirada hacia Bailadores. Rangel no quiso perseguirlos más, y los dejó irse. Pero el Comandante Páez continuó solo en pos de la tropa del Coronel Matute. Este avanzaba por sobre una especie de sierra, por cuya cresta iba el camino, teniendo barrancos a ambos lados. Las tropas de Matute desfilaban de uno en uno, y les era imposible doblar la fila ni para prepararse para resistir cualquier ataque. De esta situación se aprovechó el astuto llanero para jugarles una mala pasada. A este efecto, se ocultó entre un jaral, disparó el trabuco, y les

gritó voces de mando cambiando la voz de manera que los realistas creyesen que los atacantes eran varios. Los realistas, engañados, se arremolinaron, perdieron el equilibrio, y muchos cayeron rodando hacia los flancos, y se despeñaron.

En medio de la confusión que padecían los soldados de Matute, Páez les disparó varias veces su trabuco, con lo cual acabaron de embarrancarse y desbandarse, consiguiendo el astuto llanero una victoria fácil, pero muy importante, que libertó a Mérida de esta amenaza.

Entre los oficiales que acompañaban a Matute estaba el gigantón José María Sánchez, hombre membrudo, atlético, lacertoso y tan forzudo que se echaba al hombro un cañón de hierro o bronce, y lo transportaba como si fuese una carabina; peleaba con toros y mulos cerreros y los vencía, derribaba un caballo de un solo puñetazo, detenía un novillo agarrándolo por los cuernos; en fin, hacía prodigios de fuerza, tanto que los merideños estaban temerosos de que los ultimase a todos a pescozadas. Sánchez era el espanto y el terror de los vecinos de los pueblos de Mérida.

Este Sánchez, cuando la tropa se desbarató en la fila del cerro, se devolvió el solo con el intento de darse cuenta de cuál había sido la fuerza que los había derrotado, cuando se tropezó con Páez. Verse y venirse a las manos fue todo uno. Páez lo derribó de un golpe de lanza, y como el gigantón se le viniese encima con su sable, se echó a pie, y empezaron a bregar el uno con espada y el otro con lanza, hasta que Páez le metió la "cuchara", por el vientre y lo derribó, mortalmente herido. Pero era tan enérgico y tan valiente el gigantón, que reaccionó, y, levantándose, se le vino encima. Agarráronse cuerpo a cuerpo, y ya sea por las mañas del llanero o bien porque el gigantón se desangraba, cayó, pero logró sacar el puñal, y cuando ya iba a clavarlo en el pecho de Páez, éste le quitó el arma y con ella lo últimó, dejándolo muerto.

Páez persiguió a los realistas que iban desflecándose y dejando regados por el camino, las armas, las banderas, cajas de guerra,

pertrechos, caballos y dos cañones, uno de ellos el que había fundido con campanas una señora merideña y cuyo nombre tenía esculpido, sobre el dorso. Este hecho valió a Páez inmensa gratitud y los más cálidos elogios de todos los merideños.

CAPITULO V

DEFENSOR DE PRISIONEROS

Solitario, decepcionado y triste, salió el Comandante Páez del pueblo de Bailadores, caminando a pie, porque el Mayor Urdaneta lo había despojado arbitrariamente de su caballo propio para complacer a un favorito suyo, de apellido Chávez. Tomó el camino de la Nueva Granada, por vuelta de San Cristóbal, y doblando el páramo de Tamá, (donde nace el río Táchira), llegó a Chitagá donde estaba el Coronel García Robira con un destacamento de infantería, quien lo acogió gentilmente y le ofreció el mando de un regimiento de caballería. No aceptó el cargo porque le impedía realizar un plan que venía madurando para hacer la guerra en los llanos de Apure y Barinas por su propia cuenta, pues se hallaba decepcionado de los jefes bajo los cuales había militado hasta entonces. García Robira le proporcionó cabalgadura y recursos para continuar su viaje a Casanare.

Reunido en Pore con sus amigos y varias personas de su familia, que habían emigrado de Barinas huyendo de los atropellos de los militares realistas, tanto criollos como peninsulares, encontró también al Coronel Francisco Olmedilla, su compañero en la campaña de Barinas que remató tan vergonzosamente con la defección de su Jefe, el Coronel García de Sena; y éste conterráneo suyo, lo protegió y recomendó al Gobernador de Casanare, quien le confió el comando de un destacamento de jinetes que se hallaba en Betoye.

Poco después, y ya bajo las órdenes de Olmedilla y Joaquín Ricaurte, salió en campaña sobre Guasdualito, donde se hallaba la vanguardia del ejército realista al mando del Coronel criollo Francisco López, cuyo plan era apoderarse de Casanare. Atacaron la plaza y pusieron en fuga a su jefe, que era otro barinés llamado Lorenzo Pacheco Briceño, (a) *El Cotudo,* derrotados sus jinetes tomaron el camino del Norte, y, habiendo sido perseguidos por Páez, éste tomó 200 prisioneros, entre los cuales estaba el Coronel y Doctor Merchán, personaje neogranadino de mucha importancia y valimiento. Cuando Páez trajo los prisioneros al cuartel general del Coronel Olmedilla, éste le gritó en tono insolente:

—¡Comandante Páez! ¿Cómo se atreve Ud. a traer este hombre preso y no lo ha matado? Ante semejante pregunta, Páez le contestó con arrogancia:

—Porque yo no mato prisioneros, mi Jefe. Mátelo usted mismo, o mande a otro a que lo mate, si gusta.

No solamente Olmedilla ordenó inmediatamente a su Ayudante Fernando Figueredo, que matase al Coronel Merchán, sino que le ordenó matar a sablazos a los otros prisioneros; y cuando ya los esbirros de Olmedilla iban a comenzar su satánica obra, se interpuso Páez, y logró impedir la ejecución de tan horrendo crimen.

Olmedilla ordenó conducir los prisioneros a la plaza del pueblo, y, reuniéndolos en el centro, como si fuesen una manada de cerdos, los rodeó con la tropa formada en cuadro, y llamó al Cura Párroco para que los absolviese, pues iban a morir.

Después de que el Párroco los hubo absuelto según la ritualidad solemne de tales casos, Olmedilla ordenó a Figueredo y Rafael Maldonado, que procediesen a cercenarles las cabezas a los 110 infelices arrodillados ante las bendiciones del Cura Párroco, y bajo la dolorosa impresión de los tañidos lúgubres de las campanas del templo, que doblaban a muerte...

Ya habían cercenado tres o cuatro cabezas aquellos hombres feroces y salvajes, cuando Páez surgió en medio del cuadro, montado en su caballo, y, con la espada en alto, gritó a los desalmados verdugos:

—Alto! No maten ni uno más, porque serán las cabezas de ustedes las que rodarán por el suelo, cobardes asesinos!

Los verdugos detuvieron su diabólica tarea, y se quedaron estupefactos ante la olímpica figura del Comandante Páez esgrimiendo fulgurante su luenga espada amenazante.

Reinó un silencio profundo y emocionante en el ámbito, y nadie ni el mismo Olmedilla, se atrevió a chistar.

Pocos momentos después, éste llamó a su presencia a Páez y entabló con él un diálogo violento, en el cual Páez sostuvo y mantuvo firme su orden de no asesinar a los prisioneros.

Olmedilla suspendió la orden, y al día siguiente tocó *Marcha,* y tomó el camino de Casanare. Metió los presos dentro de la tropa de la vanguardia, y ordenó a Páez que se quedara a la retaguardia. Así fué hecho; y como a dos o tres leguas de marcha, un jinete a revienta cinchas, vino a decirle que Olmedilla estaba matando a los prisioneros. Voló Páez en su corcel y llegó a tiempo de salvar la vida de unos 120.

Cuando pocos días después llegaron a Pore, Olmedilla y Figueredo pidieron al Gobernador, Doctor Serrano, que separase a Páez del ejército dándole un *salvoconducto* para que se fuese donde quisiese. Así fué concedido. Ya sin mando alguno, y cuando solamente acompañado de su Ayudante, salía Páez camino del Arauca, Olmedilla ordenó arrestar a Páez, acusándolo de "desertor".

Páez se presentó solo delante de Olmedilla y sus secuaces Figueredo y Maldonado, y les gritó que viniesen ellos tres a prenderlo, si podían.

Los tres quedáronse estupefactos de la valerosa resolución de aquel joven de aspecto sereno e impasible que los retaba erguido

como un paladín del Medio-Evo; y ninguno de ellos se atrevió a arrestarlo. Páez, para que no se interpretase su separación del lugar, a miedo, desistió de su viaje, y se quedó en Pore. Pocos días después, hallándose en Betoye, llegó ante su presencia el Gobernador de la Provincia, Doctor Solano, sumamente alarmado y dijo a Páez que Olmedilla y un piquete de tropa habían desertado rumbo a los Llanos de San Martín, y que venía a solicitarlo para que le prestase el servicio de salir en su persecución, y traerlo *vivo o muerto.*

Páez se negó a prestarle este servicio, interponiendo su amistad, su compañerismo, y su condición de conterráneo; pero el asustado Gobernador casi llorando le rogó que saliese a prender a Olmedilla, asegurándole enfáticamente que en su *"ejército"* no había *ni uno solo* que se atreviese a ir a prender a Olmedilla, y que lo autorizaba para traerlo *"vivo o muerto"*.

Oída esta descomunal orden, emanada de una autoridad tan respetable como era el Gobernador de la Provincia de Casanare, la cual le daba en presencia de una numerosa concurrencia, y condolido de la conflictiva situación del Dr. Solano, le manifestó:

—Está bien, señor Gobernador, salgo a prender al Coronel Olmedilla, y le prometo traerlo *vivo* a su presencia, pues *yo no mato prisioneros.*

Páez salió acompañado de cuatro oficiales barineses de su entera confianza, todos amigos y antiguos subalternos de Olmedilla, y, al cabo de cinco días de marcha, lo alcanzó en un rancho cerca del pueblo de San Martín de los Llanos. Después de un corto diálogo, en el cual Olmedilla se desahogó contra el Gobernador y las autoridades neogranadinas, a las cuales calificó con epítetos denigrantes y altamente ofensivos, se entregó preso.

Traído con las debidas consideraciones a la presencia del Gobernador Solano, éste, al verlo, rompió las válvulas de su vocabulario soez y procaz, impropio de una autoridad de su categoría y menos de un hombre que se tenía por culto y educado.

Olmedilla soportó los insultos y las ofensas, sin chistar. Cuando el Gobernador se hubo desahogado y vomitado todo cuanto tenía que cobrar al pobre prisionero, dió la orden de ponerle un par de grillos y llamar al Cura de la Parroquia, pues iba a fusilarlo, seguidamente.

Y, lo habría fusilado, efectivamente, pues el Gobernador Solano era hombre *tan valeroso* que se atrevía a fusilar un prisionero engrillado.

Mas, la justicia divina, ya que no había humana, salvó a Olmedilla. Sucedió que esa misma tarde llegó a revienta cinchas un oficial dando al Gobernador la alarmantísima noticia de que la vanguardia del ejército realista al mando del General Calzada se hallaba cerca del pueblo.

Asustado como un gamo, el pobre Gobernador Dr. Solano, montó en su caballo y partió a escape, huyendo de Calzada.

Páez soltó al Coronel Olmedilla y lo ayudó a regresar a los Llanos de San Martín. La tradición cuenta que este hombre desventurado, se internó con su familia en las selvas del río Guaviare, donde los tigres se los comieron a todos, después de que ellos se habían comido un niño... Pero hay otra versión distinta, por la cual se sabe que Olmedilla salió a Cundinamarca, y allí vivió largos años.

CAPITULO VI

UNA ARENGA SUI GENERIS

Noticioso secretamente el jefe del ejército patriota que obraba sobre Barinas, al mando del General neogranadino Joaquín Ricaurte, por informe privado enviado desde Barinas por el oficial Guerrero, (realista), a su hermano el General Miguel Guerrero, de

que el Coronel Francisco López avanzaba sobre ellos tan bien preparado para coparlos y fusilarlos a todos, que le avisaba fraternalmente que en resguardo de su vida no presentase batalla al ejército realista al mando del Coronel López. El General Guerrero reveló la tremenda novedad a su amigo el General Ricaurte; y ambos convinieron en retirarse secretamente, dejando al Comandante Páez en Guasdualito, con los 500 jinetes de su mando, para que diera frente a López y lo entretuviera mientras ellos se ponían a cubierto de las lanzas realistas. La combinación les salió a sus anchas, y pusieron en práctica la trampa urdida, que fue la siguiente:

Aparentó el jefe neogranadino que tenía conocimiento de que los jinetes venezolanos que comandaba Páez, preparaban una revolución contra los neogranadinos para elevar a Páez, al rango de Jefe Supremo, y se manifestó sumamente desagradado; y, formando las tropas en la sabana inmediata, arengó al ejército diciéndole que, conociendo que los venezolanos querían como jefe a su compatriota, él gustosamente accedía, si era así. Los 500 jinetes al mando de Páez declararon que, si así era del gusto del Jefe, ellos aceptaban a Páez como jefe. El General Ricaurte les contestó que no solamente convenía en que ellos lo reconocieran como Jefe sino cuantos quisiesen hacer lo mismo. Casi todos los oficiales y jinetes de los demás cuerpos de infantería y caballería, convinieron en la mudanza. A este efecto, el General Ricaurte arengó al ejército, así:

—¡Jefes, clases y soldados!: "Ya que vosotros queréis como Jefe al Comandante José Antonio Páez, os ordeno y mando que desde este mismo momento a él solamente obedeceréis, pues yo no quiero mandaros más; y continúan bajo sus órdenes los que no quieran seguirme a Casanare".

Quedáronse bajo el mando supremo de Páez, (convertido en Caudillo de tan extraña e irregular manera), alrededor de 400 hombres entre jinetes y peones de a pie. Este hecho acaeció el día 15 de febrero del año 1816. La historia registra ese y siguiente día, entre los más gloriosos que ilustran los Anales Militares de Venezuela.

Ignoraba en absoluto el Comandante Páez que a marchas forzadas se aproximaba una División realista tan numerosa, aguerrida y resuelta como bien armada y abastecida para librar un combate formal y decisivo. Esto fué lo que supo el hermano del General Guerrero, (llamado en familia "El Chato"), de opinión monárquica y Ayudante de confianza del Coronel López.

Al mediodía despidiéronse de Páez, el General Ricaurte, el General Guerrero y el Coronel Valdez, los oficiales del Estado Mayor, una Compañía de infantes, otra de Dragones montados, varios oficiales sueltos y los peones del servicio, y tomaron el camino de Pore.

Dejaron a Páez en Guasdualito con el deliberado propósito de que se *"lo comiera la División de López crudo y pataleando"*; y después de comidos él y los 500 jinetes apureños y barineses que dejaban ahí abandonados, reirse de ellos y de la jugada sucia que le habían hecho a los venezolanos.

Miguel Guerrero no era neogranadino, sino barinés, pero profesaba cierta mal disimulada ojeriza al llanero invicto, ídolo de los llaneros de Apure, Casanare y Barinas.

Descansaban descuidados, formando ranchos para pernoctar, y ya serían las cuatro de la tarde cuando un jinete a revienta cinchas, llegó al campamento avisando que a lo lejos y por los lados de Barinas, avanzaba al pasitrote un numeroso ejército realista.

En efecto, contra el claror del cielo, todos vieron la polvareda que levantan los cascos de los caballos al trote en la sabana limpia, y también las zamureras que revoloteando siguen a los cuerpos en marcha.

Dió las órdenes del caso a sus subalternos, los Capitanes Nonato Pérez, Genaro Vásquez y Antolín Mujica, para que formaran los escuadrones de sus respectivos mandos y saliesen al campo, mientras que el mismo Páez seguido solamente de su Ayudante, salió adelante, con el intento de conocer la tropa que se aproximaba.

A cosa de legua y media de distancia, detúvose ante un escuadrón de caballería que estaba firme sobre la sabana. Adelantóse Páez, solo, y cuando hallábase a 500 varas de distancia, detúvose, para examinar detenidamente qué clase de tropa fuese. Y se dió cuenta de que era caballería realista bien montada y lujosamente uniformada, cuyos cascos, espadas y lanzas brillaban a la luz del sol declinante sobre la sabana occidental. Ya eran las cinco de la tarde. Detrás de Páez, como a cien varas de distancia, estaba Nonato Pérez con su escuadrón. Delante de Páez hallábase otro escuadrón de caballería realista.

De las filas de éste, destacóse un grupo de 30 jinetes a cuya cabeza hallábase un oficial, quien a su vez paróse en firme para observarlo, y éste, según él mismo lo cuenta, se dedicó a cambiar con él palabras ofensivas e insultantes, que el mismo Páez califica de "baladronadas".

De pronto, el pelotón de dragones le mandó una andanada de balas, una de las cuales penetró por un ojo dentro del cráneo del caballo, derribándolo súbitamente. Cayó el hermoso animal cogiéndole una pierna debajo de su cuerpo, y con esfuerzo pudo desembarazarse. Puesto en pie gritó a Nonato Pérez que avanzara, y uno de sus jinetes le dió su caballo. Pérez cargó sobre el pelotón enemigo, matándole varios jinetes. Páez cabalgó hacia los escuadrones que yacían firmes, en la sabana; y, al estar frente a ellos, les dirigió la más estupenda arenga que jamás ocurrió a general alguno.

—*Los enemigos me han matado mi buen caballo, y si ustedes no están resueltos a vengar ahora mismo su muerte, yo me lanzaré solo a perecer entre las filas enemigas. ¡Compañeros, a la carga!*

Los jefes de los escuadrones le advirtieron que ya la hora era demasiado tarde y que su parecer era dejar el combate para el amanecer del siguiente día, pues la obscuridad sería un inconveniente.

Páez les contestó: "La obscuridad es un inconveniente igual para todos", y repitió la orden de cargar seguidamente con todos los

escuadrones. Así lo hicieron, con resolución, con todo el ardoroso empuje que los llaneros acostumbraban cargar sobre las filas enemigas.

El combate se prolongó durante las primeras horas de la noche en medio de las tinieblas de la selva, o en la penumbra de la sabana.

Los poetas y los historiadores, hablando de este singular combate entre las sombras de la noche, dicen que fue un combate *triste*. Porque carecía de la poesía que a tales actos imprimen la luz y los colores. Pero, en cambio, tuvo la majestad del misterio que reina dentro de las tinieblas.

Pero ese día fue brillante, luminoso, grandioso, porque 500 jinetes llaneros mandados por José Antonio Páez, destruyeron un ejército de 800 jinetes y 650 infantes protegidos por una batería de cuatro cañones, que de nada les sirvieron en la obscuridad del combate.

Tal fue la gloriosa acción militar librada por el bizarro Comandante Páez que la Historia conoce con el dictado épico de "Mata de la Miel".

Al día siguiente, los patriotas recogieron en el campo de batalla 450 prisioneros, la mayor parte de ellos, heridos; 3.400 caballos, un parque con mil rifles, un centenar de espadas, 50 cuñetes de plomo y balas, banderas, cajas de guerra, un bien provisto Botiquín de emergencia, y 400 cadáveres. El Jefe realista regresó a Barinas con 300 hombres; por lo cual, el número de desaparecidos se elevó a 150.

Los oficiales patriotas que tomaron parte en este glorioso combate fueron: Nonato Pérez, Genaro Vásquez, Antolín Mujica, Miguel Antonio Figueredo, Francisco Brito. El penúltimo murió en el combate, y el último fué herido gravemente, y llevado a Guasdualito, para intentar salvar su preciosa vida, sucumbió maldiciendo a Guerrero Ricaurte, llamándolos *felones, cobardes, traidores,* a causa de su inicua conducta ocultándoles la aproximación del poderoso enemigo.

Pero, a pesar de las maldiciones que les arrojaba el valeroso oficial Brito y de que todo el ejército patriota los condenaba por su acción tan sucia, ambos tuvieron *la cachaza* de presentarse dos días después en Guasdualito proclamándose *Primero y Segundo* Jefe del Ejército.

Cuando esto sucedía en Guasdualito, Páez se hallaba en las sabanas, persiguiendo a los fugitivos y recogiendo armas, caballos, parque, heridos, y etc., y al ser notificado de la tremenda novedad y de la insolencia de Ricaurte y Guerrero, volvió al pueblo y arengando a la tropa, la excitó a reconocerlos como tales, *Primero y Segundo Jefe,* pues lo hecho el día 15 no había sido sino un cómico sainete al cual él no le había dado importancia alguna. Otro Jefe de tropas vencedoras, en lugar de Páez, habría seguido un Consejo de Guerra a los cobardes desertores y los habría fusilado por la espalda.

En cambio, el Gobierno Central de la *República de Nueva Granada,* reconociendo la valerosa acción de Armas realizada por el invicto llanero José Antonio Páez, le confirió el Grado de TENIENTE CORONEL del Ejército.

CAPITULO VII

JUGARRETAS CON QUE JOSE ANTONIO PAEZ SOLIA ENTRETENER EL OCIO DE SUS TROPAS Y BURLARSE DE LOS ENEMIGOS

Pese a su carácter serio, a su homérico valor personal, a la severidad de su correcta disciplina militar, tanto en campaña como en el servicio de cuartel, José Antonio Páez era de índole festiva y jovial. En noches de calma y en las horas vagas, se divertía y divertía a los demás, tañendo la guitarra, cantando "corridos" en contra-

punto con sus tenientes y compañeros, bailando cuando había oportunidades; coleando novillos, capando toros bravíos, nadando en los ríos y peleando con los caimanes; apostando carreras, en fin, en otros semejantes ejercicios físicos en cuya ejecución demostraba su fuerza muscular, su habilidad para engañar y burlarse de sus contrarios.

Estas habilidades las adquirió Páez durante los dos años que trabajó en el hato de "La Calzada", y el año que trabajó en el hato del "Pagüey". Esta vida fue su gimnasio, como él mismo lo confiesa en su *"Autobiografía"*.

Como astuto para engañar y burlarse del enemigo, ningún llanero podía rivalizarlo. Los episodios y lances que demuestran la verdad de estas observaciones, son tan numerosas que si se escribiesen en un libro, llenarían millares de páginas. Vamos a reseñar algunas de sus jugarretas más frecuentes:

Cuando peleaban los barineses contra las tropas de Tízcar, sucedió que un amanecer llanero, pleno de luz y de riente poesía, al toque de *Diana,* oyeron tocar una corneta de guerra tan bien tocada que les llamó la atención a todos, y se quedaron estáticos oyendo el himno marcial conque la tropa realista saludaba el nuevo día. Un soldado, que, sin duda, tenía ribetes de artista, se lamentó de la falta que hacía en el campo patriota un músico semejante. Y exclamaba pesaroso:

—¡Quién tuviera aquí una corneta tan fina, o un músico tan hábil!

Páez que oyó la lamentación del soldado, le dijo:

—Pues ya vas a tener ambas cosas. Espera un momento.

Y rápidamente echó la pierna a su caballo, partió a correr por la sabana, perdiéndose de vista en los chaparrales. Como quince minutos después de haber partido, surgió, como brotado de la tierra, en medio de sus compañeros, y chazando el caballo delante de ellos, les dijo:

—Aquí tienen ustedes ambas cosas, el músico y su corneta.

Y les arrojó, efectivamente, el músico con su corneta, a quien le ordenó:

—Toque usted la Pava, hasta que se reviente!

¿Qué había sucedido? Pues sencillamente, que Páez cayó de repente sobre el cornetín, lo agarró en vilo y lo montó en su caballo, partiendo a escape en medio del asombro de sus compañeros que no se explicaban bien cómo había sucedido, porque conocían quién era su Jefe. Y, desde ese día los patriotas tuvieron músico y cornetín para regocijarse oyendo tocar la Diana en su campamento!

En los campamentos sacrificaban las reses para el abasto de la tropa, y allí mismo desollábanla, y secaban el cuero para que les sirviese de colchón de dormir sobre la sabana, para hacer sogas, o para techar las tiendas. Estos cueros tostados al calor del sol, abundaban en los campamentos.

A veces, el enemigo, bien fueran tropas del tenaz y valeroso Francisco López, las de La Torre, Calzada, Morillo u otro cualquiera de los jefes que combatían frecuentemente con las tropas de Páez acampaban en las sabanas, muchas veces a corta distancia. En estas ocasiones, Páez solía acercárseles imprudente y temerariamente, hasta el extremo de oírles; y, para advertirles su presencia, solía dispararles algunos tiros, lancearles algún centinela o quitarles caballos de sus majadas.

Pero otras, la jugarreta era grave, muchas veces trágica. Para desorganizarlos y espantarlos del lugar, hacía uso de la siguiente estratagema: preparaba varios pares de caballos, mientras más salvajes y ariscos, mejor, y varios cueros secos, tostados por el sol, y aparejando de dos en dos los potros les amarraba en la cola unida por una larga soga, uno de estos cueros secos. Así aderezados, a un cierto tiempo, los soldados disparaban los trabucos, foeteando los caballos y arreándolos en dirección del campamento enemigo.

Los potros, asustados y enardecidos por los disparos y los foetazos, se encabritaban y saltaban, y, con sus brincos y esguinces, los cueros los amedrentaban más aún, y salían a escape hacia el lugar donde dormían los realistas. Estos al oír la tronazón de los cueros, el galope de los potros, los tiros y el fragor de los chaparrales y matorrales arrastrados por el empuje de los animales, que se llevaban los arbustos con la soga tendida entre ellos, se alarmaban, y sin saber cuál era la causa del alboroto se acometían unos a otros con las lanzas, las espadas, los sables y con cuanto a la mano tenían. Al amanecer del día siguiente, los pocos sobrevivientes, dábanse cuenta del desastre. Entonces, los peones de Páez recorrían el campo recogiendo armas y caballos dispersos y abandonados por el enemigo.

Una estratagema que empleaba Páez para engañar a los españoles haciéndoles creer que tenía una tropa numerosa cuando apenas eran un centenar, o menos aún, consistía en colgar de palos que portaban dos soldados, estafermos, o muñecos hechos con trapos, plumas, cueros u otro objeto a propósito, colocándoles otro palo a manera de lanza, o fusil. Luego los hacía desfilar por entre la penumbra de las arboledas. Estas hileras de soldados así dispuestos, y marchando en forma tal, daban la apariencia de que desfilaba una tropa cuatro o cinco veces mayor, pues cada par de soldados conducía dos o tres infantes fingidos.

Otras veces daba la orden de acampar en cierto paraje a la vista del enemigo, armaba tiendas y hacía fogatas como para asar carne; y en cuanto anochecía, abandonaban aquel sitio, y, silenciosamente, desfilaban sin hacer ruido alguno, dando un rodeo, saliendo a la retaguardia del campo enemigo; y los asaltaban por la espalda, inesperadamente para que ellos, sorprendidos, se creyeran atacados por otra fuerza, y huían a la desbandada, abandonando el campo.

Otra jugarreta muy divertida, aunque peligrosa para todos, consistía en que cuando acampaba, o se acercaba, un destacamento realista, y el terreno se prestaba para realizarla con éxito, Páez destacaba hacia él un pelotón de jinetes aparentemente con el objeto de reconocerlos. Mientras éstos se aproximaban, en una mata, arbo-

leda o arcabuco adecuado, varios llaneros hábiles y diestros en el manejo del lazo, trepaban a los árboles y allí ocultos entre el follaje esperaban el momento propicio para ejecutar el lance.

Era seguro que en cuanto los realistas descubrían a los jinetes criollos destacaban a su vez un pelotón de los suyos, y los atraían al paraje arbolado, y en cuanto penetraban en el paraje donde los lanceros se hallaban éstos les zumbaban el lazo, y apresaban a varios de ellos. Los demás huían; los apresados quedaban columpiándose en el aire a semejanza de los monos araguatos. Entonces los descolgaban, les quitaban las armas, las monedas y demás objetos de valor, y luego los dejaban en libertad para que regresasen a su cuerpo y contasen la ridícula y cómica aventura, mientras que los criollos en su campamento, a su vez, contábanla, pero riéndose del sustazo que les habían pegado.

Con el cuento y el recuento de estas escenas de la vida de campaña, divertíanse y durante las noches, las marchas y vigilias, frente al enemigo o en los parajes tranquilos donde pasaban varios días de descanso.

Cuando la numerosa emigración de vecinos de Tunja, El Socorro, Pamplona y Casanare, junto con los emigrados de Barinas, vinieron a la Trinidad de Arichuna, donde se reunieron algo más de quinientas personas de uno y otro sexo, damas, caballeros, presbíteros, profesionales, magistrados y otras clases de personas que huían ante la aproximación de La Torre y Calzada; Páez divertía a la concurrencia contándoles episodios, lances y escenas de su vida de pastor en los hatos de Suripá, Pagüey y Canaguá, y así también algunos lances muy curiosos, como el que pasamos a contar:

En la acción de "Chire", cuando se batió contra tropas regulares de la División de Calzada, sucedió que después de desbaratar un destacamento de infantería, observó Páez que dentro de un pajonal se hallaba oculto un bulto que le pareció un soldado muerto, pues por la silueta que descubría a través de las pajas, le pareció el cuerpo de un soldado peninsular. Acercóse al bulto y con cui-

dado, y, cuando estuvo como a cinco varas de distancia, el soldado se irgió de un salto, y le apuntó el rifle. Páez giró rápidamente para esquivar el balazo, que tuvo como seguro que le iba a pegar el soldado y retrocedió cierto trecho.

Como a cincuenta varas lejos, volteó a mirar al soldado, y lo vió corriendo en dirección de una arboleda cercana. Entonces picó los ijares del caballo y partió a galope en pos del fugitivo; pero cuando se le acercaba, el soldado, hincando una rodilla en tierra, le apuntó fijamente con el cañón del rifle.

Repitió el lance, y retrocedió a escape; y cuando se creyó fuera del alcance del disparo, volteó y volvió a ver al soldado que corría hacia la mata. Volvió en su busca, pues se había propuesto quitarle el arma, que era un rifle nuevo y moderno; y cuando estuvo cerca de él, el soldado repitió el amago, hincando en tierra la rodilla. Entonces captó Páez la noción de que el arma estaba descargada, y se le acercó a boca de jarro; y viendo que no le disparaba el balazo, le preguntó: ¿Por qué no disparas el rifle, muchacho? A lo cual le contestó soltando una carcajada: Porque no está cargado, señor.

Entonces le quitó el arma, y lo dejó irse tranquilamente.

José Antonio Páez padecía por propia naturaleza, es decir, por su propia constitución orgánica, un mal terrible, que cuando lo atacaban, ponía en inminente peligro su vida. Era algo semejante al mal que llaman los médicos "epilepsia". Empezó a sufrir de este accidente, cuando siendo peón de a caballo de los hatos del Pagüey y Canaguá, tuvo que perseguir a los ladrones cuatreros que frecuentemente hurtaban ganado. Entonces, ante la vista de los ladrones, experimentaba en el sistema nervioso, cierta conmoción extraña que lo impulsaba contra ellos temerariamente, pues no podía resistir la fuerza impulsiva que lo lanzaba contra ellos. Al principio, esta moción interior se manifestó de manera incipiente, pero cuando durante el año 1812 acompañaba a don Manuel Pulido en las escaramuzas contra las partidas que se forma-

ban en los hatos de los realistas, esta sensación se agravó. El mismo General Páez la describe así:

"...es un hecho singular que ha ejercido influencia en varios actos de mi historia militar. Al principio de todo combate, cuando sonaban los primeros disparos, apoderábase de mí una violenta sensación nerviosa que me impelía a lanzarme contra el enemigo para recibir los primeros golpes, lo que habría hecho siempre, si mis compañeros, con grandes esfuerzos, no me hubiesen contenido. Este ataque me acometió antes de entrar en acción en el combate de "Chire" cuando ya me había adelantado y tenido un encuentro con la descubierta. Mis compañeros que forcejeaban para sujetarme y mantenerme a la espalda del ejército, tuvieron que dejarme para ir ellos a ocupar sus puestos en las filas".

Ciertamente, este accidente fortuito, fue la causa del triunfo de "Chire", pues, habiendo recobrado el conocimiento, viendo Páez el movimiento de la Caballería, creyó que había sido rechazada, y que iba en derrota. Entonces concibió la idea de ordenarle cargar de flanco, poniéndose él mismo a la cabeza del Escuadrón. Los realistas, observando la maniobra, la interpretaron también erradamente, y se creyeron envueltos, por lo cual su jefe ordenó un movimiento desacertado, que favoreció a los patriotas, que cayeron sobre la Infantería, arrollándola. De estas maniobras, ejecutadas inconscientemente, provino la victoria de "Chire". De no haber sido por el ataque, la Caballería habría sido envuelta y destrozada por los infantes. Por eso dice el General Páez que ese accidente influyó notablemente en varios actos de su vida militar.

El General Páez conservó y cultivó con sumo agrado el grato recuerdo de la Acción de "Chire", no por la satisfacción del triunfo, sino por la más íntima aún de una valiosa adquisición que ese día hizo en pleno campo de batalla, la cual fue haber conocido y hecho cordial amistad con el joven porteño *Juan José Flores,* quien fué uno de los más bizarros y gloriosos generales de la *Gran República de Colombia,* a quien los ecuatorianos llaman "Padre y Fundador de la Patria", y quien representa en esa Nación, el mismo

alto rango que Páez representa en Venezuela: *el de Fundador de la República* libre, independiente y soberana. El joven Flores militó bajo la dirección de Páez hasta el año 1819, cuando pasó a incorporarse en el ejército vencedor en "Boyacá" que conducía el LIBERTADOR desde la Nueva Granada hasta "Carabobo".

CAPITULO VIII

LA MAGNANIMIDAD DEL GENERAL

A propósito de la ganancia que hizo después de "Chire", sacando a Flores de las filas realistas y enrolándolo en las patriotas, es oportuno observar también que cuando bajaron de la Cordillera las piltrafas del ejército neo-granadino, desflecado y destruído por el ejército de Morillo, venía en el séquito de Serrano, Santander y Servier, un joven de Cundinamarca, llamado *José María Córdoba,* distinguido con el grado de *Teniente.* Páez lo colocó en el Estado Mayor, como Ayudante. A pesar de las consideraciones y estímulos que le dispensó el Jefe este mozo fue siempre díscolo e ingrato. Cuando los neo-granadinos que estaban con Páez en el Apure supieron la aproximación del ejército que traía La Torre, sintieron la pavura que inspiraba los hombres que se habían esmerado en destruir lo mejor del Virreinato, y huyeron sin pasaporte, pues bien sabido está que muchos huyeron entre otras altas y distinguidas personalidades; pero con licencia y pasaporte. El Teniente Córdoba y otros más desertaron. Páez mandó un piquete de jinetes en su busca, los agarraron, les mandó a seguir un *Consejo de Guerra,* y fueron setenciados a sufrir la pena de muerte. Mas, no fueron fusilados, porque intercedieron en su favor el valiente y épico Pedro Camejo, (a) *El Negro Primero,* y el Pbro. Trinidad Travieso.

Este hecho acaeció el año 1815, cuando la "Emigración" de Arichuna, El Mantecal, Achaguas y Cunaviche. Es decir, en los llanos

del Apure, situado entre este río y el Arauca, que los habitantes de esta zona pastoril llaman "Cajón del Arauca".

Ya hemos mencionado esta Emigración. El General Páez se refiere a ella de paso y sin asignarle la importancia que tiene para la Historia. Acaso esta indiferencia débese a la natural modestia del autor, pues describe hechos muy relacionados con su importancia y acaso temió caer en el pecado de la vanidad. Para el historiador crítico, para el imparcial y para todo aquel que guste de sondear en la raíz de los hechos para sacar alguna enseñanza útil, o destacar la personalidad de los autores de grandes hechos, esta página tiene un exuberante manantial de datos importantes para la integración del Personaje que no solamente fue valeroso, bizarro y épico en los campos de batalla con su fulminia lanza en la mano, sino que fue mucho más grande, valeroso y glorioso en las grandes batallas que libró y ganó contra las pasiones que encienden en el alma humana el fogón del orgullo, de la vanidad, de la jactancia y del egoísmo estéril y acarpo, que nada produce y nada engendra útil para la sociedad y para la gloria de la Patria. Páez libró contra sí mismo más batallas épicas y gloriosas que las que lidió en los campos de Marte y Belona. Porque vencerse a sí mismo, es mucho más difícil que vencer ejércitos. El más formidable enemigo que tienen los hombres grandes vive y reside dentro de ellos mismos, Bolívar pues supo vencerse a sí mismo, para que venciera la Patria. PAEZ en este particular culmina más alto que todo otro héroe venezolano, y sólo tuvo igual en BOLIVAR. Ambos Grandes Hombres vencieron muchas veces a sus enemigos con la Abnegación, la Generosidad y la Justicia inmaculada de sus actos.

En uno de los combates que libró contra las fuerzas de Francisco López, cayó prisionero aquel negro Manuelote, Capataz del hato de La Calzada, que tantas maldades le hizo,. que de manera tan bárbara y salvaje lo martirizó, hasta exponerlo a perder la vida, como ya hemos visto en el capítulo primero. Pues bien, póngase el lector en lugar de Páez: ¿qué habría hecho con este hombre cruel, inhumano e impío? Este hombre superior hizo lo contrario de lo que hubiese hecho el lector, en justicia y por moralidad.

Páez lo perdonó y le demostró que no guardaba rencor alguno contra él, ni menos aún tenía deseos de vengar aquellos ultrajes. No solamente ésto, sino que lo sentó en su mesa en el campamento de Arichuna, junto con sus oficiales de más confianza, y, al darle la libertad, le preguntó en qué podía servirle. El zambo Manuelote le pidió un Salvoconducto para regresar a su casa. Así fue hecho; pero, pocos días después Manuelote volvió al campamento y ofreció sus servicios al Coronel-Jefe del Ejército de Apure.

En su "Autobiografía", Páez inserta la lista de altas y distinguidas personalidades que vinieron a ponerse bajo el amparo de su prestigiosa autoridad. Entre los generales figura Rafael Urdaneta, aquel que le quitó el caballo que bien ganado había en gallarda y buena lid, con un enemigo, para satisfacer los deseos de un oficialete de su séquito. Y, ¿qué hizo contra el General Urdaneta? Caso omiso, de aquel acto cuya sécula habría sido mortal, además de injusta, pues dejó a un llanero a pie y solo en medio de un país atiborrado de enemigos, sin dinero y abandonado a su suerte.

Entre los coroneles de las tropas fugitivas hallábase Santander, de quien había recibido desdenes y desprecios. ¿Qué hizo en su contra?

Allí estaba otro coronel: Miguel Valdez, uno de aquellos que lo abandonaron y huyeron en secreto, para que un enemigo poderoso los destruyese, y, lo fusilase, según el oportuno aviso que les dió el Chato Guerrero. Y ¿qué hizo en su contra, en venganza, en justicia, por moralidad, siquiera?

Allí estaba el mismo Miguel Guerrero, quien recibió el aviso de su hermano, el Chato, y ¿qué mal urdió para vengarse de aquella traición tan inicua?

El alma generosa y noble del llanero ilustre ¿no se plegó blandamente ante la petición de su subalterno Pedro Camejo cuando intercedió en favor de aquel Teniente díscolo e indisciplinado que mal tascaba el freno de los regímenes militares? No habría sido él, quien lo castigase, sino el Consejo de Guerra que lo sentenció

a la pena capital por el delito de deserción en presencia del enemigo. Sin embargo, lo perdonó, y con su acto noble y generoso, en vez de un cadáver tirado en las llanuras del Arauca, la Nueva Granada ganó uno de sus máximos generales, y la libertad de uno de sus mejores adalides. Porque el perdón es siempre fecundo, mientras que la venganza es acarpa. Mas esta regla de conducta pónenla en práctica solamente las almas grandes de los Grandes Hombres.

En esta ocasión, Páez tuvo bajo su protección y amparo, dos generales, diez coroneles, tres tenientes--coroneles, tres comandantes, veinticinco capitanes, treinta hombres de letras y profesionales y catorce presbíteros, entre éstos, el *Padre Blanco,* y el *Doctor Méndez,* que después fue *Arzobispo.*

Además, entre la numerosa Emigración hallábase más de cien señoras y alrededor de cincuenta doncellas pertenecientes a familias hidalgas de Barinas, Guanare, Cúcuta, Trujillo, Casanare y Mérida.

Pero donde se puso a prueba el temple varonil, abnegado y noble de José Antonio Páez fue cuando se divulgó entre los emigrados y refugiados, la tremenda noticia de que por el lado de Guasdualito se aproximaba la Vanguardia del Ejército de Morillo, que venía de la altiplanicie bogotana con la resolución y el propósito de acabar con el UNICO foco de resistencia que a la completa ruina de las repúblicas de Venezuela y Nueva Granada existía a la sazón en los llanos de Apure y Barinas.

Porque para ese tiempo, (segundo semestre del año 1816), no había ninguno otro paraje donde hubiese tropas republicanas. El Apure y Barinas era semejante a una isla en medio del tempestuoso océano del despotismo realista. El Máximo Caudillo de la Libertad a la sazón andaba errante, desconocido, fugitivo y desprestigiado, por las playas extranjeras. En esta situación, cuando la única esperanza de reacción se hallaba en el Ejército de Apure, al mando de José Antonio Páez, huyeron varios de los más notables hombres que lo acompañaban.

Es muy doloroso decirlo. El mismo General Páez en su "Autobiografía" cuenta este momento tan triste de su vida, pero lo cuenta sencillamente, como él usa decir las cosas, así grandes como pequeñas, tanto las jubilosas como las tristes, en su Libro. Porque la verdad debe ser dicha sencillamente, pero desnuda, para que brille, como el sol, con luz propia, y no con reflejos ni con velos de hipocresía.

En ese momento tremendo y delicado, el mismo Páez nos dice que se separaron de su campamento, varios personajes, unos con Pasaporte, o Salvoconducto, y otros sin este documento.

Abandonaron a Páez con Pasaporte, los siguientes señores:

Francisco de P. Santander, el Coronel Conde, el Padre Blanco, J. M. Carreño, el Coronel Manuel Manrique, Miguel Valdez (éste siquiera tenía la disculpa de hallarse enfermo); doctor José María Salazar, el doctor Yánez, el Padre Méndez (el que fue Arzobispo) y el Padre Becerra.

Varios se fugaron sin pasaporte alguno. Páez, acaso por delicadeza no menciona sino dos nombres: uno venezolano y otro neogranadino, que son José María Córdoba y el Capitán Ramón Durán.

En esta página triste y dolorosa para el sentimiento venezolanista, el genio de José Antonio Páez, culminó muy en alto. Oigámoslo:

"Cuando en cualquiera empresa siente el hombre la fuerza extraordinaria de la Fe, debe siempre seguir su impulso, recordando que un Oráculo sagrado nos dice que ella hace prodigios. Además, tenía yo la firme persuasión de que los Llanos de Apure podían ser para nosotros lo mismo que fueron las montañas de Asturias para los patriotas españoles después del desastre que sufrieron en las orillas del Guadalete". Los apureños mostraron siempre en los campos de batalla todo el denuedo del cosaco, la intrepidez del árabe, y en sus virtudes cívicas, todas las virtudes cívicas y el desprendimiento de los espartanos. Ellos habían puesto a disposición de la Causa Patriota, sus haciendas, y consagrado a su triunfo su

valor indomable pues en los territorios que baña el río Apure el número de los héroes se contaba por el de sus habitantes.

Tan altos como merecidos conceptos, son de estricta justicia, son la más acabada expresión de la justicia; y, en las palabras de Páez, son un himno de alabanza para los hijos del Apure.

Mas, es de justicia, también, hacer constar que en la milagrosa, homérica y admirable acción de *Mucuritas,* al lado de los apureños se batieron tan valerosamente como los apureños, muchos trujillanos, merideños, casanareños, barineses y guariqueños. Para todos ellos las alabanzas de la Historia y la eterna gratitud de los pueblos que débenles el goce perenne de la Libertad y de la dicha de ser independientes dentro de los límites de la Tierra de nuestros Padres.

CAPITULO IX

MUCURITAS

Ahora, debemos mencionar como una de las mayores proezas de Páez, la acción de *Mucuritas,* que acaeció pocos días después de la deserción y fuga de muchos de los personajes que acompañaban al Héroe Llanero, pasaje de su vida, que le recordó, y recuerda a los lectores, la acción de Ricaurte, Guerrero y Váldez, cuando lo abandonaron frente al ejército de López en Guasdualito.

La situación del ejército de Apure era conflictiva. Acaeció la derrota del destacamento del Coronel Freites, en El Guayabal; la destrucción de la fuerza al mando del Capitán Roso Hurtado, en el pueblo de San Jaime, en el Portuguesa, y su lamentable muerte en la acción; la derrota infligida al General Rafael Urdaneta por la vanguardia de Calzada, cerca de Barinas; y, en fin, la deserción de oficiales y tropa, ya referida. Hallábase Páez en Achaguas, y

ya sabía que la Vanguardia de Morillo al mando de La Torre bajaba sobre el Apure.

En esta situación, el General Páez, irguiéndose sobre tales adversidades, como un gigante, planeó la batalla de "Mucuritas". Como hacen los grandes capitanes, fijó en el mapa del país el sitio para librar la batalla, y, por medio de movimientos estratégicos, atrajo a la División de La Torre hacia la sabana de "Mucuritas". Así hacen los grandes generales de la Historia: atraen al enemigo al campo donde se proponen desbaratarlo y eliminarlo de sobre la faz de la tierra. La acción de "Mucuritas", es tan magnífica y soberbia, que si Páez hubiese sucumbido poco después, habría pasado a la Historia como un Gran Capitán.

Noticioso el General Pablo Morillo, (el Jefe de la más formidable y aguerrida Expedición que envió España al Continente Americano, que se hallaba en la Nueva Granada), de los grandes éxitos alcanzados por el ejército de Apure al mando de José Antonio Páez, destacó a su segundo en el Mando, General don Miguel de La Torre, al frente de un poderoso y bien equipado ejército, integrado por batallones veteranos desprendidos del Ejército Español que había vencido las legiones imperiales de Napoleón Bonaparte en la guerra de la independencia española; y, descendiendo este ejército desde la cordillera de los Andes por los llanos de Casanare, invadió los Llanos del Apure en busca de Páez.

Pero el ejército español no hubo de hacer muchas diligencias para encontrarlo, porque Páez le salió al encuentro en las llanuras inmortales de MUCURITAS.

La Batalla de "Mucuritas", en la cual el Caudillo llanero destrozó a golpes de lanza y bajo el formidable empuje del pecho de sus caballos al ejército español, cuyos batallones eran entidades veteranas adiestradas en el arte de batallar, no sólo técnicamente y según los principios universales de la ciencia de la guerra, sino en los campos de batalla, recia y enconada de épicos caballeros de la guerra romancesca de la Heroica España.

José Antonio Páez lidió, venció y destrozó ese brillante ejército, y, si Páez hubiese muerto después de ese triunfo admirable, su nombre habría quedado estampado en las páginas de la Historia Militar de Venezuela como el más grande General de la América, y, del Mundo.

En "Mucuritas" el joven José Antonio Páez ascendió en alas de la victoria, a las más altas regiones de la celebridad humana, y desde ese día, no fué más el guerrillero audaz y habilidoso, sino el General estratega más destacado de Venezuela.

Para el día de la batalla de "Mucuritas", el General Morillo se hallaba con la Retaguardia a pocas leguas de distancia del campo, y, cuando supo el desastre de su ejército, quedó espantado, casi aterrado. Inmediatamente salió a pasitrote en busca de los restos del ejército, y, habiendo logrado reunirse con La Torre, abrieron marcha por la parte boscosa de la región, rumbo a Achaguas y San Fernando. Páez siguió a Morillo en línea paralela por las sabanas, sin lograr atraer al enemigo a un campo favorable para presentarle batalla.

El efecto del triunfo de "Mucuritas" en el ejército español fué asombroso y desconcertante. En un *Manifiesto* escrito y dado a la publicidad por el General Morillo para *explicar,* si no para *justificar* el desastre de las armas del Rey en el territorio de Venezuela, decía:

"Catorce cargas consecutivas de la caballería sobre mis cansados batallones, me hicieron ver que aquellos hombres no eran una gavilla de cobardes poco numerosa, como me lo habían informado, sino tropas bien organizadas que podían competir con las mejores de Su Majestad el Rey de España".

Y en carta-memorial dirigida al mismo Monarca español, decía, tan ingenuamente como se lo sugería aquel convencimiento:

"Dadme, Señor, diez mil llaneros como éstos que se han enfrentado y batido nuestros soldados, y yo os prometo que os haré dueño y Señor de toda Europa".

Tal fue, a grandes rasgos, la Batalla, y tales fueron sus principales resultados. Mas antes es preciso, para su verdadera apreciación, retroceder unos meses en la relación cronométrica de estos sucesos para decir que cuando el Ejército español al mando del General Morillo, después de apoderarse de la parte septentrional del territorio nacional, marchó a la Nueva Granada y llegó triunfante a su Capital, los patriotas neo-granadinos y los venezolanos que por allá andaban dispersos y sin unidad de acción por causa de la separación del LIBERTADOR para las Antillas y el Oriente de la República, se vieron obligados a huir hacia Casanare, solicitando el amparo del ejército de los Llanos, bajo cuya égida podían vivir sin ser perseguidos u hostilizados por los Realistas.

CAPITULO X

LLANEROS Y MONTAÑESES UNIDOS EN LA SUPREMA RESOLUCION DE TRIUNFAR

En Casanare hallábanse reunidos los emigrados, cuando llegó el General Servier a quien venía picándole los jarretes el General La Torre. Entonces, toda la emigración bajó a los llanos del Alto Apure, huyendo a los Realistas.

Suerte y muy grande, fué para los emigrados, que el General La Torre, cansado y maltrecho a causa del paso de la serranía, y por causa de la aproximación de la estación lluviosa, determinara "tomar cuarteles de invierno" —como él dijo recordando la táctica europea— en las poblaciones altas de Casanare, pues los emigrados pudieron acamparse en los llanos de Arauca y Apure. Para este tiempo, Páez se hallaba con una parte de su tropa en la Trinidad de Orichuna. Y hacia allí destacaron un posta con pliegos de Urdaneta, Santander y Serrano, llamándolo. El General Valdez, en su calidad de jefe de operaciones, le escribió también en el mismo

sentido. Páez atendió a la invitación, con tánto más beneplácito, cuanto que entre los emigrados se hallaban muchos e importantes militares venezolanos, ante cuya desventura, se conmovió su alma noble de patriota.

El objeto de la reunión era constituir un Gobierno provisional, independiente, para formar un Estado republicano. En efecto, se constituyó el Gobierno, nombrando los de la Junta, un gobierno constituído así:

Presidente de la República, el Lic. Coronel Fernando Serrano; *Ministro de Estado y Canciller,* el Dr. Francisco Javier Yánez; *Consejeros de Estado,* los generales Rafael Urdaneta y Miguel Servier; y *Jefe del Ejército,* el Coronel Francisco de P. Santander.

Como se ve, esta armazón era producto de la mente atrabiliaria de este último, hombre de gran talento y hábil para las tramoyas e intrigas de la política. Desde luego, ante la mente sencilla y despejada del joven Páez, este artificio no era otra cosa que un sainete ridículo y deleznable, como muy bien lo dijo después el historiador Rafael M. Baralt: "este aparato de gobierno establecido en aquellos desiertos por unos cuantos fugitivos sin súbditos ni territorio donde mandar, era altamente ridículo e ilegal, y lo que era peor, sumamente embarazoso". Serrano era neogranadino y quería mandar en territorio venezolano; Santander, también granadino, carecía de tropas de especie alguna, y era completamente desconocido en Venezuela, país al cual no había servido ni le había hecho beneficio alguno; Servier era francés y militar neo-granadino, y no inspiraba confianza alguna; y, en fin, Urdaneta y Yánez, aunque criollos de importancia y crédito, carecían de autoridad y prestigio suficientes para imponerse en la emergencia. Algunos historiadores llaman a este tren de gobierno, *República In Partibus.* Por todo lo cual, tenía que durar muy poco; y se disolvió por sí solo.

Una Junta de Oficiales del ejército de Apure y otros que no eran apureños ni barineses, deliberó sobre la situación y resolvió por unanimidad elegir un Jefe Unico, y confiarle ambos gobiernos, el

Militar y el Civil y Político. La Junta, que se componía de hombres de mucho prestigio y valimiento en el ejército constaba de los siguientes personajes:

Coroneles Juan Antonio Paredes, José María Carreño, Fernando Figueredo, Miguel Antonio Vásquez, Domingo Meza y Francisco Conde, quienes eligieron por unanimidad de votos y pareceres, al Coronel José Antonio Páez; elección que satisfizo a todos, y, aquellos a quienes no satisfizo, por celos o quisquillas del momento, la aprobaron con su silencio, y, porque lo necesitaban. Páez era el más llamado al mando militar y civil en aquellas circunstancias, porque era adorado de los llaneros, tanto del Apure como de Casanare y Barinas. Los éxitos alcanzados en la guerra justificaron esta elección, en la cual, como lo dicen los historiadores, pudo haber cierta maña política, pero jamás hubo violencia: la elección fué justa, aplaudida y certera. Obsérvese que entre los de la Junta se hallaba Figueredo, enemigo de Páez.

En comprobación de este criterio, es oportuno citar al historiador Restrepo, quien, por su condición de compatriota y amigo de Santander, se hallaba capacitado para opinar. Dice así el señor Restrepo:

"Era tal la confianza que todos tenían en el valor de Páez, en su actividad, en su influjo sobre los llaneros y en otros dotes que lo adornaban, que los Generales Urdaneta y Servier, lo mismo que algunos coroneles, se sometieron de buena gana a su autoridad, considerando este paso como la única tabla de salvación en aquel naufragio espantoso".

Reorganizado el ejército bajo el mando supremo de Páez, marcharon todos hacia el bajo Apure, y la Emigración de familias y la tropa se reunieron en la Trinidad de Arichuna. Es curioso saber que bajo las órdenes y la valiosa égida de Páez, se hallaban *dos generales, diez coroneles, cuatro tenientes-coroneles, veinte capitanes, cuatro tenientes, diez doctores, veinte señores padres de familia, dieciseis presbíteros* y muchas familias en las cuales había

niños, ancianos, damas, criados y sirvientes. Toda una población entre la cual la propia familia del Coronel Páez era como el centro de la colonia de emigrantes.

Así pasó el tiempo, y llegó el de la aproximación del ejército realista que bajaba de la serranía en dirección del Apure, como ya dijimos.

La noticia de esa aproximación infundió gran temor en casi todos, pues algunas personas creyeron, de buena fé, y sin ofender al Jefe, que su ejército no podía resistir la formidable acometida del ejército realista, cuyo número, además de ser muy crecido en relación al de Páez, el temor lo exageraba, imponiendo en muchos un verdadero pánico.

Entonces sobrevino una situación verdaderamente lamentable, la cual fué que algunos oficiales pidieron al Jefe, Pasaporte, para ausentarse y refugiarse en la Guayana, o irse para donde ellos creyeran que hallarían amparo seguro.

Entre los que, *con pasaporte,* abandonaron al Jefe, en tan crítica situación, se hallaban los señores *Francisco de P. Santander, Conde, Blanco, Carreño, Manrique, Valdez, Dr. José Mª Soto* y los civiles de la emigración, tales como el *Presbítero Méndez* (que después fué Arzobispo de Caracas), el Dr. *Yánez* y el *Presbítero Becerra.*

Algunos abandonaron el campamento sin Pasaporte y hasta un sargento y algunos soldados de infantería (ninguno de ellos llanero), desertaron, llevándose unos cuñetes de pólvora y municiones. Para contener la deserción, el Jefe despachó varias partidas de sus jinetes más leales y valerosos (entre ellos el Capitán Ramón Valero y el Coronel Antonio Rangel, ambos merideños), con la misión de traerlos al campamento para ser juzgados conforme a los usos de las leyes de guerra civilizada; y trajeron consigo a varios prófugos, entre los cuales se hallaban el *Teniente José María Córdoba y el Capitán Ramón Durán.*

El primero es el mismo que después llegó a ser General en la Milicia de la Nueva Granada, y alcanzó fama de valiente en las

guerras del Perú, y, quien ensoberbecido con sus triunfos, se rebeló contra la Suprema Autoridad del LIBERTADOR, por lo cual tuvo un trágico fin.

El Consejo de Guerra que los juzgó, los condenó a muerte; pero no fueron ejecutados por haber intercedido en su favor, el Dr. Serrano, el Presbítero Travieso y el benemérito Teniente Pedro Camejo (a) El Negro Primero, uno de los héroes de Carabobo. En esta situación, cualquiera habría desfallecido, no por la falta que en el ejército de Apure pudiesen hacer los hombres cobardes que se habían separado, y los desertores que habían huido, sino por la ruindad de la acción y por el convencimiento de que no otra pasión que la envidia, el egoísmo o el odio habían inducido a todos esos hombres a abandonar el ejército cuando se acercaba el poderoso enemigo de la Patria. Obsérvese la semejanza que hay entre este episodio y el de Guasdualito el año anterior.

Mas, el alma noble del Caudillo Llanero alimentaba la fé que alienta y estimula a los grandes capitanes cuando se ven golpeados por la adversidad; y, tenía el íntimo y elevado concepto que le merecían los hombres que lo acompañaban, en cuya lealtad confiaba; y, además, sabía muy bien que en el Apure aleteaba y palpitaba con bríos y alientos de águilas caudales el Alma de la Libertad, que era la esencia de la Patria cuyos fundamentos estaban solidificando en las llanuras que riegan los ríos Apure, Santo Domingo, Arauca y Portuguesa; las llanuras que en esa ocasión fueron lo mismo que para los españoles las montañas de Asturias cuando empezaron la Guerra de la Reconquista después del desastre de *Guadalete*.

Y, en esos momentos difíciles, la varonil y corajuda resolución de triunfar, se impuso en el alma y en el brazo de los llaneros de Apure, en los jinetes de Barinas, y en los bravíos soldados de la Serranía, pues si en el ejército que mandaba Páez formaban centauros, también militaban valerosos soldados de la Serranía Andina, como Antonio Rangel, Cruz Carrillo, Ramón Valero, Manuel Antonio Arráiz y cientos más, que se cubrieron de gloria en MUCURITAS, compartiendo los laureles del triunfo con Ramón Nonato Pérez, Cornelio Muñoz y Francisco Aramendi.

CAPITULO XI

DEL 17 AL 20

Durante el año 1817, el General de Brigada José Antonio Páez hizo las siguientes campañas: una sobre Achaguas, otra sobre Barinas y una tercera sobre el Alto Apure, combatiendo en los siguientes campos: en *San Antonio,* Comandante Jacinto Perera; en el Paso del Apurito, donde venció al Coronel español Dionisio Cisneros; en *Barinas,* tomando la plaza defendida por el Coronel venezolano Remigio Ramos; y en el *Paso de Utrera,* donde venció al antes mencionado Coronel Cisneros; y en el *Paso del Apurito* donde venció al Coronel Juan Durán.

El día 14 de enero comienza otro año de victorias y grandes éxitos para el Caudillo Llanero, venciendo en la acción de "La Biruaca" al Coronel José María Quero, venezolano, hermano de aquel sanguinario Juan Nepomuceno Quero, cuyo nacimiento contradice, perturba y destruye las teorías astrológicas de aquellos que creen en la influencia de los astros sobre el destino y condiciones psíquicas y biológicas de los seres humanos, a juzgar por su situación sideral en el momento del nacer; y digo que contradice esta teoría porque este hombre nació en una casa de la Plaza de la Candelaria, de Caracas, el mismo día y a la misma hora que nació el Libertador SIMON BOLIVAR, en una casa de la Plaza de San Jacinto; y, ¿habráse visto dos seres más distintos, contradictorios y antinómicos que Simón Bolívar y Juan Nepomuceno Quero?

El día 6 de febrero de 1818, Páez y Aramendi realizan uno de los hechos más asombrosos de la historia militar del mundo, que no registra uno semejante ni aún en las fantasías de la *Ilíada* y la *Odisea,* menos aún en las historias romancescas de la Epoca Caballeresca de la España Heróica; una batalla de jinetes contra barcos de guerra, batalla que nadie podría clasificar entre las navales, porque la libraron hombres a caballo y con lanza; pero que tampoco se puede incluir entre las de tierra porque fué sobre el agua y batallaron barcos artillados. ¿Qué fué, entonces, esta Batalla del

"Paso del Diamante", llamada también "Las Flecheras"? ¿Qué otra cosa fué sino un prodigio de valor, de arrojo, de astucia y de locura ejecutado por Páez y Aramendi?

Como este hecho admirable se verificó en presencia del Libertador Simón Bolívar y su Séquito, es oportuno y necesario decir cómo, dónde y por qué se habían reunido ambos Jefes.

Bolívar tuvo noticias del tremendo golpe dado al ejército español en la acción de "Mucuritas", estando en la campaña de Oriente, bregando contra los jefes realistas Jiménez, Pardo, Del Real y otros; y, naturalmente, encendió en él un entusiasmo fervoroso, y desde luego concibió el propósito de entenderse con el Caudillo llanero. Mas, una duda surgió en su mente: que acaso el Caudillo victorioso habría de negarse a reconocer su Autoridad. Para despejar esta incógnita, envió cerca de Páez una Embajada compuesta de dos sujetos escogidos entre los más prudentes que se hallaban a su lado, que fueron los Coroneles Manuel Manrique y Vicente Parejo, quienes hallaron a Páez en el hato del Yagual. Páez los recibió respetuosa y afablemente y oyó la embajada a la cual se manifestó desde luego inclinado, tan cordial como abnegadamente, lo que sorprendió y agradó muchísimo a los Embajadores.

El Jefe ordenó tocar *Reunión al Centro,* y, formada la tropa en la plaza, manifestó en público el motivo de la Embajada y sus deseos de reconocer al Libertador Bolívar como Jefe Supremo, y someterse él, y someter al ejército de los Llanos, a su único e indiscutible mando supremo.

Esta determinación de Páez no agradó a varios de los altos oficiales, y le advirtieron que la Junta de *Oficiales de la Trinidad de Orichuna,* al nombrarlo Jefe Supremo a él, no lo había autorizado para delegar la jefatura en otra persona y, que por lo tanto, su decisión era *ilegal.*

Páez les manifestó que sobre la soberanía de la Junta de Oficiales de Orichuna, se hallaba otra más grande: *la soberanía de la Patria,* y que para su bien y en su servicio, creía que era necesario reco-

nocer a Bolívar como Jefe Supremo, como el hombre más capaz de conducir los ejércitos de Venezuela, al triunfo definitivo de la Revolución Nacional comenzada el día "19 de Abril" de 1810, a la cual él y todos los venezolanos honrados y patriotas, servían. Luego llamó al Presbítero Dr. Ramón Ignacio Méndez, (el desertor del ejército y que después fué Arzobispo de Caracas), y ante el Ministro del Altar del Ser Supremo, revestido con los ornamentos rituales y después de haber invocado los favores de la Divina Providencia, Páez prestó ante el Sacerdote, el Juramento formal de obedecer la Autoridad Suprema del Libertador Simón Bolívar; y luego mandó a los demás jefes que prestaran igual juramento, que hicieron todos, sin excusarse ninguno de ellos. Después de este acto, todos los presentes siguiendo al Sacerdote, cantaron un *Te-Deum*.

Al terminar estas conmovedoras ceremonias, el General Páez dirigiéndose a los Embajadores que estáticos presenciaban todo, les dijo:

—Señores: Ahora, id y contad todo cuanto habéis visto y oído al Libertador Bolívar, y decidle que el ejército de Apure lo espera para estrecharlo entre sus brazos y rendirle el tributo de su cordial obediencia.

Páez se hallaba en San Juan de Payara, esperando al Libertador, de cuya aproximación ya tenía noticias, cuando una mañana, uno de sus edecanes le dio aviso de que Bolívar había llegado al hato de "La Cañafístola", a cuatro leguas de distancia. Inmediatamente montó a caballo, y solo, sin llamar a sus edecanes, partió a galope hacia el hato.

Al mismo tiempo, algunos oficiales de la Guardia que se hallaban acampados en el hato dijeron al Libertador que Páez se hallaba en San Juan, esperándolo, por lo cual, rápido, como él lo acostumbraba, montó en su corcel, y partió al galope hacia ese lugar.

Encontráronse a medio camino. Ellos no se conocían, ni por efigies. Apenas se conocían de alma; pero una natural intuición les

reveló que ellos eran Bolívar y Páez. Al verse, chazaron sus caballos, y, simultáneamente, echaron pie a tierra, y se abrazaron. Se abrazaron sin hablarse. ¿Para qué? ¿Qué valor moral o sentimental tienen las pobres palabras del lenguaje humano ante emociones semejantes?

Ni los discursos de Cicerón y Demóstenes, ni las arengas de Napoleón Bonaparte, podrían jamás tener la potencia sentimental de describir la emoción que cada uno de esos dos Genios experimentaba en ese momento. ¿Quién podría explicarla?

Bolívar tenía entre sus brazos al Hombre de Acción cuya espada libertaría a Venezuela, y Páez en los suyos al LIBERTADOR de América.

Ambos sabían estas cosas; y en ese momento, sus corazones, palpitando bajo el fuego de sus pensamientos sublimes intuídos en su mente por el Dios Supremo de la Historia del Universo, lo decían en el ritmo acelerado de sus potencias vitales.

Los edecanes que venían en pos de ambos Jefes, detenidos a cierta distancia no oyeron palabras algunas cruzadas entre ambos; pero sí observaron a la luz fulgurante de aquella mañana inmortal, que en los ojos de ambos Caudillos asomábanse lágrimas arrancadas del fondo de sus corazones, más expresivas, más elocuentes, más sublimes, que todos los cantos épicos de los romanceros de España, hechos poemos de amor y de admiración en el alma de aquellos dos Hombres, cuya amistad fué tan sólida y tan firme, que todas las intrigas y todas las infames calumnias de los políticos de Venezuela y la Nueva Granada, no pudieron destruir, no pudieron menguar, ni siquiera empañar.

Por esto se hallaba Bolívar en la orilla del Apure y en el *Paso del Diamante,* frente a la desembocadura del Coplé, aquel día 6 de febrero de 1818.

Trataban de pasar el ejército para la otra banda, con el fin de abrir campaña sobre el Guárico, donde estaba el ejército español.

Pero carecían de barcos para atravesar el caudaloso río Apure. ¿Cómo conseguirlos?, preguntábase el Libertador. ¿Cómo pasar el río?

Grave problema éste, de solución imposible, menos para aquel en cuyo vocabulario no existía la palabra "imposible".

Bolívar y Páez discutían el problema. Mas de pronto, como inspirado por el Angel de la Victoria, Páez dijo a Bolívar:

—Allí están las naves, mi General—. Y le señalaba con la punta de su lanza una escuadra de naves de guerra fondeadas en la otra orilla, en cuyos mástiles flameaba el Estandarte de Castilla y Aragón, la Bandera de oro castellano y sangre aragonesa.

—¡Pero, hombre, ¿de qué manera podría usted apoderarse de esas naves? —preguntó Bolívar a Páez.

—Sencillamente, mi General. Con mi Caballería!

—Y, ¿dónde está esa Caballería de agua? Porque con la de tierra no se puede hacer tal milagro, —exclamó sonriéndose el Libertador.

Y, el milagro se hizo. Lo realizaron Páez y Aramendi.

Montados en sus caballos apureños, nadaron hasta llegar a las naves, de donde les mandaban andanadas de metralla, con cañones y rifles.

Los jinetes nadan, avanzan. Ya casi llegan a los cascos. Dos jinetes van adelante. Uno de ellos, cuando ve que el otro va a echar mano a la borda de una nave, le gritó:

—Mi General, si usted toca el barco antes que yo, le corto la mano!

Y, lo cierto es que si Páez hubiera agarrado la nave antes que Aramendi, le habría cortado la mano de un sablazo.

Tales hombres fueron los que realizaron el Milagro de Las Flecheras, cuya escena estampó en un arranque genial el Genio admirable de Arturo Michelena. Tales hombres fueron los que dieron Libertad e Independencia a la América Española, del uno al otro confín.

Hablando algunos años después el Libertador con varios Generales por allá muy lejos, en las tierras sagradas de los Incas, cuando estaba sacándolas de la nada para hacerlas Naciones libres, contaba este hecho a los atónitos oyentes, y concluyó diciéndoles:

—Si yo mismo no hubiese presenciado este hecho asombroso, nadie habría podido jamás hacer que lo creyese!

Durante el resto del año, Páez hizo la campaña del Guárico, donde libró la batalla de "Calabozo" contra el ejército del General Pablo Morillo, sacándolo de la plaza. Pocos días después riñó otra batalla contra ese mismo ejército en el lugar llamado "La Auriosa". Seguidamente, y a las órdenes de Bolívar, Páez libró victoriosamente la batalla de "El Sombrero", contra el mismo ejército de Morillo. Regresado el ejército de Apure a sus bases, puso sitio a la Plaza de *San Fernando* defendida por el General José María Quero, a quien sacó del recinto amurallado y artillado.

Luego volvió a reñir con el mismo Quero en el sitio de "La Enea", hiriendo mortalmente a Quero, que murió pocos días después.

Pocos días más tarde y obrando bajo las órdenes inmediatas del Libertador defiende la plaza de *Ortiz,* y tiene que evacuar la plaza ante el formidable empuje de la infantería española al mando del General La Torre.

En el mes de mayo acepta temerariamente el reto del General en la acción de "Cojedes", donde perdió, abrumado por el número de los realistas.

Durante el año 1819 Páez hace las campañas del Bajo Apure bajo las órdenes de Bolívar, y la de Barinas bajo su sola dirección. Du-

rante los días 2 y 3 de febrero riñe la batalla de "El Caujaral" contra tropas de Morillo, que quedó indecisa. El día 11 del mismo mes combate con las fuerzas realistas al mando del General Francisco Tomás Morales en el lugar de "La Cañafístola". En marzo se batió contra la División al mando del General José Pereira, en el sitio de "Trapiche de la Gamarra", indeciso.

El 1º de abril riñe en combate parcial al frente de un escuadrón contra otro escuadrón del ejército de Morillo, en el sitio de "Las Cocuizas".

El día 2 de abril, Páez realiza otro de sus grandes prodigios de valor, de habilidad y de estrategia, en el campo desde ese día para siempre memorable de "Las Queseras del Medio", a orillas del Arauca, que el General Morillo en sus Memorias llama: "El Herradero". En esta campaña celebrada y cantada por los poetas en rimas ungidas de sabor épico de los tiempos caballerescos, Páez derrotó con 150 jinetes lanceros de su ejército, al de los generales Morillo y La Torre que contaba 7.500 hombres de Infantería veterana y valerosos jinetes, en su mayor parte criollos.

El día 20 de abril, libró el combate de "La Cruz", de Barinas, derrotando al Coronel Juan Durán.

Durante el resto del año, Páez no riñó más ningún combate. Las fuerzas realistas, cansadas y fatigadas por las continuas marchas y contramarchas, y desalentados sus jefes por las sucesivas derrotas sufridas en casi todos sus encuentros con los patriotas, se concentraron en la parte central y septentrional del País. El Libertador, despreocupado ya por la reunión del Congreso de Angostura, se consagró a planear la campaña final de la liberación de Venezuela.

Su genio clarividente vió y leyó en los arcanos de lo porvenir, que esta empresa tenía un auxiliar en la liberación de la Nueva Granada: a este efecto concibió el plan de invadir su territorio por los Andes. Reunió una Junta de Oficiales generales en el pueblo de Setenta, a orillas del Apure, y allí les expuso su vasto Plan de campaña contra el Virreinato.

El General Páez suministró tres unidades de su ejército, "Bravos de Páez", "Guías de Apure" y "Húsares de Páez". Por su parte quedó encargado de la Línea defensiva de la retaguardia contra cualquier intento de Morillo, (que estaba en el Guárico), la cual terminaba por la derecha en Angostura y por la izquierda en Cúcuta. Situado él en Barinas, podía atender en cualquier momento a los movimientos del General Morillo.

Y así transcurrió el año 1819, sin que hubiera otra actividad bélica que la de las operaciones militares en el Oriente, y así mismo transcurrió todo el año 1820.

El segundo semestre del año 19 y todo el año 20, no los pasaron los guerreros llaneros en la ociosidad y la vagancia y gozando de placeres; pues ni estaban en ninguna Capua ni había como darse gusto alguno, fuera de comer carne asada muchas veces sin sal, y casabe, por todo pan, remojando estos manjares con guarapo o guayoyo. Desde el General Páez hasta el último soldado ocupáranse durante ese lapso en recoger caballos y reses, aquéllos para domarlos y entretenerlos en los ejercicios de caballería; y éstas para cebarlas y prepararlas como bastimento que iban a emplear en las campañas sucesivas, pues bien sabían que la guerra sería aún larga y sangrienta. El Jefe se ocupaba de crear nuevos cuerpos de caballería e infantería, adiestrar a los soldados y jinetes y en reorganizar el ejército de Apure.

Un día de los finales de agosto del año 19, recibió Páez la gratísima noticia de los gloriosos triunfos alcanzados por el Libertador en su marcha sobre Bogotá, capital del Virreinato, la cual se hallaba bajo su mando. Poco después llegó Soublette, le confirmó esas noticias y le comunicó otras igualmente satisfactorias. Yendo Páez del Apure camino de Barinas, se encontró casualmente con el Libertador, que iba para Angostura. Este hecho acaeció en enero del año 20. Hablaron durante toda una noche, Bolívar le contó de pé a pá los hechos de la gloriosa campaña y la organización que había dado a la *Nueva Granada.* Separáronse al día subsiguiente, cada uno a su destino. Bolívar a organizar la *República de Colombia,*

integrada con los territorios de la Capitanía General, el Virreinato de Santa Fé y la Presidencia de Quito.

En el mes de agosto, empezaron las diligencias y tramitaciones protocolares del *Tratado de Armisticio* que había propuesto el General Morillo a Páez y al *Congreso de Angostura.* Aquél le manifestó que carecía de autoridad para entrar en tratos semejantes, pues este negocio correspondía al Jefe Supremo. Morillo se dirigió al Congreso y este Alto Cuerpo Legislativo le contestó lo mismo: que se dirigiera al Jefe Supremo. Así fué como en setiembre empezaron ambos jefes a entenderse, hasta que, por último convinieron en celebrar el *Tratado del Armisticio.* El General Páez, hablando de este trascendental suceso, dice: "Después de haber tenido la imaginación del lector ocupada con las terríficas escenas de la guerra, nos complace sobremanera traerlo a uno de los más notables episodios de aquellos tiempos, cuando ya la voz de las pasiones iba a ceder su lugar a la razón, poniendo término a los horrores que habían cometido tanto los que defendían los derechos santos de la Patria como los sostenedores del Despotismo". (Autobiografía).

El Tratado de Armisticio fué seguido por el no menos humanitario de la Regularización de la Guerra, ambos celebrados en Trujillo los días 25 y 26 de noviembre del año 1820. Celebrados y firmados ambos Tratados por los Representantes de Colombia y el Rey de España, el General Morillo invitó al Libertador a una conferencia amistosa y personal que se celebraría en el pueblo de *Santa Ana,* ubicada en el intermedio de los cuarteles de los Jefes. Verificóse esta Conferencia el día 27, y, por acuerdo unánime de ambos Jefes, se dispuso que el día subsiguiente colocar la *Primera Piedra* del momento que *Era Perenne* recordatorio a las generaciones futuras este Acto de la Piedad aplicada a la Guerra. Así fue hecho, abrazándose Bolívar y Morillo puestos de pie sobre la Piedra Cuadrangular, en el mismo sitio donde en la mañana del día anterior, se habían abrazado.

En ese lugar sagrado está enhiesto y arrogante el Monumento recordando a las generaciones de ambos mundos, la Caballero-

sidad, la Hidalguía y el Heroísmo de la Raza Hispano-Americana, representada en dicho Acto por los dos paladines de la Guerra Magna.

El Armisticio se cumplió al pie de la letra. El General Morillo se ausentó para España el día 17 de diciembre de 1820, precisamente en el primer aniversario de la Creación de la *Gran Colombia*. El Ejército español quedó bajo la suprema dirección de su Segundo, el General Miguel de la Torre.

El juicio crítico de Páez sobre la personalidad de Morillo, es el siguiente:

"Graves errores cometió Morillo en su misión de *Pacificador* adoptando para someter al país, medidas de severidad que le enagenaron los ánimos más indiferentes, y mirar con desprecio a los soldados criollos, mal aconsejados, que bajo las órdenes de Monteverde y Boves, habían sido el azote de sus compatriotas. Injusticia sería negarle su valor y su denuedo a toda prueba, su gran constancia, su talento militar y todas aquellas cualidades que necesita un Jefe para inspirar fe y confianza a sus subordinados; y, no por eso dejó de cometer errores militares en sus campañas de Venezuela". (Aut. Cap. XII).

CAPITULO XII

C A R A B O B O

Terminado el lapso fijado para el Armisticio, se reanudaron las hostilidades, el Libertador y Páez se reunieron en San Carlos.

El mismo día de la llegada de Páez, llegó al Cuartel General Libertador, el General peninsular Churruca, encargado de una Misión del General La Torre ante el Jefe Supremo.

Como Churruca hubiese llegado a la casa del Libertador pocos momentos antes de la hora de la comida vespertina, Bolívar invitó al honorable huésped a la mesa. Aceptó el General Churruca, y, junto con éste sentáronse a la mesa los generales del Estado Mayor y el General Páez.

La suspicacia de Bolívar le sugirió cual era el motivo principal, aunque oculto, de la embajada del militar español, colocó al lado suyo a Churruca y al frente de éste, a Páez, es decir, que los colocó a ambos bis a bis.

Al empezar la comida, Churruca preguntó disimuladamente a Bolívar si el General Páez concurriría a la concentración. Bolívar, con la rapidez que acostumbraba en casos semejantes, le contestó:

—Aquí lo tiene usted, a mi lado, y frente a usted.

Todos captaron el efecto que esta contestación produjo en el ánimo del español.

Inmediatamente, puesto de pie, Bolívar dirigióse cortesmente a Churruca, diciéndole:

—Dígnese usted, señor General, excusar la omisión que impensadamente he padecido no presentándole antes al General Páez.

Puestos ambos de pie, diéronse las manos cordialmente por sobre la mesa y ante la silenciosa expectación que aquel acto produjo en todos.

La comida fué servida y todos hablaban amigablemente, pero nadie dejó de advertir la turbación del General Churruca. En efecto, saber si Páez se hallaba en el campamento de Bolívar era la misión secreta de Churruca.

Concentradas las tropas de Infantería y Caballería, en San Carlos de Cojedes, el LIBERTADOR ordenó la marcha hacia el Septentrión, por el camino de Tinaco-Tinaquillo-Tocuyito y Los Taguanes.

Ocho años atrás en esta misma sabana pelearon denodadamente el ejército Libertador al mando del Brigadier Bolívar y la División de vanguardia del Realista al mando del Coronel Izquierdo. ¡Cuántos íntimos recuerdos evocó este paraje en la ardorosa mente del Libertador! Allí se acampó la tarde del 22 de junio la Primera División del que ahora mandaban en Jefe, la cual marchaba bajo la guía del General de División José Antonio Páez. En esta sabana, el Libertador pasó revista al ejército. Formaron sucesivamente las tres Divisiones: la de vanguardia al mando de Páez; la Guardia al mando del General Manuel Cedeño, y la tercera al mando del General Ambrosio Plaza. La descubierta estaba al mando del Coronel Laurencio Silva. Las acémilas con el Parque, las vituallas, botiquines de campaña, enfermería, sirvientes, peones conduciendo dos mil novillos, jinetes conduciendo cuatro mil caballos, en fin, los enfermos y la impedimenta con los capellanes y agregados, formaban una larga cola, como una inmensa serpiente multicolor y abigarrada que ocupaba el camino desde Los Taguanes hasta San Carlos de Cojedes.

En la sabana de Los Taguanes formaron 6.500 hombres de pelea, que eran 2.500 jinetes y 4.000 infantes, todos bien armados y municionados, vestidos con uniformes vistosos, cada cuerpo con su banda de música marcial y sus banderas y estandartes. Aquel fué un espectáculo imponente y admirable, que conmovió a todos, desde el LIBERTADOR, que vestía uniforme de Capitán General, hasta el último soldado.

El día 23 a las ocho de la mañana, la enorme serpiente empezó a moverse por el camino de Tinaquillo a las Vueltas del Naipe, y, la cabeza se acampó esa tarde al pie de la serranía. Al amanecer del día 24, la Primera División, empezó a trepar por entre los vericuetos de esta pequeña y accidentada cordillera. Cuando la descubierta del ejército de Apure, ascendió a la cima de la serranía donde llaman "Buena Vista", y contempló a lo lejos y entre las brumas de la llanura de "Carabobo", las manchas grises de los batallones realistas colocados estratégicamente en la llanura en espera del ejército Patriota, todos sintieron un estremecimiento sobrenatural, como si una intuición genial revelara a cada uno de

aquellos hombres que venía desde Achaguas camino de la Gloria, que en ese lugar y en ese día habrían de rendir ante la Patria y ante la Historia, el tributo de su vida, ofrecida desde allá lejos en las selvas y jarales del Apure en holocausto propiciatorio por la Libertad de América!

La División de Apure acampó en las encimadas de la serranía, en espera de la orden de continuar la marcha. El Libertador, acompañado de O'Leary, varios oficiales de su séquito personal y el vaqueano del país, señor Alejandro Febres, (a) *El Bonito,* vecino de Tinaquillo, montados sobre el techo de una casa desde donde se dominaba el campo de Carabobo, a favor de sus catalejos observaba atentamente el panorama y la colocación de los batallones realistas.

Estuvo observando durante largo rato, informándose acerca de la topografía de las montañas, laderas, faldas, zanjonadas y cañadas con el Vaqueano, que satisfacía plenamente todas y cada una de sus preguntas.

Al cabo de un rato de observación, descendió rápidamente, y, dirigiéndose a Páez, le ordenó desfilar al frente de la División por un sendero que desde el alto del Lorito tomaba hacia la izquierda, y, dando un rodeo, descendía sobre la llanura cayendo en ella por la derecha del campo realista, y le dió la orden de atacar con toda la División por ese flanco; maniobra que descoyuntó y desorganizó el campo realista, obligando a su Jefe a variar de frente bajo la acción del enemigo, operación funesta y aterradora, que jamás ha logrado ningún táctico soportar y resistir sin caer en su propia desorganización.

Páez cumplió al pie de la letra la orden del Libertador, y, al cabo de una hora de marcha por entre arcabucos, barrancos, matorrales y bajíos impracticables para caballería, surgió en la plataforma del lado superior, y atacó con los batallones apureños y la Legión Británica la masa de batallones realistas, que no tuvieron tiempo de acomodarse para resistir, siendo desbaratados a plomo, lanza y sable, aunque con el sacrificio de la Legión Británica que, con su

flema inglesa, el heroísmo de sus jefes y la muerte de sus guías, dió lugar y tiempo al *Bravos de Apure* para entrar en la llanura y desbaratar los batallones realistas y los escuadrones de jinetes al mando de Morales, el orgulloso canario que para salvar su vida hubo de refugiarse entre las filas del épico cuadro del *Segundo de Valencey*.

Hora y media duró la Batalla.

EL LIBERTADOR proclamó a PAEZ en medio de la batalla y en medio de la llanura inmortal, GENERAL EN JEFE DE COLOMBIA en nombre de la Patria y del Congreso Nacional.

En los llanos de Portuguesa y Cojedes se conserva una tradición relativa a la manera de cómo llegó a conocimiento del Libertador la existencia de los senderos de *Gualembe y La Mona*. Cuéntase que un mozo sancarleño de nombre Baudilio Marrero de oficio traficante y contrabandista entre los Llanos y los pueblos de la Costa marítima, entre cuyas poblaciones contrabandeaba tabaco y sal, (artículos que entonces se hallaban gravados por el Fisco), conoció estas vías secretas, por donde él y sus colegas del oficio, evadían la persecución de las autoridades. Este mozo entabló relaciones amorosas con una de las jóvenes barinesas que andaban en el Ejército de Páez, días antes de la *Acción,* y que se franqueó con la dama, revelándole el secreto de esta comunicación rápida y segura entre Chirgua y Las Manzanas, para demostrar lo cual decía él que apostaría una centena de pesos fuertes con cualquier jinete que saliese de Chirgua por el camino real de las Vueltas del Naipe y Buena Vista, y él a pie por Gualembe y La Mona, a cual llegase primero a Las Manzanas. Esta noticia fue comunicada a Páez por la valerosa muchacha que militaba en el Ejército de Apure en calidad de Teniente de Caballería. Y éste, captando la ventaja que daría al Ejército Libertador aprovechar de esas vías secretas para caer en la sabana de Carabobo por la retaguardia del ejército realista, la comunicó al Jefe Supremo, quien consultó el plan con el vaqueano *Febres, El Bonito* y quien fué del mismo parecer.

La tradición llanera no excluye la noticia histórica suministrada por el historiador Arístides Rojas sobre la información dada a Bolí-

var por este último. Al contrario, ambas se confortan y paralelamente llegan al mismo resultado: la división del Ejército de Apure para caer de repente sobre el flanco derecho del General La Torre, y desbaratar su plan de batalla.

Es muy conveniente que los escolares describan pasajes y episodios de la Campaña de Carabobo, la última de la Guerra Magna y la que remató tan gloriosamente la Revolución comenzada el día "19 de Abril".

La muerte del famoso Pedro Camejo, (a) *Negro Primero;* la habilidad del Capitán Bravo para defender su pellejo de los catorce lanzasos que rompieron el uniforme sin tocarle la piel; la heroicidad del Batallón Segundo del Regimiento de "Valencey", al mando del Bizarro Coronel español García; el ataque de catalepsia que asaltó a Páez en medio de la batalla; el fallecimiento de las cinco damas barinesas que aparecieron muertas en el campo de Carabobo; la heroicidad del Batallón Británico; en fin, tántos y tántos episodios de la Batalla, son otros tantos temas muy hermosos, y, a la vez que patéticos y conmovedores, fecundos tópicos para adiestrar la mente de los jóvenes en el difícil arte de la Composición castellana. Asimismo sería muy grato ejercicio para el gusto artístico de los escolares que posean habilidad para manejar el lápiz, estampar por medio del dibujo las concepciones ideales que ellos capten acerca de aquella y otra escenas épicas de esa y otras campañas de la Guerra Magna; y por este camino es seguro que la Nación llegará a poseer otros cuadros admirables como los de Arturo Michelena, Rojas, Castillo, Tito Salas, y otros genios del arte pictórico que tanto honran a Venezuela.

El año 1822, siendo el General Páez Comandante Militar de uno de los Departamentos en que fué subdividida Venezuela cuando formaba parte integrante de la Gran Colombia, dirigió la Campaña sobre Puerto Cabello, postrer refugio entre cuyas murallas se guareció el resto del Ejército Español vencido en CARABOBO. El fuerte que defiende por el lado de tierra la plaza de Puerto Cabello llamado "Mirador Solano", fue tomado por Páez después de

haber derrotado al Coronel Raimundo Montero en el combate de "Patanemo".

El día 11 de agosto del mismo año venció al General Tomás Morales en la acción de "Sabana de la Guardia" cerca de Naguanagua, lugar donde el militar español le opuso una fuerza de 2.500 infantes, y a la cual desbarató el invicto llanero con 850 hombres.

Durante el lapso corrido desde el 7 de octubre al 8 de noviembre, el General Páez sostuvo un cerco tenaz y formidable contra la Plaza fuerte de Puerto Cabello, la cual capturó en la noche del 7 al 8, penetrando en la plaza amurallada después de atravesar a nado el manglar que defendía la ciudad por el lado del mar. En esta acción venció a los generales Sebastián de la Calzada y Manuel Carrera y Colina, quienes capitularon y entregáronle el Castillo de "San Felipe", (hoy Libertador). Esta acción es la última librada en tierra y la cual, junto con la naval librada por el Almirante José Padilla, pusieron término y sello a la guerra de doce años sostenida por los venezolanos para libertar la Patria de la Soberanía política española.

Con esta proeza, tan admirable como la "Toma de las Flecheras", pues si en ésta apresó barcos con caballería, en la de Puerto Cabello tomó una plaza fuerte poderosamente artillada y amurallada pasando un brazo de mar a nado para asaltar sus muros, remató gloriosamente su Vida Militar el hombre que la inició en un hato llanero como *Peón de sabana,* y, después de ascender a fuerza de heroísmo, de sacrificios y constancia, rigurosamente, los escalones de la jerarquía militar hasta culminar en el campo de "Carabobo" en el más alto rango de la Milicia. Con la acción de Puerto Cabello quedó completamente libre de enemigos el territorio nacional de Venezuela, Libre y Soberana la Patria, después de doce años de recia y sangrienta lucha, ahora requería el concurso de esas mismas virtudes, no ya en el seno de las batallas sino en los campos del Civismo y la Cultura. El hombre que había contribuido con su heroísmo y sus esfuerzos a crearla, tenía que contribuir también con su patriotismo y sus virtudes civiles a engrandecerla. Y Páez no le negó ese concurso; antes bien, formó filas en las legiones de los

que consagraron sus esfuerzos para levantarla de entre las cenizas y los escombros hasta la altura de prosperidad y la grandeza nacional.

Resta ahora volver la vista, idealmente hacia atrás para buscar en las proezas, no ya bélicas sino psíquicas, algunos de los actos que exhiben al Héroe en su talla moral. Entre varios actos de sus sentimientos caballerescos, debemos, para rematar estos someros apuntes, referirnos a los siguientes:

Corría el año 1819, cuando el LIBERTADOR ocupábase de aderezar, organizar y dirigir las diligencias que planeaba para llevar a cabo felizmente la Campaña de Liberación del Virreinato de la Nueva Granada. A tal efecto, destacaba las comisiones y dictaba las órdenes que debían preparar la marcha hacia la alta y escabrosa Cordillera Andina cuyas crestas debía doblar para derribar a golpes de heroísmo el Trono del Virreinato, y fundar allí la República. Entre las medidas más importantes al comienzo de la empresa se cuenta la que dispuso despachar adelante con destino a los pueblos de la Provincia de Casanare al Coronel Francisco de P. Santander, autorizándolo para organizar un cuerpo de vanguardia y acopiar bastimentos y demás elementos para dar el golpe de mano sobre la Provincia de Tunja, y caer sobre la Capital del Virreinato.

Salió el Coronel Santander por el río Orinoco-arriba hasta la desembocadura del Meta, vía ésta la más segura y rápida para llegar a Casanare. Preparado ya para el cumplimiento de su comisión, se puso en marcha y adelantó una carta dirigida a su amigo el Dr. Pedro Fortoul, que residía en Guasdualito, la cual despachó por la vía del río Apure, siguiendo él, por la del Meta. En esta carta, le comunicaba el empleo y el destino que le había confiado el Jefe Supremo, y asimismo le decía que llevaba recursos para organizar un ejército en Casanare, para donde iba; y lo invitaba a él, y a los demás neo-granadinos que se hallaban en esa región apureña, para que se unieran a él, en Casanare. En la misma carta, el Coronel Santander decía a su amigo Dr. Fortoul, lo siguiente:

"Es preciso que nos reunamos en Casanare todos los granadinos para libertar nuestra patria, y para abatir el orgullo de estos malandrines follones venezolanos".

Malandrines (es decir, pillos y bellacos), y *follones* (es decir, arrogantes y ruines), llama Santander a "los venezolanos". Téngase presente que la verdadera significación castellana de la palabra "follón", es la de cohete sin trueno, es decir, que *no revienta el trueno aunque lo tenga,* y también la de "viento sin ruido".

Pero, ¿a quiénes se refería directa o personalmente el Coronel Santander?

Fácil es saberlo, recordando la conducta retrechera de Santander y su compinche Castillo, cuando la invasión de Venezuela el año 1813, allá en los valles de Cúcuta. Referíase a BOLIVAR, sin duda alguna. Pero también al mismo PAEZ, de quien era enemigo solapado, por efecto de la odiosidad que le profesaba desde aquello de la Trinidad de Orichuna, cuando Páez le desbarató la bonita combinación de la República *in partibus in fidelius.*

El General Páez, en cuanto recibió la célebre carta, enviada por el Capitán Miguel Antonio Vázquez, quien la había interceptado en el trayecto, dispuso que el Capitán José Laurencio Silva saliese camino de la Boca del Meta y detuviese allí a Santander, so pretexto de que Casanare se hallaba ocupado por fuerzas realistas, mientras él enviaba la carta al LIBERTADOR, (que se hallaba en Angostura) y obtenía su respuesta con las órdenes del caso. Santander escribió seguidamente a Páez pidiéndole el permiso de seguir adelante, porque (decíale), si es verdad que los realistas habían incursionado en Casanare, no había sido sino una operación de exploración, sin trascendencia.

Juntamente con esta carta de Santander, recibió Páez la respuesta del LIBERTADOR, y, (dice el mismo Páez en la "Autobiografía"), que le decía que habiéndose impuesto del contenido de la carta, lo autorizaba para obrar como él lo juzgase más prudente.

Si en el alma generosa de Bolívar, tal conducta no produjo sino el castigo del desprecio, en la noble de Páez obró el perdón de estas sandeces propias de un corazón roído por la envidia. Ambos perdonaron a Santander; por lo cual Páez ordenó al Capitán Silva que lo dejase pasar río-arriba hasta su destino.

Nuestro historiador Rafael M. Baralt es injusto, acaso por falta de conocimientos en este detalle, cuando relata los preliminares de la Campaña sobre la Nueva Granada. Páez lo corrige en su "Autobiografía". Baralt leyó esta anotación, y se conformó, por cuanto la corrección de Páez era justa y necesaria.

Otra de las grandes y fecundas virtudes de Páez era la justicia manifestada en el público y ferviente aplauso que rendía a sus subalternos en la realización de los hechos que, por ser él mismo director y conductor, podría muy bien atribuirse, y reclamar para sí solo, la gloria de su ejecución y el éxito alcanzado en el esfuerzo común. Tal como sucedió en el campo de batalla en la homérica singular acción de "Las Queseras del Medio". Admirado Páez de la precisión, la rapidez y el brioso empuje conque el Comandante Juan José Rondón ejecutó la orden dada en el más sublime momento de la División de Infantería de Narciso López, (cuyo éxito permitió a Páez reagrupar las dos masas de jinetes en una sola para dar la carga portentosa que decidió la victoria en favor de los 150 héroes), y en el preciso momento cuando los diversos cuerpos del ejército español corrían espantados y abandonaban el campo a los llaneros, y "cuando ví a Rondón recoger tántos laureles en el campo de batalla —(dice el mismo Páez, en su "Autobiografía")— no pude menos que exclamar: Bravo, bravísimo, Comandante Rondón!

—General —le contestó el Comandante Rondón, vivamente emocionado— *¡Así se baten los hijos del Alto Llano!*

Pero, en remate y conclusión de estas notas-pálidas, muy pálidas, ante los radiantes fulgores de aquellas gloriosas hazañas del más heróico de los Paladines de la Magna Guerra y como una síntesis

de todas, es justo copiar algunos párrafos de la citada obra del mismo Héroe (su "Autobiografía"), los cuales dicen:

"El autor de un pomposo panegírico de Bolívar, el escritor que ha causado al Libertador la incomparable desgracia entre sus muchas y grandes desgracias, de constituirse en su Homero, el enemigo encarnizado que no encontró en Colombia, más culpable que yo, ni méritos en mis servicios, ni en los de ningún otro Jefe americano, sino en Sucre; el periodista que por ingratitud juró venganza contra mí y los míos, no desperdicia ocasión de pintarme como un salvaje incapaz de razón, y siempre dispuesto al alzamiento. Calamidad ha sido sin medida que el Hombre más grande de la América, el Genio de la Libertad de un Continente, sufra el martirio póstumo de un panegírico menguado; pero no es menos infortunio que al cabo de un hombre de bien tenga que defenderse contra los ataques de la malquerencia. El historiador me acusa de haber estado siempre haciendo oposición al Libertador; pero el hecho que voy a referir ahora, y los demás que irán apareciendo, bastan para convencer a los que no conocen la historia de nuestra revolución, de la falsedad de semejante cargo".

"Después de haber derrotado con tropas colecticias a los españoles en todos los encuentros que tuve con ellos, organicé en Apure un ejército de caballería y el famoso Batallón "Páez", vencedor más tarde en "BOYACA". Bolívar se admiraba no tanto de que hubiera organizado ese ejército, sino de que hubiera conservádolo en buen estado y disciplina, pues en su mayor parte se componía de los mismos individuos que, a las órdenes de Yáñez y Boves, había sido el azote de los Patriotas. En efecto, ¿quién creyó jamás que aquellos hombres, por algunos escritores calificados de salvajes, acostumbrados a venerar el nombre del Rey como el de una Divinidad, pudieran jamás abandonar la causa que ellos llamaban "santa", para seguir la de la Patria, nombre que, para ellos, no tenía significación alguna?

"¿Quién creyó entonces que fuera posible hacer comprender a hombres que despreciaban a los que no podían competir con ellos en la fuerza bruta, que había otra superior a ésta, a la cual era

preciso someterse? Sin embargo, por encima de todos estos inconvenientes, yo logré atraérmelos; conseguí que sufrieran contentos y sumisos, todas las miserias, molestias y escaseces de la guerra, inspirándoles al mismo tiempo el amor a la Patria y a la gloria, respeto a las vidas y propiedades, y veneración al nombre de la Patria. En el Apure, llegué a tener en mis manos, todos los bienes de esta Provincia, que sus habitantes pusieron generosamente a mi disposición. Calculábase entonces que en el Apure había un millón de reses vacunas y quinientas mil bestias caballares, de las cuales tenía yo la cantidad de cuarenta mil caballos empotrerados y listos para la campaña. Tenía a mis órdenes, militares de reconocido mérito, y ejercía la autoridad de Jefe Supremo que me había sido conferida en La Trinidad de Orichuna por las reliquias de las Repúblicas de Nueva Granada y Venezuela. Cuando disponía de todos los recursos antedichos, teniendo a mis órdenes aquel ejército de hombres invencibles que me obedecían gustosamente, y me respetaban como a un padre, y cuando me hallaba investido de una autoridad omnímoda, Bolívar, a quien yo no conocía aún personalmente, me envió desde Guayana a los coroneles Manuel Manrique y Vicente Parejo a proponerme que lo reconociese como Jefe Supremo de la República. Si yo hubiese abrigado entonces miras ambiciosas, no podía presentárseme ocasión más oportuna de manifestarlo; pero sin vacilar ni un momento, recibí respetuosamente a los comisionados en el hato de El Yagual, y declaré al ejército mi resolución de reconocer a Bolívar como Jefe Supremo de la República". (Los detalles de esta memorable y trascendental escena, están descritos en el Capítulo XI de esta obra).

Además de esta elocuente defensa que de su conducta hace el General Páez en su obra autobiográfica contra las detracciones del historiador Larrazábal, la veneración, rayana en idolatría, que el General Páez profesaba al LIBERTADOR se demuestra en mil casos, por demás convincentes. Siendo Páez Presidente de la República de Venezuela, el año 1841, decretó el traslado de los sagrados restos mortales del HEROE MAXIMO DE LA LIBERTAD, (que se hallaban en la Catedral de Santa Marta desde el día infausto de su muerte), para el lugar que la Justicia Histórica le había

señalado en nuestro Panteón Nacional. Este hecho revistió los caracteres de una magnífica Apoteósis, signada por muchas manifestaciones populares, inspiradas en el santo, grande amor que el Héroe venezolano profesó de todo corazón al LIBERTADOR, como lo sintetiza el grandioso Discurso del eminente orador Don Fermín Toro, oración que los jóvenes venezolanos deben leer para abrevar en esos pensamientos sublimes unas gotas de esa savia vivificante que se llama PATRIOTISMO.

CAPITULO XIII

TITULOS, HONORES Y DISTINCIONES DISCERNIDOS AL GENERAL PAEZ DURANTE SU VIDA

General en Jefe de Colombia, conferido por el Libertador en pleno campo de batalla en "Carabobo" cuando aún resonaban las descargas de la División Plaza rindiendo al Batallón Segundo del Regimiento "Valencey", en nombre de la Nación y del Congreso.

Medalla de los "Libertadores de Colombia", adjudicada por el Congreso de Cúcuta, el año 1821. (Ya tenía la de "Orden del Libertador", conferida por Bolívar en los "Potreritos Marrereños").

Medalla de Puerto Cabello, conferida por el Gobierno de Colombia, el año 1824.

Busto del Libertador, conferido por el Congreso de la República del Perú.

Espada de oro, ofrendada por el Libertador el año 1827.

Título de "Ciudadano Esclarecido", conferido por el Congreso de Venezuela.

Espada de oro, ofrendada por el Congreso de Venezuela.

Primer Serenísimo Gran Maestro, conferido por la Logia Masónica de Venezuela.

Gran Oficial de la Legión de Honor, conferido por Luis Felipe, Rey de los Franceses.

Gran Cruz de la Orden Militar de la Espada, conferida por el Rey de Suecia y Noruega, el año 1844.

Miembro de la Orden de Guadalupe, conferida por el Presidente de la República de México, General Antonio López de Santa Ana, año 1864.

Ilustre Prócer de la Independencia, conferida por el Gobierno de Venezuela.

Solemne Recepción de las Autoridades y pueblo de Filadelfia, a su arribo a esa ciudad el año 1850.

Solemne Recepción de las Autoridades y pueblo de Nueva York, a su llegada a esa metrópoli el año 1850.

Solemne Recepción rendida por las Autoridades y pueblo de Baltimore, a su llegada a esa ciudad anglo-americana el año 1851.

Solemne Recepción, rendida por las Altas Autoridades de Washington, en la cual el pueblo le tributó homenaje apoteósico el año 1851.

Solemne Recepción de las Autoridades y pueblo de México, el año 1854.

Solemne Recepción, en el Palacio Real de Francia rendida por el Rey de los Franceses, Luis Felipe, el año 1856.

Solemne Recepción, rendida por el Rey de Baviera, en la ciudad de Munich. Entre las demostraciones de alto aprecio y cordial

admiración estuvo el hecho de que el mismo Monarca le sirvió de Cicerone para visitar el Museo Real.

Mandó en Jefe la Gran Parada Militar del Ejército de los Estados Unidos Anglo-americanos, sirviéndole de Primer Ayudante de Ordenes el Presidente Mac-Klelen, (honor que no ha sido dispensado a ninguna otra persona, jamás).

Gran demostración de admiración y simpatías rendida por el Gobierno y pueblo de Buenos Aires, entre las cuales se cuenta la distinción de conferirle el Grado Militar de *Brigadier de la República Argentina,* el año 1866.

Solemne Recepción de las Autoridades y pueblo de Montevideo, el año 1868.

Recepción de las Autoridades y pueblo de La Paz, República de Bolivia, cuyo Presidente, General Melgarejo le confirió el grado de *Brigadier,* año 1870.

Recepción del Gobernador y el pueblo de Panamá, el año 1870, y con tal motivo, el Gobierno de la Nación Neo-Granadina le confirió honores y una pensión vitalicia.

Con motivo de haber hecho escala en el puerto de El Callao el barco que lo conducía a Panamá, el Gobierno peruano le confirió honores y una pensión vitalicia de 8.000 soles anuales.

El año 1873 (a los 83 años de edad), murió el General Páez en la ciudad de Nueva York, y en tal ocasión el Gobierno le tributó solemnes exequias y diversas honras fúnebres, así en Nueva York como en Washington.

El año 1876, el Presidente de Venezuela, (Gral. Guzmán Blanco), ordenó trasladar sus restos mortales al Panteón Nacional. Este traslado se hizo el año 1888 siendo Presidente de Venezuela el Gral. Hermógenes López.

El Presidente de la República Dr. J. P. Rojas Paúl decretó el año 1890, erigir una estatua de bronce al Gral. Páez, en una plaza de Caracas; y el Gral Joaquín Crespo, Presidente de la República el año 1894, ordenó por decreto especial erigir una estatua al mismo General Páez en una plaza de Caracas. Ninguno de estos decretos fue ejecutado ni realizado; pero el año 1905, el General Cipriano Castro les dió cumplimiento erigiendo una estatua ecuestre de bronce, de Páez, en la Plaza de la República.

En el lugar del nacimiento del Grande Héroe (cerca de Acarigua, como dice el Cap. I de esta obra), el Gobierno regional del Estado Portuguesa erigió un monumento conmemorativo de ese Hecho.

En el soberbio y grandioso Monumento de "Carabobo", se halla la estatua del Invicto Jefe, en cumplimiento del Decreto del LIBERTADOR que ordenó erigirlo.

En el campo de "Las Queseras del Medio", orillas del río Arauca, se halla un monumento erigido allí en memoria del Homérico combate.

En algunas poblaciones de la Nación venezolana existen sendas estatuas y bustos de bronce del Héroe. Muchas calles y plazas de poblaciones venezolanas se honran con su nombre esclarecido.

Tal es la somera síntesis de la vida portentosa del Llanero Homérico; pero la Historia, con su palabra justiciera y solemne, proclama a JOSE ANTONIO PAEZ "Fundador de la República de Venezuela".

Y, tal es, en nuestro humilde concepto de venezolano agradecido, el más grande de sus Títulos, y por el cual los que nos sentimos ciudadanos de una nación libre e independiente, así lo reconocemos y proclamamos ante la más remota posteridad.

PAEZ, GUERRILLERO DEL LLANO

por Antonio García

EL HOMBRE Y EL ESCENARIO

Por 1810, se recomienza la onda insurreccional iniciada en la Revolución de los Comuneros de 1781, cuando el pueblo toma la iniciativa del alzamiento y enfrenta —prácticamente, guiado sólo por su esperanza y sus instintos— su soberanía a la del rey. Por 1810 son las aristocracias letradas: primero conspiran en los clubs y se arman de una ideología revolucionaria —la inspirada en la Francia jacobina de los Derechos del Hombre y del Ciudadano—; luego transforman los Cabildos en Juntas subversivas de Gobierno y por último niegan revolucionariamente la soberanía del rey a nombre de la soberanía del pueblo.

Pero la independencia y la república no se ganan sino cuando el pueblo mismo —desde el estuario del Orinoco hasta el de Guayaquil— entra en el escenario de la guerra. Las banderas que lleva la patria a las masas de esclavos, indios, peones, son semejantes a las que había levantado la Segunda Revolución de los Comuneros, en manos de José Antonio Galán: abolición de los privilegios de sangre, libertad de los esclavos, devolución de las tierras de comunidad a los indios, eliminación del impuesto personal, arrasamiento de los estancos fiscales y de las alcabalas, reparto de las tierras realengas o de las confiscadas a los estancieros españoles, libertad ante la ley... Es el General Simón Bolívar quien transforma las guerras de independencia en una revolución social. Los llanos orientales —los de la Nueva Granada o los de Venezuela, indistintamente, ya que las fronteras políticas no pueden desunir lo que la geografía ha unido — se convierten en el cuartel general de la causa independiente y en el mejor escenario de la

guerra de guerrillas. José Antonio Páez, peón de un hato, es el producto más puro e íntegro de ese estilo de guerra y de ese llano.

Su historia como guerrillero llega al momento de esplendor cuando desmonta en el llano Pablo Morillo, el más hábil General de la Reconquista, formado en las guerrillas con las que el pueblo español derrotó a las veteranas tropas de la invasión napoleónica. Ni Páez ni Morillo encuentran una mejor oportunidad para medir su estatura.

Este retablo histórico está hecho en el contrapunto de los dos guerrilleros: uno que pelea en su medio, por su libertad y por su gente y el otro contra esa gente y esa libertad.

La Reconquista fue aplastada militarmente por las tropas libertadoras. Pero alcanzó a lograr, parcialmente, sus objetivos, al dejar una república decapitada. El crimen político de la Reconquista consistió en haber llevado la inteligencia republicana a los patíbulos.

La república quedó en manos de quienes la conquistaron con el hierro, pero que no sabían gobernarla sino por medio del hierro. Los guerrilleros y los hombres fraguados en la conducción de la lucha, no podían gobernar *sino como entendían y sabían. ¿Qué Estado impersonal, qué sistema representativo, qué juego sometido a reglas, qué hacienda pública, qué sistema de convivencia y de paz podía construirse con ellos? El Olmo no da peras: toda la historia humana nada puede contra semejante principio.*

El problema de la revolución consiste en destruir un orden viejo para construir un orden nuevo. Si no se sabe, no se puede o no se quiere construir un orden nuevo, renace —inevitablemente, por ley de gravedad— el orden viejo: porque sólo construyendo es posible destruir auténticamente, ya que la historia no conoce el arrasamiento puro y simple, sino la substitución.

Cuando el último soldado español se embarca de regreso a la Península, lo que queda en pie no es un nuevo orden, sino el

orden colonial —su cuerpo, sus instituciones, sus clases, su economía, su cultura, su espíritu— administrado por un nuevo cuadro de personas. Las leyes que elabora la incipiente república son leyes de papel, inocuas y artificiales, sin fuerza para remover o neutralizar las verdaderas leyes de hierro: las que regulan una vida social fraguada en tres siglos largos de conquista española. Por eso no operan los caudillos iletrados —como el guerrillero Páez— ni tampoco los caudillos letrados, como Santander, que propagando el respeto supersticioso a las leyes y a los derechos creados, no hacen sino conservar jurídicamente el viejo orden de privilegios.

Lo que se muestra aquí, en este retablo, es sólo una cara de la medalla: la cara heroica del caudillo en la guerra. La otra cara —la del caudillo en la paz y en el gobierno— nada tiene de heroica ni de singular.

LLEGA JOSE ANTONIO PAEZ

¡Llano ancho, latiendo en los canaloncitos del Apure! ¡Llano ancho, donde no cabe un hombre solo y donde la tierra calcinada se pega al viento duro, duro y curtido como criado en los hatos del Arauca! Llano ancho que es un solo camino para los caballos: los caballos rucios, que son los que mejor galopan y los que mejor nadan.

—Y aunque no lo creiga, vale, pero eso se lo digo yo que nací sobre un potranquito llanero en Acarigua.

Por el galope se conoce el caballo, pero el caballo llanero porque es llano puro, carne y hueso de la tierra que es ancha para que nadie se tape los ojos. Caballo de pampa es vegetal, como la

yerba: nace cuando los ríos se salen de madre, entre las matas carnosas que sobreaguan o cuando dan voces en la noche los pastizales resecos, espinos y esparto.

En un potranquito que rebota como el caucho sobre el llano arisco, llegó José Antonio Páez a la tierra. Venía montado a la llanera, con los talones mordiendo los ijares y ajustado sobre la silla de madera, sin coraza ni arzones. Traía las naricillas abiertas para beber el aire fresco de los esteros del Araure o para adivinar las matas de monte dispersas en la seca inmensidad de la sabana... Por allí vió la primera luz, a la orilla del agua. El agua quieta y sonsa, que se adormila calentando los huevos de los caimanes, pero al fin y al cabo... ¡su campo! Agua de los caños y de los ríos, cenagosa y cerril como los caballos sin doma, recelosa y taimada...

Aquí está: agarrado de las crines y vestido con una piel de toro sin adobar. En el llano grande hay una alegría que hincha el corazón del pueblo. El cogollito de la esperanza se abre camino en la sangre de los peones y ciento cincuenta llaneros, la flor y nata del desierto, van con las riendas sueltas, buscando al galope a quien los llama.

Nadie lo anuncia. Sin embargo, todo el pueblo siente en las carnes el desprendimiento. En las aldeas tímidas y en los hatos, se estremecen los hombres como si les golpeasen la ramazón de las venas. En plena pampa, sin otra cuna que la tierra, nació la llamarada. El riachuelo Curpa la lamía como un animalito casero. La veían de todas partes, encogida y elástica, esperando el viento del oeste para saltar a la conquista del llano. El viento sirve de trampolín a la llama: el viento y la rama seca del hambre. Un grito corría debajo del suelo, cálido y azogado, buscando una boca:

—Alto, quién vive?

—La América Libre!

LA NOCHE DE LA COLONIA

América está de noche. Los niños pobres andan por el llano a ciegas, sin ojos y sin alas. Tienen marchita la visión, planta seca buscando un sitio vivo en el propio espíritu. Un pueblo ciego es como un pueblo dormido: no habla, no oye, no puede guiarse. Siente dolor cuando le amputan los brazos, pero no puede correr. Se asfixia en la angustia, pero no sabe a dónde dirigir el grito. Sin embargo, el pueblo ciego es del agrado de su Majestad el Rey. Su Majestad —como todos los amos— sueña con el borriquillo pueblo que lleva mansamente su carga de impuestos, tratando de alimentarse con el forraje que dan a los borriquillos en el cielo de Arauca.

La Colonia está a oscuras. Sólo en los pueblos grandes, los señores de sangre azul y escudos de piedra, pueden llevar a los niños a las escuelas para que aprendan a caminar por sus pies. A los que son amos se les da ojos, porque... ¿quién vigila a los ciegos? ¿Quién ve por el rebaño que anda a tientas?

Juan Victorio Páez, empleado humilde del Estanco de Guanare, quiere que su hijo vea. Lo lleva a una escuelita privada de Guama, donde la maestra Gregoria Díaz les dibuja a los muchachos en las nalgas el camino del cielo. Allí, enjaulado, aprende José Antonio Páez —el caudillo al que le tiritan las piernas cuando mira un caballo brioso— a dibujar palotes y a recitar, secamente, las oraciones que ha de decirles a los que mueran por su mano.

Pasa a una tienda de mercería. De madrugada vende víveres y de tarde siembra cacaotales, para codearse por lo bajo con la aristocracia mantuana de Caracas. Es ahora cuando empieza su verdadera escuela y cuando aprende que la vida es un poco más ancha que el llano. Da un brinco a San Felipe, con su pariente Domingo Páez. Tiene diez y siete años y ha descubierto una ciudad, grupo

de casas que se aprietan para no estar solas en la soledad. Mira con los ojos iluminados y se dice, bajito:

—Una ciudad es como una junta de caballos.

Comienza a correr, con pistola cargada en el cinturón ¡al fin está delante de su carrera! Siente impaciencia por disparar el primer tiro. Sin embargo, su primer combate no es a llano limpio, sino entre las arboledas tupidas de Mayarupí. Lo atacan cuatro bandidos, mostrándole el filo de los machetes y él, José Antonio Páez, salta de la mula, aprieta el gatillo de la pistola y restregándose los ojos asombrados, ve desplomarse un cuerpo de trapo. ¿Matar? Sí: esto es matar. Un ruido sordo, un grito sordo, un cañoncito humeante y ¡ya está! Lo sorprende la tempestad y la noche. Se enfurece la lluvia, lo golpea y le penetra los huesos. José Antonio Páez se amedrenta: cree que Dios le enviará un rayo por estar destruyendo sus criaturas. Y aunque todo el pueblo se ocupa de su hazaña en el bosque, se esconde en la cama para no oír las voces destempladas del muerto.

El mismo se ha puesto preso y él mismo se da la libertad, huyendo hacia las riberas del Apure. Aquí está, en el corazón de su océano. Hay casuchas con techos de hojas secas de palmera, bosquecitos de palmas y morichales, villorrios requemados y aturdidos en el aire caliente, hordas de ganado para quien tenga rejos y brazos. Se acuesta en cama de cueros y para comer su lonja de carne sin sal, se sienta en las cabezas de los caimanes. Esta es la ración de su pueblo llanero, curtido en el hambre, en la intemperie y en el sol.

Los gallos del Hato de La Calzada despiertan a sus peones, los buscan entre el sueño profundo de la madrugada, en compañía de las cuadrillas de perros flacos. Son las tres y Páez se levanta, rezongando, ensilla su caballo en la oscuridad y se va al trote por entre los escoberos, dando traspiés con las osamentas de las reses.

Los esqueletos son blancos, como las estrellas, para que vea el camino. ¿Camino en el llano? Sólo hay una ruta y es la del viento, el viento que sopla dulce como si condujese un rebaño de barcazas pesqueras por el mar de la tierra plana.

—Alumbráme a yo, viento lindo, viento domador del Arauca!

EN LA ESCUELA DEL HATO

Primero se hacen las "juntas" con los caballos. Anca con anca, en los corrales olorosos a majada. Luego se rompe el galope por la mitad de la sombra, ensanchándose la cadena y conservando el contacto por los gritos. Días y días al galope, corriendo reses bravas, a las que se "impone el orden" agarrándolas por la cola y estrellándolas contra el suelo. Ahí va la tropilla humeante de reses y vaqueros. Hecha la parada, se apartan los becerros para la "hierra". Se difunde un tufo de piel chamuscada, mientras las vacas paridas, frente a los bramaderos, hacen corrillos para comadrear. Y así termina el rodeo, paraíso amargo de la vaquería. Así termina el rodeo, fiesta dura en la que se rajan las manos de apretar el lazo de cerda contra la cabezota de la silla.

Páez está en su escuela, con la boca hecha agua cuando la carne se asa sobre el rescoldo, en una estaca. La come sin sal, adobada con la luna que es de menguante, redonda y pálida. En las bodegas aristócratas hay vino, pero los peones —en su bodega de campo raso— sólo tienen agua fresca y con sabor de tallos verdes.

"El pobre con agua justa
y el rico con lo que gusta".

Y ahora coplas y bandurria. Arriba hay estrellas mozas y en el viento se olfatea la voz reprimida de los hombres en celo. Se siente danzar en la sangre los pies curtidos del pueblo, duros, pesados, recelosos, como si estuviesen buscando vado en un río. Las cuerdas templadas rompen el silencio del llano:

Yo soy José Antonio Páez,
contra pa todo en el hato.
El que me salga delante
o me mata o yo lo mato,
porque no hay término medio
donde se paran dos machos.

Bandurria que es la música del galope ¡galope tendido que se lleva de cabestro las penas!

—No cantés, vale, que me remozás un amor que quiero olvidar.

El capataz es Manuelote: negro alto y barbudo. Tiene la cara triste y el mando de hierro:

—Catire Páez: tráigame un camazo con agua y láveme los pies.

Manuelote se mece en la hamaca, perdido en el cansancio y la noche.

Páez está en la escuela del llano, endureciéndose las carnes y aprendiendo los resabios y las enseñanzas de la tierra. Es el "preferido" del hato: monta caballos que se asustan con la carga de la sombra, sin otras riendas que las crines: está volando en alas prestadas, sobre la bestia que echa fuego por ojos y narices. Huye la tierra como un relámpago. "Zumba el viento como en una caverna" y entre la vorágine de saltos, el polvo y el sudor, José

Antonio Páez descubre los montes que hay en los llanos del Apure...

—Pa los corcovos no hay sino el escapulario de la Virgen del Carmen... y tenerse bien!

Doma caballos y vela para cuidar sus madrinas, en caños y morichales. Pastorea ganado a pleno sol y a plena lluvia. Maneja el hacha como el rejo de vaquería, y:

—Yo le digo, catire Páez, que pase el ganado pu'el río.

—No sé nadar —contesta el peón a Manuelote.

—No le pregunto si sabe nadar —grita sordamente el capataz—. Le digo apenas que pase el ganado pu'el río...

Cuando llega a la casa del hato, escarmena cerdas de caballo para trenzar cabestros. Se acuerda de San Felipe, de las tiendas, de los faroles, de las calles, porque ya han pasado dos años...

Se sienta en una osamenta de caballo, con una pequeña y huidiza nostalgia de ciudad. En compañía de Manuelote, un día pasa al hato de Pagüey. Allí se dedican a vender ganado —con tanteo de llanero que escudriña, despesa y pesa con una ojeada— hasta que puede hacerlo por su cuenta. Caballos y reses. Cría y regateo. José Antonio Páez ya está hecho. Ahora podría vivir en paz —en un conuco ribereño como campamento— pero hay una llamarada que lo empuja a la guerra. El hato de La Calzada ha sido su crisol: ahora está hecho a su imagen y semejanza. Hasta su cuerpo ha tomado la forma y el espíritu del llano, ancho y duro. Conoce los caminos del agua y de la tierra. Sabe dormir en los esteros y sentarse en las cabezas de los caimanes. Sabe cortar madera fina, siempre la hay en las matas de monte, lo mismo que cuellos nervudos.

Ciento cincuenta llaneros, haciendo contacto con los gritos, buscan entre la noche de la Colonia, al galope tendido, una voz que los llama a combatir por la libertad!

EL AMANECER

Es 1810. La revuelta junta las manos del campo y la ciudad, de la cordillera y el llano, sobre gavillas de machetes que huelen a musgo. Los picos crispados, las costas con aliento de yodo, los bosques sembrados de adormideras, las pampas olorosas a vaquería, amasan sus montoneras de combate. Hay un estremecimiento de cumbres y ríos. La revolución se apodera de los caminos y de los vericuetos. Y entre el hervor de gritos que llenan el aire de fiebre humana, redobla un tambor en los llanos: es el galope de los caballos de José Antonio Páez.

Aquí está: bandera amarilla cimbreándose en el viento, con una tropa que se cubre con la lluvia y el sol. La guerrilla la fue sacando de los hatos o ¡claro! de las propias filas adiestradas de Boves, el contra-guerrillero.

Es sargento en los primeros escuadrones patriotas. Hay que ver cómo se ganan los galones en las tropas de la revolución!

—No es antigüedad, compañero! ¿Cuántos muertos ha puesto usted?

Los Jefes realistas lo hacen capitán de caballería —por ahí debía estar el agudo olfato de Boves— pero él entierra con el pie los uniformes brillantes:

—Este honor me quita la honra!

Extravía el camino para buscar a los suyos, tan pequeñitos en la tierra! Es un combatiente solitario, empinado sobre los estribos, esperando de día y de noche su tropa de peones. Esperando es un decir: los busca él mismo, los rastrea y los gana. ¿No es éste el comienzo —nudo personal, adhesivo e intransitable— de la guerrilla? Estos soldados son de José Antonio Páez: estarán tan apegados a él como él a su caballo. Por eso cuando años más tarde una junta de emigrados elige a Santander Jefe Supremo de la República llanera, los peones mueven recelosamente la cabeza.

—No: nosotros no conocemos más jefe que mi general José Antonio Páez.

Esta es la gente del llano: intransferible, cuando se ata como un nudo ciego.

Páez está dos veces en capilla, al borde de la muerte, preparando el cuerpo para la siembra de plomo. ¿Morir? Un instante en que estalla la sangre, en que se oye chasquear la tierra como una fusta, en que se siente un rayo de hielo en la sangre y... ¡ya está!

Acuchillan prisioneros. La justicia bárbara y simple de la sabana. Les cosen el cuerpo con lanzas mohosas. Los rebanan a machete para no perder tiros. Todas las revoluciones llaneras han estado agobiadas por las mismas necesidades de ahorro! Tiros no: lanzas y machete. Y José Antonio Páez escapa, porque tiene una cita en las Queseras del Medio.

Está galopando a Casanare, cuartel general de las tropas libertadoras. De un salto pasa los ríos y las cordilleras. Se zambulle en los pantanos y saca las manos en las cumbres paramosas. Anda, como el agua, por debajo de la tierra y cuando quiere, aprieta los ijares de su potro rucio, para correr en el aire.

¿Qué mira José Antonio Páez? Su océano quieto del Apure. Desde el corazón le está haciendo señales a su pueblo. Y baja al trote la sierra, para buscarlo en el propio llano.

—¿Sabe, compa? Para cazar tigres hay que buscarlos donde los hay...

Se topa en un desfiladero con José M. Sánchez, el realista que cargaba en el hombro un cañón de montaña. Se disputa con él una lanza, que es como disputarse la vida. Páez se acuerda de los "coleos" y hace que el enemigo are con los dientes el suelo. El capitán Sánchez llama a la muerte, con unos labios agónicos que tiene en la parte baja del vientre. La sangre, cálida, se filtra por entre los matojos. Páez siente miedo de que Dios le reproche estar destruyendo sus criaturas. Es —como todo varón del llano —niño en su corazón! Y mientras se quita el raído sombrero para ayudar a Sánchez a bien morir, mira que la mano del esforzado moribundo desenfunda un cuchillo. Entonces lo remata con su lanza implacable:

—Usted no es digno de una cristiana agonía...

¿Quién es digno, Páez?

Luego todo el triunfo es suyo: banderas, lanzas, cañones que tienen en la boca el nombre de Jesús, muertos, heridos, prisioneros. El botín de guerra no cabe en sus brazos. Y José Antonio Páez, llanero sin caballo, ha luchado solo.

UN SOLDADO LLANERO

Páez atraviesa a nado el río Arauca. Los brazos son dos remos que se apoyan en el agua para avanzar velozmente. Detrás del jefe viene la tropa llanera, cortando el río con el pecho. Se llevan las armas y las monturas en la cabeza —cuántas veces tendrán que hacerlo!— y a quienes son torpes en el agua, se les hace navegar en el más llanero de los botes: el que se fabrica con cuero de vaca.

En tierra firme derrota al comandante Merchán y cuando éste cruza el río en la fuga, ya José Antonio Páez lo está esperando en la orilla. Lo toma preso, con una cortesía de negociante en ganado, y lo conduce al campamento, tomando la delantera para que no se ofenda con el dueño de casa.

El jefe republicano recrimina a Páez, diciendo al patriota exaltado:

—¿Por qué no lo ha matado usted?

Páez, el peón de La Calzada, piensa que se deben ahorrar las palabras y los tiros:

—Porque jamás he empleado mis armas contra el vencido.

Y añade para pisotear la lección de dignidad:

—Yo no soy un verdugo, sino un soldado.

Este es el caudillo popular, el que no tiene escudos de piedra, ni sangre azul en las venas, ni montura, ni zapatos, ni tradición de caballero andante.

Cuando en las Cuatro Matas se asesina a 78 prisioneros, Páez cierra los puños y protesta. Se pone de pie para que todos le vean porque en su corazón no hay nadie que pida muertos inútiles. Los jefes ordenan ponerle grillos, porque siempre se ha creído que los grillos crean la atmósfera de paz. Entonces Páez se yergue, con la mano hecha garra sobre la empuñadura de la espada:

—Vengan a cogerme... si pueden!

Y todos los brazos se quedan helados. Afuera del campamento, entre harapos sin galones, hay un amigo de José Antonio Páez: el ejército. El pueblo en armas. Está a la misma altura de su espíritu y a su mismo temple.

El generalísimo Olmedilla no sabe que es el pueblo el que lucha, el que defiende la libertad, inclusive de sus propios generales. Y Olmedilla, el que da lecciones de honor a un peón sabanero, deserta. Páez lo persigue hasta los llanos de San Martín, guiándose por el olfato. Tiene la consigna de encontrarlo y lo encuentra.

El generalísimo, poniendo delante el cañón del trabuco, responde con una fiera serenidad:

—Los pedazos de Olmedilla llevará usted, Páez. Pero a él vivo, jamás!

La esposa, sin inmutarse, le ciega con su luz heroica los ojos:

—Prefiero verte revolcar en tu sangre y ser testigo de tu agonía, antes que humillado y prisionero.

Todos sienten correr una aguja de hielo por entre el sensible tabique de las venas. Páez está inmóvil, aturdido, replegado sobre su admiración. ¿No se gana así, con golpes de valor, el alma del llano? Olmedilla pesa el instante y toma la ofensiva, ya por última vez:

—¿Por fin qué determina usted, Páez?

Le dice por su nombre, como a una bestia familiar. El caudillo abre los ojos y responde, sin excitarse:

—Voy en este momento a determinar, mi comandante!

Da un vistazo a los trabucos que lo cercan y desenvaina la espada, ante la cabeza tambaleante de Olmedilla:

—¿Se rinde usted o no?

Ahora manda. Manda el llano que tiene en la voz de la soberanía del pueblo. Olmedilla, desarmado por dentro, entrega la espada y el trabuco que ya no tiene qué defender.

YO QUIERO CABALLOS!

El tiempo va al galope, a las grupas del vaquero. El tiempo corre y en los relojes de arena se marca el turno de 1815. El tiempo tiene alas, alas nervudas y garras, como el que nació al borde mismo de los esteros de Acarigua.

Páez comanda un escuadrón de 200 hombres. Repasa los ríos y los caños. Anda de noche y de día, porque tiene afán de llegar, Conoce su suelo palmo a palmo: puede dibujarlo en el patio, con el filo de la lanza. El morichal es aquí... el estero allá... el vado del río más allá... No descansa en la búsqueda, porque él es quien toma la ofensiva.

—Oiga, vale: para cazar tigres hay que ir donde los hay.

Se encuentra con el general Calzada, quien invade Casanare con 3.000 infantes y 500 jinetes. ¿Cómo no lo hizo con 3.000 jinetes y 500 infantes? Páez ha visto que de este error no puede salvarse. Ah! los generales de escuela!

Ataca a Calzada con su caballería vertiginosa —aletazo de hombres y caballos!— simula una fuga para arrastrar al enemigo a donde quiere —a llanito limpio— y da la orden, que es el principio maestro de toda la táctica llanera de combate:

—Vuelvan caras!

Así destroza a Calzada, dejándole huir para que hubiese un enterrado vivo en el Banco de Chire.

Y él, el que husmea la victoria como los buitres la carne fresca, el que siempre juega su vida para que la patria no amanezca sin héroes, apenas tiene un vestido que se cae a pedazos.

El general Ricaurte, quien no se imagina generales desnudos, lo impreca en voz alta, para que oigan las prenderías militares:

—¿Cómo es posible que se me presente en traje de mendigo?

—Nadie está obligado —le contesta Páez con sorna— a más de lo que puede...

José Antonio Páez está desnudo, como la libertad. Ni siquiera tiene un sitio propio para que lo entierren!

—¿Faltan armas? ¿Faltan reses? ¿Faltan caballos? No, no falta nada. Yo digo que no falta nada... cuando lo tiene el enemigo.

Los godos rondan los hatos en busca de ganados. Dentro de una cañada, a plena luz del día, Páez hace que 600 jinetes se acuesten sobre los pescuezos de sus caballos. Tiene lista su red para cuando los enemigos arreen el ganado a los campamentos. Páez los sorprende y los hace cambiar de dirección. Nada más. Y en los campos patriotas hay dos mil reses, novecientos caballos y ochenta prisioneros.

—Mejor hubiera querido ochenta caballos más!

Avanza sin tomar respiro. El pueblo está en la ofensiva. Lleva en las ancas del caballo carne seca, para que no se la disputen los zamuros, los pájaros que anuncian en el llano donde hay gente reunida. Se apodera del Paso de Palmarito, sobre el Apure, destruyendo un grueso murallón de quinientos hombres. Perdona al jefe porque después del triunfo no hace falta matar.

Desertan los generales, lo que quiere decir que la fe en la patria y en el llano no había calado en sus huesos. Los matorrales espesos amparan la fuga. Pero allí está José Antonio Páez como un muro irreductible. Un muro, un maestro, un pariente. Asume la jefatura única y les estrecha las manos callosas a sus quinientos soldados.

Apenas divisa los escuadrones realistas, aprieta los talones que muerden, suelta la rienda y se sitúa, solo y provocador, a un tiro de fusil de sus ojos. Desafía a gritos al oficial que conduce la vanguardia del Rey, a combate singular. Es el juego limpio

en el llano. Suena una descarga y el caballo de Páez se escapa, como un ovillo de lana, de entre las piernas de hierro. Entonces se despierta en su alma todo el vocerío de su pueblo, el crecido y muerto sobre un caballo, y pronuncia la arenga del pueblo llanero:

—"Compañeros: me han matado mi buen caballo y si ustedes no están resueltos a vengar ahora mismo su muerte, yo me lanzaré solo a perecer entre las filas enemigas".

El alma del llano se levanta, insurrecta, por el compañero muerto. El clarín, en el toque de carga, llama por su nombre al camarada muerto.

Se combate de noche. Las lanzas de Páez hacen brotar gritos y los apagan contra la tierra. La noche y la sangre no se estorban. El suelo reseco chupa la sangre y no da luz. El viento se lleva las voces, como las plumas de los garzales. Páez está de nuevo a pie, sin pies. Sus tropas no lo sienten y desconcertadas retroceden. Entonces un soldado le presta el caballo y las tropas vuelven caras y la victoria es tan brillante, en la noche turbia, que en ella se alumbran los jinetes para lancear al enemigo. S. M. el Rey pierde quinientos prisioneros, cuatrocientos muertos, tres mil trescientos cuarenta y cinco caballos —los caballos deben contarse por baquianos, para que no falte uno!— docenas de lanzas y fusiles. José Antonio Páez lleva personalmente la contabilidad de su guerra.

—No, prisioneros no. Están en el llano y en el llano se desea la vida, ¿me oyen? Yo quiero es armas y caballos! mis caballos llaneros!

—Alto, ¿quién vive?

—La América libre que conquista su tierra!

MI GENERAL PAEZ

Páez gana a Barinas con su valor y su generosidad. El Coronel López está persiguiéndolo, cuando los relojes de arena marcan 1816. Páez se retira a un médano con el agua hasta el pecho, para no ser sorprendido. Está en su "cuartel de invierno". Ve pasar las tropas reales y luego les da alcance, a las cuatro de la madrugada, la hora en que los gallos picotean el sueño de los hatos. El enemigo tiene trescientos hombres menos y quinientos caballos menos!

De noche atraviesa un estero de una legua, en el que los caballos luchan penosamente con el fango. En sordina, para no ser oído, ordena a los caimanes llaneros que despejen el campo. La imaginación de Páez comienza donde termina la de sus adversarios. No es imaginación sino instinto, malicia, vigilia del llano. Así puede llegar siempre por sorpresa, como enviado del cielo.

Hay junta de jefes patriotas en Arauca.

—¿Juntas? Nosotros no conocemos otras juntas que las que hacemos con las bestias, exclaman los llaneros.

La causa de la libertad sólo tiene una fortaleza: los llanos. La revolución se concentra en Arauca. Entre las caballadas, entre los aperos, entre el pasto duro, marcha penosamente la montonera de los no combatientes: es la emigración de niños, mujeres, ancianos, letrados y curas, carne magullada de la Primera República. Es la angustiada y lenta nación nómada, reteniendo —para ampararse— el impulso de los jinetes y los caballos. Esto es lo que queda de Venezuela y la Nueva Granada! Los letrados piensan que aquella masa turbia —pueblo y ejército— es todavía un piso de soberanía popular y acometen la tarea heroica de fundar un gobierno. Gobierno provisional —sin asideros, sin raíces, sin prestigio, sin base en la voluntad o en el hierro— con el manso Serrano, Santander el ideólogo —de quien la llanerada no ve la garra sino la pluma— Urdaneta, el sinuoso y

Servier, el ardiente préstamo de la Revolución Francesa, asesinado en las fronteras desguarnecidas del campamento de Achaguas.

¿Gobierno? Mientras Páez enlaza potros para remonta de caballería, la tropa se subleva y lo nombra su jefe. En el peón de hacienda reside la soberanía popular. Las tropas llaneras *eligen* su conductor, llamándolo multitudinariamente. Esta es la democracia de cuartel, en la que no hay jefes natos, ni oficiales que deban sus galones a razones de fortuna o de sangre. Y Páez manda, aunque no tiene uniforme ni escuela. Su autoridad viene de los propios subterráneos de su sangre. Come y se viste como su tropa, la que tiene sombreros podridos y se disputa los cueros frescos de las reses y monta en sillas que son fustas de palo con correas de cuero sin adobar y doma los potros cerriles donde los encuentra.

—Aquí no hay más gobierno, ni más juntas, ni más mayordomo, ni más jefe que usted, mi general Páez.

El llanero aprueba con su cabezota catire, la que se asoma en los ojos vidriados de Manuelote.

LLEGA LA RECONQUISTA

El general Pablo Morillo emprende la gran operación de reconquista. Cree que es la misma América de tres siglos antes. Trae buques mercantes escoltados por fragatas de guerra, navíos ligeros y 10.642 hombres —sin contarse él— para volcar sobre América en armas. Sitia a Cartagena, la heroica, y cuando entra a la plaza mayor, entre tambores y fanfarrias, sólo tiene cadáveres para ejecutar fusilamientos. Luego le toca el turno a Santa Fe, en su brumoso altiplano. Y así cada villa levanta horcas, en la vecindad de una cruz misional y escarpias sobre los caminos reales.

La Reconquista arrastra la inteligencia de la Nueva Granada por los patíbulos. —Muera la inteligencia! Viva la muerte!

El grito de siempre.

La España imperial no sólo atentaba contra la Independencia sino contra la República, quitándole sus mejores cabezas. La de Camilo Torres, el severo jurista de la naciente República o la de Francisco José de Caldas, el hombre más puro de corazón, quien por amor a su patria y a su pueblo cambió la posición tranquila frente a las estrellas por la fundición de cañones.

Un Arboleda —de la misma generación austera de aristócratas letrados— se salva de la pared de fusilamientos, porque...

—¿Es usted doctor en derecho? —le pregunta Morillo.

—No, —responde el hacendado, con pena.

—Tiene usted suerte en no serlo, —replica el general. —De otro modo lo habrían fusilado antes de 24 horas, porque para mí son la ralea de legistas y abogados el foco de todas las agitaciones y rebeldías...

Sobre el poder arbitrario del general Morillo, el virrey Francisco de Montalvo hace, en su Relación de Mando, la más cínica confesión de parte: "A esto... se agregan las ejecuciones de más de 7.000 individuos de las principales familias del Virreinato, que han sido pasadas por las armas por sentencia del Consejo permanente a las órdenes del general Morillo, unos delincuentes y otros no tanto...".

El pánico repleta los escondrijos. Lo que queda fuera, a la vista de los perros de presa, lo barre la muerte. La paz se compra con sangre. La sangre no tiene aliados. Pero la Reconquista demuestra a los pueblos que sólo pueden defenderse por medio de la guerra a muerte.

Páez se estremece. Oye el rumor sordo de los cuerpos al caer sobre los empedrados, como frutas podridas. Su razón —llanera al fin

y al cabo!— no pierde los estribos. Tiene fe ciega en los llanos —en lo que es suelo y hombres— y eso basta. Su plan militar se reduce a oponer a la bayoneta la lanza, a la artillería la velocidad de los movimientos, a la disciplina el ímpetu, al número la fraternidad con los ríos y la pampa descubierta. No tiembla, no se impacienta: las barreras de la libertad no pueden ser demolidas, porque son el llano limpio, ancho y amarillo como la bandera de José Antonio Páez.

Contra el ejército invasor —ejército de rapiña, amasado con el mismo pueblo que peleó por su libertad y derrotó a Napoleón unos años antes— el llanero astuto no quiere despliegues ni concentraciones de hombres y caballos, ni grandes masas.

—Nada de ejército: guerrillas! Cada uno pelea como Dios le ayuda.

El llano es sorpresa, iniciativa, velocidad, instinto. He ahí la fuerza impulsora de la guerrilla. Por Casanare, por el Meta, por el Vichada, lo mismo que por el Apure, la guerrilla es la manera de combate en el llano. Lanza y caballo. Fusil y caballo. Y los mil oídos del pueblo que se infiltran en el corazón de los enemigos y sus mil voces, ubicuas, que van y vienen de todas partes, delatando sus pensamientos.

Toda la historia de la rebelión llanera, de 1810 a hoy, empalma en ese salto sobre la silla y en el instinto guerrillero del catire Páez. Si España hubiese aprendido a guerrillear con Boves... Pero la aguja hay que buscarla donde se perdió y con los propios lanceros de Yánez y Boves, formó Páez sus guerrillas libertadoras! No sólo decía:

—¿Fusiles y caballos? Los que ellos tienen.

Sino también:

—¿Hombres? Los que ellos han reclutado! todos son el mismo pueblo!

LA GUERRA EN LOS HATOS

El coronel Francisco López no se aventura a combatir en el llano —aceptando el consejo de un tránsfuga llanero— y toma posiciones en el hato del Yagual. Páez, entre tanto, se organiza y descansa en Trinidad de Orichuna, con 700 soldados. Es llanero y necesita para dar combate —dar combate y ganado— llano limpio y caballos.

He aquí que en el hato de Los Cocos se levanta una nube enana de polvo. El general aguza la vista de aguilucho: es una partida realista de carabineros que arrea una tropilla de caballos.

—Caballos! —dice chasqueando la lengua!— y nosotros no teníamos!

No gasta mucho tiempo en quedarse con los carabineros y las bestias. En la noche anda por entre pantanos, hasta ponerse a la espalda del enemigo. ¿Esto lo imaginaba Francisco López? Al amanecer, situado entre la luz y la sombra, pisa terreno seco y está al frente de 600 infantes y 1.700 jinetes, emparedados dentro del corral y con una coraza de cuatro piezas de artillería. Esto no lo imaginaban ni sus enemigos ni sus amigos. Páez ha buscado este sitio, cerca de la muerte, desmantelado de caminos para la fuga, cercado por los esteros y los ejércitos del rey, para que se luche desesperadamente, sin ilusión de retirada. Sin embargo, a los clérigos y letrados los pone a la retaguardia, a dos tiros de fusil de la muerte.

Cuando el enemigo hace un reconocimiento por el flanco derecho, se empeña el combate. El general ya conoce el sitio y arroja sus escuadrones, uno por uno, hasta tener la victoria en las manos. Y completa la victoria con la prudencia: se mete en los esteros, su cuartel nocturno, para no ser sorprendido por las rondas de caballería de Torrelas, el clérigo. Las dignidades eclesiásticas, el clero rico, el Obispo, con la Colonia y la Reconquista; la Iglesia pobre, el fraile letrado, el cura mestizo de aldea, con el pueblo y la Independencia.

El Ejército del rey está acampado cerca de un río, con la flotilla protectora bamboleándose a sus pies. Páez ordena a Vicente Peña que lo cruce, con ocho hombres, y ataque al campo enemigo. Los oficiales se escalofrían al oír el mandato. Páez no cede, mirando fijamente su presa. Y mientras los escuadrones realistas toman el rancho a la sombra de un bosque de mangles, los dragones llaneros pasan el río sin ser vistos, rompen con fuego la escena eglógica y cargan en firme hasta dispersalos.

Páez respira, acariciando su audacia.

—Bien. Ya está.

Pero la revolución necesita tener fuerzas de combate sobre el río. ¿En qué iba a navegar el guerrillero Páez sino en las cañoneras de la Reconquista? Apresa flecheras y hace asaltos al abordaje. Detiene las lanchas armadas de Comós, metiéndose en un banco de arena, con el agua al pecho y zambulléndose apenas ve brillar el fuego arisco de la metralla.

En la boca del río Masparro, Peña reúne el botín de 24 embarcaciones, con lo que gana los despachos de teniente coronel de Marina. Ahora la república llanera tiene piso para combatir en el río y no necesita meter los caballos al agua para hacer abordajes.

"A LA CARGA!"

Lo abandonan los generales de nuevo, cuando Páez resuelve detener a Latorre que conduce 3.000 infantes y 1.700 jinetes. Desertan amablemente unos, con la venia del pasaporte, otros bruscamente y sin aviso previo. El general no le cede terreno a la amargura. Y menos cuando está ojeando el sitio de combate. ¿Quién puede someter las sabanas del Apure? ¿Quién puede inmovilizar

el ancho corazón de los llanos? Hace marchas oblicuas para tomar el barlovento, con el fin de que todo luche de su parte: el humo de la pólvora, el viento, el fuego de la paja inflamada con los tacos, la polvareda. El arma secreta del llanero es poner siempre al llano de su parte...

Sale un cuerpo realista de 25 húsares, en reconocimiento. Páez piensa en el espíritu de la tropa, hambreada de victorias y escoge al sargento Valero y a ocho soldados:

—Los paso a todos por las armas si no vuelven con las lanzas teñidas en sangre enemiga!

Hay un galope largo, seco y los nueve patriotas regresan, serios —sin la vanidad de quienes han realizado una tarea heroica— con las lanzas teñidas en sangre.

Luego entra todo el cuerpo en acción. Se despega la masa de caballos y jinetes. Los cascos de la caballería ahogan las bandas de guerra. Páez galopa, adelante. De improviso, dando voces, emprende la retirada. Y cuando los escuadrones enemigos son arrastrados a sus espaldas, grita su ¡vuelvan caras! y lancea a los jinetes desbocados hasta que el filo de la lanza se pone romo. Prende fuego a la sabana por diversas direcciones. Las bocanadas de humo y las vibrantes cortinas de llamas, se recuestan contra los batallones del Rey.

Están en fuga, pero José Antonio Páez no descansa. Tiene iluminada la testa catire, galopando por entre los escombros para rebanar a lanzazos los flancos y la retaguardia.

Sobre el espanto y sobre el júbilo, hay una voz de hierro —ronca y seca— que toma también el sotavento:

—A la carga!

—A la carga!

Hasta que la sombra y el sueño tapan el cielo de Mucuritas.

ESCENAS GUERRILLERAS

Un grupo de oficiales descalzos rodea al general. Lo miran curiosamente, apretando el cerco. Páez se limita a dar su orden llanera:

—¿Qué me miran? Hay que limpiar a Casanare!

—Usted por este camino... usted por este otro... y ¡ya está!

Así se destruye a Plá, luego a Bayer, después un batallón de caballería en Chire.

—¿Qué falta? grita Páez, arando el suelo polvoso con los dedos del pie.

Con uniformes realistas los batallones patriotas entran a Pore, capital de Casanare. Las campanas de la Iglesia, las primeras engañadas, se echan a vuelo.

—¡Vivan las tropas del Rey!

—¿Del rey? Si está limpio Casanare!

Sueltas están las guerrillas sobre Barinas. Se arrea el ganado y la gente. ¿Qué es el llano sin caballada? Tierra desierta.

El capitán Guillermo Iribarren salta por entre los matorrales, mide el salto, tantea y se toma las trincheras sin un tiro. La sabiduría del guerrillero es la sorpresa. Cae y desaparece como un látigo. Así llega el general guerrillero a la aldea de San Antonio, recostada en un pajonal, en una de las costas del río Apure. Entra al pueblo por los portillos, echando pie a tierra, con la lanza en la mano. ¿Por qué no fusiles? La patria sólo puede tener los que arranque de esas manos que hacen puntería... Los lanceros se disputan el agarrar los fusiles por la boquilla, mientras los soldados de la Reconquista apuntan... El enemigo a los bosques, el reducto maternal de matojos y morichales, y la patria a los hatos. Donde hay un hato hay un campamento llanero!

Con los llaneros duros, curtidos, que comen lonjas de carne sin sal y montan desnudos en los caballos, marchan los emigrados. Para ellos deben hacer cobertizos, en la estación de las lluvias. Han de vivir y morir penosamente, andrajosos y descalzos.

Mientras pelea, Páez vigila con afecto la cría de ganados en los hatos. El llanero defiende la sabana, alimentando en el Apure las madrinas que han de repoblarla. Años después, cuando se convierte en hombre con ocio para hacer recuerdos, lo consigna celosamente: "De Apure ha salido el principio de todos los hatos".

De la tierra salta al agua! Qué llanero no ha domado los ríos y los caños! Con cinco bongos ataca una flotilla de lanchas españolas, convoyadas por una cañonera y cien ganaderos. La dispersa a estocadas y gritos.

Luego, con mil lanceros montados en caballos rucios —nadie nadará mejor en las sabanas inundadas y los ríos salidos de madre!— y con mil caballos de reserva, asalta a Barinas y desbarata con su carga y el ímpetu acompasado de los caballos y las lanzas, quinientos infantes y cien jinetes europeos. ¿El objetivo? Dos mil mulas aperadas con ropa, fusiles y municiones. Con este cargamento pasa el río Apure, en botes de cuero, mientras el comandante Comós se distrae en la persecución de unas canoas flecheras.

Por fin llega al hato del Yagual. Está en la capital de su móvil y primitiva república. ¿Su poder? La esperanza del pueblo y cuarenta mil caballos empotrerados y listos para la campaña.

En el ataque a San Fernando —cómo olvidar su vieja ciudad apureña— emplea no sólo la masa pujante de su caballería, dando golpes de martillo, sino las flechas de los indios de Cunaviche. Les templa el ánimo con aguardiente y se toma con flecha las trincheras godas. El guerrillero Páez usa una treta del llano: busca los indios, como busca el viento y la llama. Guahíbos, cunaviches —los acorralados en las misiones de jesuitas y capuchinos o los que se

refugian en las matas de monte— de aquí para allá o de allá para acá, muriendo por causas que no conocen. Muriendo por una patria que nunca los llama.

LLEGA EL GENERAL BOLIVAR

Las lluvias tropicales aniegan la inmensa sabana. Chapotean los caballos en las charcas y los esteros. El cielo turbio se refunde en esta dilatada pupila acuosa. Sin la sabiduría del instinto llanero, sin su íntima facultad de rumbo, ¿quién podría moverse en este desierto empantanado, en este endemoniado laberinto de caños y lagunas y en estas matas de monte que señalan el rumbo y el lindero del hato?

—¿Se dá cuenta, compañero? Con el llanero combate todo el llano. Combaten los ríos, el viento, la paja seca, el sol y las lluvias.

Por rumbos encenegados llegan, trotando, los coroneles que envía de Guayana el general Bolívar, para que se le reconozca como Jefe Supremo. Antes, mucho antes, los vientos de la sabana habían regado por todos los vericuetos el nombre de Bolívar. Antes había llegado el mensaje: el mismo que decían —frase más, frase menos— los comuneros insurrectos en 1781. Los viejos llaneros —para quienes la historia está viva y aprisionada en la copla y el romance— aún veían, nostálgicamente, los levantamientos en Támara y Manaure, en Labranzagrande y Cravo, en Paya y Ten. Recordar no es sino una manera de ver. El motín prendió los llanos, siempre dispuestos a responder a la chispa. La masa arenosa de siervos, destruyó los estancos, empujó los alcabaleros a las cárceles —su verdadero sitio— depuso a los curas y se dio su propia ley! era la revolución social iniciada en los llanos! Luégo vino la pacificación con sangre y fuego... Los arcabuceros y los curas de misión, ocuparon su puesto. Por 1784, el Marqués de San Jorge pedía al

Rey una merced por haber pacificado a su costa la sabana insurrecta. En algo se parecía su papel al de don Antonio Nariño, quien se alistó como teniente de milicias para debelar la insurrección de la plebe alzada en armas, en Socorro y Mogotes, detrás de oscuros peones como José Antonio Galán. Los Precursores aún no habían hecho contacto con las ideas de libertad —faltan aún ocho años para la Revolución Francesa y la Declaración de los Derechos del Hombre!— pero ya el pueblo, instintivamente, se había abrazado a su causa.

En el pueblo llanero estaba el precursor de la Independencia. Estaba en su alma. Por eso el mensaje revolucionario de Bolívar la tomó de un solo golpe.

—El río viene de atrás, blanco...

No, no era cambio de amos, de mayorazgos españoles por mayorazgos criollos: no era sólo la independencia. Era la liberación del pueblo: de los esclavos negros, de los pueblos indígenas despojados de sus tierras, de los peones de vaquería, de los artesanos que montaban sus fraguas en las aldeas... Era a ese pueblo sin títulos de limpieza de sangre —con hambre de tierras, con hambre de libertad, con hambre de justicia— a quien Simón Bolívar le ofrecía un sitio en la nueva patria.

Los peones de los hatos lo imaginan como un corpulento centauro, galopando desde Guayana a la Nueva Granada, por entre planicies y barrancos, arrastrando consigo como un vendaval los pueblos y los caballos.

Estamos en los linderos de 1818. El general Bolívar está acampado en el hato de Cañafístola. En ese rincón debe comenzar la gran campaña contra Pablo Morillo, el más fuerte y el más hábil general de la Reconquista, formado en la guerra de guerrillas que llevó por su cuenta el pueblo español contra los invasores franceses.

—Mi general: no es lo mismo defender la libertad de un pueblo que luchar contra ella.

Páez va galopando, en busca del general Bolívar. Aprieta nerviosamente los ijares del potro con sus piernas de acero, pero la cabeza está ausente...

—Ah, caray! Cómo será ese blanco!

El general, en la flor de los años, le sale al encuentro. El catire se queda viéndolo, con la fuerte cabeza inclinada sobre la izquierda:

—No, no puede ser el general Bolívar.

Delgado, tenso como un arco, inquieto y celoso como un potrillo. Cuando mira los ojos imantados del caraqueño le reconoce.

—Ajá! Es mi general Bolívar.

Echan pie a tierra y se abrazan. En este abrazo se anuda el pueblo oprimido a su libertador. El llanero, grueso y poderoso, ancho pecho, brazos cortos, mano de hierro, fuerte cogote de toro. Toros y caballos! he ahí el modelo vital de los hombres del llano! La fuerza del caraqueño no residía en su cuerpo, sino en su espíritu. Tenía apariencia de mozo frágil... pero no le habían visto embistiendo y persiguiendo, corriendo a todo escape por los llanos del Apure o bailando sin descanso hasta las brumosas madrugadas. El general Bolívar tiene que ganarse el corazón del llano, por medio de la hazaña y el deslumbramiento. Por eso cruza los ríos a nado, monta los potros que nunca han sentido en el lomo el peso de la silla y parece que se jugara la vida en una carrera de caballos. No es sin motivo, compañero. Todo tiene su porqué y su para qué. Este es el camino que lleva el general Bolívar hacia la conquista del pueblo llanero. Sin pueblo no hay revolución. Esto es lo que no habían aprendido aún los mantuanos de Caracas, los comerciantes de Cartagena, los encomenderos de Tunja, los aristócratas de Popayán. En la Roma de los Gracos, en la Francia jacobina, en la España que reconquistaba con el pueblo lo que había perdido con su rey, el general Bolívar había descubierto ese principio simple y elemental:

—Fuera del pueblo no hay salvación!

EL CERCO

Llega el general Morillo con 5.000 infantes y 2.000 caballos. El general Morillo es zorro viejo, fogueado en la guerra de guerrillas. Sabe que la lucha con el llano —llano y llanero— es la carta de la vida o la muerte.

Avanza la máquina de guerra por la pampa, sin perder el contacto con los bosques. Pampa abierta es abismo abierto. El general Morillo no siente la codicia del horizonte sin tropiezos, ni sueña en dar aquí batallas campales. Anda despacio, bajo los cobertizos de las palmas, con su paisaje de hierro y banderas. Aquí puede emplear sus fusiles y defenderse de la caballería! Al fin un adversario del guerrillero Páez!

El general apureño reúne sus 4.000 hombres enjutos, amarillos, que secan en el viento sus harapos. Este es el ejército de la libertad, el último y el único. Por los laberintos agrietados de las cordilleras, la muerte les ha quitado a los generales la tropa y los galones.

Páez ha renunciado a los combates definitivos. Domina su impulso —pocas piernas y mucho freno— y se mantiene siempre fuera del alcance de los fusiles. El jefe de guerrilla se ha transformado a sí mismo, arrancando de cuajo su impaciencia de potro arisco y convirtiéndose en un escurridizo pescado. En su táctica de Job, espera.

—Paciencia, mi general, que tras un cerro está un llano.

Ser listo como una anguila. Piel de jabón que se escurre por entre los dedos. Cuerpo ligero resbala bien en el llano, pulido por los cascos de miles de bestias galopando en cientos de años.

—De lejitos, compañeros, que entre más lejos más cerca!

El general Morillo, precavido, sabe que el peligro está en el llano limpio. Piensa cada uno de sus pasos y siente la impaciencia de ser lento. Esconde la cabeza entre la concha de armas, como las

tortugas, en espera del zarpazo. Y anda, anda con pies de plomo. Anda, porque el destino militar de los perseguidores es huír!

El llanero camina de lejos, al mismo paso, dejando ver su cadena de 4.000 lanzas.

Páez llega a San Fernando, la ciudad patriota, y expone su frío plan de campaña:

—Se les deja pasar. Nadie se les opone. Se les arrea el ganado. Se les quema la yerba. Se les quita la ración de la boca. Nosotros en el horizonte, como una carnadita, los arrastramos hasta más allá del Apure y del Arauca. Eso es: sin presentar combate. Destruyéndolos en lotes pequeños, de a poquitos... ¿Ven? Nosotros le decimos al llano que los sitie por hambre y...

En la mitad del desierto, hay una lámpara rebelde. Las lenguas de fuego lamen la noche helada. Las llamas están bordeadas por punticos rojos: son lanzas llaneras que punzan el aire, en la vorágine del asalto.

La lámpara amarilla tiembla en el viento, se mece en su cuna de viento. Morillo la ve, por el ojo de la cerradura que hay en la puerta del bosque.

—¿No es la bandera de Páez, ordenanza?

—Sí... casi sí.. Es San Fernando de Apure que arde, mi general.

—Traiga agua... para mí, ordenanza! Han quemado la base de nuestras operaciones. La han quemado ellos mismos! qué frescos!

San Fernando de Apure reducida a cenizas. Ella misma ha preparado las hogueras en las esquinas, debajo de los alares de palma seca y ella misma le ha rezado al viento apureño para que no le deje perder raíces al fuego. Al amanecer, el aire avienta cenizas, polvillo siniestro como la carcoma. Huelen los escombros a tierra

arada. Pero ahora San Fernando de Apure no será base de operaciones de las tropas del rey!

Páez alza los brazos de acero —el sitio justo donde comienza el cerco de guerra— para gritar, a voz en cuello:

—Aquí hay patria!

ASALTO EN EL AGUA

El guerrillero rastrea a Morillo y lo sigue como una sombra. Prendido a los talones, no lo suelta, ni se pone a su alcance. Va tras de él, como una garra invisible: de noche cae, cuando la tropa está rendida por el cansancio y el sueño, se lleva el ganado y deja los muertos.

Ahora el general Morillo está recluido en Calabozo. Bolívar se detiene tres días en San Juan de Payara, buscando para sus tropas un paso en el río Apure. Catorce embarcaciones realistas patrullan, con sus armas, el río, allá donde no alcanzan los tiros de cañón de la plaza fuerte. Entre las piezas de artillería y las flecheras, el lomo corrugado y los ojillos curiosos de los caimanes. ¿Con qué pasar el río? La patria peregrina no alcanza a reunir madera para una balsa...

—¿Balsa dijo, compañero? ¿Para qué balsas... si tenemos esas flecheras que están en el río?

—¿Y cómo podemos apoderarnos de ellas? dijo el general Bolívar, sin apenas salir de su angustiado mutismo.

—Pues cómo, mi general! con caballería!

—¿Dónde está esa caballería de agua? agregó sonriendo el Libertador. No me dirá que para eso sirve la caballería de tierra...

Todo el ejército se movilizó, con desgano. Una milla antes de la costa del río, hizo alto, para dejar que la cabeza del general Bolívar pudiese correr a sus anchas... Entre tanto, una masa compacta de 50 llaneros se desprende de las tropas acampadas. Es la guardia de caballería del catire Páez. Los jinetes cabalgan con las cinchas sueltas y las guruperas flojas: cuando llegan al río las ruedan al suelo polvoso, sin apearse del caballo. La masa penetra, como un espolón, en el agua, con las lanzas apretadas entre los dientes, nadando con un brazo y con la otra mano palmoteando amorosamente los cuellos de las bestias y dando voces —audaces y broncas— para espantar las aglomeraciones de caimanes.

El ejército libertador se empinaba en la costa, con la sangre helada. La gente asombrada de las flecheras hizo unos disparos de cañón, pero no pudo defenderse del deslumbramiento. El terror le paralizó el corazón y las manos. Ni siquiera pudo conservarse en su sitio, cuando la tropa de flecheros iba tocando el borde de las escotillas. Y mientras los llaneros tomaban las embarcaciones, al abordaje, la tropa realista se arrojaba tumultuosamente al agua para salvar el pellejo... El pellejo, sin armas ni honra.

Por ese puente pasó la tropa libertadora el río Apure, en busca de Morillo.

EL GENERAL MORILLO SE ESCAPA

El general Bolívar marcha apresuradamente sobre Calabozo, por vías extraviadas, para atacar sorpresivamente el campamento de Morillo. Sed de pelea y de batallas. Atraviesa el Guárico, siempre cruzando ríos y hatos, y acampa en la noche en las orillas de Calabozo. De madrugada, todo el campo está en movimiento. Páez anda por los corrales de la ciudad llanera, arreando el ganado... Primero dejar las tropas sin raciones de carne, luego caerles encima. ¿Ese no es el arte de la guerra, general Bolívar?

Páez ojeaba la ciudad, desde el llano limpio. De improviso, sale el general Morillo con su Estado Mayor a reconocer el campo. A sus espaldas, deja 200 infantes emboscados. Morillo recuerda sus trampas de guerrillero, por las sierras del Guadarrama. Si los llanos fueran sierras! Páez ataca furiosamente, con su pequeña tropa de lanceros, hasta el primer cerco de piedra y las bocacalles. Aramendi, el zorro, ha avistado a Morillo —¿quién no reconoce por sus arreos un general español?— y desboca el caballo para lancearle y sólo lo libra de la muerte el heroísmo de un oficial que detiene con su cuerpo la enconada lanza que busca a su general!

La emboscada española rodea la osada tropilla de vaqueros. Se acerca, paso a paso, con los fusiles tendidos. Son 300 infantes y 300 húsares! ¿Cómo podrán romper este cerca de bayonetas y espadas los guerrilleros apureños? Páez retrocede, llevándose consigo —¡claro!— la tropa ávida de los húsares. La arrastra con maña, más y más de prisa, como un barajuste de caballos. Cuando la ha separado de la infantería, vuelve caras —su táctica de vaquero— y la destroza a su amaño. Entre tanto, el ejército libertador ha llegado al campo y carga contra los defensores que mueren, uno a uno, soldados por la voluntad de resistencia, sin rendirse.

El general Morillo ha escapado de la muerte! pero no puede escapar de la ciudad sitiada! Está acorralado, sin fuerzas para desplegarse. Páez alarga, sin prisa, el puño de la mano... cuando el general Bolívar decide canjear esta victoria militar por una política: la liberación de Caracas. Abandona a Calabozo —donde el general Morillo atisba desde las bocacalles y no cree— repasa el Guárico y ya está sobre el camino de la ciudad que acampa entre el Avila y el mar de la Guayra. Con Morillo encerrado en Calabozo, levantaría los campesinos de los valles de Aragua y Caracas y con ese nuevo ejército tomaría el corazón de la Capitanía General de Venezuela!

—No, mi general, opina Páez. No podemos dejar a Morillo a la retaguardia. Si estaba en la mano! Además, el llano es nuestro

por los caballos. Siempre les ganaremos en llanito limpio... Pero en la sierra, en los terrenos pedregosos y en los bosques, general! ¿Qué haremos arriba con la caballería?

El general Bolívar no piensa como un guerrillero, sino como un político. Entre tanto, Morillo evacua Calabozo, de noche. Se ha escapado de nuevo, burlando la vigilancia de Irabarren. El juego es entre Páez y Morillo. El ejército libertador contramarcha a Calabozo y busca los rastros de las tropas evacuadas. El descanso en la ciudad llanera dá tiempo para que gane distancia la tropa del Pacificador. A mediodía se emprende la persecución. Todo el ejército le pisa los talones. Más, más aprisa. Adelante va el general Morillo y la tropa más audaz de la reconquista! y apenas tiene 60 húsares montados! En la sabana y sin caballería! El general Morillo, que lo sabe —tan certeramente como Páez— galopa, se escurre y no da frente. Ya casi está al alcance de la mano! al fin!... cuando la vanguardia patriota advierte que ha equivocado el camino. Tomó la vía del Calvario, en vez de la del Sombrero. Coléricamente, debe desandar leguas para tomar de nuevo el rastro... Las tropas montadas hacen de nuevo contacto. Al fin la retaguardia española! A la vista de Morillo, se hacen 400 prisioneros, bebiendo agua en un jagüey. Luégo la caballería llanera carga contra los húsares y los lleva a morir contra la cortina de fuego de su propia infantería. De noche, Morillo gana terreno y se fortifica, emboscado, entre los barrancos de un río. Bolívar quiere forzar el paso con su ímpetu! quiere la batalla frontal y no el sendero escurridizo que señala Páez! Morillo resiste, hasta la noche. Sólo un guerrillero puede medir la importancia de las sombras! Cuando se pasa al río... ya el general Morillo se ha evadido de los llanos! Se ha evadido, porque ya ha regresado a la vieja querencia: ahora está en la cordillera, en los terrenos quebrados, en las vías pedregosas! aquí no pueden correr ni golpear los caballos del general Páez! Con su pesada carga de caballos despeados, de muertos, de desertores, el ejército patriota debe quedarse abajo, en la sabana...

Los ejércitos de la Reconquista han aprendido dos cosas: a situar en la cordillera su línea de retirada —en los bosques, los barran-

cos y los desfiladeros— y a pelear con caballería en los llanos! Esa lección la entendió primero Boves, cuando levantó contra la república recién nacida los llanos de Calabozo. Luego la aprendió el general Morillo. Y Morillo la transmitió a Latorre.

Pero... ¿quién podrá detener el río de la historia?

LA CONTRAMARCHA

Una noche Páez trae, de entre la sombra, cuatro caballos salvajes. Aunque les lleva de la brida, se encabritan con el chasquido de los látigos en el aire. Les ata al rabo cueros secos, los sitúa a la orilla de los campamentos realistas y los hace escapar, desbocadamente, asustándolos a tiros. Los escuadrones de la Reconquista se aturden, acosados por el eco formidable del galope y en la oscuridad, se atacan a cuchilladas. Gastan tres días en reponerse de esta "carga de caballería", mientras Páez gana tiempo... Bolívar está en Angostura, dándole forma y espíritu a la república combatiente: es el hombre de la revolución, capaz de saltar de los campos de batalla al recinto humilde de los primeros Congresos, para darle a la patria un horizonte político y una moral de sacrificio. El general no es un guerrillero: se deja arrastrar a las laderas pedregosas cuando su fuerte es la caballería, cae en emboscadas, ataca impetuosamente a un enemigo emparapetado detrás de las barrancas de un río, aprieta en el puño a Calabozo —con todo el campamento de Morillo por dentro— y luego lo suelta... No es como Páez, ni siquiera como Aramendi. Santander es mejor oficial de intendencia y discute mejor con los abogados los vidriosos problemas de las leyes. Sucre da mejores batallas campales: marcha y contramarcha por los duros repliegues de la cordillera, preparándolas meticulosamente como una obra de arte. No sabe discutir con los abogados, ni entender su lógica de crochet, ni montar o desmontar las piezas enteras de

sus silogismos, pero posee la más clara concepción del mundo que debe derrotarse y del mundo que debe crearse. De ese universo que, en definitiva, es el verdadero derrotado en las guerras de independencia...

Bolívar se enreda en la guerra de guerrillas. La verdad es que le enloquecen Boves o Morillo. Pero es el que nunca pierde los objetivos y los medios políticos de la revolución: es el conductor, el guía, el maestro.

Páez gana terreno, sin acercarse. Asedia a Morillo, le quita el ganado, le destruye las líneas y los escuadrones de aprovisionamiento, lo provoca con sus lanceros... pero luego se escurre, para no comprometerse en una batalla. ¿No es así como los llaneros arrancan a los toros de sus querencias? ¿Hacia dónde le lleva? Ya lo había dicho a los patriotas de San Fernando de Apure: hacia el desierto de Caribén! es allí donde quiere enterrar el poder aún intacto de la Reconquista! Pero Morillo es también guerrillero. Llega hasta el lindero mismo del desierto, en este receloso juego de marchas y contramarchas, y luego tuerce hacia los hatos.

En el hato de Cañafístola, Páez aplasta al general Morales, con su ejército de 3.000 hombres. Lo ataca con su caballería, a golpes incesantes, siempre arrollando las filas de carabineros con su marejada impetuosa de lanzas. Deja escapar 800, porque necesita más monturas que prisioneros.

Ande que te ande, Morillo pasa de nuevo el Arauca. Sabe vadear los ríos, burlando los ojos múltiples del catire Páez. Cauteloso, con mañas de indio, pero avanza en el llano siguiendo precisamente la línea que le traza el general Páez. ¿No está escrito en las líneas de su mano?

El guerrillero se siente pesado con un ejército, con cuerpos, divisiones y uniformes de gala. Sitúa su infantería en una isla del Orinoco y establece en lugares seguros la montonera de emigrantes que frena su galope, con un grupo de caballería y la remonta.

Ya libre, escotero, ágil, sin plomo en las alas ni freno en el ímpetu, sale con 800 lanceros en busca del enemigo.

Morillo, el zorro, persigue sin prisa, agazapado en los bosques para no comprometer su caballería y para mantener la madriguera de sus cañones.

Ayayay! viene la muerte
en el aire que respiro!
Ayayay! que viene Páez
en un potranquito fino,
con el sombrero ladiao
y una pistola en el cinto.
—Pistola pa qué, compadre,
si la lanza tiene filo!

Morillo olfatea la celada y retrocede. Contramarcha, repasa el río Arauca y establece en el rincón hermoso de Achaguas, —entre las ceibas y los cóngrios de abierta copa— su cuartel general. El llanero continúa en su tarea de zapa y de anguila, destruyendo escuadrones, llevándose el ganado de la ración, conquistando caballitos rucios, hasta que llega Simón Bolívar al cuartel de Caujaral de Cunaviche. Ahora reúne todas las fuerzas, —la emigración, la infantería, la remonta— para que las tenga en sus manos el general Bolívar.

—Oiga, mi general: ni cerca ni en el bosque. Eso es lo que opina su servidor.

Pero Bolívar tiene prisa: la prisa de los pueblos oprimidos en ganar su tierra y su casa. El ansia de pelea le empuja, con su terrible levadura. El general no es como Moisés, que podía mirar tranquilamente, desde lejos, la Tierra Prometida. No quiere cambiar por nada las grandes batallas y las ofensivas.

—Yo se lo digo, mi general: el llano es el llano.

—No hace nada la paciencia, Páez: quiero estar cerca de Morillo y atacar.

La primera trampa es un trapiche rodeado de bosques, en donde las baterías realistas dispersan cuatro batallones patriotas. Páez está encogido de hombros, mudo, solo en el combate, sin saber dónde regar la sal de su experiencia. Ya no quiere hablar. Sabe que el general Bolívar no tiene su escuela. Y se encierra a esperar, hasta que el Libertador lo deja con las manos libres.

—Bien, Páez. Usted tiene la razón. Evitaremos los encuentros.

Y pasan el Arauca. En la Mata del Herradero, dejan una línea de muertos en los flancos del general Morillo. Pasa como un latigazo, que apenas se ve. Se conoce que galopa Páez, por el erizado surco de cadáveres que deja en la tierra. Morillo se enceguece de cólera, porque el guerrillero no se deja matar como los estoicos letrados de la Nueva Granada! En este campo —a llano limpio— puede ser guerrillero, no verdugo. El soberbio general sólo quiere ver en Páez un peón alzado.

Morillo decide: si el llanero provoca, atacando y fingiendo la retirada para volver inmediatamente a la carga, moverá todo su ejército para obligarlo a la huída sin volver la cara. Todo el ejército en una carta para aplastar una guerrilla de lanceros!

La cabeza de Páez tampoco descansa:

—Pasaré el río. Atraeré a ese llanito a todo el ejército. En los costados, estarán emboscados nuestros cazadores y granaderos. Luégo una descarga cerrada y... ¡ya está! Sobre ese barranco, podrán fusilarlos como en un banquillo...

LAS QUESERAS DEL MEDIO

El reloj de arena marca 1819, mes de abril que es lluvia y desbordamiento. Los dos ejércitos, el de liberación y el de reconquista, están separados por el río. Por el destino y por el río. Podrían oírse, de una tribu de toldas a otra, las dianas y las canciones.

El general Bolívar, impaciente, se acuesta contra la tierra para oírla. La tierra conserva las voces de los pueblos. Tiene las manos febriles, lo mismo que el pensamiento.

Páez limpia su lanza con el vaho de la boca y el mejor retazo de su camisa enlodada.

—Paciencia, mi general, que tras un cerro está un llano!

Se llena la pampa de luz, de tope a tope. Luz amarilla, como la paja seca y como las banderas. Así transcurre el día, largo y tenso.

Páez escoge 150 llaneros —150 lanzas para enfrentarse, en duelo singular, a la artillería y los fusiles —y ya de tarde, cruza el río. No alcanza a pisar tierra firme, cuando ya está galopando, con las riendas sueltas, hacia el campamento de Morillo. El general se mueve, para poner en práctica su plan! ahora tendrá en sus manos el peón que ha desafiado la corona del rey! Páez arrastra la tropa desprendida de su base hasta el sitio de la emboscada, pero es titubeante y débil el apoyo de fuego! La caballería llanera está acorralada por ambos costados: fusiles, cañones, bayonetas y caballos. Páez está encerrado, pero su cabezota anda libre en el aire. El coronel realista Narciso López —nacido también en tierras de Venezuela, que dan para todo!— se desprende del grueso del ejército, con una escuadra de su infantería. Por el boquete que abre esa ingenua fogosidad, está viendo José Antonio Páez la victoria! El llanero da sus órdenes a gritos, acesando, con la boca llena de espuma, como los caballos. Con 20 lanceros, el coronel Juan José Rondón carga contra los carabineros de López cuando echan pie a tierra e impide el cerco. Y cuando se unen las

dos poderosas alas de la caballería, formando una sola masa, Páez concentra en su corazón sus músculos, su sangre, su amor y su odio:

—Vuelvan caras!

Una avalancha de lanzas tendidas levanta en peso una avalancha de sangre. El pánico deja inermes los brazos. La tierra y la sangre se hacen aliados. Y entre la vorágine de caballos y de humo y de sombra y de polvo y de gritos —los últimos gritos a la tierra— brilla, enhiesta, la lanza de José Antonio Páez, para que se iluminen eternamente las Queseras del medio.

La noche impidió ver los 500 muertos dejados en el campo, las piezas de artillería abandonadas —impotentes frente a las lanzas— la fuga de la caballería y la amarga retirada del general Morillo, hacia Achaguas.

LA RETIRADA FINAL

No es la retirada hacia Achaguas, en busca de la centenaria sombra de los samanes, ancha y tranquila. Ni hacia Barinas. Ni hacia San Fernando de Apure. Lo que busca el general Morillo no son los puertos del llano, sino las puertas del mar. Esta no es la retirada como una maniobra táctica, sino los primeros y borrosos perfiles del éxodo. ¿Dónde tiene Venezuela las puertas de salida? No importa por dónde: por las costas rojizas de la Guayra o por las ensenadas arenosas de Barlovento. Es la *retirada:* el regreso de la España Imperial a sus antiguos cuarteles de la península. Con Morillo no sólo regresaba un soldado cruel y valiente, sino el Imperio deshecho! y todo esto cabía en los puentes de un velero de guerra! Era la retirada: la última vez que un general español sería despedido como amo desde las costas del Nuevo Mundo.

A partir de las Queseras del Medio, lo que busca el general Morillo —antes de partir— no son operaciones militares, sino operaciones políticas. Ya no la Pax Romana en que se soñaba cuando desembarcó en Cartagena y arrastraba la inteligencia insurgente a los patíbulos —morir por el Rey a quien no quisiese vivir para el Rey!— sino la paz vergonzante, pactada con la representación misma del pueblo alzado en armas. Tregua, nada más que tregua. Para el general de la Reconquista, la tregua que lo dejase llegar a su casa y su gente, antes de que se desplomasen, para siempre, los viejos muros que España creía eternos...

Morillo ya es psicológicamente un derrotado. Quebrantada su moral, ha reemplazado el objetivo de la victoria militar por el de la transacción política. El general va adelante, hacia Achaguas o hacia Barinas, sin gana de pelea, sin empuje, arreando ganado y dejándose llevar a la deriva. Sin embargo, logra escaparse de la vigilancia de Páez —que lo asedia, quitándole el sueño y la ración de carne—. Cuando el llanero marcha sobre Achaguas, Morillo se ha escurrido ya con su ejército hacia la adicta Barinas, dejando una parte de sus tropas en manos de Morales. Páez se embosca en el Caño de Caramacate, en espera de que éste pase hacia San Fernando de Apure. Distribuye las lanzas y los caballos entre los árboles, repasa el camino lleno de matorrales...

—Que no quede ni uno!

Mientras las tropas realistas se acercan al bosque, dos patrullas se tirotean: una que llevaba municiones y otra, montada, que bordea las orillas de San Fernando. Páez sale de su escondite, porque cree que sus tropas han caído prisioneras. Cuando sale de su error ya es tarde... Dos patrullas patriotas se tirotean, frente al ejército enemigo! así se salva Morales de las lanzas de Páez!

En Achaguas se reúne con el general Bolívar, quien proyecta la ocupación de Barinas, en busca de tabaco. ¿Con qué pagar armas, en Guayana? Páez no aprueba este plan para Simón Bolívar, cuando lo están aguardando los pueblos de la Nueva Granada.

Es su primer contacto con el tabaco y la celosa maquinaria de la administración fiscal, cuya abolición decreta la Primera República —mientras puede ser escrupulosa en el cumplimiento de sus principios— pero luego restablece, pieza por pieza, con la disculpa conservadora de que *primero es vivir*... Es el primer contacto, muy distinto del que había hecho el ilustrado Revenga, uno de los hacendistas de cabecera del general Bolívar.

—Mire que los estancos son un buen negocio, blanco! Y el que manda, manda...

En Casanare, las divisiones del general Santander han abierto el camino... En la Junta de Oficiales que decide la invasión de la Nueva Granada por el llano de Casanare —el llano siempre como cuartel general de todos los pueblos insurrectos!— participa la flor y nata de la tierra venezolana: Anzoátegui, Soublette, Pedro León Torres, Briceño Méndez, Iribarren, Ambrosio Plaza. Cuando clarea, ya Bolívar está a caballo rumbo al Arauca. Galopando llega a los cuarteles del general Santander. Este es el general en jefe de la revolución! recorre miles de leguas para ponerse al frente de cada ejército que se alista para el combate!Así llegó a Cartagena y así se presentó en Tunja. Así viajó hasta el altiplano del Alto Perú, recorriendo a caballo los manglares de la costa guayaquileña y atravesando los muros nevados del callejón de Huaylas. Así repasó las cordilleras, los litorales, las sabanas, los valles, siempre listo —como Moisés— para guiar al pueblo en su paso por el desierto. ¿Cuántas veces cruzó por las sabanas de Páez, hacia Guayana, hacia Caracas, hacia Angostura, hacia Cúcuta, hacia Casanare?

Páez queda velando los llanos del Apure, para impedir que las tropas del Rey se unan en la Nueva Granada. Es su última temporada de guerrillero: ataca los grupos realistas de Guaca —en el camino de tránsito hacia el valle de Cúcuta— dispara hacia el blanco las guerrillas que operan en el llano de Calabozo y toma por asalto la aldea de Santa Cruz, cuando detrás de los muros

en que se atrincheran las tropas del rey sólo queda un hospital anegado en sangre y 200 fusiles. Había que ver a sus oficiales, impávidos ante la fusilería, destrozando con sus sables las balaustradas de las ventanas. ¿Cómo efectuar una carga sin caballos y en las angostas corralejas de una aldea llanera? Santa Cruz queda en tablas.

Páez vuelve hacia Achaguas, con su carga de heridos, alimentándose con frutas silvestres, en una marcha incesante por esteros anegados y caños profundos. Así llega, hambreado, a su nueva querencia. No, ya no es el guerrillero que puede lanzarse a campo traviesa, con su turbulenta caballería, a lancear hasta que los ataques epilépticos lo tumban del caballo sobre los matojos de la sabana, con la boca llena de espumarajo. Ahora se reúnen en su cuartel general oficiales, veteranos, reclutas, ganados, armas y caballerías. Ahora es el general divisionario José Antonio Páez, preparando la campaña libertadora de 1820.

En San Juan de Payara, un día se presenta —con arreos y uniforme de parada— un comisionado del general Morillo. Viene a proponerle al general Páez una suspensión de hostilidades.

—No, —dice el catire—. Yo no puedo entrar en ninguna inteligencia con el enemigo. La cosa tiene que hablarla arriba, blanco. Y no muestre tanto el tramojo!

Entonces Morillo se ve obligado a dirigirse al Congreso de Guayana: primero ha tenido que inclinarse ante el peón del Hato de la Calzada y ahora —aun sin quererlo— está reconociendo la soberanía del pueblo en armas. Como en 1781, el viejo soberano quería convencer al nuevo soberano que no había podido vencer. Al fin estaban parlamentando, mano a mano, el pueblo y el rey! Pero convencer, ¿con qué argumentos? Los que tenía el general Morillo no eran más convincentes que tres siglos de conquista y unos pocos años de Reconquista... Ni Morillo era el Arzobispo Caballero y Góngora —jurando sobre los Santos Evange-

lios unas Capitulaciones que en seguida serían sangrientamente violadas— ni Bolívar o Páez eran como Francisco Berbeo o Salvador Plata! José Antonio Galán se había transformado en Simón Bolívar, pero el Obispo vasallo no había podido mudarse en Pablo Morillo! La patria ya había aprendido cuál era el valor de los Pactos con el rey. No se lo había recordado el abogado Galavís, en las Notarías de Zipaquirá, y ¿no lo había predicado la Iglesia del Rey y el misionero Fray Joaquín de Finestrad, de la misma orden que invocaba el nombre humilde de Francisco de Asís para mantener en Guayana una misión con más arcabuceros que indios por cristianizar? El Padre Finestrad ya había señalado —en un libro ortodoxo y en unas misiones— cuál era nuestra obligación como perfectos vasallos: no oír, no hablar, no tener hacienda propia, no tener pensamiento propio y ¡nada de voluntad propia! Para eso los doctrineros enseñaban a los pueblos la teoría de los *señores naturales*...

El general Bolívar, desde San Cristóbal, no deja que la oportunidad se vaya de sus manos:

—¿Suspensión de hostilidades? ¿Regularización de la guerra? Pero si es lo que buscábamos. Justamente el respiro indispensable para proveerse de armas, para disciplinar tropas de reserva y prepararlas para la última campaña libertadora! Un esfuercito más y... no quedará un soldado español en tierras de América!

Bolívar escribe a Morillo. Al fin se regulariza la guerra y se entera el mundo de que la lucha no es entre un gobierno legítimo y unos bandoleros insurgentes, sino entre dos potencias militares, de las cuales una pelea por la independencia y otra contra la dependencia. ¿A qué podían aspirar dos ejércitos cristianos? Por lo menos, a matarse respetando las reglas del juego.

Ya éste no era un tratado como el de 1781, entre la crédula montonera que no se atrevió a tomar los bienes del Oidor que había derrotado y los pérfidos abogados de la Real Audiencia

de Santafé! Este era el pacto de una república victoriosa, que trataba de ganar tiempo y de evitar todo inútil derramamiento de sangre. Ya el terror no servía a nadie: ni al rey, ni al pueblo.

En Santa Ana se abrazan los dos generales: el que llega y el que se va. Bolívar se acuerda de la época del terror, que le impuso la guerra a muerte:

—"Odio eterno a los que deseen sangre y la derramen injustamente".

Hecha la tregua, el general Morillo leva anclas para España, antes de que se desplomen sobre su cabeza los escombros del imperio español. Ese imperio está en agonía, aunque falte por dar la batalla de Carabobo, en la que Páez destroza con su caballería los batallones enemigos, antes de que el Ejército Libertador pueda participar, activamente, en la victoria que tiene en las manos. Así termina el general Morillo su carrera militar: como un general incapaz de derrotar un guerrillero, cuando había comenzado como un guerrillero capaz de destruir a los generales. La historia tiene su propia estrategia.

La batalla de Carabobo es la última batalla que gana Páez con su ímpetu ofensivo y su carga de guerrillero. Las divisiones patriotas no alcanzan a entrar en acción y tienen que permanecer como espectadores anhelantes de un drama invisible entre el humo y la polvareda de los caballos. Los generales que se desprendieron de sus tropas, como Manuel Cedeño y Ambrosio Plaza, fueron a encontrar la muerte en la persecución del enemigo. Y el negro Camejo —el negro Primero— el que entró a la guerra al lado de Boves en busca de una casaca y unas morocotas y luego se pasó a las filas libertadoras, apenas alcanzó a llegar, galopando a dar su parte sencillo y morir al lado de Páez.

—Mi general: vengo a decirle adiós, porque estoy muerto!

En el puerto de embarque y en la batalla de Carabobo termina esta trama de contrapunto: Morillo deja de ser general en jefe y Páez empieza a serlo, en el propio campo de batalla y cuando aún no habían logrado despertarle las voces de las tropas y el eco perdurable de los pueblos, repitiendo de siglo en siglo, su santo y seña:

—Alto! ¿Quién vive?

—La patria que lucha por su libertad!

JOSE ANTONIO PAEZ

por José Nucete Sardi

INTRODUCCION

Si la guerra de la independencia americana iniciada en Venezuela no fuera un hecho histórico claramente analizado, muchos de sus aspectos parecerían un mito y José Antonio Páez, héroe-centauro de las pampas, uno de los personajes más calificados de esa mitología indoamericana. El, como dice la pluma maravillante de José Martí, "sin más escuela que sus llanos, ni más disciplina que su voluntad, ni más ejército que su horda, ni más semejante que Bolívar, sacó a Venezuela del dominio español, con tanta furia en la pelea como magnanimidad en la victoria, en una carrera de caballo que duró dieciséis años... Nadie comenzó su vida en mayor humildad ni la ilustró con más dotes de aquellas sublimes que parecen, con el misterio de la vida, venir a los hombres privilegiados del espíritu mismo de la tierra en que nacen. Su estrategia es original, pintoresca y sencilla", continúa diciendo el apóstol cubano, y yo agregaría: astuta.

Es curioso que la mejor biografía de Páez fue escrita por un escocés, don Roberto Cunninghame Graham, nieto del almirante Fleeming, hijo de una dama que había nacido frente a las costas de Venezuela, cuya madre era española. El diverso ancestro lo llevó a vivir con el romanticismo de Byron y con el idealismo de Don Quijote. Y la mejor página para comprender a Páez es la que escribió Martí, que supo ser cubano-venezolano, uniendo en su fervor dos patrias americanas.

Muchos extranjeros residenciados en Venezuela son grandes admiradores de Miranda y de Páez, entre nuestras grandes figuras his-

tóricas. Dos grandes hombres de muy diferente vida y formación unidos por el mismo ideal de patria soberana. Estudiada la vida de Páez, guardamos toda nuestra admiración para el guerrero de nuestra epopeya y tenemos reservas para su conducta de magistrado y político. Sus grandes hechos por la libertad hacen olvidar un tanto sus errores de gobernante. La crítica histórica ha de separar siempre al Páez heroico de las jornadas independientes del Páez gobernante. Y lo mismo habrá de hacer con otros guerreros de la libertad que luego alcanzaron el poder civil sin actuar en éste con la misma altura con que actuaron como libertadores. Es Sucre quizás el único de nuestros héroes venezolanos que actuó en el poder civil con la misma alteza de miras que mantuvo durante su gloriosa y ejemplar carrera de gran Mariscal de la Libertad. Fue fiel al Libertador, pero manteniendo su criterio razonador.

Páez, con sus errores como gobernante es como héroe de la emancipación una de las más notables figuras de Venezuela y de América. La separación de Venezuela de la antigua República de Colombia, trina unidad creada por el Libertador, estaba prevista por el propio Bolívar, que en alguna de sus cartas señalaba que la unión que la formaba era una máquina de guerra necesaria para lograr la independencia y que, obtenida ésta, se desintegraría como cuerpo político, debiendo quedar los tres países aliados como todos los de América para rechazar todo intento de reconquista por España o por cualquier otro poder extranjero. Si es verdad que Páez tuvo veleidades que lo alejaron del pensamiento político del Libertador, no significa ello que fuera el único instrumento de aquella separación. Tanto en Venezuela como en Nueva Granada crecieron las opiniones de muchos y las circunstancias que obligaban a la separación, entre ellas las enormidad del territorio difícilmente administrable desde cualquiera de las capitales de los países unidos.

Tampoco creemos que Páez fue el fundador del poder civil en nuestro país. Fundó el poder de su lanza con el prestigio de sus acciones heroicas y así logró la colaboración para su gobierno de

notables personalidades civiles, a quienes se impuso por aquel prestigio, por las conveniencias y por su expansiva cordialidad. Siempre veremos en él al astuto y valiente mago de las victorias insospechadas, al hombre de esfuerzo magnífico que supo elevarse desde humildes condiciones y cuando cayó de las alturas tuvo también majestuosa resignación.

INFANCIA Y JUVENTUD HUMILDES Y ESFORZADAS

Así fue este hombre, nacido en "una muy modesta casita", a orillas del riachuelo Curpa, cerca del pueblo de Acarigua, cantón de Araure, entonces provincia de Barinas, hoy ciudad creciente del Estado Portuguesa, el 13 de junio de 1790. Hijo de Juan Victorio Páez y María Violante Herrera, penúltimo de los ocho hijos que tuvo el matrimonio. Escasa fortuna. Su padre era empleado del gobierno colonial español en el ramo del estanco de tabaco, pero hombre de méritos por su conducta, pues cuando un funcionario celoso le quiso impedir que portara sus dos magníficas pistodas, establece proceso, lleva la averiguación hasta sus lejanos abuelos, comprueba que era "blanco, limpio de toda mala raza, de indio, negro, mulato, moro", y ganó el pleito. Estos pleitos eran corrientes en los días "racistas" y llenos de prejuicios de la época colonial, resabios de la propia metrópoli. Las pistolas de don Juan Victorio van a ser utilizadas por el hijo en la primera acción de propia defensa que éste realiza. Doña María Violante Herrera era viuda cuando casó con don Juan Victorio. La familia gozaba de cierto prestigio en la región.

En Guama asiste a los ocho años a la escuela de la señora Gregoria Díaz. Su cuñado Bernardo Fernández lo lleva a su tienda de mercería o bodega, donde aprendió a detallar víveres y se ocupaba también en sembrar cacao. Luego, su pariente Domingo Páez lo llevó a San Felipe para darle ocupación en los negocios que tenía establecidos en San Felipe. A los diez años le fue encomendado

encargo familiar de llevar papeles y dinero hasta un sitio cercano al pueblo de Cabudare, y por su imprudencia alguien supo que llevaba dineros. Cuando entró en la montaña de Mayurupí lo asaltaron cuatro hombres. Con un machete y un garrote, uno de los asaltantes intimidaba a Páez, haciéndolo retroceder hasta que éste, con una de las pistolas del padre, hirió en la ingle al malhechor y se fue sobre él con su machete, pero se dio cuenta de que estaba muerto. Los otros ladrones huyeron al verse perseguidos por Páez, colérico y machete en mano. Durante la noche tenebrosa y llena de lluvias torrenciales, continuó viaje hacia su casa y el secreto de su lucha sólo lo confió a una de sus hermanas. La noticia de que el joven Páez había dado muerte a un hombre en el lance empezó a correr. Páez, temeroso, se ocultó y tomó el camino de Barinas hasta las riberas del Apure y se empleó como peón, ganando tres pesos por mes en el hato de La Calzada, propiedad de don Manuel Pulido. En el hato servía al mayordomo Manuelote en los más humildes menesteres, y hacía los oficios del peón, en los que fue adquiriendo destreza y osadía, las cuales le sirvieron después para ser el guerrero dominador de los llanos. Trato duro, oficios peligrosos encomendaba Manuelote al *catire*. Cuando años después Páez hizo prisionero a Manuelote, que servía a los realistas, tuvo para el negro mayordomo el mejor trato, le dio el salvocunducto que le pidió para retirarse a su casa y tiempo después se incorporó a las filas de Páez.

Del hato de La Calzada pasó Páez al hato Pagüey, también de Pulido, quien lo utilizó en servicios más importantes con toda consideración. Se hizo ganadero, ayudó en sus negocios a Pulido y luego se retiró para dedicarse a sus propios negocios con éxito, hasta que Venezuela lo necesitó para esa otra empresa admirable de la independencia.

La *Autobiografía del General J. A. Páez,* en su edición original como en la de 1945, es la mejor fuente para seguir vida tan prodigiosa, aun cuando todos sabemos que *Memorias y Autobiografías* pueden ocultar ciertos momentos de una vida o tergiversar hechos en acuerdo con las conveniencias de cada quien. Esta obra es valioso documento histórico analizable a la luz de otros documen-

tos de las épocas que abarca la larga vida del autor, quien murió en New York en 1873. Su Introducción a la edición original está fechada en 1867.

AL SERVICIO DE VENEZUELA

De 1810 a 1813, Páez anda en choques con las autoridades españolas de la región barinesa, sufre prisiones, está en capilla y hasta se propone afiliarse disfrazado a las tropas de Puy con el propósito de matar a este realista desalmado. Se valió, como siempre, de estratagemas para salvarse de los españoles, que le ofrecieron rango de capitán en sus filas y no lo aceptó para continuar al servicio de la República, muchas veces sin hombres ni armas, hasta que en Barinas le fue dado el cargo de gobernador y comandante de armas de la provincia por un gran número de ciudadanos reunidos en el cabildo. Páez les manifestó que no había armas para sostener la autoridad que se le ofrecía y defender a Barinas; sin embargo —agregó— se dice que el ejército patriota ha triunfado en Araure, y si ustedes se quedan en la ciudad para defenderla y esperarlo, yo les digo que pueden contar con mis servicios.

Mil ochocientos catorce es un año nefasto para los republicanos. Después de las victorias del año anterior, cuando en Mérida primero y luego en Caracas recibe Bolívar el título de Libertador, ocurren días de derrota. Páez tiene diferencias con el jefe patriota Ramón García de Sena, quien observa una conducta irregular, dudosa, y llega el Centauro desmontado, a pie a Mérida, donde se reúne con el patriota Juan Antonio Paredes. Sirve como agregado en el escuadrón del merideño Antonio Rangel, porque no encontró gente conveniente para la caballería. En Egido encontró Páez un caballo suyo excelente y continuaron los patriotas hacia Lagunillas y Estánquez. Camino de Bailadores, por una cuesta angosta que no permitía sino el desfile de uno en uno, marchaban los realistas, cuando Páez —siempre con sus oportunas astucias— empezó a dar voces en diversos tonos como si fueran de distintas

personas y al grito de ¡viva la patria!, mató al sargento que iba a retaguardia y disparando y dando lanzazos alcanzó fácil victoria, poniendo en desbandada a los de la columna realista, muchos de los cuales cayeron por los despeñaderos de la montaña. El único que disputó la victoria al llanero fue el realista José María Sánchez, hombre temido, que obligó a Páez a echar pie a tierra, y disputándose la lanza, al fin ésta continuó en manos de Páez, que dio muerte al realista entre gritos que aparentemente dirigía a supuestos soldados que venían contra Sánchez. Cuenta Páez que, moribundo Sánchez, él lo ayudaba a bien morir rezándole el credo; pero que de pronto se dio cuenta que el moribundo forcejeaba para quitarle un puñal que llevaba al cinto, y acabándosele la caridad le dio un nuevo lanzazo que terminó con la vida del bravo Sánchez, quien tenía, además, una gran fuerza, tanta que en una ocasión cargose un cañón solo y lo condujo a otro sitio distante.

ORGANIZADOR DE CABALLERIA EN LAS MONTAÑAS

Páez, después de la acción de Bailadores, regresa a Mérida y allí permanece hasta mediados del año 14, cuando llega Urdaneta en retirada y se incorpora en sus filas, al mando de un cuerpo de caballería que Páez había organizado en la ciudad con parte de los llaneros que había abandonado García de Sena y otras gentes de las montañas. Estuvo en la batalla de Mucuchíes y regresó a Mérida con Urdaneta en la retirada para seguir a Bailadores, y luego de disputas con Chávez, comandante patriota de caballería, resolvió irse a los llanos de Casanare a reunir más gentes y caballos para oponerse a los españoles. Era empresa ardua si se piensa que los llaneros, en gran mayoría, eran realistas, y Páez no contaba con muchos medios para organizar un ejército. El comandante venezolano Olmedilla y el gobierno de Casanare reciben a Páez con verdadero placer, y a los tres días nuestro gran llanero se encontraba a la cabeza de un regimiento de caballería. Marcharon hacia Guasdualito, haciendo alto de día para no ser descubiertos

por el enemigo y andando por las noches. Atravesaron el Arauca a nado, llevando armas y monturas en la cabeza y en botes fabricados con cueros de vaca, para los que no podían realizar la curiosa operación. Tomada Guasdualito, hubo dura lucha, en que Páez supo actuar con estrategia y con magnanimidad impidiendo que Olmedilla y sus tenientes dieran muerte a los prisioneros realistas. No permitió el Centauro que la espada del soldado se convirtiera en cuchilla de verdugo.

Confiesa Páez que al comienzo de todo combate, al sonar los primeros tiros, se apoderaba de él una "violenta excitación nerviosa" que lo impelía a lanzarse contra el enemigo para recibir los primeros golpes y que sus acompañantes siempre tenían que contenerlo. Por las llanuras casanareñas conoció Páez a Juan José Flores, más tarde general y Presidente del Ecuador. Sirvió bajo las órdenes de Páez hasta 1821, en que fue a incorporarse al ejército formado en Nueva Granada para actuar sobre Venezuela. Ese año de 1815 fue pródigo en sorpresas dadas por el genio militar y socarrón de Páez a los españoles. En este año se dio la batalla nocturna de "Mata de la Miel", en que los realistas perdieron 500 prisioneros, 400 muertos, 3.345 caballos y gran número de lanzas y fusiles, una de las más notables de la guerra de independencia en los llanos, y por ella alcanzó Páez el grado de teniente-coronel, que le dio el gobierno de Nueva Granada, del que eran dependientes las tropas de su mando en Casanare.

La generosidad de Páez con los prisioneros logró que muchos de ellos, que eran venezolanos servidores del Rey, se afiliasen a la causa de los patriotas y se convirtieran en luchadores por la independencia de su propio país. Su prestigio crecía por su valor y magnanimidad, atrayendo para la República multitud de llaneros que antes habían estado con Boves y los realistas.

Confía en sus presentimientos, finge huidas para gritar de pronto su vuelvan caras; lo que hace no una sola vez, sino con mucha frecuencia; se vale de mil ardides para desorientar o asustar al enemigo, como cuando amarra cueros secos a la cola de varios caballos y lanzando al aire un tiroteo hace que los animales vayan

sobre el campo español ocasionando sorpresa y fuga. Es un intuitivo de la táctica y la estrategia, que se perfecciona en la lucha hasta hacerse técnico formidable, sobre todo en la guerra de los llanos.

No faltaban intrigas, desconocimientos, proyectos de motines y ambiciones, de lo cual iba surgiendo la personalidad de Páez como supremo conductor de los llaneros. Junto a su valor y capacidad de mando en lo militar demostraba campechana viveza para lo político, que, naturalmente, en las circunstancias de guerra quedaba sometido a lo primero. También había que luchar con la naturaleza, la falta de alimentos y de armas, la escasez de vestidos. Los soldados andaban casi desnudos, sin con qué cubrirse la cabeza durante las lluvias o cuando el sol quemante caía sobre ellos. Así, obtiene Páez con sus gentes los esforzados triunfos del Yagual y de Achaguas, donde pelearon Urdaneta, Santander, Servier, Tomás Montilla y otros bravos a las órdenes del llanero precavido, sagaz y valiente, cuyas victorias muchas veces parecían hazañas mitológicas.

En Mucuritas, Páez derrota a Latorre, dando severa lección al ejército de Morillo, quien confiesa que las tropas patriotas "no son gavilla de cobardes, sino tropas organizadas que podían competir con las del Rey". El ¡vuelvan caras!, después de fingida fuga, vuelve a dar triunfo a los llaneros. Fue el primer revés que sufrió el ejército de Morillo después de su llegada a Costa Firme. Morillo marchó hacia Oriente para atacar a Margarita.

Páez no sólo tenía que velar por su ejército, sino por los emigrados que estaban bajo su amparo —familias enteras con mujeres y niños—. Tomó medidas para la multiplicación y cuido del ganado, a fin de no arruinar los hatos, y en su campamento, uno de los ejercicios de sus soldados era la doma de potros y caballos para los combatientes. Los civiles que lo seguían tenían que hacer también uso de sus armas en los combates, así como los clérigos.

GENIO MILITAR GENEROSO Y SOCARRON. CONOCE A BOLIVAR

A comienzos de 1818, al saber que Bolívar estaba en el hato de Cañafístola, salió Páez de Payara para encontrarlo acompañado de los principales jefes de su ejército llanero. Un abrazo unió a los dos héroes y el compromiso de continuar la lucha, ya reconocido Bolívar como jefe supremo días antes por Páez y por medio de los coroneles Manuel Manrique y Vicente Parejo, comisionados del Libertador. Generoso el encuentro y ambos jefes tuvieron palabras de elogio mutuo. Tal reunión iba a dar los mayores resultados para el logro de la independencia americana. El Centauro deja en su *Autobiografía* uno de los más vivos retratos escritos de Bolívar, haciendo hincapié en el poder de sus ojos. Dos grandes fuerzas quedaron unidas para la tarea independista. Bolívar, con su genio y valentía; Páez, con su valor esforzado y su destreza. Ellos y sus hombres unidos representaban la libertad.

Frente al pasmo del propio Bolívar, Páez, "el tío", como lo llamaban sus llaneros, haciendo de su caballería de tierra "caballería de agua", atraviesa el Apure con cincuenta hombres y toma todas las flecheras enemigas que los españoles tenían en la orilla opuesta. Insólita acción de guerra que deja maravillados a Bolívar y a los realistas que no tienen tiempo de defenderse. Era el único recurso para adueñarse de las flecheras que Bolívar necesitaba para que su ejército pasase el río y continuar la campaña de Apure, magnífica, casi legendaria, llena de esfuerzos, de valor, de sacrificios, de osadía, de ardides y estratagemas, cuando muchas veces los gritos de los llaneros servían no sólo para ahuyentar los caimanes de los ríos, sino para atemorizar los soldados del Rey bajo las órdenes de Morillo. Este general confiesa que Páez lo seguía por todas partes, lo combatía, le arrebataba soldados, pertrechos y víveres y le hacía imposible la vida como un fantasma burlón y poderoso.

Páez, reforzado por Bolívar, bate a Morillo en Calabozo y ambos discuten el plan de campaña, pues Bolívar quería marchar sobre

Caracas. Antonio Rangel, doctor y coronel merideño, de Mucuchíes; Cornelio Muñoz y José Antonio Anzoátegui combaten con bravura y éxito al lado de Páez en estas marchas y contramarchas por los llanos, donde los encuentros son casi constantes y los ardides de Páez y sus tenientes, conjugados con el valor, logran triunfos. Es grande la habilidad de Páez para lograr triunfos rápidos con la menor cantidad de pérdidas de sus tropas. Antes que batallas campales, en algunas ocasiones adopta una guerra de movimientos, marchas y contramarchas. Cuando Morillo, con un ejército superior en cantidad y calidad, va a sitiar a San Fernando, Páez ha tomado la resolución de atraerlo a los desiertos de Caribén, dejándolo pasar el Apure y el Arauca, lo comunica a los habitantes de San Fernando y éstos con singular patriotismo, se aprestan a incendiar la ciudad, a volver cenizas sus propiedades y tomar todos las armas para no permitir la entrada del jefe español. Morillo quedó asombrado al ver el incendio y la resolución valiente y llena de sacrificio de los apureños de San Fernando.

Frente al Arauca, Páez lanzó cuatro caballos con cueros atados al rabo, los cuales, seguidos de disparos al aire, como era costumbre del Centauro, llegaron hasta el enemigo ocasionando sustos y dispersión.

Poco después, Páez, con ciento cincuenta hombres y en presencia de Bolívar, realiza otra de sus hazañas magníficas, y los realistas de España son derrotados en las "Queseras del Medio" en acción que parece mito, pero que es realidad del valor, la estrategia y la capacidad guerrera de Páez y sus hombres al servicio de la independencia.

Los años de 1819 y 1820 son pródigos en encuentros, persecuciones y emboscadas entre realistas y republicanos. Bolívar y Páez se vuelven a reunir en Achaguas y Guasdualito. El Libertador decide invadir a Nueva Granada, mientras Páez continúa la lucha en Apure.

Páez no acepta proposiciones de Morillo para llegar a un armisticio por no tener instrucciones del gobierno y del jefe supremo.

Morillo hace nuevas proposiciones que contestan a nombre del Libertador, Briceño Méndez y Urdaneta, rechazándolas como injuriosas, porque se ofrecía a los patriotas reconocerles los mismos grados militares que tuviesen para incorporarlos al ejército realista. Poco tiempo después, desde San Cristóbal, escribió Bolívar a Morillo, señalando condiciones para el armisticio. Se concluyó el tratado de Trujillo y Morillo invitó al Libertador a una entrevista, que se realizó en Santa Ana. Se colocó la primera piedra del monumento que debía erigirse allí en acuerdo con los deseos manifestados por el jefe español y por el Libertador. Páez manifiesta que presentó al Libertador, cuando pasó por Apure para celebrar la entrevista con Morillo, un plan para aprovechar el armisticio en la formación y mejoramiento del ejército patriota. Ya la decisiva batalla de Boyacá, dirigida por Bolívar, había asegurado la independencia de Nueva Granada (1819). Esta victoria y la reunión del Congreso de Angostura convocado por el Libertador el año anterior dieron gran prestigio a los republicanos, que así iban configurando la República no sólo con las armas, sino con la organización civil.

Páez, entretanto, prepara sus gentes y realiza una penosa marcha a Guanare para reunirse con el Libertador. Salió de Achaguas con mil infantes, mil quinientos jinetes, dos mil caballos de reserva y cuatro mil novillos. Hombre precavido, organiza sus huestes y provisiones para continuar la guerra, pues se había roto el armisticio del año anterior y 1821 iba a ser tiempo de triunfo para las armas patriotas. Latorre estaba inquieto por saber si Páez se había reunido con Bolívar y envió emisario so capa de proponer nuevo armisticio. Páez se había adelantado con su caballería y el emisario lo encontró reunido con el Libertador en El Tinaco. No fueron aceptadas las proposiciones de Latorre, quien empezó a concentrar sus fuerzas en Carabobo. Los realistas contaban con un numeroso ejército y una oficialidad probada en la península en la guerra contra los franceses. Los republicanos tenían excelentes soldados y oficiales, cuyo valor y destreza se había comprobado en largos años de lucha. Estos esperaban una batalla breve y decisiva.

GENERAL EN JEFE EN CARABOBO

Páez fue designado para tomar el mando de la primera división, compuesta por el batallón Británico, el Bravos de Apure y mil quinientos caballos. El coronel Aramendi, el general Cedeño, el coronel Plaza y otros bravos como Antonio Rangel y Rondón, Heras y Bravo. Durante la recia refriega, Páez sufrió el mal que le privaba del sentido —epilepsia, según muchos— y quedó entre los enemigos y lo salvó el venezolano realista Antonio Martínez, quien montó en su caballo a un teniente patriota para que lo sujetara en la silla hasta que lo pusiera a salvo, dirigiendo el caballo hacia las filas patriotas. Tres cuartos de hora duró la acción. Los patriotas perdieron, entre otros, al general Cedeño y al coronel Plaza, heroicos combatientes. Al recobrar el sentido Páez se le reunió Bolívar, quien le ofreció el grado de general en jefe entre los vítores del triunfo. El ejército patriota no entró todo en el combate: bastó una parte de la división de Páez para lograr el triunfo. Carabobo confirmó la independencia de Venezuela y Nueva Granada. Páez llega hasta el centro de Valencia, que está solitaria. Queda Mariño como jefe de Estado Mayor en Valencia a la cabeza de las tropas, mientras con algunas de ellas Bolívar y Páez siguen hacia Caracas. Lamentando las pérdidas de notables patriotas en Carabobo, entre ellas la de Pedro Camejo, el Negro Primero, a quien Páez mucho quería y lo tenía casi siempre a su lado, y el Libertador también teníale afecto y simpatía.

Páez regresa a Valencia, mientras el Libertador conferencia con dirigentes políticos en Caracas y reorganiza la administración. Antes de regresar a Nueva Granada con algunos cuerpos de ejército, Bolívar divide provisionalmente a Venezuela en tres distritos militares y nombra a Páez comandante general, del que formó con las provincias de Caracas, Carabobo, Barquisimeto, Barinas y Apure.

En abril de 1822 comienza Páez los preparativos del sitio de Puerto Cabello. Las fiebres malignas diezman sus tropas y se retira a Valencia para salvar sus hombres. Páez, incansable, se exponía

a grandes peligros, hasta usando uniforme de simple soldado, y desde Bogotá, Santander le pedía que no se expusiese tanto, pues su vida era necesaria para todo lo que faltaba por hacer. Con rapidez característica, Páez, al ver las maniobras del enemigo, reúne las tropas que tiene en Valencia, rechaza los ataques de Morales, y en una de las refriegas recibe un tiro en el pie el comandante Rondón, quien muere pocos días después a consecuencia de tétanos. Entre Valencia y Puerto Cabello se desarrollan los combates. En los llanos de Calabozo fue sofocada una revolución a favor del rey y el jefe español Morales sale de Puerto Cabello para Maracaibo. Deja al frente de la plaza a Sebastián de la Calzada. En Maracaibo, Morales violó los tratados de Trujillo, a lo cual respondió Páez dando orden a sus tropas de cumplir el convenio a pesar de las violaciones del enemigo. Páez, confiando en que el castillo de San Carlos estaba en manos patriotas, marchó con dos mil hombres a Trujillo para atravesar el Lago y tomar a Maracaibo, pero el capitán que mandaba el castillo capituló y la escuadra española llegó a Maracaibo. Poco después Padilla, ayudado por un práctico de la barra que le había enviado Páez, obtuvo el triunfo sobre la escuadra española.

Importantes cartas envía Páez a Santander en este año de 1822, en que se prepara a rendir la plaza de Puerto Cabello. No sólo tratan asuntos militares esas cartas, sino políticos. Los preparativos para expulsar a los españoles de Puerto Cabello los realiza Páez con su acostumbrada rapidez, decisión y astucia. Incluso escribe a Calzada, quien se niega a aceptar las proposiciones de Páez. El Mirador de Solano fue la primera fuerza española que capituló ante Páez, para quien resultó de gran utilidad el fortín. Un esclavo negro al servicio de los españoles fue sorprendido por los patriotas en sus maniobras nocturnas y atraído por Páez para utilizarlo en la exploración y conocimiento de los manglares. Páez meditaba el asalto del castillo, pero para engañar al enemigo desvió el curso de un río y construyó zanjas a fin de que los realistas creyesen que sólo intentaba estrechar el sitio. Peligros tuvo que sortear el osado llanero mientras preparaba la arriesgada acción del asalto al castillo. Sus hombres, desnudos, sólo con sus armas, deberían

comenzar el plan a las diez de la noche del 7 de noviembre de 1823. Estrategia, táctica, valor y osadía, casi imprudencia, pero lo importante era tomar al enemigo inapercibido, confiado en que no habría asalto, sino sitio largo y penoso. Temerario el hecho, pues los patriotas tenían que pasar cerca de las baterías y de la proa de la corbeta de guerra "Bailén" sin ser vistos.

Diose el asalto desde las aguas, como si fuese otra llanura, pues los hombres de Páez sabían en los ríos de la pampa ser "infantería o caballería de agua". Ataque y defensa desesperados, luchas cuerpo a cuerpo y ninguna esperanza de salir del castillo por las medidas que Páez había tomado. El enemigo tuvo que rendirse a discreción. Al amanecer, dos sacerdotes fueron a comunicar a Páez que el general Calzada, jefe de la plaza, estaba refugiado en una iglesia y deseaba rendirse personalmente al general Páez, quien pasó a verle. Felicitó al héroe por la arriesgada operación y le entregó su espada. Juntos fueron a tomar café a la casa que Calzada había ocupado durante el sitio. El anfibio centauro de llanos y mar había logrado otra de sus grandes victorias llena de estratagemas y peligros.

Mientras los dos jefes conversaban, el comandante español del castillo, Carrera y Colina, hizo explotar el "Bailén"; no hizo caso de una carta que le envió Calzada y dijo que estando éste prisionero no lo reconocía como jefe. Páez, siempre ingenioso, le devolvió la espada, diciéndole que fuera al castillo a hacer obedecer a Carrera. Así se efectuó, pues al ver éste que Calzada llegaba con su espada, lo reconoció de nuevo como jefe. Calzada invitó a Páez en su nombre y en el de Carrera a almorzar en el castillo. Páez fue confiado, y al llegar se le rindieron honores militares.

Otra acción ingeniosa de Páez en este día fue la siguiente: los soldados españoles que habían capitulado en el fortín Solano se le presentaron para decirle que se les seguía causa por aquel hecho. Intercedió Páez por ellos, pero se le arguyeron necesidades de la disciplina militar. Pidió el llanero el expediente para examinarlo, y luego, con gran naturalidad y asombro de los jefes españoles, se lo guardó en el bolsillo...

Regresa el triunfador a la plaza, vienen las negociaciones y terminan con la muy generosa capitulación que otorgó Páez a sus adversarios.

Terminada la guerra de independencia en territorio venezolano, Páez tiene que hacer frente a guerrillas de antiguos seguidores del rey, a bandoleros alzados, a la preocupación de que España, ayudada por la llamada Santa Alianza, enviaría una nueva expedición reconquistadora a América, y a enviar tropas y auxilios al Libertador que se encontraba en sus campañas liberadoras en el Perú.

Buques franceses, al mando del capitán de navío Dupotet, frente a Puerto Cabello, una asonada en Petare, rumores de una expedición realista que se formaba en Canarias y otras intrigas obligaron a Páez a tomar medidas para seguridad del país. Se hacía sentir ya en este año de 1825 cierta tensión entre el jefe supremo de los ejércitos de Venezuela y el gobierno de Bogotá, ejercido por el vicepresidente Santander.

Páez es acusado ante el Senado de Colombia por la Municipalidad de Caracas y por otras voces. El gobierno de Bogotá ordena a Páez que entregue el mando de las tropas al general Escalona, lo que Páez cumple, a pesar de que no es Escalona el llamado a sustituirlo. En Valencia varios ciudadanos piden a la Municipalidad que sea devuelto el mando a Páez. Surgieron disturbios. Y Páez fue llevado en hombros ante las puertas de la Municipalidad valenciana. Asumió de nuevo el mando civil y militar.

LOS COMIENZOS DE LA SEPARACION

Estos hechos tirantes entre el gobierno de Bogotá y el jefe supremo de Venezuela son los comienzos de la separación de ésta de la República de Colombia. Se agregan a ello el descontento entre granadinos y venezolanos y las opiniones de ciudadanos de ambos países. Páez, al reasumir el mando, da una proclama en que anun-

cia que tratará de que se adelante la Gran Convención fijada para 1831. Tanto en Guayaquil como en Venezuela se desean reformas de la Constitución. Los asuntos de Venezuela deben esperar el regreso del Libertador, quien, junto con Sucre, desde 1824, ha realizado la independencia del Perú con las victorias de Junín y Ayacucho y prepara la Constitución de Bolivia.

En diversos lugares de Venezuela, Nueva Granada y Ecuador, se habla de federación. También se habla de monarquía. Las gentes se anarquizan. El 13 de noviembre de 1826 dicta Páez en Caracas el decreto de elecciones y reunión del Congreso Constituyente del Estado de Venezuela, fijándolo para enero de 1827. Páez escribe a Bolívar, dándole cuenta de los sucesos y culpando a Santander. La asamblea popular, reunida en la iglesia de San Francisco el 7 de noviembre de 1826, a la que asistió Páez, declaró a Venezuela Estado independiente y federativo. En su carácter de jefe civil y militar, Páez pronunció un discurso. El político que se había ido formando durante la guerra actuaba ahora con su propia estrategia. Que Páez hábilmente la insinuara a sus amigos y seguidores o que aceptase lo que le convenía de los consejos de aquéllos, para el caso es lo mismo. Páez y Santander ya eran adversarios irreconciliables. Habían comenzado a serlo en las campañas de los llanos de Casanare. Representaban dos países de carácter diferente. Los dos generales buscan apoyos del Libertador-Presidente para sus propias conveniencias.

BOLIVAR Y PAEZ EN CARACAS

1826 fue un año tremendo, según el propio Páez. El último día de ese año llegó el Libertador a Puerto Cabello, y al día siguiente, 1º de enero de 1827, expidió decreto confirmando la autoridad de Páez como jefe civil y militar, con el título de jefe superior de Venezuela. El 4 de enero sale de Valencia Páez para recibir al Libertador. Se encuentran y abrazan al pie del cerro de Naguanagua. Entraron juntos entre vítores a Valencia y el ejército des-

filó ante el Libertador. Bolívar y Páez fueron juntos a Caracas, que los recibió triunfalmente, como todos los pueblos del tránsito. Caracas tributó homenajes al Libertador, quien pudo ver gentes de su familia y amigos de su afecto. Páez solicitó del Libertador permiso para ausentarse de Venezuela por algún tiempo, a fin de no verse envuelto en sucesos posibles. Bolívar no le concedió el permiso. Jóvenes bellas de Caracas ofrecieron dos coronas al Libertador: una, por el triunfo sobre los tiranos y, otra, por haber evitado la guerra civil. Bolívar dio una a Páez y la otra la dedicó al pueblo de la República. Tedéum, festejos, banquetes. Páez fue a habitar la misma casa en que se alojaba el Libertador. A su llegada a Caracas, Bolívar había regalado a Páez su espada, una lanza con grabados de oro, dos caballos y un lujoso neceser de viaje. Las banderas que le obsequiaron las damas las fue repartiendo entre sus amigos y colaboradores, dejando para él la que simbolizaba la constancia. El Libertador dio consejos a Páez sobre los asuntos de gobierno, recomendándole no se aceptase el sistema federal. Regresó a Nueva Granada en el mes de julio. Habló largamente con Páez, antes de partir, sobre la libertad de Cuba y Puerto Rico. Páez era el escogido por el Libertador para la expedición liberadora de las dos Antillas. Y algo más: con los esclavos negros liberados, formar ejército para ayudar a los liberales españoles en su propia patria, demostrando así la generosidad de la América libre y pedir el reconocimiento de la independencia y soberanía de Colombia. Desde La Paz y Potosí, en 1825, había escrito el Libertador a Páez sobre la independencia de Cuba y Puerto Rico, lo que le confirmó en Caracas de viva voz en 1827. Páez tenía vivos deseos de capitanear la expedición liberadora de Cuba y Puerto Rico. Calculaba en sus proyectos los soldados necesarios, el armamento, el lugar más conveniente de la isla para efectuar el desembarco y, en relación con la esclavitud, presenta en su autobiografía cifras con las cuales comprueba que el dinero invertido en cualquier otro negocio producía más que invertido en esclavos.

Los años 1827 y 1828 oyeron las voces de quienes predicaban la reconquista por parte de España y, además, partidas de realistas hacían la guerra de guerrillas en algunos lugares de Venezuela,

sin que faltaran bandoleros que aprovechaban la situación para sus correrías. En la Nueva Granada y en el Ecuador había movimientos políticos. Las dificultades aparecían por todas partes. El teniente-coronel José Arizábalo contó con la ayuda de algunos bandoleros, menos con la de Dionisio Cisneros, que deseaba continuar por su propia cuenta, sin someterse ni a republicanos ni a realistas. Arizábalo y sus gentes, después de alcanzar algún triunfo efímero, fueron derrotados por las tropas del gobierno, y los recursos que algunos buques enviados por el gobernador español de Puerto Rico le trajeron para desembarcarlos en Río Chico fueron regresados a la Antilla por el jefe español comisionado para su entrega, al ver que los realistas no aparecieron para recibirlos. Páez, con su ejército había dominado la situación.

Páez da cuenta al Libertador, en interesante correspondencia, de los sucesos de Venezuela y le señala que no sólo hay "godos" o realistas españoles en acción contra la República, sino también realistas o "godos" venezolanos que ayudan a aquéllos y piensan en el Rey. Pero Páez sabe cómo acabar con estos *trasnochados,* así como acabó con la verdadera potencia de España en la guerra magna.

Cuando en 1828 se reúne la Convención de Ocaña, Páez critica al Libertador, en carta que le dirige, algunas de sus expresiones por las cuales consideraba a dicha Convención saludable para la patria, a pesar de todas las discordias que ocurrieron en ella y antes de reunirse.

Páez, ya maduro en política, dirige a los miembros de la Convención una comunicación en que aboga porque se ponga en manos del Libertador-Presidente el mando supremo del Estado y hace ver los peligros que hay en Venezuela por la insurgencia de muchos y la posibilidad de una expedición española. Continuó una interesante correspondencia entre Páez y el Libertador. Aquél era partidario de un gobierno central fuerte, en manos del Libertador. Y de que se realizara la separación de los tres países que formaban la República de Colombia. El 21 de setiembre juró Páez reconocer

a Bolívar como jefe supremo de Colombia, ante el arzobispo Ramón Ignacio Méndez, en la Plaza Mayor de Caracas, y prestaron el mismo juramento todas las corporaciones, tribunales, jefes militares y el ejército. Y frente a seis mil personas, dirigió Páez una arenga al pueblo de Caracas. Aceptada la dictadura por el Libertador, Páez juró fidelidad, y en la tarde del mismo día dirigió otra arenga, ante gran multitud, a las tropas que estaban bajo su mando.

Al tener conocimiento del atentado contra la vida del Libertador en Bogotá el 25 de setiembre, Páez le dirige cartas de congratulación por haberse salvado, y hace conocer en Venezuela los hechos. Sus palabras van contra todos los complotados, sin exceptuar a Santander.

La situación del comercio y de los agricultores, y en general, la económica del país, hace que Páez convoque reuniones de comerciantes y hacendados para tratar de remediarla y enviar al Libertador informes que pedía para dictar algunas leyes. Páez encontró opiniones egoístas —como se encuentran hoy— y, sobre todo, que quienes las daban no se atrevían a firmarlas. Y se daba el caso de que muchos opinaban en forma diferente según se encontraran en reuniones del gobierno o en reuniones de particulares, comerciantes y hacendados. Un mal viejo, como se ve. Pues en nuestro tiempo hay quienes siguen el mismo proceder, a pesar de las libertades democráticas. Los intereses egoístas saben prevalecer en todos los tiempos valiéndose de la hiprocresía y la falsedad. En sus escritos ya Páez hacía ver la conducta de los falsos acreedores servidos por testigos venales, las faltas de algunos fiscales de la justicia y las turbias maniobras de ésta. Como se ve, el mal está tan arraigado que en nuestros días, según lo demuestra la prensa, ha adquirido proporciones mayores.

Páez tuvo que adentrarse por los caminos de la política y de la administración pública, de la organización territorial de la República. Ensayo y aprendizaje que le darán experiencia para su carrera posterior.

Páez fue siempre partidario de un gobierno fuerte, centralizado, que pudiera dominar los conflictos internos y hacer frente a las pretensiones españolas o extranjeras de una reconquista. En el año de 1829 afloraron con insistencia ideas monárquicas en diversos países de América. En Argentina el Congreso de Tucumán desde 1816 habló de monarquía moderada. Se habló del duque de Luca, heredero del reino de Etruria, y parecía que Austria y Rusia protegían esta candidatura. También se pensó en uno de los infantes brasileros sometido a la constitución que el Congreso presentaría. Chile y el Perú también pensaron en una monarquía, así como en México y Guatemala se habló de algún príncipe español o del duque de Sussex, hijo de Jorge III de Inglaterra. Hubo quienes propusieron al inca don Dionisio Yupanqui, residente en Madrid. El conde de Moctezuma solicitó ser declarado emperador de México. Era descendiente por parte de madre del último emperador azteca. Otros vástagos de monarquías europeas fueron presentados como posibles candidatos y, desde luego, los países monárquicos de Europa veían con buenos ojos estas posibilidades, que les convenían en alguna forma. Muchas personas notables de América pensaron en la solución monárquica, que hubiera sido contraria al espíritu de la independencia, pues, aun cuando estos países hubieran continuado independientes, habrían renegado del principio republicano que fue su norma.

Se ha discutido mucho sobre la posibilidad de que Bolívar hubiese aspirado a la corona de Colombia, la verdad es que él mismo decía que su constitución bolíviana representaba una monarquía sin corona. Y en alguna ocasión manifestó que el título de Libertador era el mejor para él. Su propia hermana María Antonia le escribió alguna vez diciéndole que rechazara la corona si se la ofrecían. Y se sabe que María Antonia fue adicta a la causa de España, aunque siempre celosa del buen nombre de su hermano.

La anarquía reinante en América y la búsqueda de un gobierno estable hizo pensar a muchos en una monarquía constitucional, mucho más cuando ésta podría ayudar al reconocimiento de la independencia por España y otros países europeos. Pero los patrio-

tas venezolanos habíanse burlado mucho de las coronas y los tronos y resultaba una contradicción —hasta una ironía— que se acogiesen a una forma de gobierno que habían criticado duramente. La salida lógica eran los ejecutivos republicanos fuertes para dominar la anarquía, la infancia de la libertad, en pueblos que no tenían la cultura suficiente y el civismo necesario para el republicanismo, naturales secuelas de los siglos de esclavitud y absolutismo. Creemos que si por algún momento la idea de la monarquía en Colombia pasó por el pensamiento del Libertador para afirmar la independencia, la desechó inmediatamente. Y cuanto a Páez, por su formación, por su vida luchadora, no creemos que haya tenido pensamientos monárquicos o monarquizantes. Páez pudo pensar en ser el jefe, el dictador, acostumbrado en sus campañas a ser obedecido, y en realidad fue en algunos momentos jefe y dictador, pero no creemos que pensara seriamente en la posibilidad de una monarquía. Otros militares de la independencia sí llegaron a pensar en la monarquía. Si es verdad que Páez actuó en algunas circunstancias como dictador, como militar, también es verdad que en otras supo ser tolerante. Los errores que tuvo como gobernante provenían del personalismo, del caudillismo que existía en América después de una guerra larga y sangrienta. En nuestro tiempo aún no ha desaparecido totalmente ese personalismo, ese caudillismo, y aún hay ignorancia, falta de cultura política en muchos sectores de la población indoamericana, a pesar de los progresos realizados. Las ambiciones desorbitadas, la vanidad, el mal uso del poder, el deseo desaforado de riquezas mal habidas, son constantes de la humanidad en todos los tiempos y en todos los regímenes de gobierno.

En 1829 Páez se encuentra en dificultades con el vicepresidente Santander y con las intrigas de sus enemigos de Venezuela. Desde Nueva Granada, el general José María Córdova lo invita a acompañarlo en la insurrección que prepara, y de la cual, al fin, es víctima. Desde luego, Páez estaba muy lejos de compartir los puntos de vista de Córdova.

Páez hace en este año una invitación al Libertador para que se venga a Venezuela, pues éste había manifestado sus deseos de re-

tirarse a la vida privada, y le ofrece sus bienes para trabajar retirados de la política.

También llega Santander, separado de su cargo, después de haber estado prisionero en el castillo de Bocachica, luego de los sucesos del 25 de setiembre de 1828 en Bogotá. Es enviado a Venezuela a las órdenes de Páez. Desde el barco que lo conduce escribe de la bahía de Puerto Cabello a Páez, como antes lo había hecho del castillo de Bocachica. El llanero le contesta cortésmente, diciéndole que lo atenderá como es debido, pero recuerda los hechos recriminables ocurridos en Bogotá. Santander, confinado, solicita de Páez pasaporte para un país extranjero. Sin duda, sobran motivos para considerar adversarios estos dos personajes, cuyas cartas son sumamente corteses, sin embargo. Desde New York y Hamburgo el neogranadino sigue escribiendo a Páez. Este, al juzgarlo, dice que "no hay consonancia entre sus hechos y sus ideas".

Ha terminado la guerra con el Perú, a la que puso fin la espada de Sucre victoriosa en el portete de Tarqui.

En Venezuela se solicita en reuniones públicas y asambleas la separación del país de la República de Colombia. Se llega a pedir la separación del mando del Libertador. No faltan voces que piden que se le niegue la entrada al país. Páez le escribe sobre estos asuntos y cree que la separación pedida debe realizarse. Si Páez maniobró para apresurar la separación, Santander también fue instrumento de esta idea en Nueva Granada y existió opinión muy generalizada favorable a la separación. El mismo Libertador comprendió que ésta era inevitable terminada la guerra de Independencia. Por otra parte, los militares cometieron abusos tomando sin autorización de éste el nombre del Libertador. Con ello empezó a caer desprestigio sobre el nombre de Simón Bolívar. Es corriente en todos los tiempos que el nombre de un gran hombre o del jefe de un Estado sea tomado abusivamente por sus funcionarios para beneficio de éstos.

Venezuela, por mayoría de opiniones calificadas, votó por la separación y porque fuese Páez su gobernante.

En enero de 1830 se reúne en Bogotá el llamado Congreso Admirable presidido por el general Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho. Bolívar presenta su mensaje y sus votos porque se elija nuevo Presidente de la República.

Consumada la separación de Venezuela, Páez asume el gobierno, lanza proclamas, dicta decretos, forma gabinete y reorganiza la nación. Bolívar anuncia un viaje a Venezuela que no realiza. Una misión presidida por el mariscal Sucre e integrada por el obispo de Santa Marta, José María Estévez y el diputado Juan García del Río, es nambrada para iniciar conversaciones con el gobierno de Venezuela. El último de los nombrados se excusa por enfermedad y deben viajar a Cúcuta Sucre y el Obispo. Sucre hace saber que no tiene esperanzas en el éxito de la misión.

Se cree que Bolívar piensa invadir a Venezuela para oponerse a la separación. Páez toma medidas defensivas ante cualquiera emergencia y nombra una comisión compuesta por el general Santiago Mariño, Martín Tovar Ponte y Andrés Narvarte para entenderse con los comisionados del gobierno de Bogotá. Estos comisionados llegaron hasta La Grita, pero funcionarios subalternos los hicieron regresar hasta El Rosario de Cúcuta, adonde iría la comisión venezolana. Francisco Aranda sustituyó a García del Río entre los comisionados de Bogotá, y el doctor Ignacio Fernández Peña a Narvarte, por enfermedad de éste, en la comisión venezolana. La provincia de Casanare, entre tanto, quiso unirse a Venezuela, pero ésta no aceptó integrarla para evitar nuevos problemas.

En mayo se instaló en Valencia el primer Congreso Constituyente de Venezuela y Páez toma medidas administrativas. Treinta y tres diputados forman aquella asamblea. Páez presenta su mensaje, hace consideraciones sobre la deuda pública, las milicias auxiliares y otros asuntos relativos al estado del país. No falta la expresión de sus deseos de retirarse a la vida privada, que parece ser una "necesidad" en esta clase de documentos, según se puede ver en los de muchos otros gobernantes. El Congreso confirma a Páez en sus poderes hasta que la asamblea lo crea necesario. Este insiste en su renuncia, que no es aceptada por el Congreso.

Los militares a quienes se suspendió el fuero militar se mostraron descontentos porque se creían con más derecho que los civiles a gozar de prebendas, cargos, etc., ya que habían contribuido con sus lanzas a la Independencia, pero olvidaban que los civiles habían contribuido con sus luces y capacidades y muchos también tomando las armas al mismo fin. El Congreso hubo de enfrentarse al militarismo por agosto de 1830 para evitar la excitación de la "negra honrilla de los militares" —son palabras del mismo Páez en su "Autobiografía"—, quienes veían mal que los abogados y literatos manejasen la cosa pública. El Congreso se propuso restablecer el poder civil debilitado por la guerra y sus contingencias. El propio Páez apoyó los propósitos del Congreso y por su ascendiente sobre ellos convenció a los militares que debían obedecer las disposiciones del Congreso. Su autoridad militar fue puesta al servicio del civilismo. El ejemplo que daba convenció a los ambiciosos. El 22 de setiembre de 1830 firmaron los congresistas la Constitución de Venezuela.

El 30 de setiembre de 1830 aprobó el Congreso la Ley de Manumisión y el 2 de octubre siguiente Páez ordenó el ejecútese. Páez se prepara para defender a Venezuela de los que intentan desde Bogotá restaurar la República de Colombia oponiéndose a la separación de Venezuela, consumada de hecho y luego legalizada por el Congreso venezolano.

El arzobispo de Caracas, doctor Ramón Ignacio Méndez, amigo de Páez, que había tomado las armas en los llanos a favor de la Independencia, se negó, aduciendo motivos de conciencia, a jurar la Constitución de Venezuela. También influía su adhesión al Libertador y el no estar de acuerdo con la separación de nuestro país de la República de Colombia. Páez trató de convencerlo en cartas razonadas. El arzobispo no oyó las razones y el gobierno lo expulsó del país.

EL PRESIDENTE

El 27 de mayo de 1830 se juramenta Páez como Presidente de Venezuela.

El 17 de diciembre de 1830 muere el Libertador en Santa Marta, después de la violenta hora de desconocimiento que no cesa con su muerte. Páez, al recibir las comunicaciones oficiales de su deceso, las contesta haciendo su elogio y en 1833 se dirigió al Congreso para repatriar sus restos. Esta solicitud fue reiterada por Páez en 1839 y en 1842. Esta vez se resolvió el traslado de los restos y Páez presidió las ceremonias en que se rindió homenaje al Grande Hombre.

En 1831, el general José Tadeo Monagas, prócer de la independencia, que había firmado la Constitución separatista de Venezuela, surge proclamando la necesidad de restaurar la República de Colombia. Manifiesta contradicción en su conducta.

En este mismo año se reúne el primer Congreso Constitucional de Venezuela. Páez trata de dominar la insurrección de Monagas por medio del convencimiento y envía al general Mariño a conferenciar en su nombre con Monagas. Mariño acepta proposiciones de éste que el Gobierno rechaza. Monagas y Páez se entrevistan en Valle de la Pascua, y Monagas viéndose perdido, accede a terminar su insurrección.

El indio José Dionisio Cisneros, bandido realista, fue de los que después de la batalla de Carabobo, junto con doscientos bandidos, siguió defendiendo la causa del Rey y cometía toda clase de maldades y tropelías. Su persecución costó al Gobierno mucho dinero y bajas, hasta que Páez le apresó un hijo, comenzó a educarlo y le escribió varias cartas para que se entregara. Esto no bastó y el osado Páez, Presidente de la República, propuso una entrevista al bandido. Hasta determinado punto llegó con tres acompañantes. Envió un emisario al bandido. Este regresó, aconsejando a Páez que no subiera a la montaña, donde se hallaba Cisneros con sus hombres, porque éstos lo asesinarían. Páez subió solo a la

montaña. El bandido, ante sus hombres, lo increpó diciéndole cómo se atrevía a aquello. Páez, sin inmutarse, le contestó que deseaba hablar con él. Se sometió a la prueba del fuego: se puso al frente de los doscientos bandidos, que tenían sus trabucos y carabinas cargadas en plan de batalla. Y el mismo Páez les dio la orden de apuntar y de hacer fuego. Cisneros, con una señal, impidió que se cumpliese la orden de fuego y, asombrado, como sus hombres, de tal prueba de valor y confianza, oyó al Centauro-Presidente, quien regresó a Caracas esa misma tarde. Cisneros y sus hombres se sometieron a Páez, quien les dio tierras y garantías para que trabajaran. Un acto más de valor del intrépido llanero, ejecutado como Presidente de la República, cuando ya no tenía necesidad de buscar más glorias. Pasó el tiempo y Cisneros volvió a las andadas. Era la bestia indomable. Entonces a Páez no le quedó otro recurso que someterlo a Consejo de Guerra y hacerlo ejecutar.

A fines de 1831 se reorganizó Nueva Granada en estado independiente. Se establecieron acuerdos con Venezuela relativos al pago proporcional de las deudas, demarcación del territorio de ambos Estados y pactos y alianzas defensivas. En enero se instaló el segundo Congreso constitucional de Venezuela. Mientras tiene que dominar motines y conatos de revoluciones, Páez crea en la Universidad de Caracas una Academia de Matemáticas que ha de servir a la vez de escuela militar. La dirige el sabio Juan Manuel Cagigal. Se crearon otros colegios en diversas ciudades, y entre adversidades surgió la labor docente de don Feliciano Montenegro y Colón, antiguo realista que regresó al país y escribió un Compendio de Geografía, agregándole una relación histórica de la contienda revolucionaria. Páez lo ayudó y puso sus hijos en el plantel de Montenegro y Colón. Este abrió en abril de 1836 el colegio Independencia y contó con la cooperación de notables figuras de la cultura. Al inaugurarlo colocó el retrato del Presidente Páez en su aula principal.

No faltaron voces contradictorias: individuos que habían atacado al Libertador y pedían la separación de Venezuela, en otros mo-

mentos pretendían, aun después de muerto el Libertador, que se restaurase la República de Colombia. Los personalismos, más que las ideas, hacían actuar a estos individuos contradictoriamente. Así surgían alzamientos, gentes que se iban al monte en son de revolución y hasta complots contra Páez, quien unas veces con magnanimidad y otras con mano dura, sabía acabar con sus enemigos y mantener paz en el país.

El cuarto Congreso de Venezuela se reúne en 1834, y en este año Páez firma el tratado de amistad, comercio y navegación entre Venezuela y Francia. Se reúnen las asambleas primarias y electorales para elegir senadores y diputados que han de sustituir a los que concluyen sus períodos. Por decreto expedido el 16 de abril, se consagraron el 19 de abril y el 5 de julio de cada año, al recuerdo de la Independencia de América, se habilitaron puertos para la importación y exportación y se decretó admitir varias monedas extranjeras mientras se dictaba la ley monetaria y la unidad que debía mantener la República como moneda nacional. Se barajan nombres de candidatos para la Presidencia de la República: generales Bartolomé Salom, Santiago Mariño, Carlos Soublette y doctores Diego B. Urbaneja y José María Vargas. La discusión queda cifrada entre Vargas y Soublette. Páez, sin dejar de reconocer los méritos de Vargas, apoya la candidatura de Soublette. En 1835 es elegido el doctor José María Vargas. Páez da su proclama de despedida y se va a su hato San Pablo. Sin duda, la primera presidencia de Páez deja un balance positivo para la República en medio de las difíciles circunstancias en que actuó. Al descender del poder, Páez acepta ser Juez de Paz en el villorrio de San Pablo del Guárico, donde tenía su hato.

Tenía el Presidente Vargas medio año no completo en el poder, cuando una revolución llamada de las Reformas estalló, y el comandante Pedro Carujo alzado con sus hombres, pidió la renuncia al doctor Vargas, quien se negó a ofrecerla con toda entereza. Vargas fue hecho prisionero y cuando Carujo —nombre que puede confundirse con una palabra vulgar, usada como insulto en Venezuela— lo conducía, le dijo con arrogancia cretina: "Doctor, el

mundo es de los valientes"; a lo que Vargas, con la serenidad propia del hombre de cultura y de civismo, le replicó: "Se engaña usted: el mundo es de los hombres honrados".

Mariño fue nombrado jefe supremo, y para alucinar las tropas —dice Páez— se le nombró jefe superior. Páez recibe en su hato las noticias que le trasmite una comisión de notables y decide salir de su hato para restablecer el orden. Entre tanto, los reformistas habían embarcado al doctor Vargas en una goleta en La Guaira para San Thomas.

Reúne sus gentes Páez y marcha hacia Caracas. Los reformistas pretendían restaurar el fuero militar. Vargas les había hecho saber que si eran necesarias reformas, él las haría en acuerdo con la Constitución por medio del Congreso. Carujo había estado entre los complotados contra el Libertador el 25 de setiembre en Bogotá, y muchos de los que fueron sus adversarios entonces, se unieron a él para esta revolución, cuyos fines oscuros eran personalistas, Páez entró en Valencia, dominó la situación y siguió a Caracas. A su llegada a Caracas, Páez sorprendió a la población, que esperaba un combate y no lo hubo porque los revolucionarios huyeron. Convocó a los miembros del Consejo de Gobierno, y se nombró jefe del poder ejecutivo al general José María Carreño. Veinte días había durado la llamada Revolución. Páez persiguió a los fugitivos reformistas y el doctor Vargas fue llamado al país. Todavía hubo un movimiento sangriento en Puerto Cabello y Vargas regresó a Caracas el 20 de agosto y ocupó su cargo.

Los militares reformistas habían saqueado los parques y tenían suficientes armas, por lo cual Páez debía tratar de atraerlos no sólo rindiéndolos por la fuerza, sino utilizando la astucia, los pactos. etc. Antes de caer Vargas, había nombrado a Páez jefe del ejército constitucional. Páez nombró a Monagas (José Tadeo) jefe de operaciones en Oriente, hacia donde habían marchado Carujo y sus seguidores, pero Monagas estaba con los reformistas. Elogiado por unos y atacado por otros, Páez se constituyó en el defensor del gobierno constitucional.

Abre Páez la campaña de Oriente contra Monagas y los reformistas. Monagas seguía pretendiendo la restauración de Colombia a pesar de que cuando se alzó anteriormente se había comprometido con Páez a abandonar tal causa. Los sediciosos reformistas lograron el alzamiento en Maracaibo y otras ciudades y la campaña se prolongó. Monagas y Páez llegan a un convenio y se restablece la paz en lo que a Monagas y sus seguidores respecta.

Voló Páez a Puerto Cabello, destruyó a los reformistas y Pedro Carujo, herido en combate, cayó prisionero y poco después murió en Valencia. Mariño continuaba alzado, pero su escuadrilla se entregó al Gobierno en Choroní. Páez volvió a dominar a Puerto Cabello. Restablecida la paz, el Centauro pidió permiso al Gobierno para regresar a su hato. Se retardó el permiso hasta que la fortaleza de Puerto Cabello quedara reorganizada. El Congreso acordó honores especiales para Páez, dándole el título de Ciudadano Esclarecido y otorgándole una espada de oro como defensor de la Constitución.

El militarismo y la ignorancia, dice Páez, llevaron a muchos militares que habían actuado con brillo en la guerra de Independencia a tomar parte en la revolución de las Reformas. Terminada ésta, a los pocos meses se presentó otro movimiento: el de Juan Pablo y Francisco Farfán, llaneros, amigos de Páez, pero díscolos e indisciplinados que varias veces habían desertado de las tropas llaneras. Los motivos invocados por los Farfán tenían poco peso, pero su acción guerrera era peligrosa. Páez envía sus tenientes y también cartas llamándolos al orden, pero la lucha surgió por el poco caso que hicieron al llamado de Páez, quien fue hasta las llanuras para dominar el movimiento. Cerca del pueblo de Payara se trabó el combate. Juan Pablo Farfán, en persona, trató de poner fuera de combate a Páez, pero Rafael Salinas, asistente de éste, derribó con su lanza a Farfán. Fue un combate y una persecución osados. Los alzados se fugaron a gran carrera de sus caballos. Páez fue denominado el "León de Payara".

Páez inicia negociaciones para que España reconozca a Venezuela por medio de una carta que dirige a María Cristina, goberna-

dora del Reino, mientras llegaba a la mayoría de edad la que al subir al trono llamóse Isabel II. Mariano Montilla fue designado plenipotenciario de Venezuela para actuar en Inglaterra y en España. Por falta de fondos tuvo que terminar la misión de Montilla cuando el Gobierno inglés acababa de reconocer a Venezuela. El General Carlos Soublette sucedió a Montilla en las negociaciones con España. Estas fueron largas y difíciles, sin que se llegara a un acuerdo. Soublette regresó a Venezuela y se encargó del poder ejecutivo por renuncia que hizo el doctor Vargas.

No han faltado quienes han achacado a manejos de Páez la renuncia del doctor Vargas. Cuando la elección de éste, Páez había manifestado que su preferencia estaba por Soublette. Soublette, por su parte, obtuvo mayor número de votos que los otros candidatos que se oponían a Vargas. Le toca ser encargado del poder ejecutivo y en tal carácter hacer entrega a Páez de la espada que el Congreso le otorgó por sus servicios al debelar la revolución de las Reformas. El 19 de abril, fecha patriótica, fue la escogida para hacer entrega de la espada de oro al Esclarecido Ciudadano. En 1837 recibe Páez otra espada que le obsequia Guillermo IV, de la Gran Bretaña, por medio de su representante diplomático sir Robert Kerr Porter, de gratísimo recuerdo para los venezolanos. En febrero de 1838 otorgó el Congreso a Páez el permiso de ley para aceptar el real regalo. En esos mismos días murió el Rey Guillermo IV.

Terminado el período presidencial del doctor Vargas, por cuya renuncia se había encargado del poder interinamente el General Soublette, y habiéndose efectuado las elecciones, resultó Páez electo por segunda vez Presidente de Venezuela, por el voto de 212 electores entre los 222 que votaron en toda la República en acuerdo con el sistema electoral vigente. Al tomar posesión el Presidente electo confió las carteras de Guerra y Marina, del Interior y Justicia y de Hacienda y Relaciones Exteriores, interinamente, al General Rafael Urdaneta, al señor Diego B. Urbaneja y al Coronel Guillermo Smith, respectivamente.

En su segunda presidencia, Páez y sus colaboradores se ocupan del ejército para garantizar la paz, de abrir caminos, de la instrucción pública, del acondicionamiento de penitenciarías.

Las relaciones exteriores del país merecieron especial atención y se firmaron tratados con Gran Bretaña y España. Por el año de 1840 hay cierta prosperidad en Venezuela. Páez respeta la libertad de imprenta y, años más tarde, se manifestará complacido de haber procedido así. Inmigración, consolidación de la deuda, pagos anuales de ésta, fueron, entre otras, medidas tomadas por el Gobierno. Se funda la Colonia Tovar con la cooperación del célebre Agustín Codazzi. Al año siguiente se funda el Banco Nacional y se firma el tratado de comercio, navegación y amistad entre Venezuela, Suecia y Noruega. Por estos dos países lo firmó el conde de Adlercreutz, y por Venezuela, el señor Juan José Romero. La civilización y adoctrinamiento de indígenas fue otro de los trabajos del Gobierno. La llegada del conocido Schomburgk a la frontera venezolana con la Guayana Británica alarmó a los venezolanos y Páez envió al historiador Baralt a Londres, dando por resultado que, según comunicó el señor Fortique en acuerdo con la declaración del Secretario de Estado y Relaciones Exteriores, lord Aberdeen, Schomburgk no estaba autorizado para ocupar territorio venezolano y sus demarcaciones no eran sino "una presunción de derecho". No faltaron periódicos que acusaran a Páez de traicionar los intereses de Venezuela, citando como indicio la espada que le había regalado el Rey y su amistad con distinguidos británicos. Se publican la *Historia de Venezuela,* por Baralt y Díaz, y la *Geografía* de Codazzi.

En 1842 solicita Páez honores y traslación de los restos del Libertador a la patria. Se efectúa el traslado el 17 de diciembre con gran pompa y con la asistencia de representantes no sólo de países americanos, sino de Europa.

Páez entrega el poder al nuevo Presidente electo, general Carlos Soublette, a comienzos de 1843, y, sin duda, durante su administración logró establecer la paz interna, mantener buenas relaciones con los demás países e incrementar el progreso nacional.

El antiguo guerrero de sorpresivas entrategias también tuvo como gobernante su estrategia hábil, y con su intuición y natural talento fue asimilando cultura, conocimientos a lo que unía su cordialidad expansiva y su fe en sí mismo. Un hombre que se hizo por mano propia a golpes de valor, de heroísmo y de experiencia. Un hombre sencillo a quien la política hizo entrar en contradicciones. Las astucias de la guerra también las supo utilizar en las complejidades de la política.

El Venezolano, que hacía oposición al Gobierno, atacaba al Presidente Soublette y al general Páez, ya retirado a su vida privada, a sus faenas de ganadero. La elección de Soublette era estimada por el periódico como una componenda entre el general Páez y la oligarquía. Los agricultores reclaman ayudas, un artículo de *El Relámpago* es acusado por el ciudadano Juan Pérez, agraviado, como libelo. Tercia la justicia, hay tumultos, junto a problemas económicos y políticos. Páez ha salido de sus posesiones de Aragua para Apure a su hato de El Frío. Luis Felipe, Rey de los franceses, nombra a Páez Gran Oficial de la Legión de Honor; el Rey de Suecia y Noruega lo hace Comendador Gran Cruz de la Orden de la Espada. Y en 1845 se aprobó el Tratado de Paz, Reconocimiento y Amistad entre España y Venezuela, para el cual Páez había dirigido sus esfuerzos cuando ocupaba la Presidencia, firmado por Alejo Fortique y Martínez de la Rosa.

Durante las dos administraciones de Páez hay tiempos de prosperidad que sufren menoscabo con la Revolución de las Reformas, la de los Farfán y la del indio Rangel, que sigue la bandera opositora de Antonio Leocadio Guzmán, periodista notable, hombre contradictorio que continúa sus ataques a Páez aun cuando éste se encuentra alejado del poder, pero que, sin duda, ejercía influencia en el Gobierno. La lucha política, llena de ofrecimientos de difícil cumplimiento por parte de la oposición, se hace dura. Se piensa en una entrevista entre Páez y Guzmán. Entre tantas dificultades, Páez es nombrado jefe del Ejército con amplias atribuciones. En Magdaleno hay un encuentro entre las fuerzas de Páez y las de la oposición, que cuentan con algunos

malhechores. Desde una ventana es disparado un trabuco contra Páez, que se salva por milagro. El agresor es hecho preso y luego puesto en libertad por Páez. La libertad se confundía con la demagogia y las mañas y artimañas aparecieron durante las elecciones. Muchos pensaron que Páez debía volver a la Presidencia al terminar el período de Soublette, porque por sus extensas relaciones, la amnistía e indultos y la lucha bien dirigida había dominado la revolución de Rangel. Pero no aceptó Páez las proposiciones para una tercera elección.

En 1847 resulta electo Presidente el general José Tadeo Monagas, a quien da su apoyo Páez. El Centauro propicia proyectos de inmigración. El revolucionario Ezequiel Zamora es hecho prisionero. Antonio Leocadio Guzmán es condenado a muerte por la Corte Superior y, en otra instancia, por la Corte Suprema. Después del proceso y sus incidentes, Monagas conmuta la pena a Guzmán y éste sale de la cárcel para Curazao en exilio.

Fue éste uno de los juicios por delito de imprenta más sonados que haya habido en Venezuela. Guzmán fue acusado de haber realizado una subversión ilegal por medio de su campaña en *El Venezolano* y en otros periódicos y de haber armado sus huestes con el pretexto de que iba a entrevistarse con Páez. Ezequiel Zamora confesaba en su prisión que se había levantado en armas por las prédicas de Guzmán y otros periodistas. Guzmán fue irreconciliable enemigo de Páez no sólo cuando éste actuaba como Presidente, sino aun después de haber entregado el poder.

Al poco tiempo de asumir el poder el general Monagas hubo gran descontento en la República. En enero de 1848 se trataba de aterrorizar al Congreso. Se había acusado al Presidente Monagas de violar la Constitución y las leyes y de cometer diversas arbitrariedades. El 24 de enero, hombres armados atacan al Congreso: muere Santos Michelena a consecuencia de las heridas recibidas, otros quedan heridos. El Congreso había dispuesto trasla-

darse a Puerto Cabello para continuar sus deliberaciones con mayor libertad cuando ocurrió el atentado. Los hombres armados que cometieron el atentado fueron designados para defenderlo y hacer guardia durante las sesiones.

OTRA VEZ EN CAMPAÑA POR LA CONSTITUCION

Páez, que está en El Rastro, en camino para Nueva Granada, haciendo uso del permiso que le había dado el gobierno anterior, recibe en este lugar una carta de Monagas, en la cual le comunica los hechos y le pide consejo. Páez la contesta desaprobando la conducta del Presidente y declarando que con la espada que le ha obsequiado el pueblo defenderá las instituciones. En Calabozo, Páez lanza una proclama llamando al ejército y al pueblo a defender las instituciones y la Constitución de 1830. Acusa a Monagas y a los reservistas de la milicia llamados ilegalmente por él, del atentado. Sostiene que algunos de los hombres que lucharon por la independencia y libertad quieren ahora adueñarse del país para gobernarlo a su antojo. Algunos congresantes, forzados por Monagas, declaran faccioso a Páez. Este salió de El Rastro para Apure, llamado por ciudadanos que estaban contra Monagas. El 20 de febrero llegó Páez a San Fernando. Los cincuenta hombres que tenía en El Rastro se convirtieron en doscientos y empezó a organizar su ejército.

En Los Araguatos se encontró con fuerzas del Gobierno mandadas por el general Cornelio Muñoz, compañero, compadre y antiguo jefe de la guardia de Páez durante la guerra de Independencia. Muñoz fue vencido, pero el triunfo no dio frutos por la dispersión de las gentes que estaban bajo el mando del jefe de uno de los escuadrones.

Puede decirse que ésta fue una derrota o un encuentro que resultó indeciso para los dos bandos. Entre tanto, en Caracas el gobierno de Monagas y sus agentes atacaban duramente a Páez

llamándole faccioso; le negaban hasta sus méritos de luchador por la independencia y su valor.

La verdad es que Páez, junto con Soublette y sus seguidores, se fueron de Apure para Nueva Granada. De Casanare siguieron a Cúcuta. El Gobierno venezolano solicitó del de Nueva Granada que internara a estos jefes. Sabiéndolo, éstos resolvieron seguir para Maracaibo, que se había pronunciado por la constitucionalidad. Por las dificultades del viaje y los peligros que le ofrecía la persecución del gobierno de Monagas, Páez se fue por Ocaña hasta Santa Marta. Pasó a Jamaica, pues no encontró oportunidad de viajar a Curazao. En Jamaica enfermó y, tras angustiosos días, se fue a San Thomas en buque inglés y de allí a Curazao para recomenzar las operaciones.

En 1849, trece provincias de las quince que formaban la República de Venezuela lo invitaron a desembarcar en la patria. Las provincias de Caracas, Guárico y Carabobo le enviaron agentes que le ofrecieron influencias y recursos: dos mil hombres de caballería, infantería que pudiera necesitar y armas. Apure también enviaría otro contingente de caballería. Barquisimeto ofreció fusiles, dinero y cuatrocientos caballos. Poníase por condición que Coro comenzase el movimiento. El 2 de julio Páez llegó a Coro. En el primer encuentro con las fuerzas monaguistas, éstas fueron derrotadas. Penalidades y no cumplimiento de muchas de las ofertas. Los expedicionarios, después de algunos combates, siguieron hacia las llanuras de Calabozo. Tuvieron que enfrentarse con Ezequiel Zamora, Nicolás Silva y sus columnas gubernamentales. Zamora fue derrotado. Los monaguistas estaban en Macapo, y el general Mariño, al servicio de Monagas, comandaba tres mil hombres. No recibió Páez la cooperación prometida, y sus soldados no tenían armas suficientes, no había dinero para racionarlos y menudearon las deserciones. En las duras circunstancias, Páez propuso una capitulación honorable, que fue aceptada, y en el cuartel general fue recibido cortésmente, pero al llegar a Valencia el gobernador de Carabobo lo cargó de grillos y redujo a prisión.

PRISIONERO Y DESTERRADO

De allí fue conducido a Caracas con su hijo Ramón, escoltados por la columna de Zamora y, por el camino, gentes al parecer dirigidas por el gobierno, gritaban "mueras" a Páez. Insultos y maltratos abundaron. Monagas solicitó consejo sobre lo que debía hacerse con Páez al llegar a Caracas. Alguien opinó que debía salir a encontrarlo, llevarlo a su casa y ponerlo en libertad. No oyó Monagas este noble consejo, que al mismo tiempo envolvía desprestigio para el Centauro. Fue llevado a la cárcel de Caracas. Recibió las visitas y obsequios de sus amigos. Muchas damas lo visitaron. Y de la prisión caraqueña, Páez fue llevado al Castillo de San Antonio, en Cumaná. En la mazmorra de piso húmedo y calor sofocante —cuenta el mismo Páez en su *Autobiografía*—, que se veía obligado a tenderse en el suelo y aplicar la boca a la rendija de la puerta para poder respirar. Desde su prisión dirigió el guerrero sus protestas al Presidente de la República y al Presidente del Congreso Nacional. El Congreso contestó a Páez en forma despectiva, negándole sus méritos y diciendo que se remitiera el expediente a la Secretaría del Interior y Justicia.

Al salir Páez de la prisión recibió ovaciones y demostraciones de afecto. Embarcó para San Thomas el 28 de mayo en el vapor *Libertador*. Desde allí envió mensaje de despedida a Venezuela y comenzó su exilio. En la isla también recibió homenajes el ex Presidente de Venezuela. Salió de la isla para Filadelfia, adonde el 26 de julio de 1850 diversas gentes fueron a saludarlo y conocerlo. No pudo permanecer más tiempo en Filadelfia, como se lo pedían importantes personas, porque una Comisión le pedía que siguiera a Nueva York, donde se le preparaban homenajes "como jefe distinguido de la independencia sudamericana, compañero de armas de Simón Bolívar, fundador de la República de Venezuela, dos veces Presidente de ella y firme sostenedor de la libertad civil". El corregidor de la ciudad de Nueva York, Woodhull, se dirigió al Consejo de la ciudad anunciándole la llegada de Páez para los honores que debían ofrecérsele, mientras Páez fue a Staten Island, donde debía permanecer hasta el

día fijado para su recepción en Nueva York. El cónsul de Venezuela, Juan B. Purroy, y otros venezolanos fueron a saludarlo allí. Manifestaciones de simpatía y honores de las autoridades recibió el Centauro en Staten Island. El vapor *Sud-América* lo condujo de la isla a Nueva York y le hicieron honores militares la Guardia Nacional, el Estado Mayor del general Storms y la oficialidad del Regimiento *Old Continentals,* vestidos con el uniforme que llevaban en 1776, cuando eran mandados por Washington. La prensa hacía comentarios admirativos para Páez y se señalaba que era "el primer tributo público de honor y de respeto que se paga a un hijo distinguido de las Repúblicas sudamericanas hermanas nuestras".

La comitiva, rodeada de numerosas personas, acompañó al exilado hasta el palacio de Gobierno. Allí le fueron presentados jefes, oficiales, autoridades y ciudadanos de la metrópoli del Hudson. Comienza un nuevo mundo a abrir sus puertas al héroe venezolano, ahora amargado por prisiones y exilio, pero satisfecho de los homenajes que se le prodigaban.

Páez tenía notable "don de gentes". Amaba el baile y la música. Cantaba y se acompañaba con cierto gusto con el violín. De mediana estatura y contextura fuerte, soportaba trabajos y penalidades y conservó fuerza y actividad hasta el final de su larga vida. Era amigo de los niños y de los animales. "Aunque a la manera de muchos hombres casados, tuvo una amante que le hiciera más llevadero el yugo del matrimonio; las mujeres parecen haber influido poco en él a lo largo de toda su carrera", nos dice su biógrafo escocés Cunninghame Graham, quien agrega que cuando Páez estuvo encarcelado en la insana y asfixiante prisión del castillo de San Antonio en Cumaná, su esposa, a quien él había abandonado, lo mortificó haciendo todo lo posible por aliviar los sufrimientos de su errante marido.

Su esposa, doña Dominga Ortiz, de buena familia, era muy seria y recatada. Su amante, Barbarita Nieves, era muy alegre y entu-

siasta del baile. Barbarita murió en Maracay, en 1847, mucho antes de la prisión de Páez. Este no las nombra en sus memorias.

Páez, acostumbrado a la libertad de sus llanuras, pensó con frecuencia en la libertad de los esclavos y trató de lograrla. En algunos aspectos gobernó como un patriarca, con el prestigio de sus hechos militares.

Cuando llegó a Nueva York tenía sesenta años. Rostro alegre, ojos vivos, frente altiva, cabello algo canoso. Modales sencillos y dignos. Aire de franqueza y cordialidad. Se hacía grato a las gentes, nos dicen quienes escribieron sobre su llegada. Ramón Páez, su hijo, que estuvo prisionero con él en el castillo de Cumaná, cuenta que su padre estaba menos triste que él. Páez, para hacer ejercicio en su reducida celda, cuando los soldados monagueros empezaban diariamente a insultarlo, solía canturrear y bailar. Así no los oía y hacía su ejercicio necesario. Mantuvo siempre su dignidad en la desgracia. El descalzo mozo llanero que lavaba los pies a Manuelote, con el tiempo se había ilustrado y hablaba francés e inglés. También un poco de italiano.

En 1851 Páez fue recibido por la Municipalidad de Baltimore con honores públicos. Cuando fue a Washington el entusiasmo fue indescriptible y gentes de todas clases acudían a las calles para verlo pasar. Pasaba la historia casi mitológica. El Centauro heroico, el soldado libertador, el dos veces Presidente de Venezuela, el desterrado digno.

Como Páez no habla en su *Autobiografía,* publicada en 1867, de las impresiones de sus viajes, que fueron realizados después de esa fecha, ignoramos sus pensamientos sobre ellos. No sabemos cómo se sintió al estar sentado al lado de la emperatriz Eugenia en un gran banquete en las Tullerías.

Entre tanto, en Venezuela, Monagas y su facción se desprestigiaban. Y en 1858, por decreto de la Convención Nacional Páez fue restituido a su rango militar y le fueron devueltos todos sus

honores, con apoyo de la opinión pública. Todos los decretos monaguistas o monagueros que le tildaban de traidor fueron derogados. Y fue invitado a regresar al país.

La ciudad de Nueva York, que no olvidó a Páez en su pobreza y veneraba al hombre que había recibido como exilado diez años antes, volvió a rendirle homenajes.

En los mismos días en que, con motivo de serias reclamaciones contra Venezuela, es nombrado don Fermín Toro enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en España, segunda misión del eminente escritor en Madrid, Páez es también nombrado enviado extraordinario y ministro plenipotenciario ante el gobierno de los Estados Unidos. Su misión no tuvo éxito.

Entre los homenajes que recibió Páez en Estados Unidos fue el de mandar la parada de un 4 de julio, y el presidente Grant le sirvió de edecán. Bandas militares y jovencitas que lanzaban flores sobre el viejo caudillo cuando pasaba bajo sus balcones. De pronto, el caballo que montaba Páez se asusta, resbala y cae sobre una pierna del jinete. Fractura. Resultaba ironía que el Centauro llanero, acostumbrado desde su juventud a montar caballos salvajes para la doma, estuviera a punto de perder la vida por la caída de un caballo que sabía de disciplinas militares. Muchos años después, con motivo de incidentes políticos diversos, protagonizados por caudillos de mayor o menor grado, la picaresca venezolana acuñó la siguiente frase: "Caudillo en macadam necesita secretario". Podría aplicarse retrospectivamente al Centauro civilizado. Se llegó a temer por la vida del héroe, dada la gravedad del accidente, pero su robusta constitución —que sin duda era más robusta que muchas constituciones de Venezuela— lo salvó.

Páez se hizo llevar a bordo de un buque en cuanto pudo abandonar el lecho. Caracas lo esperaba ansiosa. Otros pueblos se unían al homenaje. Y el viejo león volvió a su casa de Valencia,

que lo recibió por última vez. El pueblo se desbordó en Caracas para recibirlo y los veteranos de la guerra de Independencia acudieron a saludarlo.

Al año siguiente fue proclamado dictador, encabezando tanto el poder civil como el militar. En su vejez se vio otra vez aclamado como el salvador de su tierra. Pero el largo alejamiento de Venezuela, su edad avanzada y otras circunstancias lo hicieron caer bajo la influencia de consejeros arbitrarios, sectarios, y el viejo general cometió actos que destruyeron su prestigio. El partido federal, encabezado por el general Falcón, dio comienzo a la rebelión. Oriente y Maracaibo adhirieron al movimiento. Militares de Páez se pasaron al enemigo. El Centauro se vio obligado a pactar con los revolucionarios. Esta revolución, larga y sangrienta, si no logró sus metas políticas del todo, sí alcanzó ciertas realizaciones sociales en favor del igualitarismo venezolano. En la hacienda de Coche, cerca de Caracas, se firmó el tratado: por Páez, Pedro José Rojas, su secretario y sustituto, por Falcón, el general Antonio Guzmán Blanco.

Fue llevado a la presidencia el general Falcón. El 22 de mayo de 1863 Páez abandonó Venezuela de nuevo, regresó a Nueva York otra vez despojado de sus bienes y casi sin medios de vida. El gobierno venezolano le acordó mil pesos para su viaje y una escasa pensión. Nueva York le recibió con respeto. Y a los setenta y ocho años de edad, pero físicamente fuerte y con salud excelente —en 1868—, empujado por la pobreza, salió para Buenos Aires como agente comisionista para una empresa ganadera. El llanero de Venezuela se iba a convertir en pampero argentino. Llegó a la ciudad del Plata con un enorme perro blanco, que según se dice, respondía al nombre de "Pinkén", su único compañero. Buenos Aires lo recibió generosamente y las familias se disputaban el placer honroso de tenerlo como huésped. Fijó su residencia en la de la familia Carranza.

PAEZ EN BUENOS AIRES

Durante su exilio en Estados Unidos, Páez conoció al gran Sarmiento, que actuaba como ministro plenipotenciario de la Argentina en Washington, y fue Sarmiento quien insinuó a Páez que fuera a Buenos Aires. Y por junio de ese año llegó el llanero de las Queseras del Medio, cargado de años, de glorias y de pobreza. En octubre siguiente regresaba Sarmiento a su patria y asumió la presidencia de su país. Durante estos meses anteriores a la llegada de Sarmiento, Páez se había relacionado con gentes importantes de la ciudad que lo atendían y agasajaban. En diciembre de ese mismo año, Sarmiento honró y ayudó al héroe venezolano. Dictó el siguiente decreto: "Habiendo llegado a este país el general don José Antonio Páez, en prosecución de una modesta industria para sostener su vida en la más avanzada edad, y considerando que este ilustre guerrero es la más alta gloria militar que sobrevive a los tiempos de la Independencia, y que sus hazañas reconocidas por la Historia contribuyeron en gran manera a afianzar la independencia americana, el presidente de la República Argentina, para asegurarle el reposo de sus últimos días, en reconocimiento a sus grandes servicios, acuerda y decreta: Artículo 1º Dése de alta en la Plana Mayor activa del Ejército argentino al general don José Antonio Páez, en la clase de brigadier general. Artículo 2º Comuníquese, etc.—Firmado: *Sarmiento.* Refrendado: *Martín de Gaínza*".

El Senado, por unanimidad, aprobó, y el general Mitre, senador nacional, dijo lo siguiente: "Lejos de hacer un honor al general Páez, nosotros lo recibimos en que venga a acabar sus últimos días aquí; es una pequeña deuda de gratitud que le pagamos, nosotros, americanos, que hemos gozado de los beneficios producidos por los grandes servicios que prestó en la guerra de la Independencia". Dice el escritor y diplomático argentino Francisco R. Bello, en su trabajo sobre *Páez en Buenos Aires,* que "este homenaje tiene el singular mérito de que los dos hombres que lo firman, Sarmiento y Gaínza, eran los adversarios más encarnizados de la raza de cuyas virtudes y de cuyos defectos Páez

era un símbolo". Gaínza era el Ministro de guerra de Sarmiento. Páez tuvo gran afecto por el pequeño Adolfo Carranza, quien años después fue el fundador y director del Museo de Historia de Buenos Aires. A las tertulias de la familia Carranza asistían gentes importantes, entre ellas Florentino González, catedrático de Literatura de la Universidad de Buenos Aires, antiguo conspirador complicado en el complot contra Bolívar en Bogotá de septiembre de 1828, quien había tenido que abandonar su Colombia natal; don Manuel Olazábal, prócer de la independencia argentina; el general Campero, boliviano exilado, aspirante a la presidencia de su país, y muchos notables del mundo literario. Narraban sus recuerdos, hablaban del paso de los Andes por el general San Martín, de la batalla de Ayacucho y la toma de El Callao, mientras una muchacha mestiza, con los pies desnudos, servía el mate. Mármol, el autor de *Amalia,* y Bernardo Yrigoyen, también frecuentaban la tertulia.

Páez con su voz poderosa, cantaba el *Miserere* de *El Trovador,* tarareaba canciones andaluzas, paseándose por el salón. Recordaba que cuando estaba preso en Barinas en 1814, cantaba romanzas a media voz, y en 1818, después de un combate —cuenta un viajero inglés— dirigió un coro de 500 llaneros que cantaron el himno argentino. En Apure, en la casa del coronel Cornelio Muñoz, su amigo entonces, dice O'Leary que encontró a Páez tocando el violín con un negrito que lo acompañaba al piano, por los días de 1826.

En Valencia se le oyó cantar un aria con voz de tenor y en Buenos Aires le dijo al general Mitre que estaba en la tarea de recoger y conservar cantos populares de Venezuela para publicarlos en un libro. Páez era en estas reuniones la historia viva, el centro de atracción.

Páez visitó al célebre general Urquiza, que vivía en el palacio de San José, a orillas del río Uruguay, con sus sesenta hijos naturales.

Una epidemia de fiebre amarilla en 1871 obligó a Páez a trasladarse a Río de Janeiro. De allí escribe a su amigo Carranza, interesándose por dos jóvenes venezolanos que habían tenido que abandonar a Venezuela forzosamente. Eran los doctores Rafael Herrera Vegas y Clemente Zárraga, médico el primero y abogado el segundo. Herrera Vegas prestó notables servicios durante la epidemia. Los descendientes del doctor Herrera Vegas se incorporaron, como su antecesor, a la vida nacional argentina. Los dos recomendados de Páez tuvieron actuación distinguida en el país del Plata.

PAEZ, AUTOR DE VERSOS Y COMPOSITOR

El recio Centauro del Apure, que gustaba acompañarse con el violín, no sólo fue ejecutante, sino también hizo versos y compuso música en Buenos Aires. Sus composiciones musicales eran en tiempo de vals. "'La Flor del Retiro" se titula una poesía de Páez para la cual compuso música para piano. La otra, titulada "Escucha, bella María", es una canción con música para piano y violín. Así, la primera son dos octavas de carácter romántico. El escritor Francisco R. Bello inserta la letra de "La Flor del Retiro" y la música de ambas en su trabajo sobre *Páez en Buenos Aires,* pero no cita de dónde hubo los originales ni tampoco cómo conoció la música escrita por el propio Páez. Ignoramos dónde pueden estar los originales de la letra y música compuestas por el llanero en sus días nostálgicos de Buenos Aires.[1] Además, Páez no sólo hizo historia, sino que la escribió también al dejarnos su *Autobiografía.* Es de lamentar que ésta sólo llegue hasta 1867, de modo que no nos dejara escritos por propia mano sus días de Buenos Aires.

1 Las dos piezas musicales fueron dedicadas a María Carranza; los originales los conservaba la familia del general Carranza según testimonio aparecido en el hermoso relato: PAEZ EN BUENOS AIRES, escrito por Adolfo P. Carranza en 1924, pág. 21, Talleres Gráficos Argentinos. Hoy se encuentran en el Museo Histórico Nacional de Buenos Aires. (A.M.)

Según asienta Cunninghame Graham, el Perú también le asignó una pensión a Páez, siguiendo la iniciativa de Buenos Aires.

El desconocimiento del Libertador y los insultos que se le lanzaban en sus últimos años, como la expulsión de Páez, son ceguedades de la política engrendradas por la mediocridad y la envidia que se alzan siempre contra aquellos que más valen. Otras veces se les hace la conspiración del silencio.

Cómo recordaría Páez en sus días de exilio en su casa de "La Viñeta", el banquete que ofreció al vicealmirante de la escuadra británica Carlos Elphison Fleeming, abuelo materno de su futuro biógrafo y gran admirador, Cunninghame Graham, y a su jardinero, aquel granadero español que, herido cerca de El Sombrero, no se quiso rendir ni al propio Páez, que lo perseguía, y más bien amenazó al Centauro con disparar sobre él. Viendo tanta valentía, Páez accedió al deseo del granadero —cuya pistola estaba sin balas—, permitiéndole reunirse con su regimiento realista. Poco después, Páez, en otro combate, encuentra al mismo granadero muy mal herido, entre cadáveres; da órdenes para que sea asistido, y cuando éste cura de sus heridas, se presenta a Páez y le ofrece servirle para toda la vida. Entra en las filas republicanas y, terminada la guerra, Páez lo conserva en su servicio. Al asumir la presidencia, el viejo granadero es convertido en jardinero de "La Viñeta". Cuando Páez estaba malhumorado, el viejo jardinero lo apuntadaba con la manguera y le decía: "No me atropelle, mi general, porque lo tiro", la misma frase que le había dicho cuando Páez lo persiguió después del combate en que el granadero con valentía resistía las intimidaciones del Centauro. La chanza del jardinero ex granadero hacía sonreir al presidente Páez y le alejaba del malhumor. Como todo hombre de gran valor, Páez admiraba y respetaba a los valientes.

De Río de Janeiro, Páez continúa viaje a los Estados Unidos, donde lo esperaba su hijo Ramón. De su matrimonio con doña Dominga Ortiz nacieron dos hijos: Manuel Antonio y María del Rosario. Los demás hijos los hubo fuera del matrimonio el pode-

roso "Catire", entre ellos Ramón, a quien más quería, según se dice, y lo acompañó con mayor frecuencia.

El 6 de mayo de 1873, a la edad de ochenta y tres años, muere Páez, en Nueva York, aún fuerte y activo, lleno de interés por la vida. "Ascendió a los llanos celestiales, donde los caballos no se cansan y donde debe estar cabalgando gloriosamente sobre llanuras parecidas a los llanos del Apure, si es que así lo dispone la voluntad de la Providencia omnividente", según las palabras finales de la biografía que escribió Cunninghame Graham.

Pero antes todavía ha de alcanzar nuevas posiciones políticas no del todo conformes con sus proclamas y mensajes porque las circunstancias crearon las contradicciones, también la senectud y la lisonja.

A su regreso a Venezuela, luego del largo exilio en los Estados Unidos y en momentos de grandes dificultades políticas y comienzos de la Revolución Federal, el héroe es nombrado otra vez jefe civil y militar de Venezuela. Cuando la Revolución Federal arrecia es llamado para ejercer la Dictadura. Errores, canibalismo de los partidos, guerra.

Antes del Tratado de Coche, Páez y Falcón tienen una entrevista en el campo de Carabobo. Es cuando el anciano relata sus hazañas y recuerdos de la gloriosa jornada independista. Falcón, emocionado y en pausa de un armisticio, oye y exclama tomando del brazo a Eduardo Blanco, que después será el autor de *Venezuela Heroica:* "Niño, oye al propio Aquiles contando sus hazañas". A pesar de la cordialidad que reinó entre los dos jefes la entrevista no tuvo resultados favorables. La guerra se encendió de nuevo hasta el Tratado de Coche, que consolidó el triunfo de la Federación. El viejo ex dictador volvió al exilio.

Viajó por Inglaterra, Francia y Alemania. No sólo estuvo al lado de la Emperatriz Eugenia de Montijo en un banquete, sino que fue invitado al bautizo del príncipe imperial, hijo de ella y Napo-

león III. Como Páez no tenía traje adecuado, el Emperador le envió el sastre de la Corte para que le confeccionara un uniforme de mariscal de Francia. En Munich visita el Museo Real y su sorpresa es grande cuando sabe que el ilustrado cicerone que lo guía, seguido de otros personajes, es el Rey Luis II de Baviera, quien conoce sus hazañas y se las recuerda identificándose luego.

Caído Monagas, una comisión va a buscar a Páez en New York y en un buque que el Gobierno de Estados Unidos pone a su orden regresa, llegando a Cumaná para demostrarles a los cumaneses su agradecimiento por la conducta generosa que observaron con él durante su prisión en el Castillo de San Antonio y cuando de allí salió al exilio. Hay regocijos en Puerto Cabello, Valencia y Caracas por su regreso.

En esa mezcla de poder, prisión, destierros o alejamientos voluntarios de la Patria, Páez ha visitado el Perú y Panamá. En enero de 1870, Mariano Melgarejo, Presidente de Bolivia, dicta un decreto reconociendo como general de División del ejército de Bolivia al general José Antonio Páez y ordenando que "desde el día que el expresado general pise el territorio boliviano y durante su residencia en él, tendrá derecho a percibir los haberes asignados a su alta clase, como a gozar los honores que le acuerdan el Código y Ordenanzas militares".

Todos estos honores y reconocimientos son recibidos por el anciano héroe con agradecimiento, pero lleno de decepciones, desengaños y tristezas que agranda la pobreza. En su residencia de la calle 20, número 42, en New York, recapacitará sobre su vida, sus glorias, sus triunfos, sus engaños y errores, las traiciones de los otros y las adhesiones de muchos que quisieron hacer sucia política amparados por su nombre y su prestigio. De vez en vez dará paseos a caballo por el Central Park, anciano pero gallardo y perito jinete recordando sus llanuras, hasta que un resfriado que pesca en uno de esos paseos se transforma en pulmonía y lo lleva a las silenciosas llanuras de la muerte.

El llanero primitivo, el héroe casi mitológico, jefe supremo de Venezuela en varias ocasiones, dos veces Presidente constitucional, dictador casi al final de su existencia, honrado y homenajeado en el mundo, pobre en su vejez, es, sin duda, un ejemplo para ésos que en Venezuela y en otras partes utilizan el poder para saquear las arcas nacionales y convertirse en millonarios a costa de los pueblos, haciendo alarde de su desvergüenza y hamponería política.

Las exequias del general Páez en New York son sencillas, casi humildes. Dos médicos cubanos lo embalsaman y ni ellos ni el médico americano de cabecera aceptan que se les paguen honorarios. El 10 de mayo sale el cortejo de la humilde casa para la iglesia de San Esteban y después de los servicios católicos es inhumado el Centauro inmóvil en el Marble Cementery de la ciudad. Allí permanecen olvidados sus restos quince años. Se asegura que entre los papeles de Páez se encontró una carta de Guzmán Blanco invitándolo a regresar a Venezuela. Páez nunca habló de ella.

Un día se sabe en Caracas que los restos de Páez podían ir al osario común porque no había quien pagara los derechos correspondientes. Colombia manifestó deseos de repatriar los restos del héroe. Gesto generoso que hace vibrar la fibra nacionalista de Venezuela. Amigos y admiradores de Páez pagan al municipio neoyorquino los derechos de arrendamiento. El Gobierno de Venezuela inicia entonces las diligencias para la repatriación de las cenizas. Nombra las comisiones que presenciarán en New York la exhumación y deben preparar su recibimiento en Venezuela. Cuando se tiene noticia del propósito, en los Estados Unidos se constituye una Junta por representantes de las esferas políticas, sociales, económicas y oficiales que se denomina "Comité Hoffmann House", presidida por el general W. T. Sherman. Se convoca para rendir homenaje al héroe y a Venezuela. El Presidente de los Estados Unidos, Grover Cleveland, y su secretario de Estado, previa aprobación del Congreso, llenan los requisitos protocolares entre la Secretaría de Estado y la Legación de Venezue-

la. La comisión venezolana, compuesta por Jacinto Regino Pachano, Ramón Páez y A. M. Soteldo, llega a New York. El mayor general D. E. Sickles firma el programa de honores y señala las calles por donde pasará el cortejo fúnebre. Calle 57, Broadway, Quinta Avenida hasta la calle 26, al río del Este, donde los restos serán pasados al buque *Pensacola*. Ejército, marinos, Policía, Veteranos, Milicias del Estado de New York y de otros Estados, Comités de ciudadanos y los Comisionados venezolanos tienen su puesto en el cortejo. La prensa se hace eco de las ceremonias. Los restos estuvieron con guardia de honor en la Sala Consistorial. Por el mundo vuela en los periódicos la noticia de los honores que Estados Unidos rinde a Páez al despedir sus cenizas. Veamos cómo describe José Martí, apóstol y mártir de la libertad cubana, escritor de noble y luminosa pluma, el homenaje:

"En parada solemne fue escoltado el cadáver por las calles más nobles de New York, desde el cuartel del regimiento de Milicias al muelle de donde al son de los cañonazos funerales, lo transportó una lancha de vapor al buque de guerra, que, por decreto del Congreso de Washington, llevaba los restos del héroe a Venezuela. Abría la parada la policía a caballo; la mandaba desde un coche, envuelto en su capa militar y con la muleta caída a su lado, el general Daniel Sickles, el que ganó la batalla de Gettysburg de una pujante arremetida; seguía la artillería, con sus obuses relucientes; la marina, de bayeta y cuero; la caballería, de amarillo y azul; la tropa de línea, sobria; la milicia, con colores y galas; una guardia de honor, gris; una escolta de oficiales mayores, con sombreros plumados y espadines de oro; otra de veteranos con las mangas vacías prendidas al pecho. Las músicas vibraban. Las damas venezolanas saludaban al séquito con sus pañuelos, desde un balcón. Las aceras estaban llenas de curiosos. A la cabeza de los húsares iba Sheridan, el que de un vuelo de caballo cambió la fuga de sus escuadrones en victoria. Presidiendo la comitiva Sherman, el que acorraló sobre sus últimos reductos al Sur exangüe. Cerraba el séquito doble hilera de coches con los comisionados de Venezuela y los del Municipio, los ciudadanos prominentes que dispusieron estas honras, representantes

de Boston y de Brooklyn, magistrados y generales, ministros y cónsules, neoyorkinos e hispanoamericanos. Aquella música heroica, aquel estruendo de cureñas, aquel piafar de la caballería, aquellos uniformes galonados, aquellos carruajes de gente civil, eran cortejo propio del que con el agua al pecho y la lanza en los dientes salió de los esteros del llano salvaje para ganar, en la defensa de la libertad, los grados y riquezas que otros ganan oprimiéndola, y morir al fin recomendando a sus compatriotas que "como no sea para defenderse del extranjero, jamás toquen las armas". En una caja amarilla como su pabellón iba el cadáver, con las coronas de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, del Consulado de Santo Domingo, del Séptimo Regimiento, del fiel amigo Bebus, y una espada de flores y la corona de los cubanos. "Cerca, mi Dios, de ti" tocaba la banda a un lado del muelle, cuando iba el ataúd del féretro de la lancha en hombros de ocho marinos. En fila, caballería, la artillería, las milicias, la tropa de línea. El cañón de minuto en minuto. Todos los sombreros en las manos. Aquellos honores eran eco del asombro con que los Estados Unidos oyeron contar, y leyeron en libros y diarios ingleses, las proezas del llanero épico que con el decoro y hombría de su trato supo más tarde, en su destierro de veinte años en New York, mantener para el hombre resignado la admiración que despertó el guerrero".

El 7 de abril de 1888 arriba el buque a tierra venezolana, casi al anochecer. Al día siguiente es desembarcada la urna con los honores correspondientes. Marinos norteamericanos del *Pensacola,* en uniforme de gala, encabezan la comitiva. La multitud asiste al acto. Jacinto Regino Pachano dice las palabras de entrega de los restos con viva emoción y agradece al gobierno y pueblo de los Estados Unidos su demostración de simpatía hacia el héroe y Venezuela. A las tres de la tarde del 9 parte de La Guaira el tren con los restos, acompañados por las comisiones gubernamentales y los marinos. Caracas se da cita para recibirlos. A las seis de la tarde, el tren llega a la estación caraqueña. Pañuelos que saludan, sombreros al aire, emoción, oraciones. La comitiva se detiene en la capilla del Calvario. Una banda militar, seguida por

las banderas de los países bolivarianos, por la Guardia Cívica, por banderas venezolanas entrelazadas con la de los Estados Unidos, un pendón de la antigua Colombia, marcha fúnebre, multitud. Como la noche llega, la procesión se ilumina con antorchas. Se ilumina también la Plaza Washington, donde abundan las coronas. Se agasaja a los marinos del Norte. De la capilla donde se rinden honores se lleva el féretro a la Catedral el 17 de abril. La concurrencia canta el himno nacional. Las damas lo reciben a las puertas del templo principal entre hosannas y salves. Al día siguiente se realizan las honras fúnebres. Asiste el Presidente de la República, seguido de su Gabinete, del Cuerpo Diplomático y oficia el arzobispo doctor Críspulo Uzcátegui.

El 19 de abril la procesión continúa hacia el Panteón Nacional, encabezada por los hijos del héroe que portan las insignias y trofeos del Centauro, seguidos por el Presidente de la República, los altos funcionarios, el Poder Judicial y el Congreso, las delegaciones de los Estados, diplomáticos y cónsules y un gran cuerpo de jinetes llaneros. Gremios y público. En el Panteón dice el discurso de orden el doctor Manuel Fombona Palacio. Páez recibe los grandes honores póstumos como aquellos que él tributó al Libertador cuando sus restos fueron trasladados desde Santa Marta. Está en el Templo de los Próceres. Ya no volverá a ver su casa de Valencia, que al pasar el tiempo se ha convertido en Museo, en cuyas paredes el pintor dejó el recuerdo de las hazañas mientras el mismo Centauro le iba indicando los lugares y el sitio que él ocupaba en el momento de los hechos realizados. Es éste el mayor mérito de esos frescos que el tiempo va irrespetando.

En el Panteón Nacional una pequeña lápida señala el sitio del reposo final del héroe. Aún no se le ha erigido el monumento merecido como a otros que allí reposan y para el cual se abrió un concurso en tiempos recientes, ganándolo el proyecto de un notable escultor uruguayo residente en Caracas por entonces. No es una estatua, sino una gran placa de bronce con relieves de Páez en sus diversos aspectos de héroe independista, de llanero esencial, de Presidente de la República.

LA POSTERIDAD

Las grandes cualidades de José Antonio Páez, como sus defectos y errores políticos, los ha estudiado la historia. En el balance quedan a su favor su valentía heroica, su magnanimidad, sus grandes hechos por la independencia de Venezuela y también su resignación para soportar con dignidad prisiones y destierros. Como Presidente constitucional de Venezuela, en dos ocasiones dejó obra constructiva. Cuando asumió la dictadura, en tiempos de ferocidad política y de guerra, cometió errores. Fue una dictadura senil, pues la asumió a edad muy avanzada y la lisonja y bastardos intereses políticos le hicieron perder su prestigio. Los áulicos de todos los tiempos lo engañaron y se aprovecharon de su nombre y de sus glorias antiguas. Si como héroe fue de claridad radiante su conducta, como político —sobre todo cuando ejerció la dictadura— es contradictorio. Cuando sale al destierro, su pobreza es grande.

Dominga Ortiz, su esposa abandonada, ya viuda, solicita de la Cámara de Diputados, con gran dignidad, una ayuda para subsistir. Su vida fue de infortunio y miseria. Sobrevivió al esposo heroico en larga y penosa ancianidad.

Sobre las apreciaciones adversas que se hagan de Páez en relación con sus actuaciones políticas, tan dilatadas casi como su propia vida, estará siempre la admiración por sus hazañas heroicas al servicio de la Independencia y la reconstitución de la República. La separación de Venezuela de la Antigua República de Colombia, trina unidad creada por el Libertador, era una necesidad impuesta por la realidad. El mismo Libertador la había previsto cuando manifestó que la unión colombiana era una máquina de guerra para triunfar sobre España y habló de la separación poco antes de que ésta se convirtiera en hecho.

El libertador Simón Bolívar es el genio visionario, creador de grandes concepciones. José Antonio Páez es su brazo en el ámbito venezolano, que responde, finalizada la guerra independista, a la realidad de Venezuela. Sus grandes hechos y su larga vida, que lo hacen sobreviviente de su propia gloria, son una lección para Venezuela y todos los países de la América indo-ibera. Su fama y los ecos de sus hechos se extendieron por el mundo durante su propio periplo vital.

PAEZ, EL CENTAURO LLANERO

por Miguel A. Páez Formoso

MIGUEL A PAEZ FORMOSO

—Doctor en Derecho y Ciencias Sociales.

—Cónsul *ad-honorem* de Venezuela en el Uruguay.

—Ex-Catedrático de E. Política y Finanzas, en la Facultad de Derecho de Montevideo.

—Ex-Catedrático de Filosofía.

—Ex-Profesor de E. Social en el I. Militar de Estudios Superiores.

—Ex-Secretario de la Convención Nacional Constituyente.

—Gran Oficial de la O. del D. Gediminas de Lituania.

—Comendador de la O. del Libertador, de Venezuela.

—Comendador de la O. del Cóndor de los Andes, de Bolivia.

—Comendador de la O. del Mérito de Ecuador.

—Oficial de la O. del Mérito de Chile.

—Oficial de la O. del Sol del Perú.

—Medalla de Honor de Instrucción Pública de Venezuela.

—Miembro de Número de la Academia Venezolana de la Historia.

—Miembro de la Academia Panamericana de la Historia.

—Miembro de la S. Bolivariana de Venezuela, de Colombia, etc., etc.

DEDICATORIA

A mi abuelo, el Coronel Rafael L. Formoso, héroe en Montevideo, en la defensa de Paysandú, Sauce y otras acciones y que llevó en la paz, la dignidad del ciudadano olvidado.

(Para el tiempo, estas páginas, a la reparación de la injusticia y silencio, que epilogó su vida).

AL INSTITUTO MILITAR DE ESTUDIOS SUPERIORES, que deferentemente me ofreció la prestigiosa tribuna de su Aula y honró mi vida.

EL AUTOR

MI ASPIRACION BOLIVARIANA

Día vendrá en que la muerte me lleve al eterno silencio, pasando en el tránsito como un desconocido y cayendo cual despojo al abismo.

Tierra propia no tengo, ni aun para quedar como la raíz de un árbol que anheló frondas de azul; reposaré en la que me concedan, sin homenajes ni honores, porque nada he sido.

No se levantará losa de tumba, para luego caer solemnemente, como la tapa de un cofre y guardar mis restos para la eternidad.

Acaso manos buenas, echarán sobre ellos la tierra fraternal que abriga las semillas y tal vez en ese instante no resuene ni el eco de una voz para despedirme como desde un puerto...

Pero ese día, al cerrarse mis ojos, tendré una visión para el viaje al Destino y en mi barca sin remos, contemplaré izada la bandera de Venezuela y sus estrellas serán guías tutelares para la ruta, en la prolongada noche de la posteridad.

Y si la gloria que realizó Bolívar, inquietó mis sueños, yo tengo el derecho de decretarme la honra personal, de que me cubran al morir, los pliegues de la enseña que fue afirmación de victoria por la libertad y es símbolo de ideales de paz y de justicia, para los hombres de todos los tiempos.

EXAUDI

Jóvenes estudiantes:

José Antonio Páez, realizó increíbles hazañas, en defensa de la independencia y libertad continentales y merece el eterno recuerdo de los hombres que amen la dignidad humana.

En mis mejores horas leí los pasajes de su vida combativa y azarosa y seguí su itinerario que se inicia desde la nada, en el aislamiento de los llanos venezolanos, en la modestia, en la ignorancia, para alcanzar las altas cúspides del éxito, consagrándose como estadista y símbolo de su pueblo.

La infatigable brega, desde el ambiente silencioso a la resonancia heroica y grandeza ciudadana, puede decirse que fue su Escuela, en el pasar de grados, la que despertó vocaciones y esculturó su personalidad.

Pocos hombres se formaron por su propio esfuerzo, de modo que estas páginas que entrego a su homenaje tienen, a pesar de la brevedad, el doble fin del elogio al prócer y de exaltación para ejemplo de las juventudes, ésas que pasan indiferentes al esfuerzo, sin calor de ideales y más que todo carentes de perseverancia, esperando en un fatalismo desconcertante, su suerte en el destino.

Fue así Páez, el paradigma demostrativo de que las fuerzas que agitan la personalidad, resultan fecundas, si hay una voluntad conductora con el inspirativo de los grandes propósitos.

Sus gloriosas y esclarecidas acciones enseñarán que no es la vida displicente la que estimula, sino la lucha ansiosa de superaciones.

En estas horas de insensibilidad, fuera de los bullicios para la protesta intrascendente, en que proliferan ideas caldeantes de la mente y revolucionan, se va perdiendo la constancia para la acción y el menor obstáculo o fracaso se magnifica, desviando el esfuerzo hacia nuevas exploraciones.

Este mal del siglo, cuando todo se espera de la ayuda social o del Estado, del amparo de las leyes, creándose así un ambiente de invernáculo *para que a su tibieza, el esfuerzo sea casi innecesario.*

Juventudes que no han salido al campo de las realidades, como lo hicieron los grandes hombres que recuerda la Historia, para en ellas germinar la inspiración, el genio; iniciados que entran en el mundo, no como los sabios, escritores y artistas de otros tiempos, sin acumular riquezas para dejarnos sus obras maestras que nos han enseñado el secreto de la vida y la cultura, no se inquietan por explorar caminos y esperan la dádiva calmante de sus necesidades.

Salarios abundantes, seguros de paro, enfermedad, accidentes, retiros prematuros en plena producción intelectual y física, ayuda asistencial, son indiscutiblemente, en un determinado sentido, grandes conquistas de la civilización, pero constituyen un mal para quienes se sienten dispuestos a la "economía del esfuerzo", ante esa ayuda que como una Providencia aparece, no exhortativa para el trabajo, sino como sedante administrado a sus inquietudes.

Tiempos como éstos, en que las diversiones, los placeres mundanos, los juegos y el alcoholismo asumen proporciones insospechadas, relajan la voluntad, desgastan el músculo, nubilan la mente; creando paraísos artificiales van preparando la decepción en la vida en el progresivo apagamiento de la luz espiritual.

No es ya el individuo el que trata de adaptarse al medio, sino el medio el que se ajusta a las necesidades y de ese modo se procura el incumplimiento natural de la ley biológica, de que "la función hace al órgano"...

Los héroes como Páez y como otros incontables no esperaron nada de nadie; su valor, su lucha, sus revelaciones intelectuales, más que una receptividad del medio, fueron expansión de una energía interior.

La indiferencia y desolación del ambiente les ofreció, no pasajes floridos, sino el desierto, para que en él accionaran entre el ser o no ser.

La vida que describo en estas estampas, no es la que cabe dentro del marco de un Ensayo; es simplemente una percepción de pasajes contemplados en horas en que la distancia en el tiempo, alejan al escritor de las pasiones y se estiman en el recuerdo, con la serenidad que reclama la justicia.

La imperfección humana es notoria, pero los años diluyen los defectos, pulen las aristas recias y revelan el fondo esencial de los valores permanentes.

Páez, como dijo Rodó de Bolívar, fue grande para magnificar la parte impura que cabe en el alma de los grandes, y el guerrero andariego, en los entreveros con la muerte, abanderado de una causa que debía conquistarse con el esfuerzo personal y sacrificio de vidas, ha subido ya al pedestal, serenidad de la existencia gloriosa; pero desde esa cumbre de inmortalidad, su símbolo inspira y agita en movimiento admirativo perpetuo, el espíritu de las generaciones.

MIGUEL A. PÁEZ FORMOSO

ENTRADA EN EL MUNDO

EL PROLOGO DE UNA VIDA

Pocos ejemplos ofrecerá la Historia, de hombres a quienes el medio forma y cual un maestro estimula el desarrollo de la personalidad, como el caso de José Antonio Páez, que sin mayores alcances educativos, en el desamparo y en el aislamiento, a la manera de Robinson, en su isla, lograron formarse y superarse.

La teoría de Taine, las observaciones de Buckle demuestran esa íntima vinculación entre el individuo y el ambiente, que los hace inseparables en el cumplimiento de la ley de la vida.

Es indudable, como afirma Spencer y como enseña Guyau, que ese ambiente actúa sobre el hombre y que precediendo a éste, le reclama condiciones de adaptación y le obligan a someterse o a reaccionar, mejorándose.

La vida es así una lucha de fuerzas, un problema dinámico.

Si el medio supera al individuo, éste *perece;* si la acción del individuo se equilibra con respecto a las exigencias ambientales, el hombre simplemente *vive* dentro del círculo de su destino natural y si supera al medio que le rodea puede decirse que *progresa,* que escapa a las leyes fundamentales y llega en ciertos casos a dominar sus condiciones.

José Antonio Páez nació el 13 de junio de 1790, en una modesta vivienda, situada a la margen del riacho Curpa, en la provincia de Barinas.

Hijo de Juan Victorio Páez y Doña María Violante Herrera, penúltimo en el nacer en la sucesión de ocho hermanos, tuvo una iniciación modesta y a los ocho años de edad, en la Escuela que dirigía Doña Gregoria Díaz, en el poblado de Guama y en la cual la enseñanza era rudimentaria como es de imaginarse, dentro del desamparo y la pobreza.

Los métodos para impartir esos primitivos conocimientos, entre los cuales figuraba la doctrina cristiana, se acompañaban de azotes repartidos pródigamente para obligar a los niños a un aprendizaje de memoria y sin valor pedagógico.

Nació Páez, como una planta en medio de la hostilidad, dentro de un escenario desolado, a la deriva de los acontecimientos, con la única energía de su personalidad, para no encorvarse ante el destino, resistirlo de pies y estimular expansiones.

Los llanos venezolanos constituyeron el espectáculo para su vida y esa misma desolación fue creando en su espíritu las ideas, fuerzas indicativas de que nada podía esperar de nadie, sino confiar en sí mismo en un permanente combate contra las adversidades.

Como el personaje de Gogol, no estuvo solo porque contó por compañero a su corazón, la noble fuente de la vida, energía de voluntad, inspirativo de sentimientos y brújula para cruzar por los caminos desconocidos.

Los llanos de Venezuela, comprenden una importante extensión en la cual pueden notarse los llamados "altos" que están elevados más de cien metros sobre el nivel del mar y los "bajos", que no superan esa altitud, señalando una declinación hacia el río Apure y el Orinoco y tienen en general un clima más caluroso que templado; hay zonas húmedas en las que soplan los vientos alisios, secas, y otras inundables. Representan grandes valores económicos que van siendo cada día más apreciados para el desarrollo de la ganadería, especialmente, aun cuando en las épocas de la independencia tenían un valor relativo, prosperando ganados y caballos que habían de ser fundamentales para las acciones de guerra.

Esos dilatados campos, sin montañas, matizados por frondas, pantanos y ríos caudalosos, poblados también por animales salvajes, enemigos implacables, como las víboras y los caimanes, impresionaban por su latitud en la sucesión interminable de los horizontes.

El llanero, aislado del mundo como en un desierto, aprendió en ese escenario el concepto de la libertad, no concibió limitaciones a su vida y tuvo el instinto de los pájaros para andar como ellos, dueño de sí mismo.

Viviendas rústicas, sin confort absoluto, por lechos los cueros secos, por asientos las cabezas de novillos; sin abrigos, con carne ligeramente asada y cuando la había; se vivía en ellos semi desnudos y como se ha dicho, "con la planta del pie como zapato"...

Era el hombre puesto en contacto con la naturaleza.

Inspiraría a Rousseau esta existencia completamente ajena a la molicie y a los convencionalismos, que iba formando en el temple de la lucha intrascendente, músculos ágiles y fuertes, mentes imaginativas y sentimientos de asociación.

Esa fue entonces la verdadera Escuela que hizo centauros, hombres sobrios, caballeros sin escudo, de pecho abierto al peligro y llevando por enseña el ideal de la libertad.

Con ellos, se formaron los más bravos ejércitos, que hicieron del coraje un culto y de su vida un tributo.

Y fue entre todos, José Antonio Páez, como el predestinado que surgió por medio de la igualdad, para crecer y engrandecerse en la superación. El destino lo llevaría del llano a la cumbre, desde la modestia, a las alturas del éxito, desde peón de hato al sillón presidencial de Venezuela, corriendo un itinerario imposible de concebir en estas épocas, en que el escalafón cívico no reclama más que los dones del palabrerío o la promesa generosa para calmar el hambre de las multitudes, la comodidad de la vida y el sueño

letárgico en el muelle retiro; el salario abundante y el esfuerzo retaceado; los placeres que enferman la personalidad y van creando cada vez más inválidos morales.

América del Sud debe a esos llaneros las mejores páginas de su Historia: no fue su ley la del saqueo ni tuvieron sed de sangre inocente, sino la que se derrama en los combates por la libertad y coraje con coraje.

Aparecieron en los campos de batalla sin broqueles ni uniformes; ningún ejército asistió tan pobre al combate, "desnudo como la libertad", ni con menos armas, apenas las lanzas. Desmintieron la expresión de Michelet de que la infantería era la democracia, porque era el pueblo, y la caballería la fuerza aristocrática del Ejército.

Eso pudo ser inspirativo de la batalla de Rocroi, porque las caballerías se decoraban a la europea, con escudos flordelisados; pero no las llaneras respaldadas por el valor, por los caballos que corrían en tierra firme, como nadaban briosamente en los ríos vertiginosos, verdaderos "navíos".

En tales condiciones, la soledad y el llano criaron hombres para servir los altos intereses de la libertad y la democracia.

En Venezuela, donde estuvo la infantería y la caballería, estuvo el pueblo!...

EL DESPERTAR DEL HEROE

Apenas Páez contaría diez y siete años, fue comisionado por su madre, para conducir un dinero que respondía a cuestiones de familia y como el camino era largo y solitario, ante el eventual peligro que pudiera correr se le proveyó de una mula, dos pistolas de bronce y una espada vieja. Además iba acompañado de un peón, comisionado para otros encargos.

La primera etapa de la jornada, transcurrió felizmente, pero luego, el joven llanero infatuado de conducir bienes y de ser "hombre de armas", con la inconciencia de la edad, le dio por entrar a una tienda en el poblado de Yaritagua, donde hizo exhibición del dinero de que era portador.

Mientras esto ocurría varios parroquianos se interesaban por la escena y entre ellos surgió la tentación del robo, que luego después había de intentarse.

El joven, inadvertido de esta circunstancia, siguió camino confiado en su suerte y perdió el recuerdo de la escena de la tienda; pero al penetrar en un boscaje, por estrecho sendero, en la montaña de Mayurupí tuvo la sorpresa de que cuatro hombres se le enfrentaran intentando detener la mula por la brida.

Rápido, de toda rapidez, Páez echó pie a tierra pistola en mano y ante el peligro y viendo que el jefe de los salteadores no cejaba en su intento y además estaba armado, tuvo en su mente la idea de jugarse la vida.

Ante la agresión que de inmediato se produjo, hizo fuego, derribando a su adversario y con la espada en mano, alentado por su valentía atacó a los restantes bandidos que se dieron precipitadamente a la fuga.

Disipado el peligro, montó en su mula y se detuvo delante del cadáver del salteador, arrojándole los restos del arma, que al hacer fuego se había destrozado y le había provocado una herida.

Atardecía ya en esas soledades, cuando en el andar y andar, sobrevino la noche, la lluvia diluvial y la tormenta desencadenada.

Debió ser una escena tenebrosa la de este pasaje, que sólo por luz, ofrecía el destello de los relámpagos para vislumbrar la ruta y llenaba de signos trágicos los rumbos del viajero.

El Destino presidió sin duda este episodio. Y Páez llegó recién a su casa a la hora del alba: había sorteado la muerte y probado su temple ante el peligro. En él se había despertado un héroe desconocido!...

Esa hazaña aunque el mismo protagonista quiso rodearla de silencio, fue develada días después y comentada como verdadera proeza de juventud. Con ella se iniciaba la serie de aventuras que había de magnificarse años después, en las grandes batallas que decidieron el destino de la Causa Revolucionaria.

* * *

Después de este episodio, el joven héroe creyó oportuno ocultarse y partir hacia zonas lejanas, donde debía hacer camino entre un frondoso suceder de incertidumbre. Dispuesto a buscar una ocupación que le permitiera vivir, cruzó por las riberas del río Apure y encontró plaza en el hato de Manuel Pulido, y por la paga de tres pesos mensuales. Dicho hato, como todos los de su época carecía del más insignificante confort y abrigo y en él convivían hombres y animales: el gallo era el reloj, se ha dicho, y el perro el único vigilante!

Tareas rudas se cumplían desde las tres de la mañana, alimentándose solamente una vez al día.

Tránsitos rudos esperaban al nuevo peón. Desde las tareas del rodeo, la hierra, la doma; desde las luchas con el medio, los animales salvajes y los sembríos; hacer jornadas en el agua y cruzando y repasando ríos, hasta las rudas de la vivienda. Todo eso matizaría las horas de una vida que iba en marcha para entrar en el mundo...

Para colmo de males, ese hato de La Calzada, tenía como capataz a un negro prepotente y cruel, que era esclavo del citado Pulido, llamado Manuelote, quien hacía y deshacía sin piedad, sometiendo a sus subordinados a los más crueles suplicios del trabajo, tratándoles como animales y obligándoles a tareas de esfuerzo milagroso.

Ese monstruo, exigía a Páez que le lavara los pies y lo sometía a inenarrables trabajos, de ahí que sólo una naturaleza providencial podía resistir esas faenas complejas y riesgosas.

La situación se alivió un poco, cuando llegó Pulido a sus hatos y seguida de otros días más propicios, pudo dedicarse a negocios propios que le proporcionaron algunos bienes.

La calma seguía a las tempestades. Páez salía ileso de su martirio, fortalecido su cuerpo, y templada su voluntad: todo eso constituiría más tarde su escudo ante el cual quebraron lanzas sus enemigos!

Pero muy poco podía durar esta apacible y sobria vida, porque llegaban las horas en que para defender a Venezuela del dominio hispano era preciso como para derribar una montaña, el concurso de un pueblo, de hombres decididos para la inmolación en el holocausto por la libertad.

BAJO EL ARCO DE LA GLORIA

LOS PASOS INICIALES

En 1810, Páez fue convocado para el servicio militar e integró como plaza del batallón de caballería al mando de Manuel Pulido, en el que prestó algunos servicios, retirándose en 1813 con el grado de Sargento primero. Poco duraría esa tregua de armas, pues el general español Tízcar le impuso la obligación de recorrer los campos, para aprovisionarse de caballos y ganados. Esta orden causóle mal efecto, porque habiendo prestado servicios a la causa de la libertad que sentía de corazón, no podía de buena gana si no fuera por las circunstancias, convertirse en aliado de los rea-

listas. Estos quisieron a toda costa atraerlo, pero Páez resolvió decididamente y luego de diversas incidencias —odiseas para aquellas épocas—, experimentó los efectos de la cárcel.

En la prisión de Barinas había numerosos infelices, a quienes los realistas estaban dispuestos a pasarlos por las armas, por el sistema de matarlos de noche. Se despertaba el terrorismo contra los patriotas y los verdugos no tenían descanso y Páez logró finalmente abandonar el presidio huyendo en dirección a su casa para proveerse de armas. Volvió a la cárcel con el propósito de libertar a los prisioneros; cae de sorpresa y su actitud decidida confunde y determina el rescate de los que esperaban la muerte. A salvo de sus presidarios, tuvo que realizar andanzas cuyo relato rebasaría el marco de este Ensayo sintético. Todo esto, constituía el prólogo de su obra gloriosa de soldado, creciente a medida del correr de los años y en los triunfos sucesivos frente a los obstáculos.

Sería muy difícil decir en pocos términos, el pasaje de esta vida, cruzada laberíntica en todas direcciones y por inmensos territorios, sin más arma que la lanza; caracterizada por marchas y contramarchas; de escaramuzas, de ardides sin cuento, accionando en ese mar de soledad que eran los llanos, sin más ideal que la independencia.

¿Qué harían muchos generales modernos transportados a un territorio complejo, sin recursos, a lomo de caballo, sin los elementos que la ciencia ha puesto en sus manos?

Yo desearía que ante el pálido cuadro que presentan éstas mis páginas, los lectores se concentraran y en una esclarecida introspección, configuraran todo ese continuado de sacrificios, de heroísmo, desinterés y gloria!

Fácil es desde el ambiente nonchalancesco, lejos del peligro y del esfuerzo, entretener el espíritu con narrativos que parecen inte-

grantes de novelas; difícil es detenerse a reflexionar con los mapas a la vista y las inscripciones de la Historia, comprender la grandeza de aquellos hombres a quienes debemos la independencia y la liberación.

¡Qué cómodo ser estratega acurrucado al ambiente tibio que nos ha preparado la civilización, hablar de guerras y defensa de la Patria, por los que se niegan al manejo de las armas; o entorcharse de guerrero para los desfiles espectaculares, al son de charangas marciales; formar en el ejército azul, sólo visible ante los reflectores populares para el aplauso!...

Por eso pido a los que lean estas páginas, la meditación comparativa entre los tiempos que fueron y los tiempos que pasan y entonces nacerá en sus corazones el fuego de la justicia, el homenaje, la inclinación de almas para perpetuar a los antepasados.

Seguramente todos, desearían ser Bolívar, Sucre o Páez, pero nadie, correr en estas épocas, la suerte de sus sacrificios, salir al sol a la lucha por un ideal y replegarse al silencio, sin recoger más recompensas que las que pueda ofrecerles la Historia, en el cobijo piadoso, como el asilo póstumo.

Muy pocas esperanzas enrosan nuestro espíritu para el andar futuro del mundo.

Inspirados en la misma Historia, recorriendo la ejecutoria de los grandes pueblos llegamos al convencimiento de que la decadencia parece ser la ley del Destino.

No vemos surgir ningún pueblo: ni la Filosofía, ni el arte, ni la Cultura, ni el heroísmo se han perpetuado.

Otra Edad Media se vislumbra, en este atardecer de la civilidad. ¿Dónde está la Grecia que dejó los manantiales de la cultura,

dónde la Italia magnífica desde Roma; la Francia de los Enciclopedistas, de la Revolución; la Alemania del romanticismo; la España del Quijote; la Inglaterra de los pensadores, políticos y moralistas? ¿Dónde la América misma, cuyos grandes veneros parecen agotados para hacer los injertos de un modernismo frondoso y sin rumbos?

Yo no sé si el Nirvana empieza a adueñarse de mi espíritu para envolverme en las sombras de pesimismo, si mis últimas horas sobre la tierra se han decorado con los tintes solemnes del presagio!...

Si el milagro que transformó a Fausto se repitiera en mí, realmente yo desearía morir en la Juventud!...

Las visiones de la Historia alentaron mi imaginación; la lámpara de mis velaciones se animó con el aceite más puro de la vida y la fe me inspiró, en los recuerdos de los grandes hombres.

Sé bien, como el poeta, que un día más para la vida, es un día más para la muerte; pero no importa que yo me extinga y mis despojos tengan un comentador como Hamlet; mi deseo es que el mundo se supere y purifique, y por cierto esa purificación no viene del presente, sino de los tiempos idos. Voz en el desierto será la mía, pero ha de cumplirse la ley de conservación de la energía, de que nada se crea ni se pierde...

LA ORGANIZACION DEL EJERCITO

A mediados de 1814, Páez se incorporó a las fuerzas de Urdaneta, quien le confirió el comando de una compañía de caballería,

pero luego por desavenencias con el Comandante Chaves, resolvió separarse y accionar por cuenta propia y poner en práctica un plan que acariciaba y consistía en organizar un ejército llanero para desde Casanare intentar una campaña a favor de la independencia.

Su objetivo consistía concretamente en apoderarse de la zona del Apure y conquistarse a los llaneros que servían a las órdenes de los españoles, especialmente del implacable Boves, verdadero símbolo de la impiedad.

Allí estaría en su medio para captarse las simpatías de los hombres que sólo sabían entonces seguir una bandera, sin mayores alcances y convicciones y sin embargo muchos creían que el propósito constituía un delirio militar irrealizable.

¡No era poco, transformar enemigos en amigos, cambiar sus andanzas desolantes y aprovechar su valor efectivo en pro de la causa revolucionaria!

Sin embargo, esa idea fuerza, lo impulsó al punto de cruzar la cordillera acompañado de familiares y de algunos venezolanos, realizando una cruzada de grandes peripecias y sorteando los peligros. Así llegó a la capital de Casanare donde encontró al comandante Olmedilla, quien no sólo lo recibió jubilosamente, sino que participando de sus ideas, resolvió ayudarlo en todo lo posible.

Se había cumplido la primera etapa del plan concebido.

Formóse una División al mando del mismo Olmedilla y ésta se puso en marcha. El camino se adelantaba de noche, con toda cautela, para tener tregua solamente de día y así cruzaron a nado el río Arauca con grandes dificultades, pues tenían que transportar las armas en la cabeza, así como los equipos de caballería.

Andando y andando, llegaron a un pueblo donde estaba acampada una fuerza española. La acción en Guasdualito se entabló casi de seguido y no había amanecido cuando Olmedilla cometió la imprudencia de hacer un disparo de cañón y mandar tocar diana, demostración que puso alerta a los españoles, los que de inmediato atacaron a los patriotas. Fue aquello un verdadero entrevero, pero felizmente la suerte de las armas se inclinó a favor de las fuerzas independientes. Los realistas tomaron apresuradamente el camino de la derrota, fuertemente perseguidos, produciéndose escenas en que el valor personal fue puesto a prueba. Habiéndose hecho numerosos prisioneros, hubo oficiales entre los patriotas dispuestos a pasarlos por las armas, pero Páez se interpuso valientemente y gracias a este gesto de aparente indisciplina, se respetó la vida de los rendidos, quienes reconocieron la humanidad de Páez y se plegaron a la defensa de la causa.

El héroe llanero, afirmó que *"la obediencia ni aún con el sentido más estrictamente militar, llega a cambiar la espada del soldado en la cuchilla del verdugo, ni la guerra en matanza de prisioneros"*.

Actitudes como ésta, las demostraciones del valor y del heroísmo fueron haciéndole la figura del caudillo, insustituible como conductor de tropas, a pesar de que carecía de nociones técnicas y fundamentales.

Conocedor de hombres, intérprete de la psicología llanera, las luchas lo habían hecho ya un verdadero estratega familiarizado con el terreno en que actuaba, resolviendo problemas de vida o muerte en escenarios diversos, en encuentros sorpresivos más que calculados en las tranquilas preparaciones de Estado Mayor.

Obedecía a un sentido interior, inspirado y esclarecido para decidir siempre el dilema del ser o no ser.

Llegó así a formarse el prestigio que adorna a los hombres superiores, de los cuales se espera una radiación orientadora o la fuerza ejecutiva.

Llegaría más tarde a ser General en Jefe del Ejército y sus fuerzas, las más cotizadas para las acciones de mayor heroísmo.

General y llaneros inscribieron en bronce las más grandes proezas de la independencia y *"el mejor lancero del mundo"* fue el título ganado en la realidad combativa y no en las decisiones académicas.

No fue el guerrero teórico, sino el forjado en las fraguas de la vida, en que el peligro es abrasante como las llamas y depurador como ellas.

El Leónidas de las Termópilas, en el desfiladero de las montañas, encontró su hermano en Páez, en los llanos, que abiertos a los conquistadores, como a todos los vientos, sólo tuvieron en el héroe venezolano, la muralla movediza pero inexpugnable.

EL CONDUCTOR

La vida episódica de Páez, esplende en brillantes acciones de guerra en las que puso la táctica de su experiencia, la vivacidad de un espíritu inquieto y la ejecución de la voluntad que no tuvo claudicaciones.

Pequeño de estatura, su cabellera rubia le daba un aspecto atrayente; el cutis moreno curtido a los soles llaneros y al roce de los vientos le hacía adaptar a las exigencias del medio. Sus músculos, podría decirse de hierro, fortalecidos en las rudas tareas de los hatos; la agilidad y destreza para el andar de las cabalgaduras, como las condiciones de nadador, para cruzar los vertiginosos ríos, hacían el completo de una personalidad asomada por sobre sus soldados, a quienes aventajaba en imaginación y astucia.

Fue así el hombre *que no esperó decreto* para hacerse Jefe, ni voluntades plebiscitarias en la consagración de Conductor.

El tenía que ser el Caudillo indiscutido imponiéndose por la sugestión de la mirada y el ejemplo de sus proezas.

Los llaneros eran el pueblo, sin jerarquías ni consagraciones ceremoniales; la disciplina y la unidad radicaba en el ideal de la libertad, asimilados a esas campiñas sin fin, donde no había dueño, ciudadanos de un mundo sin convencionalismos.

José Antonio Páez, fue así el general del soldado, con el que compartió la misma suerte, dentro de la misma línea y nadie distinguió la retaguardia de la vanguardia. Hombre dinámico, se enardecía en los combates y surgía a la pelea con el impulso de las fieras que escapan de sus jaulas. Muchas veces en plena lucha era presa de crisis nerviosas, se desmontaba del caballo y quedaba expuesto a ser caza de sus enemigos. Dícese que su caballo de guerra tenía un entendimiento tal, que al sentir la caída del jinete, detenía la marcha y providencialmente varias veces le salvó del peligro.

La indumentaria sencilla. La lanza constituía su arma predilecta y ella se hacía terrible en los ataques de caballería.

La táctica consistía en atacar briosamente al núcleo principal de los enemigos, penetrar en las filas, romper la cohesión, provocar el desorden y el pánico, luego accionar contra los elementos dispersos.

Sus guerreros fueron así, la avalancha desencadenada. *"Al que no me traiga un enemigo muerto, le paso por las armas"*, dijo varias veces en los momentos preparatorios de las bregas. No obstante esta consigna irreductible, Páez no fue un sanguinario, ni cruel,

sino el hombre que tuvo caballerosidad con el vencido y el respeto para cuando estaba desarmado.

Fue trascendente el recuerdo de *"Vuelvan caras"*, que le dio la victoria en la extraordinaria acción de las Queseras del Medio: fingirse vencido, apurando las cabalgaduras a la manera de fuga, cebando a sus perseguidores hasta atraerlos al punto favorable y entonces ordenar una conversión total, presentando las lanzas para ensartar a sus enemigos, los que se estrellaban como ante una muralla.

Ese fue el Conductor, a quien Bolívar mismo, testigo de sus hazañas, proclamó caballero sin igual.

No hay en la Historia realmente hazañas semejantes; la gloria de los caudillos empalidece frente a la suya y ningún hombre de lanza pudo rayar más allá de sus grandes demostraciones.

Había de pasar bajo el Arco de Gloria que le formaron sus grandes victorias, de las que en el correr de estas páginas, presentaremos el esquema, que surge del contemplativo a través de los tiempos!

Fue como ningún héroe americano, la figura espectacular de la redención en el sector de las armas, como Bolívar y Sucre, los genios videntes y esclarecidos por la grandeza intelectual y las virtudes humanas.

MATA DE LA MIEL

Páez tuvo que afrontar las incidencias de la acción de Chire. Por su temperamento nervioso cada vez que se encontraba frente al enemigo, al oír los primeros disparos, hemos dicho, era presa de una extraordinaria excitación que más de una vez comprometió su vida como en Carabobo.

Enfurecido, ciego de cólera, no atendía a consejos, nadie había que lo detuviera, de ahí que sus cargas eran como una flecha lanzada hacia un blanco determinado. Con ese impulso, en Chire se adelantó a sus fuerzas más de lo conveniente y éstas finalmente dejaron que cumpliera su deseo, tratando de replegarse a sus posiciones de combate.

Al verse solo, sin interpretar ese aparente repliegue, dio vuelta y corrió tras de sus llaneros para lanzar con voz vibrante la orden: *"¡Frente y carguen!"*... Los españoles que habían creído en el retiro de las fuerzas, se aprovecharon para accionar y se encontraron con la inesperada reacción de la caballería de Páez, que en un *"vuelvan caras"* se convirtió en contraofensiva, para poner en fuga a los realistas luego de haberles ocasionado numerosas bajas.

Continuó la persecución hasta que los llaneros encontraron el parque y las vituallas de sus enemigos, lo que determinó el cese de la derrota.

No obstante este alce, Páez, acompañado de un joven cruzó el río Casanare, dando lugar esta empresa a diversos episodios, mientras los españoles se perdían entre los boscajes...

Comprendió entonces que había cometido una gran imprudencia al alejarse demasiado de sus fuerzas y se dio a andar, pasando una noche de incertidumbre, hasta que se encontró providencialmente con Aramendi, otro de los bravos en la cruzada por la libertad.

Las escenas y episodios de guerra se sucedieron, en los que se puso en evidencia la magnanimidad del héroe.

Todos estos acontecimientos eran precursores de la acción intrépida conocida por *Mata de la Miel.*

Ese encuentro había de reafirmar el grado intrépido y la firmeza de las convicciones en los soldados de la libertad.

Habiendo sabido circunstancialmente Páez, que los españoles se estaban reorganizando dispuestos a un nuevo ataque, se puso al habla con el general Ricaurte y en reunión de Jefes, se deliberó sobre la situación y disposiciones a tomar, consultándose respecto a cuál sería la mejor táctica.

Cuando le tocó hablar, Páez dijo que había prometido al pueblo de Guasdualito defenderlo sin reservas de ningún género y que para el caso de que las tropas patriotas se retiraran, pedía permiso para quedarse sólo con su escuadrón y cumplir con el propósito ya manifestado.

Como las respuestas fueron favorables a esa opinión, se produjo entonces un entredicho, expresando enérgicamente Ricaurte que no quería mandarlos más, que se fueran con Páez los que quisieran, mientras él se iría a Casanare con los que desearen acompañarlo.

Habiéndose entonces producido una escisión entre los patriotas, Páez quedó consagrado como Jefe, aunque sí, de una fuerza que había sido rebajada a unos quinientos hombres.

La suerte estaba pues echada y los patriotas resolvieron sin pérdida de momento tomar la ofensiva y buscar por todas partes al ejército español, que de acuerdo con las informaciones confidenciales, estaba dispuesto a jugarse entero.

A poco de andar, la extrema vanguardia patriota tuvo un choque con los españoles a los que puso en fuga. Páez que estaba ajeno a esta incidencia, por la distancia, tuvo luego informes de la refriega, apresurándose a activar la marcha.

Al llegar a un paraje llamado *Mata de la Miel,* contempló el avance de una polvareda, signo de que el ejército enemigo avanzaba con gran impulso. Se produjeron nuevos choques sin mayor trascendencia entre grupos exploradores y el Jefe español y Páez entablaron un duelo de palabras, en términos desafiantes, al punto de que el llanero lo invitó a un combate personal. Mientras esta dis-

cusión por el enardecimiento, a pesar del peligro que corría, fue internándose en campo adversario, hasta que una bala le mató a su caballo de guerra.

Repuesta de inmediato la cabalgadura, lanzó una breve pero electrizante proclama, diciendo que le habían matado a su caballo y que si sus hombres no estaban dispuestos a vindicar esa muerte, él se sacrificaría solo.

Unánime fue la adhesión de los llaneros y puede decirse que la batalla ya estaba iniciada. Había caído la tarde y las sombras de la noche obstaculizaban los movimientos.

Páez sin embargo pudo darse cuenta de que una columna patriota se replegaba y entonces se impuso para que los jinetes volvieran caras, ejecutando su clásica y eficaz táctica. Esta reacción produjo sorpresa entre los españoles, la que de inmediato se transformó en pánico, determinando la fuga de sus mejores hombres. Pudo decirse que las lanzas se entintaron con sangre en un ataque sin piedad, que sembró el campo de cadáveres. Primero fue víctima la caballería, luego la infantería. 400 muertos, 500 prisioneros, caballos y vituallas acusaron el balance desfavorable para los españoles, cuyos sobrevivientes ante la ola de terror, huyeron en busca del refugio de los bosques.

La persecución continuó hasta las nueve de la noche y sólo la obscuridad impenetrable, pudo impedir mayores sacrificios de vidas.

Mata de la Miel fue una de las victorias auténticas de Páez y sus bravos, los que merecen el recuerdo inmortal del homenaje.

Se ganó allí una nueva etapa, preparatoria de las que años después habían de ser decisivas para la independencia continental.

MUCURITAS

La acción de *Mucuritas,* en 1817, puede considerarse una batalla cumplida ante el despliegue del heroísmo espectacular.

Merece brillar su recuerdo, en el Arco de la Gloria que a Páez especialmente corresponde.

Los españoles de Morillo esperaban algunos refuerzos, entre ellos los del general Calzada y sus tropas. Se estaba preparando una maniobra de gran envergadura contra los patriotas y correspondió la operación de avance al general Latorre al mando de tres mil infantes y unos mil setecientos soldados de caballería.

Páez que adivinaba los propósitos del enemigo, previamente había elegido el terreno para librar el combate, conocedor a fondo del escenario en que iba a actuar.

Los realistas continuaron su avance hasta acercarse como a una legua del ejército patriota, que se componía de mil cien combatientes que integraban tres columnas, la primera al mando de Ramón Nonato Pérez y Antonio Rangel, la segunda era dirigida por los esforzados Rafael Rosales y Doroteo Hurtado y la tercera al mando de Cruz Carrillo.

Una pequeña columna exploradora se desprendió de los españoles y entonces Páez eligió un grupo de valientes para salirle al paso, exhortando de una manera enérgica, diciendo que sería pasado por las armas el que no le trajera un enemigo muerto.

El pequeño pelotón se lanzó a la carga y aprovechando el momento en que los españoles habían hecho sus disparos, arremetió con tal furia que los enemigos no pudieron defenderse y murieron casi todos y los pocos sobrevivientes tomaron la huída.

Los patriotas, héroes de esa hazaña, regresaron para incorporarse al grueso de las tropas, recibidos con el júbilo imaginable por más que estos ejemplos de heroísmo eran familiares.

El general Latorre se dio cuenta de la envergadura del pequeño ejército que a pesar de su inferioridad numérica, frente al suyo, multiplicaba energías gracias al temple de sus hombres.

No tuvo más remedio que atacar y marchó hasta una distancia al alcance de la fusilería, propicia para sacar ventajas previas.

Páez todo un estratega, había preparado su plan de defensa: en primer término ordenó a las tropas que al llegar a cierta distancia se dividieran en dos columnas para accionar sobre los flancos del enemigo y luego, que en el caso de ser rechazadas, deberían encontrarse en un punto determinado para evitar dispersiones; en tal circunstancia, aparentar la derrota, para luego "volver caras" según la táctica experimentada ya con gran éxito.

Las tropas con un denuedo inigualado, lanzaron sucesivamente catorce cargas de caballería, que ocasionaron a los españoles pérdidas considerables, perdiendo el ufano ejército sus recursos combativos y para completar la acción se ordenó incendiar la sabana, que inmediatamente se transformó en un mar de fuego, rodeando a los españoles, en el dilema de morir quemados o huir precipitadamente. El espectáculo era imponente; el calor y el humo desconcertaron a los realistas que al perder la visibilidad del campo, fueron presas del pánico. Providencialmente encontraron una angosta vía de escape por donde corrieron los soldados salvándose de una acción que pudo ser de verdadero aniquilamiento y se refugiaron en la selva.

El encuentro de *Mucuritas* agregó una página de gloria a la empresa libertadora, enseñando a los conquistadores que debían medir sus armas con verdaderos héroes y haciéndoles pensar en que se iban poco a poco acortando las horas de su dominio.

LA CABALLERIA DE AGUA

Una de las tantas y extraordinarias hazañas, en que el heroísmo se asocia a la astucia, la constituyó la sorpresa a las lanchas espa-

ñolas armadas y equipadas en guerra y que con su presencia obstaculizaban los movimientos de los patriotas.

Estos como ya se ha dicho, carecían de armas apropiadas y eran el caballo y la lanza los elementos fundamentales para la acción, siendo insignificantes entonces los aportes de la infantería.

Transcurrían los días iniciales del año 1818 y Páez informado de la marcha de Bolívar hacia el hato de Cañafístola, se dispuso a recepcionarlo, poniéndose en marcha a su encuentro. Esta feliz circunstancia dio motivo a que ambos se abrazaran y a despertar una gran alegría en las filas.

El mismo Páez al referir esta escena traza un magistral bosquejo del Libertador, diciendo que se encontraba en lo más florido de sus años y en la escasa robustez que suele dar la vida ciudadana.

Su estatura, afirma, sin ser procerosa, era no obstante suficientemente elevada para que no la desdeñase el escultor que quisiera representar a un héroe; "sus dos principales distintivos consistían en la excesiva movilidad del cuerpo y el brillo de los ojos, que eran negros, vivos, penetrantes e inquietos, con mirar de águila, circunstancia que suplía con ventaja lo que a la estatura faltaba para sobresalir entre sus acompañantes". "Tenía el pelo negro y algo crespo, los pies y las manos tan pequeños, como los de una mujer; la voz aguda y penetrante. La tez tostada por el sol de los trópicos conservaba no obstante la limpidez y lustre que no habían podido arrebatarle los rigores de la intemperie y los continuos y violentos cambios de latitudes por los cuales había pasado en sus marchas".

Ese Bolívar que gustaba de la vida galante, resultaba una aparición milagrosa en los llanos desamparados, en medio de los peligros que era preciso afrontar para una empresa extraordinaria como la de Libertador.

Bullía en él la inquietud, el impulso para hacer frente a las circunstancias y es así que manifestó de inmediato la necesidad de activar las operaciones.

Comprendió fácilmente que la marcha no podría cumplirse, porque el río Apure constituía un obstáculo insalvable, dado los escasos elementos militares disponibles. El pesimismo parecía invadir su espíritu y la preocupación por tal circunstancia era ya obsesionante: Bolívar puede decirse que había perdido el sueño, procurando proyectar los planes de marcha. El cruce del río le permitiría no sólo ensanchar el campo de operaciones, apoderarse de ganado y especialmente de caballos, que en esa zona se criaban sin dueño y a la buena de Dios.

Ante esta terrible expectativa, Páez intervino para decirle a Bolívar que debía disipar esa duda y que se dispusiera a seguir adelante, prometiéndole que él mismo le facilitaría las embarcaciones necesarias.

Bolívar respondió dudando, ya que no había visto ninguna disponible. *"¿Dónde están esas lanchas, que no las conozco?"*...

Son esas lanchas enemigas que se oponen a nuestro paso, repuso Páez y cuando fue interrogado de cómo se haría para apoderarse de ellas, el héroe llanero afirmó iluminado por la fe en la victoria *que serían tomadas por la caballería!*...

Más descreimiento pasó por el espíritu del Libertador, considerando que era un sueño, una alucinación creer que podría cruzarse el Apure a caballo y llegar a lanza al abordaje de los buques enemigos.

Fue entonces que preguntó de un modo categórico: *"¿Dónde está la caballería de agua?"*

Páez excitado en su amor propio, afirmó que de inmediato haría producir el milagro e invitó a Bolívar como principal testigo de la empresa, que debió ser extraordinaria por lo espectacular y heroica.

Las fuerzas se pusieron en marcha y al llegar a cierta altura, la expedición se detuvo para poder elegir los hombres encargados de

realizar el cruce del río, seleccionándose solamente cincuenta llaneros.

Los héroes se acercaron a la orilla, lanzándose de inmediato al agua, en una operación valiente y astuta que por lo sorpresiva causó asombro entre las tripulaciones enemigas, las que a pesar de contar con artillería, no pudieron defenderse ante esa caballería, que parecía luchar como en tierra firme, de modo que el pánico cundió, los tripulantes atemorizados de esta invasión diabólica apenas atinaron a arrojarse al agua. Un verdadero "sálvese quien pueda" constituyó este momento de tragedia y fueron así apresadas y desarmadas catorce embarcaciones realistas. El ejército patriota contaba pues desde ese momento, con los medios deseados para su movilidad, como ofrenda de Páez y sus bravos al Libertador que horas antes, había reído del proyecto.

Bolívar mismo declaró mil veces, que si no hubiera sido testigo personal del episodio, jamás hubiese creído en su reseña.

Por eso proclamó a Páez, *el primer lancero del mundo!*

No hay en la Historia un hecho guerrero de magnitud semejante: habría que suponerle como una estampa arrancada a la mitología, al escenario de las más atrevidas imaginaciones.

Fue así el abordaje a los barcos españoles, una de las más gloriosas andanzas de esos heroicos servidores que casi desnudos, sin más escudos que sus pechos y más armas que lanzas, fueron en el pasaje por los campos de batalla, la ráfaga de la libertad, el tributo al sacrificio y la modestia para exigir recompensas.

El símbolo de José Antonio Páez será el del Centauro; el de su voluntad, la fuerza; el de su heroísmo la representación de lo sublime!

Más que en la estatua que es quietud, él, que fue movimiento sin tregua, galopador de distancias, desafiante a todos los peligros,

estará en la agitación del espíritu de las generaciones, en la que no corresponde la serenidad del plástico, sino el perpetuo devenir en la dinámica de la vida.

LAS QUESERAS DEL MEDIO

Corría el año 1819. Con motivo de asistir Bolívar al Congreso de Angostura, Páez quedó al frente del Ejército, habiéndosele dado facultades amplias para defender la zona del Apure.

El nuevo Jefe organizó su base de operaciones en San Fernando y en preparativos militares, tuvo la sorpresa de que Morillo y sus fuertes efectivos se disponían a tomar la plaza.

El general Páez, cuyas tropas constituían el núcleo más importante, no creyó de acuerdo con su experiencia, comprometerse en acción desventajosa y en cambio se dispuso a adoptar la táctica de movimientos para hacer desplazar a los enemigos por rumbos inciertos, hasta llevarlos al campo propicio para ofrecer combate.

De acuerdo con esos planes, se propuso abandonar todos los poblados y exhortar a los habitantes a quemar sus viviendas, siguiendo una táctica de arrasamiento.

Cuando llegó Morillo, esperanzado de encontrar buena presa, asistió al espectáculo del incendio, demostrativo de que los patriotas estaban dispuestos a jugarse el todo por el todo.

Las tropas realistas tuvieron por lo tanto que cruzar el Apure en busca de los patriotas y de aquí en adelante se sucedieron diversas acciones y juegos militares de distracción de fuerzas y de elección de objetivos.

El Libertador tuvo algunas desavenencias con Páez, respecto a los planes a seguir hasta que éste le manifestó que él eligiera los recur-

sos y que aceptaría sus disposiciones al pie de la letra, aunque pensara en contrario.

Con informes suministrados por un oficial español, Páez supo que Morillo tenía el propósito de tomarlo prisionero cumpliendo un plan de ataque cuidadosamente estudiado y en consecuencia resolvió salir con 19 hombres al paso del general español, quien al notar lo exiguo de sus enemigos creyó en la victoria por adelantado.

Sin embargo, aquello había de ser un sueño! Entre los del grupo se encontraban Aramendi y Mina, los que por haberse comprometido demasiado, a no ser por la intervención del mismo Páez, hubieran perecido.

De inmediato el héroe llanero se dispuso a cruzar el río.

Se preparaba ya uno de los episodios más gloriosos de la Historia.

Eligió de sus fuerzas 150 jinetes, de probado temple y atravesó a nado y al llegar a la otra ribera dirigióse al campamento de Morillo y éste se dispuso a reaccionar para cazar fácilmente su presa, pero Páez había preparado la celada para asestarle un golpe decisivo.

La imprudencia del realista Narciso López, ofreció oportunidad a los patriotas para asumir la ofensiva y las fuerzas llaneras adoptando su táctica de "volver caras" al enemigo, lo devastaron. Entre los héroes merece citarse al gran Rondón, que se cubrió de gloria.

La caballería enemiga se puso en precipitada fuga, mientras la artillería abandonaba sus cañones y los infantes se internaban en las frondas.

El mismo Bolívar fue espectador en este escenario de gloria y recogió la impresión de sus pasajes sublimes. Asombrado de la proeza, dispuso condecoraciones para todos sus participantes y lanzó una proclama, cuya elocuencia no apagarán los siglos.

Como en los tiempos de Grecia en que el heroísmo apareció para modelo y ejemplo de las generaciones, la acción de las *Queseras del Medio,* demostraba que en Venezuela había otros hombres iguales, dispuestos a la muerte por la libertad.

Bolívar dijo:

"A LOS BRAVOS DEL EJERCITO DE APURE":

"Soldados, acabáis de ejecutar la proeza más extraordinaria que pueda celebrar la historia militar de las naciones. Ciento y cincuenta hombres, mejor diré, ciento y cincuenta héroes, guiados por el impertérrito general Páez, de propósito deliberado han atacado de frente a todo el ejército español de Morillo. Artillería, infantería, caballería, nada ha bastado al enemigo para defenderse de los ciento y cincuenta compañeros del intrepidísimo Páez. Las columnas de caballería han sucumbido al golpe de nuestras lanzas; la infantería ha buscado un asilo en el bosque; los fuegos de sus cañones han cesado, delante de los pechos de nuestros caballos. Sólo las tinieblas habrían preservado a ese ejército de viles tiranos de una completa y absoluta destrucción.

"Soldados! Lo que se ha hecho no es más que un preludio de lo que podéis hacer. Preparáos al combate y contad con la victoria que lleváis en las puntas de vuestras lanzas y de vuestras bayonetas.

BOLIVAR".

Cuartel general de los Potreritos Marrereños, a 3 de abril de 1819.—9º

Las *Queseras del Medio* ilustrarán las páginas de la gloria americana.

Habría que remontarse a la antigüedad para encontrar el símil. Podría decirse que sus héroes, renacieron para la inmortalidad en las campañas llaneras, apareciendo desafiantes y triunfales en defensa de la Patria.

El espíritu se emociona ante la evocación de una jornada inigualada, el alma se repliega de homenaje ante el recuerdo de este episodio para rendirle el culto!

Las juventudes que surgen al compás del utilitarismo moderno, ignorantes de la verdad, nutridos en las Escuelas donde se imparte la enseñanza para crear héroes imaginativos, han de leer en el pasaje de *Las Queseras del Medio* como un asombro.

Venezuela no necesitó configurar héroes en la fantasía, entorcharlos para despertar en la mente popular, méritos convencionales.

Los tuvo propios en su campo, en la experiencia libertadora para dar independencia al Nuevo Mundo.

La Historia continental está llena de mentiras convencionales. Muchos próceres surgen transfigurados por los escritores; nadie quiere ser menos en la competencia heroica, se teme a la falta de héroes como a la falta de padres y la leyenda decora el escenario en que ellos aparecen.

El día en que los verdaderos historiadores surjan y descubran el velo protector de las escenografías, será entonces el imperio de la verdad derribando mitos, develando a los vestidos por los "modistos de la galantería" o el patriotismo desconfigurado y esos "próceres" serán lo que fueron!...

Entonces quedarán desiertos muchos templos, solitarias muchas estatuas y acaso maldecidos, los que tuvieron en ciertos casos el homenaje del mármol o el bronce, arrullados en el sueño eterno por los ditirambos de los ignorantes o los que por hacerse ver en los ceremoniales, no dejaron de ser mercaderes del Templo!...

CARABOBO. Independencia de Venezuela

Cumplida la jornada triunfal de Boyacá que aseguró la independencia de Nueva Granada, quedaba a disposición de los españoles

el territorio de Venezuela, de modo que las fuerzas bolivarianas debieron cruzar nuevamente los Andes, a fin de obtener la independencia del país.

Esta decisión determinó uno de los episodios más brillantes de la campaña revolucionaria.

Pasando por alto complejas operaciones de guerra, diremos que los ejércitos enemigos se encontraron el 24 de junio en la llanura de Carabobo para decidir la suerte de Venezuela.

Días antes, Bolívar había reunido sus tropas en San Carlos y en esa concentración figuraba en primer término José Antonio Páez que acaudillaba sus efectivos llaneros.

El ejército patriota se componía de unos 6.000 combatientes al mando del Libertador y los españoles eran a su vez dirigidos por el Mariscal de Campo, Miguel de la Torre.

El ejército de Bolívar en el que figuraban entre otros Briceño, Páez, Cedeño y Ambrosio Plaza, fue revistado previamente el 23 de junio en la sabana de Taguanes, tomando colocación las diversas unidades de choque.

El campo de Carabobo era un escenario muy apropiado para la batalla, de modo que Bolívar pudo desarrollar felizmente su táctica.

No insistiremos sobre los diversos momentos de la batalla, por cuanto en el Ensayo *"Bolívar, el Hombre solar"* hemos señalado aun dentro de la síntesis, los mejores pasajes de la acción.

Murieron allí heroicamente en la refriega, entre otros, el General Cedeño y el Comandante Plaza, quienes tuvieron comportamiento espartano.

Queremos sí destacar ahora especialmente la figuración de Páez y sus intrépidos hombres cuyas cargas constituyeron los empujes decisivos para el logro de la Victoria. El insuperado Jefe de la

Primera División de los patriotas dirigió a sus lanceros con un ímpetu extraordinario, desafiante del peligro para estrellarse contra las filas españolas, que fueron incapaces de contener las cerradas cargas de caballería. Los llaneros, verdaderos maestros en la táctica, jinetes extraordinarios y de templado coraje no podían sino encontrar el lucimiento para la gloria, en ese momento decisivo de los destinos de la Patria.

En la batalla significaron algo así como una avalancha.

Criados en las pistas de libertad no encontraban límites en los horizontes como no los hallaron en las cruzadas milagrosas de los ríos, especialmente en el Apure, en las "Queseras del Medio".

Grande fue Páez en esta acción en la que demostró ser el guerrero completo, porque ya había ganado la gloria en las jornadas de su "Caballería de Agua", de modo que la batalla, con su concurso y el de otros esforzados, debió ser triunfo indiscutible y decisivo.

El ejército español dejó tendidos en el campo sus mejores hombres, rendidos otros y presos del pánico. De los 10.000 hombres que estaban disponibles al iniciarse la campaña, quedaron muy pocos, 1.500 muertos y heridos y 1.700 prisioneros señalaban el saldo desastroso para las tropas realistas.

La batalla de *Carabobo* fue una victoria resonante y ella aseguró la independencia de Venezuela.

* * *

En *Carabobo,* el ejército patriota experimentó una valiosa pérdida con la muerte de Pedro Camejo, llamado "El Negro Primero".

Grande en el heroísmo, lo fue también en la modestia y en la fidelidad, especialmente para Páez a quien asistía en las horas de paz, como en las de guerra. Carecía desde luego de la ilustración fundamental, si es que podía pedirse en los llanos y en épocas de desamparo.

Verdadero centauro, parecía fusionarse con su cabalgadura, para realizar las más audaces empresas. Fornido, con un cuerpo de hierro, podría decirse llevaba la victoria en la punta de su lanza, acostumbrado a desmontar jinetes y encarminarla con la sangre de sus enemigos.

Su valor extraordinario y destreza, le rodearon del prestigio, entre aquella gente que no sabía de vacilaciones.

No obstante esta circunstancia, Camejo fue un luchador sin ambiciones personales, ni prepotencias.

Era el primero en atacar y dejaba detrás de su caballo, la sombra de la esperanza. En tantas exhibiciones ante la muerte tenía que caer en su ley y fue en *Carabobo,* donde se rindió a la disposición inexorable del Destino.

Se le vio desprenderse, al galope de su caballo, luego detener el impulso, finalmente quedar inmóvil y entonces Páez desconcertado ante esta actitud fue a inquirir la causa de la defección.

—¿Por qué no peleas?... ¿Tienes miedo? —dijo Páez.

—No, mi general —repuso Camejo—, me he detenido para saludarlo y decirle que estoy muerto!...

Y en efecto se desplomaba de inmediato, exánime, cubierto de heridas!...

Era pues el héroe auténtico, digno de las estampas espartanas, donde el cumplimiento del deber tenía por símbolo la línea recta e inflexible.

Páez, ante esta escena estoica, movido por un impulso de como era capaz, exhortó a sus lanceros, diciéndoles: *"A vengar al Negro Primero!",* excitación conmovedora que entusiasmó a los combatientes para reforzar el ímpetu, que se tradujo en cargas triunfales. Fue el mejor homenaje de héroes, para el héroe que acababa de afirmar una página de gloria!...

Entre los caídos en el campo, figuró otro que ha pasado como desconocido a la historia, no obstante su valentía y fidelidad.

Fue el perro del Libertador, llamado "Nevado", de larga actuación en las marchas y combates.

Ese nombre le distinguía por la disposición de su pelaje, negro con manchas níveas. De envergadura, de valor, parecía enfurecerse a la hora de los encuentros en que los disparos o el choque de armas, le daban un impulso incontenible.

Su sistema de lucha consistía en atacar a los caballos y morderlos con saña, paralizando al jinete.

Bolívar fue obsequiado con él en una travesía andina, quedó encantado del regalo y le proporcionó las mejores caricias.

Frecuentemente en las marchas lo hacía ir en cesto a lomo de mula, para que no se cansara por los caminos pedregosos.

Varias veces "Nevado" prestó importante servicio y los mismos españoles procuraron tomarlo prisionero y así fue; pero logró abandonar sorpresivamente su encierro, para seguir la caravana revolucionaria.

La última actuación fue en *Carabobo,* donde recibió un lanzazo que le produjo la muerte, después de haberse entreverado con los más veteranos de la caballería y murió como muchos bravos!...

El Libertador a pesar de la victoria, vio empañarse el júbilo ante el dolor que le produjo esta pérdida, la del fiel acompañante en las rutas y guardián abnegado; experimentó el dolor que produce la muerte de los sinceros.

La vida de "Nevado" daría para escribir una historia.

Fue un héroe desconocido.

Con motivo de la gloriosa acción de *Carabobo,* el Congreso de Colombia, decretó homenajes y honras.

Reconoció los méritos del triunfo al General Simón Bolívar y al ejército vencedor a su mando y mandó que en todos los pueblos y ciudades militares se consagrara un día a celebraciones públicas.

Estableció que para eterno recuerdo se levantara una columna en el mismo campo de batalla.

El primer frente, llevará esta inscripción:

Día XXIV de junio del año XXI — Simón Bolívar, vencedor, aseguró la existencia de la República de Colombia.

Se hará mención luego del Estado Mayor y en los otros tres frentes, se inscribirán por su orden, los nombres de los Generales de las tres Divisiones y los respectivos de los Regimientos y Batallones, con sus comandantes.

Sería inscrito especialmente el nombre del General Manuel Cedeño y el del General Ambrosio Plaza.

Además se dictaron otras disposiciones: conceder el empleo de General en Jefe a José Antonio Páez y los soldados llevarían un escudo condecorativo, con la inscripción "Vencedor de Carabobo".

Años más tarde, Venezuela quiso honrar la memoria del magnífico triunfo de sus armas y levantó en el mismo campo de batalla un grandioso monumento, tanto por su valor artístico como por sus proporciones, y ante él se realizan las solemnes ceremonias militares.

Finalmente el día 24 de junio fue instituido como fecha del Ejército y de culto cívico.

ABYSSUS ABYSSUM INVOCAT

LOS NUEVOS RUMBOS

Luego de la batalla de Carabobo afirmativa de la libertad de Venezuela, las operaciones militares adquieren mayor envergadura, el escenario se amplía para cumplir el plan de Bolívar de cruzar los Andes, llevando la redención por un largo itinerario y batiendo definitivamente a los realistas. Boyacá y Carabobo habían significado dos grandes episodios de victoria, pero quedaba mucho por hacer: Ecuador, Perú, el Alto Perú eran los grandes baluartes enemigos y en procura de su destrucción marchó Bolívar en compañía de Sucre y otros grandes para disputar el terreno a los conquistadores.

Esta marcha del ejército bolivariano y el cambio de ambiente determina que las ejecutorias bélicas se efectúen lejos de Venezuela.

En esa cruzada trascendente del Libertador el ejército deja detrás suyo la libertad, mientras en la vanguardia debe abrirse el paso por sendas más difíciles.

El general Páez, queda en esa retaguardia, como celoso guardián de las victorias conquistadas, de ahí que su figura no tenga en estas circunstancias el mismo relieve que en las anteriormente apuradas.

Han cesado en su campo las oportunidades para las grandes acciones y durante varios años, la actividad se hace compleja ya que

aparece en su sector como la figura indiscutida. Una tregua, diremos así, se produce y Bolívar y Sucre asumen ahora el papel preponderante que ha de ser decisivo.

En mis ensayos *"Bolívar, el Hombre Solar"* y *"Sucre, el Abel de América"* he relatado los más trascendentales pasajes de esta expedición andina; no obstante debo señalar para complemento del presente, *"Páez, el Centauro Llanero"*, las síntesis de las campañas que fueron libradas en esas luchas productos de la escalación de la cordillera, de las que Zea dijo que constituían un delirio militar.

Fueron largas jornadas, heroicas realizaciones, en que los combates se libraban tanto en llanos como en pampas, entre montañas y abismos, en terrenos bajos como en las cumbres; desfile triunfal nunca visto en escenarios tan adversos!

Bomboná, luego Pichincha, libertadora de Ecuador; más allá Junín, la acción inmortalizada por Olmedo con su lira de hierro; Ayacucho que define la lucha y hace rendir para siempre al ejército español y decreta por decisión de las armas, la libertad de todo el Continente; finalmente la acción en Bolivia, en que ella surge como nación, adornada para la fiesta de la hermandad americana y con la soberanía propia para afrontar sus destinos.

En esa marcha inigualada, Bolívar es Caudillo que conduce esclarecidamente a todos sus soldados y tiene además la investidura de Presidente y concentra las miradas como las facultades para decidir los rumbos.

Cerebro que elabora las más grandes concepciones y brazo que ejecuta sin vacilaciones ni repliegues de ideales y con él Sucre, el "gran joven", admirable, que cruza con su plumaje por todas las charcas, incontaminado y ejemplar en los remontes de ideal, en los ritmos de su corazón. Si lleva en su espada el signo de la guerra, también lleva en su pecho la fuente desbordante de la clemencia y la justicia.

Concluido el itinerario redentor, los pueblos nacen a una vida de autonomía pero desgraciadamente, a una concurrencia de ambiciones que andando el tiempo, concluiría por destruir las más grandes creaciones. Bolívar sufrirá el castigo del destierro, y morirá en Santa Marta casi al tomar el barco que lo iba a llevar lejos de la Patria; Sucre es victimado en la montaña de Berruecos, apagándose para siempre su estrella, que fue como la Cruz del Sud, guía de esperanza en las noches desoladas del espíritu; la Gran Colombia romperá su cohesión, su unidad para soportar crisis y guerras civiles; Páez que llega dos veces a la Presidencia de la República, envuelto en el torbellino de las disidencias, sufrirá también la ardua sentencia del ostracismo para siempre, que le decretan los llamados representantes del pueblo!...

A la grandeza que marcó el heroísmo y el denodado esfuerzo por la libertad, seguiría la miseria derivada de esa misma opulencia de gloria y habrá que esperar el correr de los años para que los limos agitados por la Revolución se decanten o por lo menos se asienten.

Las generaciones actuales y las del futuro han quedado herederas para aceptar la responsabilidad ante la historia y se sentirá siempre, aun en la indiferencia o en la sordera de los utilitarios, la sentencia del Libertador: *O nos unimos o morimos,* repetido por el eco, al ritmo de los acontecimientos.

AGITACIONES EN LA FLORIDA

Aproximábanse las horas en que el Continente liberado, debía conducirse por sí mismo y por lo tanto definir la forma de gobierno más conveniente.

Bolívar, autor de constituciones, estadista vidente, había señalado ya los peligros que representaba el que los pueblos surgieran de inmediato a la libertad, no estando serenamente preparados,

pues debido a sus diversos orígenes o a su propia ignorancia, no tenían en realidad ninguna escuela de civismo, el que educa para el ejercicio del derecho y el respeto para los derechos ajenos.

Celoso como nadie por la democracia, hubiera querido dar una organización similar a la de Estados Unidos, pero el pueblo de este país tenía condiciones completamente distintas a los sureños, más propensos a la rivalidad y a la anarquía. Por eso provisoriamente rechazaba el ensayo de esa fórmula, inclinándose dadas las condiciones de la época a un régimen unitario, con algunas variantes, como el Senado vitalicio, para hacer estadistas capacitados e independientes de las rivalidades entre el Ejecutivo y el pueblo y constituir de ese modo una fuerza reguladora. Ella impediría los avances demagógicos o los excesos del Poder Público.

Advertía que a pesar de su democracia, que ella no dejaba de tener sus peligros ya que la libertad, alimento suculento, necesitaba una difícil digestión.

El Libertador en esos inmortales documentos, se adelantaba a los tiempos y así vemos que Massaryk, el maestro de la democracia, consideraba también necesario para practicarla, la educación y entendimiento que enseña la Escuela, a fin de que el ciudadano en todos los actos de su vida sienta y piense como un demócrata y que así intervenga en el seno de la familia, de los amigos y de la Patria.

Es una utopía dictar leyes republicanas, liberales, igualitarias, si no hay capaces de cumplirlas a la medida de las circunstancias.

Democracia es libertad, pero no puede ser tumulto, competencia de ambiciones, audacia de aspirabilidades en que cada hombre *se crea capaz de ocupar un puesto dirigente.*

La ley ciega e imparcial formula las normas sin personalismos, ella debe ser igual para todos, pero los ciudadanos tienen el deber de *conocerse a sí mismos* y comprender que ellos *no son iguales ante las leyes.*

Esto ocurrirá el día en que tengan un sedimento estable de cultura y se despojen de ese deseo de figurar como espectables sin aptitudes.

La libertad, que ampara el camino de *cualquier inepto,* para llegar a las alturas, va relajando las disciplinas y la ambición levanta como el coturno la estatura, sin darse cuenta de que rebaja el contenido de la personalidad.

Estas consideraciones que fueran familiares a Bolívar hicieron por otra parte surgir el deseo de organizar la América bajo un régimen monárquico.

Una gran lista de personalidades argentinas podría hacerse entre los partidarios de esa fórmula: San Martín, Monteagudo, Belgrano, Rivadavia, Moreno, Larrea, Alvear, eran entonces los más indicados, agregándose otros de la Gran Colombia.

En ese hervor ideológico se preparaban horas difíciles para la América del Sud.

Bolívar pudo aprovecharse de esta situación y de sus luces, pero mantuvo con firmeza las convicciones de Redentor, aunque más tarde al borde del sepulcro —afirmando que se había arado en el mar— declaraba que la América era ingobernable: *"Estos países,* decía, *caerán infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada, para después pasar a la de tiranuelos casi imperceptibles, de todos los colores y razas, devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad".*

Llegó a constituirse en la misma Bogotá una Comisión encargada de dar andamiento a la idea monárquica y se iniciaron conversaciones con los Ministros de Inglaterra y Francia, explorando la opinión de esos países, ante la eventualidad de establecer una reyecía en el Continente.

El confusionismo hacía camino y desde Caracas surgían ideas monárquicas, para salvar el caos y superar las ambiciones. Se resolvió enviar una consulta a Bolívar y otra a Santander.

Páez a su vez le hacía notar al Libertador que la situación era semejante a la de Francia en la época de Napoleón Bonaparte, en que éste fue llamado por los primeros hombres de la Revolución, convencidos de que el gobierno había caído en manos de vil canalla, —"Los intrigantes van a vender la Patria, vamos a salvarla!"—.

El Libertador contestó que Colombia no era Francia, y que él no era Napoleón. "*El título de Libertador,* afirmó, *es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano, por tanto es imposible degradarlo. Este proyecto no conviene ni a Ud., ni a mí, ni a mi país*".

El momento crítico envuelve en la polvareda de las pasiones diversos nombres de grandes ciudadanos y las calumnias se encargan de enlodar su obra, haciéndoles aparecer como confabulados para destruir la idea republicana. La situación así llegó a ser la siguiente: mientras Bolívar, Presidente, se encontraba lejos de Colombia en el arreglo de problemas planteados por el nuevo régimen, Santander permanecía como Vicepresidente y Páez en calidad de Jefe del Ejército. Este último que recibe órdenes sobre el reclutamiento militar y organización de su cometido, encuentra un clima adverso y las quejas se convierten en acusaciones, las que trascienden al Congreso y a pesar de la intervención de Santander, aquél resuelve separarlo del mando y obligarlo a rendir cuenta de las acusaciones de sus enemigos. Ante su fracaso conciliador, Santander mismo urge a Bolívar venir lo antes posible porque avanzaba la tormenta revolucionaria y se acusaba a Páez de defensor de la monarquía y en momentos en que éste se disponía a trasladarse para defenderse en el Congreso, estalla un motín en Venezuela.

Se pide a Páez que no deje el mando y asuma la defensa del orden, lo que es aceptado y él informa al Libertador, quien enterado de su actitud le censura, haciendo evocación de sus grandes glorias militares.

Pero él, ante los acontecimientos que se precipitan, afirma que no puede responder de la tranquilidad del país si se dispara un solo tiro de fusil y recuerda y reafirma que había jurado protección a los pueblos y que no se les ofenderá sin antes pasar por encima de su cadáver!...

Informado Bolívar del pronunciamiento del héroe llanero, resolvió precipitadamente el viaje a Colombia, para detener el avance del caos, pero previamente lanzó una proclama a los colombianos en la que ponía estas emotivas palabras: *"Os llevo un ósculo común y dos brazos para uniros en mi seno"*...

Llegó luego el Libertador a Bogotá donde fue recibido cordialmente, en jubilosa recepción y después de informarse de los sucesos se dirigió a Venezuela, dispuesto a restablecer el orden.

El mismo Páez se dispuso a organizar su recibimiento. En Puerto Cabello, Bolívar resuelve decretar una amplia amnistía y reponer a Páez en el alto cargo de Jefe del Ejército y Páez a su vez exhorta al orden y al reconocimiento del Libertador, como Presidente de la República.

En un final dramático, ambos próceres se encontraron y abrazaron. Páez recibía el honor de ser designado para el mando civil y militar de Venezuela.

Quedaban así disipadas las nubes que eclipsaron el sol de la libertad...

El héroe de las Queseras del Medio, confesó el error de su actitud y expresó el arrepentimiento.

EL FINAL DE LA GRAN COLOMBIA Y EL CONGRESO ADMIRABLE

Por el año 1829, la situación política asumía proporciones de aguda crisis.

Ella se acentuaba con el despertar de propósitos monárquicos, que se resumían en la institución de un Monarca, designar a Bolívar para el Gobierno con el Título de Libertador y cuyo mandato duraría hasta su muerte y cambiar la estructura de gobierno; la libertad de Colombia sería respetada y se reclamaba su concurso para el sostenimiento de este régimen.

En tales condiciones, la opinión pública se sintió alarmada y el mismo Bolívar desaprobó esas actitudes que traicionaban los ideales revolucionarios.

Recordemos que se dirigió al Ministro de Relaciones Exteriores, expresándole que no reconocería como acto propio suyo, otro que someterse al gobierno que instituya el Congreso Constituyente, asimismo que no toleraría la intromisión del gobierno en las decisiones del referido Congreso, próximo a reunirse.

Las opiniones se agruparon en dos tendencias a fin de aprontarse para la lucha, presentándose al comentario diversas fórmulas.

Se propuso por algunos la separación de Venezuela, el desconocimiento de la autoridad de Bolívar y que Páez se encargara de las fuerzas mientras se reunía la gran Asamblea.

Bolívar exhortó al pueblo a que expresara con toda libertad sus ideas; como se ve, un plesbicito preparatorio para las futuras decisiones.

El Congreso, llamado Admirable, fue instalado el 20 de enero de 1830. El Libertador, que había llegado días antes, fue recibido con pompa oficial, pero en el fondo no existía la animación popular de otras veces, en torno a su personalidad.

La Asamblea inició las actividades con gran solemnidad, con la asistencia de 47 Diputados, estando integrada por destacadas personalidades.

Resultó electo Presidente el Mariscal Sucre y como Vice, fue designado el Obispo de Santa Marta, Dr. José María Estévez.

Bolívar, dando prueba una vez más de su democracia y respeto a la soberanía, presentó renuncia del mando y en ella decía entre otros conceptos, éstos magníficos:

"Todos, todos mis conciudadanos gozan de la inestimable fortuna de parecer inocentes a los ojos de la sospecha; sólo yo estoy tildado de aspirar a la tiranía. Mostráos, ciudadanos, dignos de representar a un pueblo libre, alejando toda idea que me suponga necesario para la República. Si un hombre fuera preciso para sostener un Estado, ese Estado no debería existir y al fin no existiría...

La República será feliz, si al admitir mi renuncia, nombráis de Presidente un ciudadano querido de la Nación; ella sucumbiría si os obstinaseis en que yo la mandara. Oíd mis súplicas: salvad la República, salvad mi gloria que es de Colombia. Cesaron mis funciones públicas para siempre!"...

Estas palabras de fervor democrático debían producir un efecto desconcertante en la opinión sensata del país y se logró que Bolívar aplazara la decisión de abandonar el gobierno hasta que se formulara una nueva Constitución.

El Congreso en funciones, al mismo tiempo manifestaba su oposición al empleo de la fuerza para reducir a los opositores que perturbaban la tranquilidad.

La tarea constitucional era muy compleja y sostuvo las bases para orientar los nuevos destinos del país, en el establecimiento de un gobierno popular, representativo, con separación de Poderes, entrando en su fórmula una serie de reformas para tranquilizar al pueblo, todo ello con la base de un pacto de integridad y de unión para toda la República.

No obstante estos propósitos unionistas, ese Congreso debía ser el último de la Gran Colombia. La estructura ya carcomida por las discordias y ambiciones hacía ver la debilidad de sus bases protectoras. Se asistía a la agonía de una aspiración noble y era entonces imposible evitar, lo que era inevitable!...

En esas discusiones completamente estériles se hacía prolongar la vida artificialmente, de la Patria soñada.

Llega el 1º de marzo de 1830 y Bolívar no puede quedarse al cumplimiento de su promesa: sus decepciones son profundas ante los hechos y la enfermedad le retaceaba el esfuerzo. El Fénix que en Pativilca había surgido de las cenizas, y había cambiado su derrota en victoria, se iba ahora abatiendo y en marcha por el plano inclinado hacia el precipicio.

Entregó el mando interinamente al General Domingo Caicedo, retirándose de la vida pública y al descanso reparador de la vida privada.

La anarquía era ya una ola superando los diques de la ley y arrasando los recuerdos de la gloria de la Revolución.

Aunque después se sancionaron las bases, el Libertador reiteró su deseo de separarse. El Congreso consideró que debía prescindirse de Bolívar y eligió Presidente a Don Joaquín Mosquera y Vice al General Domingo Caicedo y le expresó su gratitud a Bolívar, a quien proclamó "primero y mejor ciudadano de la República", reconociéndole otras distinciones. El 10 de mayo, el Congreso clausuraba sus tareas.

Tres días más tarde se reunió el Congreso Constituyente de Venezuela y resolvióse en decepcionante actitud contra Bolívar, dejando una mancha indeleble en las páginas de la Historia, al considerar indeseable al Libertador y poniéndolo como obstáculo para la armonía de los pueblos.

Ese era el pago a los sacrificios y al reconocimiento a las glorias. El pueblo enceguecido por las pasiones se dejaba arrastrar en esta hora de ingratitudes y de miserias!

El ídolo había sido derribado de su pedestal, por los mismos que contribuyeron a levantarlo; la Patria repudiaba a su hijo y ponía luto en el símbolo de la justicia.

El drama había terminado.

El *consummatum est* volvía a repetirse en esta hora en que el Libertador tomaba como desterrado, el camino de su Calvario, pero el que lo llevaría luego a la inmortalidad.

Puesto en marcha, abandonando el teatro de sus hazañas y el hogar de ciudadano, se enrumbaba hacia otras tierras de paz y de promisión, pero el destino quiso que no fuera a morir en el ostracismo y le quitó la vida, a la vista, por así decirlo, de la nave que iba a llevarlo a Europa, dispuesta a recogerlo como un trofeo de gloria y rescatado a la perversidad de los hombres!

* * *

LA DECEPCION DE LA ANARQUIA

Los sucesos posteriores a la batalla de Ayacucho y a la fundación de Bolivia, iban a evidenciar que los pueblos independizados cumplían las predicciones de Bolívar en el discurso de Angostura, esto es, su incapacidad para asegurarse su propio orden.

Ella explica el motín de Chuquisaca contra Sucre, la acción de Tarquí, las defecciones y levantamientos, el fracaso del Congreso Admirable y finalmente la disolución de la Gran Colombia. También el asesinato de Sucre en Berruecos y el destierro de Bolívar.

Cuadro decepcionante para los hombres de esta hora, debió ser más trágico aún para los que habían realizado con éxito el esfuerzo utópico de la emancipación y contemplaron como testigos el desvanecimiento de las grandes ilusiones.

Sin embargo, esos hechos tan censurados por los críticos de la Historia, se atenúan en cierta parte, si se les compara con muchos de los acaecidos largo tiempo después, en que los pueblos más experimentados no lograron aún concretar el concepto de la Democracia y consolidar sus bases.

Ella tiene, pues, más admiradores que discípulos y marcha en un vaivén entre el *totalitarismo de derecha y el totalitarismo de izquierda,* que le salen al paso en su camino.

Como la mejor forma de gobierno que interpreta al espíritu esclarecido, es el símbolo de libertad integral de pensamiento, de acción y de trabajo, dentro del orden. El derecho surge así como en el concepto de Kant, de la armonía de las libertades: cada individuo dispone de un campo, cuyo radio es igual para todos y nadie puede extenderlo de acuerdo con sus aspirabilidades, porque ello significaría invadir el de sus semejantes. Esta sería la democracia perfecta, en que el Estado siguiendo la fórmula de Spencer, tendría las funciones de Juez y de gendarme, asegurar el respeto a las leyes, reparar sus violaciones y mantener el orden interno y la cordialidad internacional.

Pero los hechos demuestran todo lo contrario y las transformaciones de la Democracia especialmente en los últimos tiempos, la convierten en *totalitaria* por la absorción del Estado en las relaciones con el ciudadano.

La libertad de pensamiento y su emisión en el discurso, en la prensa o el libro; la universalidad del sufragio, el voto secreto, la representación proporcional no bastan para el afirmativo de ese sistema.

¿Hay acaso libertad integral cuando el Estado avanza cada vez más en su dirigismo?

La opinión se limita cuando es preciso predicar de acuerdo con fórmulas de pensamiento preestablecidas, porque ello significa hacer de la Escuela, de las Universidades, de la opinión pública, un ambiente para *standarizar* hombres al modelo oficial, siendo censurados los que no piensen al ritmo de las normas impuestas.

La actividad laborista de los ciudadanos se cercena, cuando sus deseos industriales, comerciales o de consumo, encuentran los escollos de los monopolios o de las reglamentaciones económicas.

¿Qué libertad es la que ofrece el Estado en esas condiciones?

El Estado se convierte en banquero privilegiado, en industrial de luz, de teléfonos, de combustibles, de pesca, de tranvías, de ferrocarriles, de explotación de puertos y mil diversas funciones secundarias, agravadas con los privilegios concedidos a ciertas actividades con el pretexto de un proteccionismo que es artificial.

¿Qué es lo que ofrece esa democracia dirigida, cuando impone a los ciudadanos el tutelar su vida económica?

No se puede vender al extranjero voluntariamente lo que se produce, en defensa se dice, de la economía nacional; tampoco el ciudadano dueño de su dinero puede comprar en el exterior lo que le venga en gana, porque el Estado levanta barreras aduaneras prohibitivas o restrictivas; obliga a consumir lo que a él le parece, aunque lo nacional sea más caro o de inferior calidad a lo que puede obtener de otros países más experimentados; además el ciudadano no recibe la compensación de su esfuerzo, cuando las contralorías de cambio le fijan el tipo, asociándose a sus ganancias, como en un retaceo impositivo, fuente de recursos inagotables!...

Cada día, el "espacio vital" de los ciudadanos se hace más restringido y el campo de sus actividades se estrecha.

Quizás en este andar llegaremos a convertir al pueblo en una familia cuyos usos, costumbres, alimentos y gastos sean controlados por el *Padre Estado,* que como el hogareño, sea él quien compre para aprovisionamiento de la despensa, el que corte el pan en la mesa fraterna, el que ordene la comida que debe servirse, el que disponga del vestido y de la moda, el que vigile la hora del despertar y del reposo; la lectura, los espectáculos a que pueden concurrir sus hijos...

La Democracia, decimos, se va haciendo cada vez más *totalitaria* y menos libre y el Estado se transforma en tutor y conductor, exagerando las funciones del gobierno.

De ahí al "Estado soy yo", no hay más que un paso!... La sombra de Luis XIV aparece espectral.

La libertad política, la más respetada, es generalmente un endulzamiento de la vida, para que los ciudadanos vayan a la plaza pública a decir lo que se les ocurra, a protestar para desahogo de sus rebeldías como a estirar el músculo en los juegos de atletismo, tan queridos por ciertos gobiernos, desde la Antigüedad, para distraer a los hombres de las preocupaciones de Estado.

Las elecciones directas de los mandatarios que son una conquista de los últimos tiempos se dice, no sabemos si han beneficiado a los pueblos en la proporción esperada y si los gobernantes que salen consagrados de esos comicios, han sido mejores que los que fueron elegidos por el voto indirecto, por representantes auténticos de la soberanía nacional.

Aparentemente es mucho decirle al ciudadano: *"Ud. puede votar por el candidato que desea"!* El ciudadano se cree que, a pesar de constituir ante la masa de electores, algo así como el átomo en el bloc, o la gota de agua en el mar, es un factor decisivo en los destinos públicos y no se da cuenta de que si bien *vota*, contribuyendo con el sufragio a la colecta electoral como el óbolo cívico, sufraga por candidatos que él no ha elegido, impuestos por asambleas partidarias o Comités, que tienen a su cargo la consagración del futuro dirigente.

El Presidente de la Universidad de Harvard, refiriéndose a la psicología de la opinión pública y los partidos políticos, decía que un Partido es algo así como una Empresa organizada para el triunfo de un candidato...

Esta afirmación amarga, es en realidad verdadera: la campaña electoral se realiza desde todas las tribunas y se complementa con el pedido de votos a domicilio, con la financiación para gastos de propaganda, con la presentación del candidato delante de todos los públicos posibles, para desparramar ante los auditorios, promesas, ilusiones y luego hacer lo contrario amparándose en la cono-

cida frase "de que las circunstancias posteriores a las elecciones le han obligado a tomar actitudes contrarias"...

Y como el candidato debe prestigiarse ante el público como un producto comercial exige *réclame* para imponerse, los clubes políticos como los templos antiguos consagrados a la guerra, no se cierran nunca, velando por esa propaganda y manteniendo el fervor partidario para aumentar el enganche electoral.

Es así como se conmueve la tranquilidad del pueblo, como las elecciones representan derroche de sumas fabulosas, agitación de todas las capas sociales, despertar de enconos al fuego que se alimenta con la leña de la oratoria, más humeante que consistente y durable.

Aspiremos, pues, a esa Democracia, que permita la libertad dentro del orden, que estimule la diversidad de los hombres, como emulativa del progreso integral, la que no tenga moldes para vaciar la personalidad, ya que la igualdad no es la ley suprema de la nturaleza, ni obligue como una disciplina militarista, a un régimen de contralor íntimo.

En una ilusión bolivariana, nuestro espíritu, al frío de los años, se exalta el calor de ideales de juventud.

No dejo mi esperanza, como al entrar en el infierno del Dante, en este camino que me queda. Mis palabras que tienen la intrascendencia de no venir de un hombre público, docto en la oratoria o en el laboratorio de las leyes, resuenan la sinceridad de quien no ha vivido de favores ni adulancias.

Desaparecerán cuando se extinga el último de mis libros, que entrego como semilla, a los vientos del mundo.

Quizás alguien las interprete y se acuerde de mí...

Para ese lector desconocido, insospechado, mi gratitud de posteridad.

UN SUEÑO INCONCLUSO

LA LIBERTAD DE CUBA Y PUERTO RICO

Habiendo terminado la epopeya redentora, Bolívar creyó oportuno llevar sus armas victoriosas en auxilio de los pueblos que todavía soportaban fuera del Continente, la dominación española.

En ese caso se encontraban Cuba y Puerto Rico.

Su propósito además de extender la libertad a todos los americanos, respondía al deseo de asegurar la tranquilidad de los países rescatados, por cuanto esas posesiones antillanas, podrían constituir el puente a utilizar por los hispanos para nuevas invasiones.

El Ejército que fuera destinado para cumplir esa audaz empresa, estaría integrado por las fuerzas más selectas y aguerridas que habían participado en las grandes batallas y dotado de un gran entrenamiento militar.

Encontrándose ellas en el momento de la desmovilización, había que aprovechar esta circunstancia para el acabado completo de la obra revolucionaria.

Indiscutiblemente era tan generoso como genial el proyecto del Libertador y había que concluir con el enemigo, situado a la puerta del Caribe y seguramente en constante amenaza contra la paz americana. Ello permitiría entretener por otra parte al Ejército patriota, que al cesar la guerra constituiría una carga para las finanzas y un peligro para la tranquilidad interior, ya que el mismo Bolívar temía que el cambio de régimen, del dominio férreo, a la libertad, podría favorecer ambiciones de caudillos, de aventureros políticos, incapaces de asimilar el valor de las leyes y de usar convenientemente de la autonomía.

Bolívar, en 1827, pensó en realizar la cruzada, contando como Jefe al General Páez, cuyas virtudes militares eran indiscutibles y constituir un ejército de diez mil infantes y mil soldados de caballería, fuerzas que serían transportadas en los buques que disponía Colombia.

Pocas unidades navales tenía España y por otra parte, se contaba con la ayuda mejicana para reforzar las posibilidades de la invasión. Llegado el Ejército a Cuba, el éxito estaría asegurado, puesto que los patriotas estaban ya bien familiarizados con las tácticas españolas y además el pueblo se levantaría como un solo hombre, al llegar los expedicionarios.

La imaginación del Libertador no se detenía en la conquista de Cuba, sino extenderla luego a Puerto Rico y finalmente llegar a España, para imponerle el reconocimiento definitivo de la independencia continental.

Estos propósitos habían tenido un comienzo preparatorio, pero fueron interrumpidos por un levantamiento en el Perú, provocado por Bustamante, actitud que obligó a distraer fuerzas para restaurar el orden.

Además Estados Unidos no era partidario de la independencia de Cuba, y por medio de Henry Clay, declaró que no tenía interés en que la isla pasara a otro poder europeo, ni que tampoco se anexara a cualquiera de los países continentales constituidos.

En las instrucciones dadas a los comisionados al Congreso de Panamá está un elocuente alegato respecto a su actitud frente a la suerte de Cuba, exposición que no seguiremos en el sintético de estas páginas, aun cuando constituyen un elocuente documento que al correr de los años, Estados Unidos rectificaría interviniendo

en la guerra contra España y tomando las Colonias y en las que su poderosa escuadra jugaría un rol decisivo.

Estados Unidos dominó en Cuba y al pasar del tiempo, concedió finalmente la libertad que los isleños esperaban.

El sueño de Bolívar y Páez se disipó en toda su grandeza, pero dejó para la historia la enseñanza de la ofrenda que esos próceres quisieron hacer a la libertad.

El ilustre Martí no olvidó jamás el proyecto de Páez y su decisión de tomar las armas en defensa de la causa cubana.

En brillante página, alto relieve para el monumento eterno, trazó con su inspirada pluma, que fue siempre un cincel, las más espléndidas inscripciones del elogio para el que deseaba la independencia de su Patria, recordando que al oír ya en la vejez la renovación de la lucha en la Isla, volvió a pedir su caballo y su lanza.

Y expresó en éxtasis de patriotismo: "¡Oh, llanero famoso! Tú erraste luego, como yerra el militar que se despoja, por el lauro venenoso del poder civil, de la corona inmarcesible que los pueblos tributan a sus héroes desinteresados: tú creías tener razón para olvidar el juramento que empeñaste al cura; tú te dejaste seducir por el poder, cuyo trabajo complicado exige las virtudes que más se quebrantan en la guerra; pero jamás fuiste cruel, ni derramaste para tu provecho la sangre de los tuyos, ni deprimiste —para mantener un falso engrandecimiento— el carácter de tus conciudadanos! ¡Donde quiera que estés, duerme! Mientras haya americanos, tendrás templos; ¡mientras haya cubanos, tendrás hijos!".

* * *

El Destino impidió a Páez, *el Primer lancero del Mundo,* escribir una página más para la gloria.

Demasiado ofreció como héroe inigualado: ante él los astros de la guerra empalidecen como ante el Sol y todos los escenarios resultan pequeños ante el que lo tuvo por intérprete.

Ninguna página de valor personal fue más brillante exposición, para exaltar esta cumbre, entre los héroes!

DEL CAPITOLIO AL DESTIERRO

PRIMERA PRESIDENCIA DE PAEZ

Los acontecimientos debían cambiar el escenario para el destino del héroe y es así que el guerrero sin treguas, ha de asumir más que el comando de ejércitos, la dirección de pueblos: la estrategia laberíntica que le exaltó en los llanos, debe trocarse para el campo enmarañado de la política, realizando una ascensión progresiva para llegar a la cumbre de esa montaña desde donde se contemplan largas distancias, pero se presta al riesgo de las alturas y los descensos vertiginosos.

Fue así que el Congreso Constitucional reunido en Venezuela, e inaugurado el 18 de marzo de 1831, designó a Páez como primer Presidente de la República.

El General prestó juramento de estilo el día 11 de abril, pronunciando seguidamente un patriótico discurso. Declaraba en sus conceptos que hubiera preferido el reposo, si no viera al país en situación crítica; no es, dijo, el honor y la gloria del encargo, lo que ha fijado mi resolución, sino los temores de los pasajeros y mi propia conservación, y finalmente esperaba la feliz solución de los problemas.

En aquel momento aparecían disenciones y el general Monagas que se había insurreccionado ya, obligando a operaciones militares para reducirlo.

El nuevo Presidente tuvo que ponerse al mando del Ejército para restaurar el orden lanzando una proclama exhortativa al sometimiento a la Constitución y a las leyes y expresaba que esa Constitución sería su regla y no daría un paso fuera de ella y señalaba la responsabilidad de los hombres levantiscos.

Un proyecto inaudito se había maquinado en los insurrectos, al pretender el desmembramiento del territorio nacional, junto con otras aspiraciones ambiciosas.

Se realizaron entrevistas de paz; y brotes revolucionarios, a pesar de ellas, surgían en diversas tierras venezolanas.

Finalmente y por influencia de Páez las protestas fueron acalladas, pero quedaba latente la amenaza contra el orden público.

No por culpa del Primer Mandatario invadía la desconfianza, sino por causa de las ambiciones; no podía lograrse que las armas quedaran inactivas sino en constante vigilancia.

Pasando por alto estas inquietudes, es de decir que Venezuela fue estructurando su vida, celebróse un acuerdo con Nueva Granada y estimulado el desarrollo de la instrucción pública.

Los conceptos de Páez a este respecto, no ceden a los de los mejores estadistas y pedagogos. Consideraba que el gobierno republicano está fundado en la razón, que la República sólo existe donde la mayoría de los ciudadanos puede instruirse, sin contar con su propia fortuna, atribuyendo los grandes males de América a la falta de educación. Hacía suyos los conceptos de Platón de que las repúblicas serán felices cuando sean gobernadas por los sabios o cuando sus dirigentes pongan todo interés por la enseñanza y la cultura.

Durante este primer período constitucional, se crearon numerosas Escuelas, Academias y se fundaron Bibliotecas: el alumno de Doña Gregoria, en la escuela llanera, surgía como un verdadero apóstol del saber y un maestro de profunda videncia!

Otros pasajes del gobierno se destacan por las honras a la memoria del Libertador que más tarde en la segunda Presidencia habían de culminar en la apoteosis.

Nótase también el progreso económico y financiero del país y la preocupación por disponer obras de estímulo y de bienestar.

Al finar su mandato, el General Páez dirigió un Mensaje al Congreso, en el que agradecía los honores dispensados y señalaba grandes conceptos de doctrina, que tampoco envidian a los grandes maestros, ilustrados en las aulas esclarecidas.

Terminado el período gubernativo, Páez se dirigió al retiro de su vida pública, en el Hato de San Pablo.

* * *

El Congreso después de varias elecciones consagró al doctor Vargas como Segundo Presidente de la República, decisión que produjo verdadera satisfacción en el pueblo.

Sin embargo el descanso que se había propuesto el ex-Presidente, debía ser simplemente una tregua. Pocos meses habían transcurrido, cuando mensajeros que se acercan a su residencia le imponen de graves sucesos. El batallón "Anzoátegui" se insurreccionó apoderándose del Parque de Artillería y se dirigió a la residencia del Presidente, con el propósito de adueñarse de su persona, así como de los miembros más caracterizados del Gobierno. Los revolucionarios eran mandados por el Comandante Carujo, quien fue el primero en franquear la casa del Dr. Vargas y tuvo la audacia de enfrentarse al Gobernante, pistola en mano, diciéndole en tono altanero, que todos los gobiernos son de hecho, que las fuerzas militares habían ocupado su puesto para salvar a la República y que debía renunciar a su alto cargo.

El Dr. Vargas se negó a aceptar esa imposición atentatoria y fue entonces conducido a prisión en la Casa de Gobierno.

Quedarán grabadas las frases que se cambiaron entre Carujo y Vargas: el primero dijo que el mundo pertenecía a los valientes, a lo que respondió el prisionero que estaba en equívoco, *"porque el mundo pertenecía a los hombres honrados"*.

Luego fue el Dr. Vargas conducido a La Guaira y embarcado para Saint Thomas, en una goleta.

Los insurgentes designaron Jefe Supremo al General Santiago Mariño y con el propósito de estimularlos, se designó Jefe Superior al General Páez. Se proponían organizar el orden constitucional, establecer la Religión Católica como oficial y propiciar reformas constitucionales.

Páez quedó realmente sorprendido por los acontecimientos y del programa de acción que se proponía y habiéndole llegado un nombramiento del Gobierno, expedido en medio del tumulto, para levantar las fuerzas, inmediatamente se puso en acción, lanzó una proclama y acompañado de un grupo de hombres bien dispuestos, se hizo en marcha hacia Caracas, dispuesto a restablecer el orden.

Fue así que su presencia resultó decisiva y los revolucionarios resolvieron entrar en conversaciones. La revuelta quedó disipada en Valencia, felizmente sin derramamiento de sangre ni otros perjuicios pues si se opusieron algunas fuerzas para impedir la entrada en la capital, a las incitaciones de paz, abandonaron sus pretensiones sediciosas. Ante la marcha de Páez, los revolucionarios que quedaban aún en Caracas, resolvieron salir de la ciudad, dejando el campo libre al Ejército constitucional. El General Páez, en la plaza de San Pablo, convocó al Consejo de Gobierno para que ejerciera de nuevo sus funciones y el General Carreño fue designado como consecuencia, encargado del Gobierno de la República, mientras los descontentos formulaban algunos propósitos, los que fueron rechazados sin vacilaciones.

La intervención del "León de Apure" en este tránsito difícil, fue decisiva y como corresponde al patriotismo de un gran ciudadano.

El Presidente Vargas, que había sido deportado, recibió la citación para hacerse cargo de sus altas funciones, llegando a Caracas el 20 de agosto.

Quedaban aún los focos revolucionarios en Puerto Cabello.

El General Tadeo Monagas se dirigió a Páez proponiéndole una entrevista y finalmente éste, el 3 de noviembre luego de tratativas, lanzaba un decreto de amnistía, inspirado en los deseos patrióticos del firmante, horrorizado ya por los desastres de la guerra, de que tantas veces había sido testigo.

Luego siguieron a este episodio diversas incidencias que no caben dentro de la brevedad narrativa de un Ensayo.

La obra del militarismo convulso y las ambiciones incontenidas siguieron siendo una amenaza para el país.

LA SEGUNDA PRESIDENCIA

Terminado el mandato del Dr. Vargas, el general Páez fue electo de nuevo Presidente de la República.

Este período había de caracterizarse por decisiones benéficas para Venezuela, comprendiendo un programa integral desde lo económico-financiero, hasta lo cultural y político.

El Mensaje dirigido al Congreso en 1840, ya informaba elocuentemente de los rumbos a seguir.

Más tarde es considerado el problema de la Deuda extranjera, el funcionamiento del Banco Nacional, así como Tratados internacionales, todo lo que representaba un gran aporte para el bien de la República.

Al terminar el nuevo Mandato constitucional, Páez envió finalmente al Congreso un Mensaje de estilo, que significaba también una despedida.

Elocuente en su texto, inspirado por su patriotismo, además de las consideraciones sobre el balance de los acontecimientos ocurridos durante el Gobierno, ofrece plenitud de conceptos sentenciosos, en los que revelaba la larga experiencia adquirida.

Nadie hubiera dicho años atrás, que el llanero incontenible se transformaría en mesurado estadista, hombre de pensamiento y de atildada pluma.

Había entonces llegado a la cumbre, haciendo su vida ascensional, progresiva, sin saltos de suerte ni imposiciones de fuerza.

Por eso dijimos en los conceptos liminares, de lo admirable de esta existencia en lo que se sabe si tuvo el heroísmo por grandeza, o la voluntad perseverante de superación.

En el referido documento hacía elogio de la situación del país, la paz y el amor al trabajo como exponentes de la realidad.

"No es sólo la paz, interior, resultado del orden público —decía—, sino la unión sincera de los venezolanos, resultado de una misma convención política y de un sentimiento de fraternidad y de amor patrio, lo que ha hecho desaparecer los partidos que nos dividieran, sucediéndoles una sola opinión que sirve de apoyo al gobierno y reemplaza con ventaja a la fuerza física".

Luego de hacer consideraciones sobre las crisis sorteadas, exhortaba a los legisladores a proseguir la obra de los constituyentes de 1830.

"Las leyes, afirmaba el general Páez, *son el alma de nuestra República: por ellas crecerá su dicha y su gloria".*

Y exhortaba a mantener la libertad comercial con todas las naciones, la moralidad de los pueblos, la política económica y financiera con mesura, el crédito público; de no dejar de lado la suerte del Ejército, cuyos laureles adornan la Patria y en consecuencia, la protección de las viudas y los huérfanos como compensatoria al sacrificio de los servidores.

Finalmente, que estaba íntimamente convencido de que la felicidad de Venezuela, estará siempre en proporción del respeto a la Constitución del Estado y de la unión de los ciudadanos.

"La igualdad es la base del patriotismo y el más fuerte vínculo de los corazones".

Y se retiró con palabras de profunda sinceridad, haciendo los mejores votos por la felicidad de Venezuela y de sus hombres en el destino a depararse.

Este Mensaje de fecha 20 de enero de 1843, fue contestado por el Senado, el que señaló la actuación meritoria del General Páez en el Gobierno e igualmente la Cámara de Representantes hizo justicia al gran estadista.

APOTEOSIS DEL LIBERTADOR

Traslación de sus restos

Durante esta segunda Presidencia de Páez, se produjo un acontecimiento extraordinario, que por lo excepcional obliga al desglose de su narración en consideraciones independientes.

Nos referimos a la repatriación de los sagrados restos del Libertador que habían quedado al cuidado filial de Colombia, desde la tragedia del 17 de diciembre de 1830, en Santa Marta.

Las rivalidades que muchas veces distanciaron a Páez de Bolívar, estimuladas por el bullir de las situaciones caóticas, las ambiciones anarquizantes, habían forzosamente de pasar a su hora, con el imperio de la serenidad y de la tolerancia.

El mismo Páez, que una vez hizo llamar a un cura para que delante de su ejército le tomara el juramento de fidelidad al Libertador, no podía contemplar con indiferencia que los restos del Padre de la Patria reposaran lejos de Venezuela, deseada por su voluntad para ser la última y definitiva tierra del reposo.

Napoleón había dicho su anhelo de descansar al borde del Sena, en medio del pueblo francés a quien tanto amó; y a su manera, Bolívar dejó su propósito de encontrar el refugio definitivo en su querida Caracas, al pie del Avila, junto al vigilante testigo de sus inquietudes y de sus glorias.

En 1833, Páez, Presidente de la República, interpretando el anhelo público manifestó al Congreso que era un deber rendir homenaje al Padre de la Patria, diciendo, según sus palabras, que no satisfaría el deseo más vehemente de su corazón si no excitase los sentimientos patrióticos, para cumplir un deber en que se interesan el honor y la gloria nacionales. Corresponde al Congreso decretar honores públicos a los grandes hombres y recordaba que Bolívar había hecho nacer cinco Naciones así como la posteridad gloriosa que le habían preparado América y Europa.

Pasaron años de indiferencia, hasta que en 1842, el mismo Páez en forma definitiva se encargó de estimular la justicia reparando las ingratitudes. Su exposición al Congreso fue brillante y conmovedora.

Pocos discursos de los grandes apologistas del héroe expresaron más elocuencia dentro de su síntesis protocolar.

Llegaba así la hora de las repaciones históricas; retrasada, no por eso dejaba de sonar, quizás para ser más trascendente y grande la oportunidad de la justicia.

Y fue así que el 30 de abril se sancionó el homenaje al Libertador, el traslado de sus despojos, la peregrinación en que un pueblo unánime llevaría triunfal hacia la cumbre de la gloria al más grande de los Libertadores, al más vidente de los estadistas, al más

imaginativo de sus estrategas, al que años más tarde fuera proclamado en la Liga de las Naciones por la voz elocuente y sentenciosa de Titulesco, el ciudadano de la Humanidad.

Como consecuencia de ese decreto de honras, se invitó a los gobiernos para asistir al homenaje y se designó al 17 de diciembre, como efeméride para el cúmplase de la ceremonia.

Desde entonces se desarrolló una febril actividad preparatoria para el acto que no tuvo semejante en la Historia.

Ni en las galas de más pompa que contemplaron los hombres, se alcanzó la significación del tributo.

Más que un lamento fúnebre, había de ser un epinicio porque la muerte para los grandes hombres no es sino un tránsito, una transformación de la vida, que escapa de la tierra para ascender por las rutas meridianas de la eternidad.

Ningún detalle fue olvidado para esa ceremonia.

Allí estuvieron todos, presentes de cuerpo o en el recuerdo, para reunirse en el tributo más grande de los siglos.

La descripción del homenaje demandaría un libro.

La "Constitución" zarpó con destino a Colombia para transportar los restos del Libertador y conduciendo una comisión presidida por el Dr. José María Vargas.

Acompañaban a dicho buque el bergantín "Caracas" con dotación militar y por deferencia del gobierno Francés, la corbeta "Circé".

La expedición se hizo a la mar el 13 de noviembre.

Mientras se realizaba el viaje, las autoridades venezolanas no se dieron instante de tregua a fin de efectuar los preparativos que habían de culminar en el gran homenaje. El Ejército entero fue

movilizado, convocados todos sus generales y oficiales y se designó para Jefe del desfile al General Rafael Urdaneta.

Instituciones nacionales y extranjeras se agitaron en preparativos para el mejor brillo de los actos póstumos.

La Comisión llegó a Santa Marta, donde estaban fondeados el bergantín inglés "Albatros" y el de Holanda, "Venus", enviados como adhesión al homenaje.

La exhumación de los restos se realizó el 20 por la tarde, en ambiente solemne, nunca visto entonces, en el que tuvo participación unánime el pueblo y el 21 por la mañana se iniciaron las exequias, entre tañidos de campanas, cantos religiosos y descargas militares. El General Posada Gutiérrez fue el encargado de ofrendar a Venezuela con los venerados despojos del Libertador y el Obispo Monseñor José M. Noriega en el Oficio de Pontifical, tuvo a su cargo el discurso fúnebre.

Por la tarde se realizó el desfile hacia el puerto. Los restos del Libertador iban escoltados por un séquito extraordinario y la urna cargada por altos oficiales. En él figuraban también los representantes extranjeros. Las casas ostentaban atributos de luto y el paso se hizo en medio de flores.

Finalmente los despojos se colocaron en el buque designado, en medio de salvas funerales.

La expedición zarpó el 22 de noviembre con rumbo a La Guaira. El desembarco se preparó para el día 15 y entonces tuvo lugar otra ceremonia solemne, al llegar los despojos al hogar de la Patria. El cortejo hizo una breve tregua para reiniciar su peregrinación al día siguiente; resulta indescriptible, según los testigos presenciales, la imponencia y emotividad de los homenajes y es difícil sintetizar lo que la imaginación supone al respecto.

La procesión dentro de Caracas, se puso en movimiento a la hora 10 y 30 y el marco del homenaje resultó de una extraordinaria

imponencia. Las filas de hombres representativos se sucedían; el carro mortuorio era impulsado por más de cien ciudadanos y todo era presidido por el primer mandatario y sus ministros.

El templo adonde debían dirigirse los restos ofrecía un aspecto nunca visto de solemnidad. El oficio a cargo del Arzobispo de Caracas se inició a la hora 13, en medio del *Réquiem* de Mozart y luego se profirió la oración fúnebre que fue de una elocuencia magnífica.

Terminado el acto, la urna quedó en el templo y el Presidente de la República, autoridades y diplomáticos se retiraron al Palacio de Gobierno.

La traslación de los restos a la Catedral se hizo el 23 de diciembre por la mañana repitiéndose los homenajes y luego de su término hubo recepción en el Palacio de Gobierno, donde pronunció el Presidente elocuentes palabras alusivas al homenaje y refiriéndose en auspiciosa la unidad venezolana, como el mejor monumento a la memoria del Libertador.

Ya habían terminado los actos de homenaje.

Después se realizó un gran banquete en obsequio de las Delegaciones extranjeras y al final, se pronunció un solo y breve brindis a cargo del Presidente Páez, de un gran fervor patriótico y de gratitud a los que contribuyeron a realzar las honras de Bolívar. Quedaba así el Libertador consagrado en su Templo de inmortalidad.

NUEVAS ETAPAS

El destierro de Páez

Al retirarse del gobierno, sucedía en el mando el General Carlos Soublette, de brillante ejecutoria ciudadana.

Desgraciadamente nuevas inquietudes habían de preocupar al país, en momentos en que se enrumbaba hacia mejores destinos.

Las voces descontentas constituyeron un clamor y las críticas arreciaron contra Soublette y el Congreso que le había designado, cayendo entre las críticas el nombre de Páez a quien se le acusaba de irregularidades supuestas. El arma de los descontentos y de los ambiciosos, estaba de nuevo al alcance de la audacia y de la oportunidad.

Un complejo de incidencias que escapan a la consideración de este Ensayo, se sucedieron; la amenaza del desorden público se cernía sobre la República, cuando Páez es designado General en Jefe del Ejército y el General Tadeo Monagas Segundo Jefe.

Aparecieron los facciosos y el ex-Mandatario que tanto había hecho por la paz se vio en la necesidad de salir de su retiro con el propósito de concluir con la rebelión que era amenazante y tuvo éxito este propósito, despejándose a los insurrectos principales, aun cuando no se habían apagado todos los focos anárquicos.

Fue entonces que dirigió una exhortación a las fuerzas armadas documento de elevada elocuencia, de un conceptual profundo, en que se hacía la historia de las adversidades pasadas, del período auspicioso que fue su continuador, de las exigencias del porvenir.

De un sentido constitucional y patriótico elevado, merece sin duda la lectura por quienes pasan por alto las responsabilidades y se entregan al impulso de las ambiciones.

Aparece aquí el autor con sus méritos esclarecidos y no se empalidece ante los grandes de la Historia.

La intervención de Páez fue eficaz y oportuna para desbaratar los planes de los conspiradores.

Pudo así anunciar "que había logrado conjurar la tempestad y restituir su reposo a la sociedad".

Esta afirmación se hacía a los habitantes de Barinas, respondiendo a su expresivo agradecimiento.

Expresaba que el Ejército a su mando, en cuyas filas brillaban las espadas de los veteranos de la independencia, había satisfecho la vindicta nacional y castigado el crimen de lesa patria, en los campos de batalla; y luego ha empleado sus armas sólo para inspirar confianza y seguridad a todos los venezolanos, aun a aquéllos que arrepentidos de su extravío, quisieron volver a la senda de sus deberes.

* * *

En 1847, cuando se aproximaba el término de la Presidencia del General Soublette, surgieron movimientos de opinión para que Páez aceptara nuevamente la Presidencia de la República y al mismo tiempo se agitaban otras candidaturas y se despertaban ambiciones dormidas.

Pero Páez expresó en forma categórica afirmaciones que ponían a salvo de cualquier sospecha su personalidad de prócer y patriota y daba ejemplo renunciando a los altos sitiales que los tenía desde luego, al alcance de su mano.

¿Quién podía sombrear su figura y más habiendo muerto Bolívar y Sucre?

El recuerdo de las glorias patricias sahumaba su camino. Héroe de extraordinarias batallas, estadista sagaz, gobernante psicólogo, debía ser el hombre imprescindible en esas horas de turbulencia, aun cuando la gloria no era credencial bastante para distinguirse entre la polvareda levantada por las pasiones.

Fue así que dijo: "No aceptaré la Presidencia; no excluiré ni recomendaré ningún candidato y cualquiera que fuera el designado para el alto cargo, *amigo o enemigo mío*, encontrará en mí, un ciudadano y un militar sumiso a la ley, respetuoso al Magistrado y dispuesto a cumplir sus deberes para con la Patria".

Quedaba así perfectamente definida la situación de Páez, desarmados sus detractores y entregado él a abroquelarse en la imparcialidad pero en la espera pasiva del llamado al cumplimiento del deber.

Corren entonces los días y se realizan las elecciones y a pesar de sus deseos, no pudo evitar que dos electores le dieran su voto, apareciendo el General Tadeo Monagas con 107 sufragios.

Luego de una dilación interpretativa de la ley, Monagas fue consagrado Presidente de Venezuela, quien inició su período dentro de perspectivas relativamente favorables.

Uno de los significativos actos de su gobierno se tradujo en el indulto a los que habían agitado el país, pero no se logró apagar el fuego, sino apenas las llamas; porque el nuevo gobernante pareció inclinarse al estímulo de los que habían agitado a la República y por lo tanto en desigualdad para los defensores del orden y de la felicidad nacional.

Poco a poco fue agravándose la crisis de gobierno, se planteó la ministerial; armó con las armas del país a sus partidarios, prescindió de la milicia activa y convocó las reservas. Monagas se había ya desviado del camino y sus medidas irregulares en todo sentido decepcionaron al pueblo, quien vio de nuevo la amenaza inminente.

La Diputación Provincial de Caracas, se ve en la necesidad de poner en claro las irregularidades del Presidente y demuestra en la evidencia los atentados cometidos.

Caracas es luego ocupada por fuerzas militares y el 23 de enero se resolvió que el Congreso cambiara de sede, para sesionar sin presiones, en Puerto Cabello.

Los acontecimientos ya estaban precipitados. La acusación de la Diputación de Caracas era considerada y ello significaba dejar al acusado fuera de su puesto.

El clima político demostraba la inminencia de la tempestad.

Una actitud inaudita sorprende: hombres armados atacan sorpresivamente, irrumpiendo en la Cámara y hacen fuego sobre los ciudadanos legítimos mandatarios del pueblo y el alevoso ataque produce un saldo de víctimas, de ciudadanos ilustres, mientras otros logran escapar y ampararse a la sombra del asilo diplomático.

Ya estaba encendida la tea de la guerra civil!...

Monagas, perpetrado ese asalto condenable, se dirigió a Páez, acudiendo a su consejo. La respuesta no se hizo esperar.

En nota enviada a aquél, dijo entre otros fuertes conceptos: "Por primera vez he lamentado haber nacido en una tierra en donde a nombre de la libertad se cometen tan abominables atrocidades. Estoy profundamente conmovido".

Constituía todo su texto un documento acusativo contra el Presidente y una lección de verdadero gobierno y le proponía someterse al fallo de la opinión pública y al retiro de las fuerzas amenazantes de la tranquilidad. Pocas veces se escribió una documentación política de más alcance, redactada en horas solemnes para la vida de un pueblo.

Le decía a Monagas: "V. E. que recibió en paz a la República, responderá ante Dios de las consecuencias de la guerra".

El General Páez, ante las horas apremiantes, respondiendo a su conciencia de prócer, a sus nobles sentimientos democráticos, dirigió a los venezolanos un vibrante manifiesto haciendo revista de la situación y juzgando los acontecimientos, se inclinó al cumplimiento del deber y expresó a los ciudadanos la razón inspirativa de su conducta.

Señaló el crimen cometido contra los Representantes del pueblo y contra las Instituciones, acusando al Presidente Monagas de su indiferencia culpable. "Los miembros del Congreso —decía—, expusie-

ron sus vidas por salvar las Instituciones de la República: toca a la República en masa volver por el honor que le han arrebatado sus enemigos y castigarlos de una manera ejemplar". Hacía un verdadero proceso y ofrecía su actitud una esperanza de reacción patriótica y terminaba su exhortación diciendo con palabras de bronce: "¡Compatriotas! Confiando en la protección con que siempre nos ha favorecido la Divina Providencia, he resuelto salvar a mi Patria. *Libre ella, aunque yo muera en la lucha, descenderé con tranquilidad al sepulcro!*

La guerra civil con todas sus calamidades volvía a ensangrentar los campos y a desquiciar la unión democrática anhelada.

Fue así que el caudillo llanero, la única figura capaz de destacarse en el momento, inició las acciones bélicas el 15 de febrero de 1848 y el primer encuentro se realizó con las fuerzas del General Muñoz, en el campo llamado de Araguatos, entrevero terrible, encarnizado como el de dos enemigos dispuestos al sacrificio. Las tropas de este militar fueron batidas por las del héroe de Mata de la Miel, pero esas adversidades que se oponen al desarrollo del triunfo impidieron aprovechar los gajes correspondientes, por falta de Jefes colaboradores.

Ante el incremento revolucionario, los sostenedores del gobierno lanzaron una verdadera ofensiva de dicterios contra Páez y sus adherentes, levantando las más torpes calumnias, para sombrear los gestos viriles y dignos. Tuvo que cruzar los Andes, proyectando un nuevo avance sobre Venezuela, haciendo pie en alguna isla o desde el extranjero. Una serie de incidencias se suceden, en que Páez y sus adictos sufren los horrores en el camino. A pesar de algunas acciones favorables, la situación se había hecho insostenible; las fuerzas se debilitaban por las deserciones, la falta de alimentos, armas y también por la falta de cooperación esperada y los Jefes revolucionarios, ante la realidad, resuelven en promesa de ser respetados y bajo la confianza de honor, entregar las armas.

Llegaron a Valencia y allí les esperaba la más cruel de las prisiones, donde fueron engrillados; pero habiéndolo dispuesto el go-

bierno, el ex-presidente fue conducido bajo custodia a Caracas donde también se le encarceló y de aquí, enviado a Cumaná, donde fue encerrado en una mazmorra completamente insalubre e indigna.

Desde el Castillo de San Antonio, el prisionero pudo dirigirse en una protesta al Congreso y al mismo Presidente Monagas.

En dicha apelación se denunciaban los suplicios a que era sometido, violándose los derechos humanos.

El Congreso consideró la nota enviada como inconveniente y la mandó devolver a su autor y mientras tanto, distinguidos ciudadanos pedían mejorar las condiciones del prisionero, cuya salud estaba en riesgo. A este petitorio accedió finalmente el gobierno, se le puso en libertad pero vino en sustitución la *orden del destierro para siempre!...*

Un nuevo episodio en la injusticia que persigue a los grandes hombres se cumplía. Es ya del juicio sereno de la Historia este pasaje, estampa que se agrega en el recuerdo de los ciudadanos ilustres que sufrieron la ingratitud de sus compatriotas, enceguecidos por la envidia, impulsados por las pasiones. Mientras de las víctimas hace la justicia póstuma, tarda o agilitada, un símbolo, de los victimarios, que tienen la gloria efímera de lo que dura su fuerza accidental, como de los cobardes, no se ocupa la posteridad, envueltos en la mortaja del desprecio, en una Morgue, donde van a parar los muertos desconocidos.

LA HISTORIA SE REPITE

Páez, como otros tantos ilustres, fue pues nueva víctima de aquel ambiente nefario, en que las pasiones desorbitadas rodeaban de tumulto la ejecutoria de la gloria.

Desterrado *ad perpetuam,* se vio en la necesidad de ausentarse y se embarcó al efecto en el vapor denominado "Libertador", que ponía su proa hacia tierras hospitalarias.

Fue en esa oportunidad, que expresó a su pueblo sus inextinguibles sentimientos y sus formulaciones de felicidad.

En la salutación definitiva, el héroe de Carabobo decía: "Obedezco al destino y me alejo de la Patria. Mi corazón es todo de ella: le he consagrado los días más preciosos de mi vida; treinta y ocho años he servido con decisión y lealtad. He sido fiel, constantemente fiel a los principios republicanos.

"A presencia del Todopoderoso, que nunca puede ser engañado por el hombre, me complazco en renovar estos sentimientos que han dominado mi vida pública.

"Examinada ésta con ojo imparcial, la posteridad me hará justicia si los contemporáneos me la negaren.

"Dejo de influir en los destinos de la República; pero mi interés por ella es siempre vivo: ante sus grandes intereses, quedan ahora mis padecimientos. Yo me olvido de ellos y convido a mis compatriotas, a todos los ciudadanos honrados, cualesquiera hayan sido o fueren sus opiniones políticas, a deponer sus sentimientos ante el altar augusto de la Patria. La unión de todos los buenos puede salvarla. Unidos los hombres de bien tendrán poder bastante para restablecer el imperio de la Constitución, para restituir la moral y la justicia a su venerado solio. Haya un esfuerzo dirigido con patriotismo e ilustración y la sociedad alcanzará una existencia digna de un pueblo libre, una existencia con garantías, para el honor, la vida y la propiedad!

"Séame permitido hacer un recuerdo excepcional de un gran pueblo, el pueblo cumanés, mi salvador. Sí, después de Dios, que es ante todo y sobre todas las cosas, yo debo mi libertad, yo debo mi existencia a los cumaneses! ¡Pueblo generoso!, ¡heroico pueblo, yo

te rindo un homenaje el más sincero de mi profunda gratitud: vivirás eternamente en mi memoria, celebraré tu dicha y lamentaré tus desgracias. Yo os pertenezco, cumaneses, de todo corazón!

"Desde la patria del inmortal Wáshington, en la cual me hallaré muy pronto, dirigiré constantemente mis votos al cielo por la felicidad de mi Patria".

Esta salutación fue dirigida desde Saint Thomas, a fecha 13 de junio de 1850, primera etapa del itinerario, hasta que se embarcó para Nueva York en la barca "Fairmount", la que zarpaba con rumbo a Filadelfia adonde arribó el 26 de julio, entrando en un ambiente de simpatía pública, donde se le preparó un gran homenaje, el que no pudo aceptar ante las horas contadas para llegar a Nueva York.

En esta magnífica ciudad estaba ya pronta la digna recepción al héroe y el Corregidor anunció al pueblo el arribo, evocando sus grandes servicios a la causa de la libertad.

El huésped debió detenerse en Staten Island mientras se preparaban los actos de agasajo y hasta la isla fue enviado el vapor "Sud-América". Honores militares se decretaron designándose fuerzas de la Guardia Nacional y el Estado Mayor del General Storm y la Oficialidad del "Old Continentals" uniformados a la manera de 1776, cuando Jorge Wáshington era su Jefe.

La recepción de Páez fue espectacular. Era el primer homenaje público a un americano del Sud, de modo que constituyó una honra significativa.

El Corregidor al darle la bienvenida pronunció elocuentes palabras respecto a su gloria diciendo finalmente que merecía las congratulaciones, como amigo de las Repúblicas, como amigo de las instituciones democráticas y como defensor del orden legal en los países libres.

El General Páez respondió a su vez con elocuentes conceptos de gratitud y por la ventura del país en donde pensaba pasar sus últimos días.

Después de este ceremonial cumplido en la isla, llegó a la gran ciudad, en la que se repitieron los homenajes y los obsequios en la que se le preparó el cobijo de una leal amistad para borrar los recuerdos de las horas adversas y amargas.

Se vinculó de inmediato a los círculos más encumbrados, trató a los hombres de alta significación y la narración de sus proezas fueron el motivo atrayente de todas las reuniones sociales.

Llevaba el prestigio mitológico de sus heroísmos, que conmovió a todos los sectores del pueblo.

El desterrado debió luego hacer un paréntesis a esa vida y matizar su ostracismo con viajes por la América del Sud, con aspiraciones de negocios y en esa cruzada recibió múltiples homenajes y regresó finalmente a Nueva York donde le había de sorprender la muerte, como una noche reparadora de grandes insomnios.

SE EXTINGUE EL RELAMPAGO

La muerte del León de Apure

Después de veinte años de proscripto, el general Páez cerró para siempre sus ojos en la ciudad de Nueva York, rodeado del cariño de un pueblo que ya estaba familiarizado con su vida plena de evocaciones heroicas y de hazañas que son más de la leyenda que de la historia.

Digno de sí mismo, resignado a su suerte, semejante a la que corrieron los grandes hombres, en ese amparo tuvo la compensación del aprecio público.

En sus últimas horas, ante la amargura de lo que era inevitable, tuvo ensoñaciones de las jornadas de juventud cuando las percepciones del presente no podían detener el bullir de los recuerdos.

En el espíritu, saben los psicólogos, que una lucha se entabla entre lo actual y lo evocativo; en unos momentos aquél domina el campo de la conciencia e impide el recuerdo; en otros la memoria se despierta, especialmente en la soledad o en la desgracia y se proyecta luminoso con proyecciones de brillantez, en el ambiente obscuro de la realidad.

No hay peor dolor, dijo el poeta, que recordar en la adversidad los tiempos que fueron felices, y es así como el gran llanero, en el atardecer de su alma, quemándose las últimas esencias de la vida, impedido de transformarse como el personaje de Goethe, tuvo un persistente sueño evocativo. Soñó en sus andanzas, en su caballo de guerra, presidió el triunfo cruzando ríos a nado, apurando las cargas en Mata de la Miel o en Carabobo y sintió la realidad cruel de disiparse los espejismos que ofrece la vida como un fugaz consuelo en el tramonto que precede a la noche cerrada de la tumba.

Páez que había escapado al peligro, cuando la muerte le salió siempre a la cruzada, enfrentándole al correr de su cabalgadura, no podía extinguirse súbitamente, sin que su espíritu renovara los viejos preceptos de gloria, que el tiempo acumula en el lento proceso del olvido.

Asistió sereno a su fin, pensando en la Patria y sin notar que la Gloria estaba de incógnito en su lecho, esperando que esa muerte le arrojara al abismo de la tierra, para llevarlo al ritmo de sus alas, hacia los rumbos azules al campo de lo infinito y de lo eterno.

Su deceso causó sensación en la ciudad que lo había asilado y el gobierno de Estados Unidos consideró de justicia rendirle los más altos homenajes, ya que si Páez no tenía investiduras, ellas al desaparecer de los convencionalismos, dejaron al desnudo su personalidad, representativa del heroísmo al servicio de la libertad y la democracia.

Las honras resultaron excepcionales, cuando su traslado a Venezuela.

El Ejército con las mejores unidades, con sus más ilustres jefes, constituyó el cortejo que había de detenerse en el puerto, para transportar los despojos al buque de guerra que los conduciría al seno de la tierra nativa.

El general Sickles que había sido el vencedor en la batalla de Gettysburgo, a pesar de su invalidez, mandaba el desfile desde un carruaje y Sheridan el héroe victorioso iba al frente de los Húsares y la Comitiva era presidida por Sherman, otro glorioso decisor en los combates. Largo cortejo acompañaba los restos del ilustre llanero; las calles con apiñada multitud, descubierta en homenaje al jirón de gloria que pasaba; los balcones de las casas, abiertos para ser ocupados por las damas que arrojaban flores, mientras las bandas militares ejecutaban las músicas alusivas y tronaban los cañones en las salvas consagratorias, abatiéndose ante el guerrero excepcional, primer lancero del mundo, que llevó como divisa la expresión: *"Delante de mí, sólo el pescuezo de mi caballo"*...

Fue así como José Antonio Páez se reintegró a la Patria, después de muerto, para consagrarse en el símbolo humano de las dignidades.

Porque Páez sintió el patriotismo porque sintió la dignidad.

No ese patriotismo convencional de los que hacen ostentación para explotar sus ideas sin comprenderlas, no como un fin sino como un medio de perpetuarse en las alturas de gobierno, apoyándose en el pueblo a quien mandan al sacrificio, huyendo del sacrificio ellos mismos.

Quiso a la Patria a pesar de las adversidades y no fue como el hijo a quien la madre lo desprecia o lo maltrata y le pierde el afecto y hasta lo odia.

Los pueblos, se dice, respetan a los hombres, mientras éstos no se levantan por encima del común nivel y cuando alguno intenta por sus condiciones asomarse por sobre otros, la masa como una marea trata de arrasarlo y de oponerse a su marcha.

La envidia, la ignorancia de las muchedumbres, la acción desbordante de los mediocres y los incapaces, impiden generalmente el éxito de los mejores dotados.

Por eso "nadie es profeta en su tierra", porque los ciudadanos no conciben la aristocracia del talento y si alguna vez la gloria alumbra para los grandes hombres, es después de su muerte, muy después de ella, cuando los caídos están definitivamente vencidos y los envidiosos no temen la resurrección.

Por eso la Historia presenta páginas en las cuales se revela que la injusticia y el ostracismo fue el premio "concedido" a los grandes servicios. De ahí que muchos al morir repudien la Patria o echen en cara la ingratitud, porque ella ha sido perversa, inflexible.

La frase de Byron debía estar en boca de todos los perseguidos: "Si es verdad lo que se me acusa, yo no debo integrarme a la tierra natal por ser indigno; y si es mentira, tampoco debo volver porque la Patria es indigna de mi cariño".

Páez no hizo del patriotismo una mentira convencional que podría entrar en el enfoque de Max Nordau, no exhortó al entusiasmo para luchar en la retaguardia sino al frente donde la vida se iguala a la muerte, no pasó su existencia comentando la necesidad de la defensa nacional y luego negarse al servicio de las armas, como en estos tiempos en que se habla de peligros públicos, del fantasma de la guerra y muy pocos son los que saben manejar su arma o prestarse para su ejercicio.

Quienes así proceden esperan vivir en la libertad y en la democracia, a expensas de que el amparo nacional corra por cuenta ajena.

Bien ganado, pues, tiene Páez la gloria y la consagración de la inmortalidad.

La pólvora que consumieron sus cañones al señalar su entrada en el Destino, fue merecida: no fue la que despide a la última tierra a quienes actuaron sin ningún relieve y no hicieron sino sacrificios pagados por el pueblo; la memoria de éstos extínguese con la última salva y el retiro a sus cuarteles, de las tropas de homenaje!...

Venezuela recibió los despojos con grandes actos *in-memoriam*.

Levantó más tarde monumentos y consagró escuelas, plazas pú blicas para su eterno homenaje.

Pero quedó en medio de todo ello, un olvido!...

Como Miranda, Bolívar, Sucre y otros próceres tuvieron su nombre asociado a la tierra que honraron, ningún Estado venezolano lleva el nombre de Páez.

Soñamos que la zona llanera, campo de sus glorias, sea así como el pedestal de su eternidad y que llegará una hora en que este acuerdo despierte, porque el héroe de las Queseras del Medio, marcó al paso de su caballo, como aleteante de libertad, los lindes inexpugnables de la redención.

Y así sea!

HOMENAJE A PAEZ EN EL URUGUAY

La Ofrenda

Deja un pesar en el espíritu la indiferencia que se tiene respecto a muchas y grandes figuras que embellecieron la Historia, ese silen-

cio que se ha hecho a su memoria, especialmente en América que como aspiración de unidad, debiera ser aspiración de justicia.

Escritores sectarios, dominados por prejuicios, encargados unos de crear héroes y como modistos dispuestos a trajearlos a la moda de las conveniencias patrióticas o partidarias; gobiernos displicentes en estimular fuera de fronteras el valor auténtico de los próceres, no estimulando las divulgaciones culturales han permitido así la formación de una atmósfera de convencionalismos, que obliga a constantes rectificaciones.

Si en toda Historia hay algo de novela, esta parte imaginativa se debe al deseo de erigir en la fronda del pasado símbolos mitificados, para engañar a las juventudes en un culto, a sabiendas falso, y formar una conciencia nacional sin consistencia.

Hemos oído a muchos hombres salidos de la Escuela y de las Aulas, decir en la edad adulta sobre el engaño de que fueron víctimas en la infancia o en la juventud, por los libros que leyeron apresuradamente o por la palabra de los maestros, obligados a pensar dentro de fórmulas preestablecidas, sin libertad de Cátedra y temerosos de decir la verdad.

Yo mismo no vacilo en afirmar de mis equívocos y quizá llegue el día en que sin ser historiador surjan mis palabras conminatorias para los mercaderes del Templo.

Un libro mío, meditado a través de la serenidad de los años y de la experiencia, está ya escrito. Será publicado después de mi muerte porque tengo la convicción de que ha de provocar revuelos y quiero huir del tumulto. Desde ya vislumbro las críticas, al caer de muchos ídolos de bronce, derribados por mi pluma y para disipar todos los errores.

Hacen falta redentores de la Historia y que luzca la claridad meridiana en los espíritus!

Héroes como Páez, sufrieron los efectos de un desconocimiento casi absoluto o las críticas más enérgicas, porque la detracción ha sido el arma al alcance de todos.

En el Uruguay, algunos hemos hecho lo posible para colaborar en justicia póstuma, siquiera ante el altar íntimo en que ofrendan los que buscan la serenidad para que ella presida la revelación.

* * *

Fue así que habiéndome enviado la "Sociedad Bolivariana" de Venezuela, un óleo del General Páez, hice entrega del obsequio al "Instituto Militar de Estudios Superiores" en el cual era Profesor, motivándose un gran acto, honrado por la presencia de distinguidos Jefes y Oficiales y otras personalidades civiles. Integrado por esclarecidos Profesores y selectos alumnos, él dignificó mi vida docente.

Fue en ese momento de gran solemnidad que pronuncié estas palabras:

Señores:

A la hora en que los pueblos americanos buscan inspiraciones en sus próceres, hay una renovación de esperanzas, en la proyección de su sombra inmortal, y nunca fue más propicio el recuerdo de quienes pusieron el fervor romántico de su idealismo, la energía de sus decisiones y la ofrenda de sus vidas, al destino de la libertad, para unánime amparo.

La "Sociedad Bolivariana de Venezuela", fiel en el culto americanista con los dogmas del Libertador, me honra con su representación y mandato, para entregar a esta Escuela Superior de Guerra, templo de patriotismo, el símbolo de José Antonio Páez, héroe legendario, que si tiene su pedestal en los llanos, es de la visión de la Historia, abarcante del tiempo.

Pronuncio ese nombre en la solemnidad de este instante, con la emoción del que ha de ofrendar con su modestia, a la grandeza de quien se honra, porque a Páez, campeón de realizaciones increíbles como combatiente y conductor, lo imagino legendario y reclamo de los poetas el tributo de gloria.

Quiere el destino, que se asocie la conmemoración del Día de Venezuela para recepcionarlo en efigie, recordando que una vez, este Montevideo, le dio su mano cálida, acogiéndolo como huésped ilustre y, en la oportunidad de que ella hace su entrada triunfal, no puedo expresar la elocuencia de mi gratitud al noble y heroico Ejército uruguayo, tan brillantemente representado para su adhesión de homenaje.

Le sé conductor desde la Historia, de una bandera inmaculada y ella lleva la imagen del Sol, por ideal de luz; y, porque tiene experiencia de sacrificios y honra a los héroes, está en mi corazón de ciudadano y americanista.

Esta recepción afirma vínculos de pueblos; es de justicia por el reconocimiento que la inspira; estimulante porque aviva las llamas en el hogar común, para que ilumine el ejemplario que entrego a su calor, como el ardor de un corazón.

La evocación de Páez, despierta la grandeza del sacrificio y trae recuerdo de vida de hombre; la que nace en lo anónimo de los llanos, se desarrolla en el tumulto de los combates, se esplende en el triunfo y se magnifica como la de todos los grandes, a quienes la ingratitud nubila en los ocasos sobre la Tierra.

Es el héroe auténtico; el valor lo prestigia, la audacia lo transfigura en ídolo y es entonces, el pueblo y es la Libertad!

No tuvo vida breve ni recta por lo de simplicidad de trazo, sino ondulada y cambiante, referida en la síntesis de tres etapas: la del

guerrero, la del estadista y la que representa las horas de soledad, y abandono de los escenarios, crepúsculo que precede a la noche póstuma de sus glorias.

Varias existencias se diría que se suman en esa sucesión espectacular: el proceso vertiginoso se corre en los llanos, donde la naturaleza combina la aridez de distancias con frondas espesas o tiende aleves pantanos y ofrece en todo momento la adversidad para prueba de héroes y el excitativo de las rebeldías.

Páez siente en ellos la influencia de la naturaleza, como los rigores de la disciplina a que le somete su condición de humilde y es así que para sobrevivir debe adaptarse, y de esa suerte, pone fuego en su alma y humos en la imaginación y en ese ardor funde su voluntad y templa su lanza, porque para vencer no necesita escudo. Comprendió la hora y la dificultad del éxito; abarcó su campo, y las inmensas extensiones le ofrecieron la convicción de que serían inconquistables y el escenario para vencer con gloria y así, a fuerza de ejemplos y de hazañas fue el designado del pueblo.

El nomadismo fue su norma y en su cumplimiento resultaron los llaneros diestros en la ejecutoria, ambiciosos en la aspiración de rumbos, hechos a los horizontes evasivos. Sin tener el concepto de Patria ni de organizaciones jerárquicas; tenían la pista ancha para sus cruzadas, semidesnudos, sorteando soles, vivaqueando en la oportunidad, reposando al cuidado velante de las estrellas y audaciosos en tierras y aguas.

Con ellos, Páez, resultó fuerza incontrastable; cruzó los campos como un guerrero prodigioso y sus hombres le acompañaron como uno solo y fueron él y ellos, la síntesis del valor y la ejecución.

Ningún ejército apareció más pobre de atavíos en los campos de batalla y razón tenía su jefe para decir a Ricaurte, que andaba desnudo como la Libertad y efectivamente era su símbolo.

Avalancha humana apareció en las bregas, desencadenado como los vientos llaneros; se diría que un elán instintivo empujaba a jinetes y cabalgaduras para hacer una fusión que en el combate era indivisible al desafiar el peligro y morir asociados.

Hombres que cruzan los ríos con las armas sobre la cabeza, plenos de audacia, iluminados de astucia, videntes para afrontar la lucha de movimientos, sorpresivos para asestar el golpe y cazar enemigos por enmarañadas tácticas!...

Pero no es la horda atropelladora y trágica ejerciendo violencia en el devaste y Páez decía que la más fuerte disciplina no podía cambiar la espada del soldado por la cuchilla del verdugo.

No actuaron en sus famosas cargas como los coraceros de Waterloo que Víctor Hugo evoca, accionando ondulantes y rítmicos, sino avalancha recta, agitada por el impulso de una consigna de victoria y de estrellarse, para hacer impacto en las más recias resistencias enemigas.

En Mata de la Miel, Páez que ve morir su caballo de guerra, procura vengarlo y exhorta a los llaneros para la embestida que da el triunfo; en Mucuritas lleva catorce cargas fulminantes para anonadar a los enemigos; en el Apure cumple una acción legendaria y con cuarenta lanceros atraviesa el río y toma en sorpresa a catorce flecheras; con 150 jinetes en las Queseras del Medio derrota de un golpe de audacia a las tropas de Morillo y es extraordinario en Carabobo, abriendo a Venezuela el camino para enrumbar sus propios destinos.

Señores:

América debe al esfuerzo llanero, los golpes más recios para romper sus cadenas y por él pudieron las banderas tricolores de Bolívar, en decisiones galopantes y victoriosas, tremolar por las cimas y arcoirisar el cielo con los símbolos de la paz, desde Venezuela hasta el Altiplano.

Nunca pues será grande un homenaje que se tribute a un héroe de esta estirpe, que llevaba —conductor de sus hombres y en los impulsos guerreros— el mandato de la Libertad, a la que sirvieron con el sacrificio y conquistaron con ejemplo excepcional.

La existencia espectacular de Páez en las jornadas que fueron afirmaciones para la acción decisiva, se decora en los altos escenarios del gobierno y como Presidente de Venezuela, culmina su obra.

—Nadie comenzó su vida en mayor humildad —dice Martí— ni la ilustró con más dotes que aquellos sublimes que aparecen con el misterio de la vida, venir a los hombres privilegiados del espíritu mismo de la tierra en que nacen.

—Páez que conoció la gloria ganada al empuje de su lanza no sedienta de sangre, sino de libertad, tuvo destino de estadista, pero horas sombrías de adversidad se corrieron en los últimos actos de su drama. También tuvo ostracismo y si el prestigio de sus hazañas heroicas lo rodeó en Estados Unidos, para el reconocimiento admirable, esa consideración no pudo endulzar y poner un bálsamo adormeciendo sus recuerdos, y así en las horas agónicas asociando sus años mozos sueña sentirse el raudo jinete y delira pidiendo su caballo de guerra, como queriendo reanudar hazañas y como el Gran Capitán, no rinde sus inquietudes, porque tiene la inmortalidad para el reposo...

Y agregaba:

Señor Director: He venido hasta aquí por el camino de unión y entregaros esta ofrenda de Venezuela.

Como en las horas inciertas de la gesta americana, en la revista de los campos de batalla no se preguntó a los soldados de dónde venían, sino su propósito de libertad, estamos también en esta hora de culto y yo deseo, como ciudadano de la última fila entre los hombres de América, que el símbolo de Páez, despierte veneración

de justicia y sea incitador como ejemplario, para que nuestros sucedentes, reafirmen la lealtad por el deber, la sinceridad por el ideal, para ser en la unión, convicción y fuerza esclarecida.

* * *

Seguidamente el Director del Instituto, hoy General Cipriano Olivera, una de las más bizarras figuras del Ejército uruguayo, pronunció elocuentes palabras, de emoción, diciendo:

"Ninguna oportunidad más feliz que ésta, señor Profesor, para recibir en las aulas de este Instituto, esta magnífica ofrenda con que nos honra la benemérita "Sociedad Bolivariana de Venezuela", al ofrecernos por vuestro intermedio, valioso cuadro, que simboliza las gallardías patricias de este cruzado de la libertad de América, cuya vida legendaria de luchador al servicio siempre de los intereses de su patria, lo hizo acreedor al reconocimiento que los pueblos otorgan a sus hijos predilectos.

"Y digo, señores, que ninguna oportunidad más feliz que ésta, para recibir una ofrenda de la naturaleza que simboliza a este acto americanista por excelencia, porque América, señores, —conmovida en lo más íntimo de su ser, ante la intensa tragedia que se desarrolla en los escenarios en que se debaten los intereses e ideales de las viejas sociedades europeas; al sentir la proximidad de los vestigios de la tempestad presagiadora de días sombríos que se ciernen sobre sus horizontes—, en la evocación y en el culto de sus próceres, la serena inspiración generadora de actos cuya esencia misma, sea la síntesis de las generosas aspiraciones que guiaron siempre los hechos de esos hombres ilustres. Figuras símbolos, que como los de Artigas, los Bolívar, los de San Martín, los Páez, conquistaron a fuerza de heroísmo y de fe inquebrantables en la pureza de sus ideales de libertad, el derecho al reconocimiento y veneración de sus compatriotas. Hombres de acción por excelencia, que propalaron el verbo de la libertad con los sonidos marciales

de sus voceros de bronce, que llevaron a todos los ámbitos de América, en los acordes de sus dianas de victoria, la fausta nueva del advenimiento de un pueblo, que supo conquistar el derecho de romper las cadenas de su esclavitud.

"Es que en aquellos tiempos, como los actuales, señores, el supremo bienestar de gozar del derecho de legislar sobre sus propios destinos era el patrimonio reservado únicamente a los hombres y a los pueblos capaces de evidenciar que son poseedores de la envergadura moral y espiritual, de los que no han nacido para ser esclavos, ni siquiera de sus propias debilidades.

"Los pueblos de América evidenciaron en aquel entonces que eran poseedores de las energías necesarias para sacudir el yugo de la esclavitud; en el presente, debemos tener fe en las nuevas generaciones que son capaces, también, de mantener siempre encendida en sus corazones la simbólica llama de la libertad.

"Es indudable que entre las figuras de los próceres de América Latina, la del General José Antonio Páez, adquiere contornos de leyenda. Hijo auténtico de la llanura venezolana, su humilde origen no le impidió conquistar por sus propios merecimientos, las más altas posiciones en el Ejército y en la política de su patria, que reconocida, lo venera y le rinde el culto que supo conquistar a la causa de la libertad.

"Señor Profesor: os ruego llevéis al seno de la benemérita "Sociedad Bolivariana de Venezuela" la expresión del profundo reconocimiento de la Dirección de la Escuela Superior de Guerra por la deferencia de que ha sido objeto al ofrecérsele el símbolo de Páez, que como el de los otros próceres de América, caracteriza a una generación de privilegiados, que vivirán eternamente en el recuerdo de sus virtudes, como ejemplo para las nuevas generaciones".

* * *

Así quedó entronizado el símbolo de Páez, para presidir el desfile de los Jefes y oficiales y desde las aulas, en el renovar de juventudes inspiradas en la defensa de la Patria.

Nada mejor que su ejemplo, de heroicidad, desinterés, de democracia, estampa de máximos relieves entre los más grandes hombres!...

POR LAS RUTAS DEL TIEMPO

Pasado y Porvenir

La personalidad de José Antonio Páez, asomada fugazmente al través de estas páginas, es, pues, de la inmortalidad y de la gloria.

Imposible de fijarla en un Ensayo, ya que reclamaría esfuerzo extraordinario en el seguimiento de su vida por los caminos de la libertad, por sus luchas de estadista y por las sombras del destierro. Aparece en el despertar de mis recuerdos, en medio del culto emocionado del corazón.

¡Sean esas revelaciones, para ilustrar a quienes el tiempo impide el reposo del espíritu, o queden como el homenaje de un hombre que hizo de la libertad un ideal, despejada su retaguardia de pasajes vacilantes y como anhelo para exaltar hacia eterno culto, el ejemplo de una consagración humana, que parece ser imaginativo de leyenda!

Héroe y político que actuó en las horas más tumultuosas de la epopeya americana, forzosamente debió recoger a su paso el polvo provocado por las agitaciones; tuvo admiradores delirantes y enemigos enceguecidos, pero en la calma, que sedimentan los años y

ya en el bronce, se levanta como símbolo. Grande en la consagración, fue de esa magnitud en el infortunio y ante la irreductible justicia póstuma.

Nada mejor para su pedestal que el inspirado concepto lírico de Pardo:

"Su Dios es la República"
"Su nombre el heroísmo"
"La ley su santo Código"
"Su enseña, la igualdad"
"Su fe la de los mártires"
"Su gloria el ostracismo"
"Sus sacrosantos ídolos"
"Son Patria y Libertad"...

Queda así una evocación de episodios guerreros, completamente distintos a los que hoy puedan concebirse.

La evolución de los métodos y recursos combativos, ha sido tan trascendental, que los narrados precedentemente aparecen menguados de magnitud, ante el comparativo con las realidades contemporáneas.

Las guerras de la independencia americana tuvieron dilatados escenarios para la acción y sus intérpretes lucharon con deficientes medios de movilidad para el desplazamiento, y si como espectáculo, exhibición técnica y estratégica, los de estas épocas deslumbran, aquéllas más modestas en la *mise en scene,* exigían en cambio, de los combatientes, mayor esfuerzo individual, exaltando la personalidad del héroe.

La caballería era el arma preponderante; la infantería tenía un valor secundario y menos la artillería, carente de armas de alcance y precisión. Ella aparecía raramente en los combates o estaba representada por contadas unidades, como en Ayacucho, la más grande y decisiva acción por la redención continental.

El sable, como en Junín o la lanza en las cargas llaneras constituían los elementos de acción.

Eran luchas de superficie, en que estaba bien definida la posición de los combatientes y no combatientes, de la vanguardia y la retaguardia.

Nadie podía ver más allá del horizonte y observar desde las alturas las disposiciones del campo adversario.

Quedarán los recursos de esas luchas para inspirativos de la grandeza y del patriotismo, pero no constituirán Escuela ante las modalidades de la guerra moderna.

La movilización, por su misma simplicidad, era económica: armas sencillas, soldados sobrios, de escasa vestimenta, sin ambiciones de paga; no se contó tampoco con los mercenarios, actuantes en las luchas de la antigüedad.

Los jefes eran más bien caudillos, banderas que iban adelante y se exponían a los peligros para dar el ejemplo, mantener la disciplina y la fe en la victoria: Bolívar se captó a los llaneros, más que por la inteligencia genial incomprendida de hombres humildes, por los hechos audaces de guerrero completo, como Páez, el lancero de tierra y agua, entrevarándose en los cuerpo a cuerpo, en luchas personales.

Bien distinto es el espectáculo de los combates modernos, en que la aviación, la artillería de largo alcance, las bombas de asalto hasta las atómicas, las escuadras formidables, los submarinos y mil otros elementos que es innecesario referir en este Ensayo, al correr de la pluma, constituyen factores extraordinarios desde el punto de vista técnico.

¡Quién sabe lo que nos deparará el Destino, aún, en materia bélica!...

La guerra moderna por sus múltiples exigencias, "constituye un lujo" que cuesta muy caro a los pueblos: a los que combaten, por

el desgaste de vidas, armas e implementos; a los no combatientes, por el temor de caer en el torbellino de una invasión y ser arrasados.

La frase histórica *"prepárate en la paz para la guerra"* se actualiza y de la competencia belicista sacan provecho los países más grandes y más ricos, ya que los chicos, por sus relativas capacidades, no pueden hacer frente a los gastos preparatorios, o en la vela de armas, a la enseñanza cada vez más exigida por las especializaciones.

¿Qué puede hacer un país que carece de dinero, de nafta, para mover sus ejércitos; de armas perfeccionadas y múltiples; de soldados numerosos y técnicos?

¿Qué los que sienten la falta de hierro, usinas, fábricas de municiones y aviones?...

Frente a esta realidad, los países menos dotados se encuentran en la misma situación de los pobres en competencia con los millonarios y un dilema gravísimo se les presenta en la hora en que vivimos: armarse como corresponde equivale a la ruina, desarmarse, al peligro de dejar de ser!...

Las teorías pacifistas del derecho, parecen haber pasado de moda y el concepto de que él se funda en la fuerza, está como una amenaza y nos sigue como una sombra.

Los Tratados de paz, los acuerdos internacionales, se respetan por los pueblos de buena voluntad, pero los poderosos, por su misma fuerza los desconocen en la hora de sus conveniencias.

Trozos de papel, se dijo de ellos, en cierto momento y eso asombró al mundo democrático. La *Liga de las Naciones,* hermosa concepción, inspirada en los más puros ideales humanos, fracasó cuando los potentes eludieron los vínculos y derribaron los más sólidos cimientos de estabilidad.

¿Por qué la ley se aplica y cumple con éxito en los diferendos entre particulares? Sencillamente, porque encima de ellos, está el Juez y si no se obedece a su sentencia, aparece inflexible y decisiva la fuerza pública, el imperio social, superior a lo que disponen esos mismos individuos.

Distinto ocurre en la vida internacional, ya que no hay en el mundo una energía efectiva por alto de los países para castigar a los infractores.

¿Quién sería capaz de ejecutar sanciones a los potentes que se desliguen de los compromisos bilaterales?... Si alguno les impusiera la entrega de sus armas, responderían con la frase griega: *"Ven a tomarlas!"* El "juez y parte" aparece, pues, en las horas solemnes de las decisiones.

Nos impresionan los hombres optimistas que hablan de la defensa nacional cuando se carece de elementos adecuados y cuando ellos mismos se olvidan de aprender el manejo de las armas, de la educación defensiva, considerando al servicio militar como una calamidad nacional o social.

¿Quién defenderá a un país si los ciudadanos no saben defenderlo? ¿Será acaso, preciso repetir la exhortación de *"animémonos y vayan!"*; será la oportunidad de que la defensa nacional corra por cuenta ajena y los discursos y prepotencias verbales estén reservados a los hombres inermes?...

Una gran ilusión niebla el espíritu de los que así piensan.

El ilustre José Martí dijo en horas inexorables: *"el que tenga una Patria, que la honre y si no la tiene que la conquiste"*.

No hagamos en la euforia la convicción de la capacidad y del engreimiento!

El pueblo que carezca de potencialidad combativa y para asumir la responsabilidad, debe por dos razones ser pacifista: porque la paz es el ideal humano y no la dectrucción; porque como el débil no puede sino quijotescamente desafiar y enfrentar al poderoso, no tiene el derecho de ser audaz para expresarse con la ayuda de otros.

La gran esperanza de que el Derecho se funde en la libertad, está en la visión de Bolívar: *"O nos unimos o morimos"* y entonces el concepto de la cooperación será axiomático, esto es, de la debilidad de cada uno, surgirá la magnitud, milagro de la suma de todos.

Pero esa unidad necesitará sincera comprensión, espíritu de tolerancia y de mutuo respeto!

Quienes anhelan la paz, deberán pues, desarmar sus ambiciones ilegítimas, reconocer que cada pueblo tiene el derecho a la vida, a gobernarse por sí mismo, y mantenerse alejado de la intimidad de su vecino, sin pretender la tutoría o la ingerencia.

No hay derecho de intervención, sino deber de no intervención!

Al contemplar el díptico, evocativo de las guerras pasadas y las contemporáneas, pensamos en el cuadro que corresponderá al porvenir.

Quizá una nueva guerra signifique la conflagración del Mundo, la anarquía y el caos y corresponde a las Juventudes orar para que surja el Redentor de nuestros espíritus, calme las pasiones y afirme el equilibrio social, base para la civilización perdurable. ¡Que lean el eucologio de la paz!...

De ellas depende el Porvenir.

Dixit.

HOJA DE SERVICIOS
DEL GENERAL JOSE ANTONIO PAEZ
por el General Manuel Landaeta Rosales

NACIMIENTO Y PRIMEROS AÑOS

A mediados del siglo antepasado existió en los Valles de Aragua, una familia de apellido Páez, de donde vino al mundo Juan Victorio Páez, el cual casó en Acarigua con doña María Violante Herrera, de las familias de aquel pueblo; y de tal enlace nacieron: María del Rosario, Ubalda, Luisa, Santos, Luis, Domingo, José Antonio y Francisco Páez.

José Antonio nació el 13 de junio de 1790, en una modesta casa de campo, á orillas del "Riachuelo Curpa", cerca de Acarigua, en la primitiva Provincia de Caracas y hoy en jurisdicción de la Sección Portuguesa, del actual Estado Zamora.

Más tarde se trasladaron sus padres al pueblo de Guama, y en una pequeña escuela de allí, aprendió los primeros rudimentos, cónsonos con los tiempos y la estrecha localidad. A los 17 años, residiendo en San Felipe, pasó al famoso "Hato de la Calzada", en la entonces Provincia de Barinas, y allí le encontraron los acontecimientos políticos de 1810.

CAMPAÑAS

EPOCA DE LA INDEPENDENCIA

1ª La de Barinas, bajo las órdenes del Coronel Manuel Antonio Pulido, de 1810 á 1812.

2ª La de Barinas, con el mismo Jefe, en 1813.

3ª La de Barinas como guerrillero, en 1813.

4ª La de Barinas á las órdenes del Coronel R. García de Sena, en 1813.

5ª La de Mérida, bajo las órdenes del Coronel Antonio Rangel, en 1814.

6ª La de Mérida, bajo las órdenes del General Rafael Urdanteta, en 1814.

7ª La de Casanare y Apure, con el Coronel Francisco Olmedilla, en 1814 y 1815.

8ª La de Apure y Casanare con el General Joaquín Ricaurte, en 1815.

9ª La de Apure como Jefe de sus tropas, en 1816.

10ª La de Apure bajo las órdenes del General Miguel Guerrero, en 1816.

11ª La de Apure, bajo las órdenes del General Francisco de Paula Santander, en 1816.

12ª La de Apure y Barinas, como Jefe de su Ejército, en 1816 y 1817.

13ª La de Barinas, expedicionando en Apure, en 1817.

14ª La de Apure y Guárico, bajo las órdenes del Libertador, en 1818.

15ª La de Apure, como Jefe de su Ejército, en 1818.

16ª La 2ª del Guárico, bajo las órdenes del Libertador, en 1818.

17ª La de Cojedes, Portuguesa y Barinas, como Jefe del Ejército de Apure, en 1818.

18ª La de Apure, bajo las órdenes del Libertador, en 1819.

19ª La de Barinas y Apure, como Jefe de su Ejército, en 1819.

20ª La de Apure y Barinas, en 1820.

21ª La campaña desde Apure hasta la batalla de Carabobo, en 1821.

22ª La 1ª de Puerto Cabello como Jefe sitiador, en 1821.

23ª La 2ª de Puerto Cabello como Jefe sitiador, en 1822.

24ª La de Trujillo, como Comandante General del Departamento de Venezuela, en 1823.

25ª La 3ª de Puerto Cabello, como Jefe sitiador hasta que la asaltó y tomó, en noviembre de 1823.

GUERRAS CIVILES

1ª La de Apure, como pacificador de aquella Provincia, en 1827.

2ª La del Alto Llano, como Presidente de la República en campaña, en 1831.

3ª La de los Valles del Tuy contra el bandido Coronel Dionisio Cisneros, en noviembre de 1831.

4ª La del Hato de San Pablo hasta Caracas, en 1835.

5ª La del Alto Llano, como Presidente en campaña contra los reformistas, en 1835.

6ª La de Puerto Cabello desde 1835 hasta la ocupación de aquella plaza fuerte, en marzo de 1836.

7ª La de Apure, como Jefe de Operaciones contra la facción Farfán, en 1837.

8ª La de Aragua y Carabobo como General en Jefe del Ejército Nacional, contra la facción de Ezequiel Zamora y Francisco Rangel, en 1846 y 1847.

9ª La del Guárico y Apure, como Jefe de la Revolución de 1848.

10ª La de Coro y Cojedes, como Jefe de la Revolución, hasta su capitulación en Macapo, en agosto de 1849.

11ª La del Centro, como Jefe de Operaciones de Carabobo, en 1859.

12ª La de Aragua, como General en Jefe del Ejército Constitucional, en 1861.

13ª La de Carabobo, como Jefe Supremo de la República, cuando las conferencias con el General J. C. Falcón, en diciembre de 1861.

14ª La de las cercanías de Caracas en mayo de 1862.

15ª La de Oriente, como Jefe Supremo en visita política, en 1862.

RESUMEN

Campañas en la Independencia	26
Campañas en las guerras civiles	15
Total	41

ACCIONES DE GUERRA A QUE ASISTIO

GUERRA DE INDEPENDENCIA

1813

27 de noviembre.—Sorpresa dada por Páez en las *Matas Guerrereñas* (hoy Sección Zamora), con 250 hombres de caballería, al Comandante realista Miguel Marcelino, que mandaba 400 hombres, y fue derrotado.

6 de diciembre.—*Sorpresa en Barinas,* dada por Páez *solo,* á los 30 hombres de la guardia del Coronel Antonio Puy, á quien dispersó.

1814

19 de enero.—*Sitio de Barinas,* bajo las órdenes del Coronel Ramón García de Sena, que con 800 hombres fue atacado por 1.000, al mando de los Coroneles Antonio Puy y Remigio Ramos, que ocuparon la plaza.

16 de febrero.—*Combate en Estanques,* Mérida, bajo las órdenes del Comandante Antonio Rangel, que con 100 hombres triunfó del Comandante Aniceto Matute que mandaba 180.

18 de febrero.—*Combate en el Portachuelo de Estanques,* en Mérida, en que Páez con 16 hombres, se batió con 76, al mando del Comandante José María Sánchez y el mismo Matute, que fueron vencidos.

1815

29 de enero.—Combate en *Guasdualito,* hoy Sección Apure, á las órdenes del Coronel Francisco Olmedilla, con 1.000 hombres, contra el Comandante Manuel Pacheco Briceño, que perdió la acción.

31 de diciembre.—Batalla de *Chire,* en la Nueva Granada, á las órdenes del Coronel Miguel Guerrero, con 1.200 hombres, contra el General Sebastián de la Calzada, que con 3.500 hombres fue batido y salió perdidoso.

1816

13 de enero.—Sorpresa en *Arauca* (Nueva Granada), á las órdenes del mismo Coronel Guerrero, con 600 hombres, contra el Comandante Vicente Peña, que tenía 500 y perdió la acción.

2 de febrero.—Combate en *Palmarito,* en Apure, como Jefe del Ejército de allí, con 300 hombres, contra el mismo Peña que tenía otros 300 y fue vencido.

16 de febrero.—Batalla de la *Mata de la Miel* (Apure) con 500 hombres, contra el Coronel Francisco López que mandaba 1.800 y fue derrotado.

13 de junio.—Combate en el *Paso del Frío,* en Apure, con 400 hombres, triunfando del mismo Coronel López que mandaba 1.600.

19 de junio.—Sorpresa en el mismo *Paso del Frío,* dada con 400 hombres al mismo Coronel López que mandaba 1.600.

6 de octubre.—Combate en *Los Cocos,* Apure, con 40 hombres, contra 55 que mandaba el Comandante M. Mirabal, que fue vencido.

8 de octubre.—Batalla del *Yagual,* en Apure, con 700 hombres, contra el Coronel Francisco López que mandaba 2.300 y perdió.

14 de octubre.—Sitio de *Achaguas,* en Apure, con 400 hombres, con que triunfó del Coronel Reyes Vargas, que mandaba 170 y abandonó la población.

6 de noviembre.—Combate en *San Antonio de Apure,* en que Páez con 500 hombres triunfó del Coronel Francisco López que mandaba 900.

7 de noviembre.—Combate en *Banco Largo,* en Apure, en que Páez con 400 hombres derrota al mismo Coronel López que mandaba 700.

Diciembre.—Sitio de *San Fernando de Apure,* que defendían las tropas del General Ramón Correa, acción que quedó indecisa por no haber tomado Páez aquella plaza.

18 de diciembre.—Combate en *Palital,* hoy Sección Guárico, en que Páez con 280 hombres derrotó al Coronel Salvador Gorrín que mandaba 800.

1817

2 de febrero.—Batalla de *Las Mucuritas,* (Apure) en que el General Páez con 1.100 hombres destrozó el Ejército del General Miguel de la Torre que mandaba más de 4.000 hombres que iban pereciendo al incendiársele las sabanas.

13 de abril.—Combate en *San Antonio de Apure,* en que Páez con 500 hombres batió al Comandante Jacinto Perera que mandaba 600.

18 de junio.—Combate en el *Paso de Apurito,* en que Páez con 400 hombres derrotó al Coronel Dionisio Oronós, que mandaba 500 hombres.

20 de junio.—Combate en el *Paso de Utrera,* en Apure, en que Páez derrotó otra vez á Oronós.

14 de agosto.—Sorpresa en *Barinas,* en que Páez con 900 hombres tomó la plaza, que la defendía el Coronel Remigio Ramos, el cual mandaba 600.

8 de noviembre.—Combate en *Apurito,* en que Páez con 400 hombres venció al Coronel Juan Durán.

1818

14 de enero.—Combate en *La Biruaca* en Apure en que el General Páez con 400 hombres batió al Comandante José María Quero, que mandaba 750.

6 de febrero.—Asalto dado por Páez y Aramendy con 50 hombres de caballería, á las flecheras que estaban fondeadas en el *Paso del Diamante,* en Apure, con 350 hombres al mando del Comandante Juan Durán, que fue vencido, perdiendo las embarcaciones, en que pasó el río el Ejército Libertador para la campaña sobre el Guárico.

12 de febrero.—Batalla de *Calabozo,* en que Páez, á las órdenes del Libertador, se batió contra las caballerías de Morillo, que tenía allí un Ejército de más de 3.500 hombres y lo obligó á evacuar la plaza.

15 de febrero.—Batalla de *La Uriosa,* en que Páez con un cuerpo de caballería puso en fuga el Ejército de Morillo.

16 de febrero.—Batalla de *El Sombrero,* en que Páez á las órdenes del Libertador combatió, haciendo abandonar la plaza á Morillo, que voló hacia Camatagua.

22 de febrero á 6 de marzo.—*Sitio de San Fernando de Apure,* en que el General Páez hizo evacuar la plaza al Coronel José María Quero, que la defendía.

6 de marzo.—Combate en *La Biruaca,* en que el General Páez con 200 hombres batió al mismo Quero que huyó, teniendo 600 hombres á sus órdenes.

6 de marzo.—Combate en *El Negro,* en que Páez volvió á pelear contra el mismo Quero, que fue vencido.

7 de marzo.—Combate en *La Enea,* en Apure, en que Páez rinde al mismo Quero, que murió de las heridas recibidas allí.

26 de marzo.—Sitio de *Ortiz* bajo las órdenes del Libertador, que mandaba 2.800 hombres contra el General Miguel de la Torre, que tenía 600, y evacuó la plaza después de retirarse el Libertador por no haber podido ocuparla.

2 de mayo.—Batalla de *Cojedes,* en que Páez con 1.500 hombres combatió contra el General Calzada que triunfó, mandando más de 4.000.

1819

2 y 3 de febrero.—Combate en *Caujaral,* Apure, en que el General Páez con 500 hombres se batió contra 600 del General Morillo, quedando indeciso el combate.

11 de febrero.—Combate en *Cañafístola,* Apure, en que Páez con 1.200 hombres triunfó de 2.500 que mandaba el General Francisco Tomás Morales.

28 de marzo.—Combate en *El Trapiche de la Gamarra,* en Apure, en que Páez con 500 hombres se batió con 400 que mandaba el Coronel José Pereira, quedando indecisa la acción.

1º de abril.—Combate en *Las Cocuizas,* en Apure, en que Páez con 20 hombres puso en fuga 200 del Ejército de Morillo.

2 de abril.—Glorioso combate en *Las Queseras del Medio,* en Apure, en que el General Páez con 150 hombres de caballería, batió el Ejército de Morillo constante de 7.500 hombres, ó sean 13 batallones de infantería y 17 escuadrones de caballería, á quien hizo más de 500 bajas y lo puso en derrota.

20 de julio.—Asalto en el pueblo de *La Cruz,* en Barinas, en que Páez con 400 hombres venció al Coronel Juan Durán, que mandaba 350 hombres.

1821

24 de junio.—Batalla de *Carabobo,* en que Páez bajo las órdenes del Libertador, combatió heroicamente contra el Ejército realista que mandaba el General Miguel de la Torre, batalla que decidió de la Independencia de Venezuela. El Ejército Libertador constaba de 6.000 hombres y el realista de 5.000, de los cuales sólo 1.000 penetraron á Puerto Cabello.

1822

Abril.—Sitio de *Puerto Cabello,* puesto por Páez que venció las tropas realistas que ocupaban á Patanemo y luego al Comandante Raimundo Cabo Mortero, que se rindió en el fuerte llamado El Mirador de Solano, continuando el sitio hasta junio en que lo suspendió por las fiebres reinantes allí.

11 de agosto.—Batalla de la *Sabana de la Guardia,* cerca de Naguanagua, en que Páez con 850 hombres derrotó al General Francisco Tomás Morales que mandaba 2.000 hombres.

1823

7 de octubre á 8 de noviembre.—Sitio de *Puerto Cabello,* en que estuvo Páez combatiendo con 1.600 hombres, contra la guarnición de 2.000 hombres, al mando del General Sebastián de la Calzada, que al fin fue vencido por el asalto que Páez hizo á aquella plaza fortificada en la noche del 7 al 8 de noviembre, teniendo que capitular las tropas del castillo San Felipe (hoy Libertador) que mandaba el Coronel Manuel de Carrera y Colina, sellándose con este hecho de armas la paz de Venezuela y de la Gran Colombia.

GUERRAS CIVILES

1835 y 1836

Sitio de *Puerto Cabello.*—Principió el 24 de diciembre de 1835, venciendo Páez al día siguiente al Coronel Pedro Carujo que salió

de la plaza, quedando herido y prisionero, yendo á morir á Valencia.—Continuó el sitio hasta el 1º de marzo de 1836, en que las tropas de la plaza proclamaron la Constitución y Páez quedó dueño de la ciudad y Castillo Libertador, que abandonaron los reformistas.

1837

26 de abril.—Combate en *San Juan de Payara,* Apure, en que Páez, con 400 hombres, venció al Coronel José Francisco Farfán que tenía 450. Aquel combate lo creyó Páez tan tremendo como el de las Queseras del Medio por haber peleado con sólo 60 hombres.

1846

5 de setiembre.—Combate en *Magdaleno,* Aragua, en que Páez con 80 hombres, como Jefe del Ejército constitucional, derrotó al faccioso Francisco Rangel, que mandaba 150 hombres.

1848

10 de marzo.—Combate en *Los Araguatos,* en Apure, en que Páez con 400 hombres, como Jefe de la Revolución de aquel año, se batió con el Jefe Constitucional General José Cornelio Muñoz que mandaba 600 y triunfó de Páez, que tomó la vía de la Nueva Granada.

1849

12 de agosto.—Combate en *Casupo,* Cojedes, en que Páez con más de 300 hombres como Jefe que era de la Revolución de aquel año, combatió contra 400 que mandaban los Comandantes Nicolás Silva y Ezequiel Zamora, teniendo Páez que capitular en Macapo el 13 de agosto ante el General José Laurencio Silva, Jefe del Ejército Constitucional.

1861

7 de junio.—Combate en *Los Colorados* de Villa de Cura, en que Páez, como Jefe del Ejército Constitucional con 550 hombres, puso en fuga al Ejército Federal de Aragua, que mandaba el General Ramón Pérez.

RESUMEN DE LOS COMBATES

En la Guerra de Independencia	47	
En las Guerras Civiles	6	
Total	53	acciones, fuera de escaramuzas y tiroteos.

CLASE DE ACCIONES

Batallas	10	
Sitios	8	
Combates	28	
Asaltos y sorpresas	7	
Total	53	acciones.

RESULTADO DE LAS ACCIONES

Ganadas	43	
Perdidas	4	
Indecisas	6	
Total	53	acciones.

RESUMEN DE LAS ACCIONES POR AÑOS

1813	2
1814	3
1815	2
1816	12
1817	6
1818	11
1819	6
1821	1
1822	3
1823	1
1835 y 1836	1
1837	1
1846	1
1848	1
1849	1
1861	1
	53 acciones.

RESUMEN POR SECCIONES Y ESTADOS DE HOY

En Apure	28
En Aragua	4
En Carabobo	6

En Cojedes	2
En Guárico	4
En Mérida	2
En Zamora	5
En la Nueva Granada (Colombia)	2
	53 acciones de guerra.

GRADOS MILITARES

Soldado de Caballería, del Coronel Manuel Antonio Pulido, en 1810.

Sargento 1º de las tropas del mismo Coronel Pulido, en 1813.

Capitán nombrado por el mismo Coronel Pulido, en julio de 1813.

2º Comandante, grado dado por el Gobierno de la Provincia de Casanare, en la Nueva Granada, en setiembre de 1814.

Teniente-Coronel, grado dado por el Gobierno de la Nueva Granada, en marzo de 1814.

General de Brigada, grado que le otorgó una Junta de Jefes y Oficiales patriotas en la Trinidad de Arichuna, el 16 de setiembre de 1816.

General de División, ascendido por el Libertador en San Juan de Payara, el 20 de enero de 1819.

General en Jefe de Colombia, grado dado por el Libertador en el campo de batalla de Carabobo, el 24 de junio de 1821 y ratificado por el Congreso del Rosario de Cúcuta, el 23 de julio del mismo año de 1821.

Brigadier de la República Argentina, grado otorgado por el Gobierno de aquella Nación el 6 de diciembre de 1868.

General de División de Bolivia, título acordado por el General Mariano Melgarejo, Presidente de aquella República, en la Paz de Ayacucho, el 24 de enero de 1870.

EMPLEOS MILITARES

Soldado de un Escuadrón de caballería al mando del Coronel Manuel Antonio Pulido, en Barinas, en 1810.

Sargento 1º de caballería del mismo cuerpo en Barinas, en 1813.

Capitán de un cuerpo de caballería en la misma Provincia de Barinas, en 1813.

Jefe de caballería á las órdenes del Coronel Antonio Rangel, en Mérida, en 1814.

Jefe de caballería á las órdenes del General Rafael Urdaneta, en 1814.

Jefe de un cuerpo de caballería bajo las órdenes del Coronel Francisco Olmedilla, en Casanare, en 1814 y 1815.

Jefe de otro cuerpo de caballería bajo las órdenes del General Joaquín Ricaurte, en 1815.

Jefe de la caballería de Casanare, nombrado por el Gobierno de aquella Provincia en febrero de 1816.

Jefe de caballería de Apure á las órdenes del General Miguel Guerrero, en 1816.

Jefe de caballería bajo las órdenes del General Santander, en 1816.

Jefe Supremo de Apure, nombrado por una Junta de Jefes y Oficiales el 16 de setiembre de 1816.

Jefe del Ejército de Apure de 1816 á 1818.

Jefe del Ejército de Apure, expedicionario al centro y á las órdenes del Libertador, dos ocasiones, en 1818.

Jefe del Ejército de Apure de 1818 hasta la batalla de Carabobo el 24 de junio de 1821.

Comandante General de los Departamentos de Venezuela y Barinas, de 1821 á 1823.

Comandante General de los Departamentos de Venezuela y Apure, de 1823 á 1826.

Jefe Civil y Militar de Venezuela, de 1826 á 1827.

Jefe Expedicionario al Apure, en 1827.

Comandante General del Departamento de Venezuela, de 1827 á 1829.

Jefe Superior Civil y Militar de Venezuela, de 1829 á 1830.

Presidente en campaña al Alto Llano, en 1831.

Presidente en campaña á los Valles del Tuy, en 1831.

General en Jefe del Ejército Constitucional de la República, en 1835 y 1836.

Jefe de Operaciones de Apure, en 1837.

General en Jefe del Ejército Constitucional, en 1846 y 1847.

General en Jefe de la Revolución de 1848.

General en Jefe de la Revolución de 1849.

Jefe de Operaciones de Carabobo, en 1859.

Presidente de la Junta Nacional de Guerra, en 1859.

General en Jefe del Ejército Constitucional, en 1861.

Jefe Supremo de la República, de 29 de agosto de 1861 á 17 de junio de 1863.

EMPLEOS CIVILES

Gobernador de Barinas (no aceptó), en 1813.

Senador por el Departamento de Venezuela, (no concurrió), nombrado por el Congreso de Cúcuta el 8 de octubre de 1821.

Jefe Civil y Militar de Venezuela, de 1826 á 1827.

Jefe Superior Civil y Militar de Venezuela, de 1827 á 1829.

Jefe Superior Civil y Militar de 1829 á 1830.

Jefe del Estado de Venezuela, nombrado por el Congreso Constituyente de Valencia, el 6 de mayo de 1830.

Primer Presidente Constitucional de Venezuela, de 1831 á 1835.

Juez de Paz del vecindario de San Pablo, en el Guárico, en 1835.

Tercer Presidente Constitucional de la República, de 1839 á 1843.

Diputado por Apure á la Gran Convención Nacional de Valencia (no asistió) 1858.

Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Venezuela en los Estados Unidos de América, en 1860.

Jefe Supremo de la República, de 1861 á 1863.

CONDECORACIONES Y TITULOS HONORIFICOS

Miembro de la Orden de Libertadores, hecho por el Libertador, en los Potreritos Marrereños, el 3 de abril de 1819.

Escudo en seda y oro, por la 2ª Batalla de Carabobo, acordado por el Congreso del Rosario de Cúcuta, el 23 de julio de 1821.

Medalla de Puerto Cabello, de oro montada en diamantes, acordada por el General Santander, en Bogotá el 7 de diciembre de 1823.

Busto del Libertador, óvalo de Oro, acordado por el Gobierno peruano el 1º de setiembre de 1826.

Espada que le regaló el Libertador en Caracas el 10 de enero de 1827.

Título de "Ciudadano Esclarecido", discernido por el Congreso Nacional el 14 de mayo de 1836.

Espada de Oro, acordada por el mismo Congreso, el 14 de mayo de 1836.

Espada de Oro que le regaló el Rey de la Gran Bretaña Guillermo IV, en 1837.

Primer Serenísimo Gr.: M.: de la Orden frac-maz.: en Venezuela, en 1840.

Gran Oficial de la Legión de Honor, hecho por el Rey Luis Felipe, en 1843.

Gran Cruz de la Orden Militar de la Espada, acordada por el Rey de Suecia y Noruega, en 1844.

Miembro de la Orden de Guadalupe de México, hecho por el Presidente Antonio López de Santa Anna, en octubre de 1854.

Ilustre Prócer de la Independencia Suramericana, diploma que le expidió el General Miguel Gil, 2º Designado de la República, en 13 de julio de 1867.

GRANDES HONORES
DURANTE SU VIDA

Entre los grandes honores que el General Páez recibió durante su vida militar, política y de proscrito, destácanse los siguientes:

Grandes fiestas y regocijos públicos en honor del General Páez, por haber prestado en Valencia el juramento como 1er. Presidente Constitucional de Venezuela el 11 de abril de 1831.

Gran demostración en Caracas, al recibir la Espada que le acordó el Congreso de 1836—19 de abril de 1838.

Regocijos públicos en Venezuela en honor del General Páez, al prestar el juramento legal como 3er. Presidente Constitucional de la República, en febrero de 1839.

Solemne despedida de los habitantes de Cumaná, al partir para el destierro el 23 de mayo de 1850.

Recepción en San Thomas, por la marina, autoridades y ciudadanos de aquella isla, el 28 de mayo de 1850.

Espléndidas recepciones en Filadelfia y Nueva York, por las autoridades y ciudadanos, en julio y agosto de 1850.

Recepción pública por los habitantes de Nueva Jersey, en setiembre de 1850.

Gran recepción pública en Filadelfia, por las autoridades y ciudadanos, en octubre de 1850.

Gran Revista pasada por el General Páez á las Milicias de las tres armas de Nueva York, como un homenaje de aprecio público á aquel General, 29 de octubre de 1850.

Demostración de aprecio público recibido en Baltimore, el 11 de febrero de 1851.

Grandes demostraciones hechas por los Poderes Nacionales, corporaciones, institutos y ciudadanos al General Páez en Washington, en los días del 12 al 20 de febrero de 1851.

Demostración en México, por el Presidente de aquella Nación, General Antonio López de Santa Anna, en octubre de 1854.

Demostración en París, por el Emperador Napoleón III, siendo recibido Páez en el Salón de los Soberanos en 1856.

Demostración en Munich, por el Rey Luis de Baviera, en 1857.

Decreto de la Convención Nacional de Venezuela, abrogando y condenando todos los actos, con que se había pretendido desde 1848, mancillar la fama del General Páez y ratificándole sus grados, títulos y condecoraciones y finalmente, facultando al Poder Ejecutivo, para nombrar la comisión que le acompañara al regreso á la Patria, 15 de julio de 1858.

Solemne despedida del General Páez por las autoridades, corporaciones y ciudadanos de Nueva York, verificándose en su honor una gran parada militar, mandada, por el General Mac-Klelan, al regresar á Venezuela, en octubre de 1858.

Espléndidas recepciones en Puerto Cabello, Valencia y Caracas, al regresar del destierro, en enero de 1859.

Gran recepción en Caracas al venir á ocupar la Jefatura Suprema de la República, el 8 de setiembre de 1861.

Demostración pública en Montevideo, República del Uruguay, en 1868.

Gran demostración en Buenos Aires concediéndole el grado de Brigadier de la República Argentina, en 1868.

Decreto de honores por el General Mariano Melgarejo, Presidente de la República de Bolivia, concediéndole el grado de General de División de aquella Nación, 24 de enero de 1870.

Demostración en Panamá, acordándole honores y pensiones en Colombia, 1872.

Demostración en El Callao y Lima, acordándole una pensión anual de 8.000 soles, en 1872.

GRANDES HONORES POSTUMOS

Honras fúnebres en Nueva York, al morir el General Páez, mayo de 1873.

Decreto del General Guzmán Blanco, ordenando colocar los restos del General Páez, en el Panteón Nacional, junto con los de otros Próceres y Ciudadanos Eminentes, 11 de febrero de 1876.

Decreto del General Hermógenes López, Encargado del Ejecutivo Nacional, ordenando la traslación de los restos mortales del General Páez, de Nueva York al Panteón Nacional, 4 de febrero de 1888.

Honras fúnebres en Nueva York, al entregar á los Comisionados de Venezuela, los restos mortales del General Páez, en marzo de 1888.

Grandes exequias en Caracas, al llegar los restos del General Páez y suntuosas fiestas en memoria de aquél, en abril de 1888.

Decreto del doctor Juan Pablo Rojas Paúl, Presidente de Venezuela, ordenando erigir una Estatua á cada uno de los Generales en Jefe de la Independencia Nacional: Juan Bautista Arismendi, Manuel Piar, José Félix Ribas, Santiago Mariño y José Antonio Páez, el 1º de enero de 1890. Sólo las de Ribas y Arismendi se erigieron.

Centenario del General Páez, celebrado en Caracas y en todo Venezuela, con la mayor pompa, el 12 y 13 de junio de 1890.

Decreto del Rector de la Universidad de los Andes, ordenando levantar una Estatua al General Páez, en el patio de aquel Instituto, 28 de octubre de 1889. Sólo se inauguró la base del Monumento, el 13 de junio de 1890.

Decreto del General Joaquín Crespo, Presidente Constitucional de la República, ordenando formar varias Plazas en el Paseo de la Independencia en Caracas, y entre ellas, una llevaría el nombre de las "Queseras del Medio", donde se erigiría una Estatua ecuestre al General José Antonio Páez, que se decretaría por acto especial, 23 de agosto de 1894.

Decreto del mismo General Crespo mandando erigir la estatua, el 3 de julio de 1896, acto que quedó en proyecto.

Finalmente el General Cipriano Castro, Presidente Constitucional de la República, ha dictado los siguientes decretos honoríficos á la memoria del General Páez:

1

CIPRIANO CASTRO,

PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DE LOS ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA,

Considerando:

Que el General José Antonio Páez, fué campeón esforzadísimo y heroico de la Independencia Nacional;

Considerando:

Que algunas de las más brillantes páginas de la historia de Venezuela han tomado toda su luz de las grandes hazañas de aquel hombre extraordinario; y

Considerando:

Que el héroe de LAS QUESERAS y de CARABOBO, como factor de primer orden en la vida inicial de la República, tiene derecho á la gratitud nacional,

DECRETO:

Artículo 1º—Eríjase, sobre la altura del Paseo de la Independencia, la estatua ecuestre del General José Antonio Páez, mirando al Sur, en su traje y con sus armas de llanero, y en la actitud que mejor corresponda al famoso "¡Vuelvan caras!" de LAS QUESERAS DEL MEDIO.

Artículo 2º—En el pedestal, que será de pórfido y granito, se pondrán las siguientes ilustraciones:

Al frente, de relieve, el Escudo de Armas de la República;

Por el lado Este: General José Antonio Páez, Prócer de la Independencia de la Gran Colombia, Dictador y Presidente Constitucional de Venezuela;

Por el Oeste: Mucuritas, El Yagual, Mata de la Miel, Queseras del Medio, Arauca, Carabobo, etc., etc.;

Y por el Norte: El Gobierno de la República, bajo la Presidencia Constitucional del General Cipriano Castro, erige este monumento en nombre de la gratitud nacional. Decreto Ejecutivo de 24 de julio de 1903.

Artículo 3º—A fin de obtener el mejor diseño del monumento, se promoverá oportunamente por el Ministerio de Obras Públicas,

un Certamen de artistas nacionales. Un Jurado de tres miembros, designados por el mismo Departamento, hará la calificación correspondiente y conforme á ésta se procederá á la ejecución de la obra.

§ único.—Se destina la suma de quinientos bolívares (Bs. 500) como premio al modelo favorecido por el Jurado.

Artículo 4º—El Ministerio de Obras Públicas ofrecerá en licitación todos los trabajos del monumento y celebrará un contrato formal con el autor de la proposición más aceptable.

Artículo 5º—Se fija para la inauguración del monumento el próximo 5 de julio de 1904.

Artículo 6º—Los Ministros de Obras Públicas y de Hacienda y Crédito Público quedan encargados de la ejecución de este Decreto.

Dado, firmado, sellado y refrendado por los Ministros de Obras Públicas y de Hacienda y Crédito Público, en el Palacio Federal, en Caracas, á 24 de julio de 1903.—Año 93º de la Independencia y 45º de la Federación.

(L.S.)

CIPRIANO CASTRO

Refrendado.
El Ministro de Obras Públicas,
(L.S.)

R. Castillo Chapellín

Refrendado.
El Ministro de Hacienda y Crédito Público,
(L.S.)

J. C. de Castro

(Gaceta Oficial, número 8.905, de 24 de julio de 1903).

2

GENERAL CIPRIANO CASTRO,

PRESIDENTE PROVISIONAL DE LA REPUBLICA,

Considerando:

Que en mi reciente viaje á los Estados de Carabobo y Zamora, tuve oportunidad de recorrer el campo glorioso de Carabobo, donde se libró la batalla decisiva de la independencia de la Gran Colombia, y pude observar que la gratitud nacional es aún deudora á las legítimas glorias nacionales de un monumento que perpetúe sobre aquel campo inmortal, la victoria definitiva alcanzada por los ilustres próceres de la Independencia en territorio venezolano;

Considerando:

Que la gloria conquistada en esa batalla es común á venezolanos, colombianos y ecuatorianos, como hijos todos de aquella gran República, unidos en el esfuerzo heroico por la independencia, bajo la experta dirección del Libertador Simón Bolívar;

Considerando:

Que el Decreto sobre gracias y honores al ejército vencedor en Carabobo, dictado por el Congreso General de la República de Colombia, en la villa del Rosario de Cúcuta, á 20 de julio de 1821, no se ha cumplido en las disposiciones relativas á la erección del monumento conmemorativo de la batalla sobre el mismo campo de la acción,

DECRETO:

Artículo 1º—En la llanura de Carabobo, y en el punto de donde se ven la Pica del Pao y la colina llamada de Bella Vista, centro de la línea de batalla, se erigirá una columna de mármol de 12 metros de altura, la cual irá montada sobre un gran pedestal y cuatro basamentos, todos también de mármol.

Artículo 2º—La columna llevará una palma de laurel de ocho metros incrustada, de bronce en alto relieve.

Artículo 3º—En la cúspide de la columna irá una estatua de bronce, alegórica de la Independencia. Será una figura de mujer con la mano izquierda apoyada en el escudo de Colombia y llevando en la diestra una bandera.

Artículo 4º—Al pie de la columna, sobre un plano circular, irán tres estatuas de bronce, representando á Venezuela, Colombia y Ecuador; la primera viendo hacia el Noreste, la segunda al Oeste y la tercera al Suroeste. Cada una de estas estatuas tendrá apoyada en el escudo de la respectiva nacionalidad la mano izquierda y llevará en la derecha una palma de laurel.

Artículo 5º—En el primer cuerpo del pedestal irán las siguientes inscripciones: en el primer frente: *Día 24 de junio del año 11º. Simón Bolívar, vencedor, aseguró la existencia de la República de Colombia;* y en seguida se grabarán los nombres de las personas que componían el Estado Mayor General del Ejército Libertador. En los otros tres frentes irán, por su orden, los nombres de los Generales de las tres Divisiones de que se componía el Ejército y los nombres de los Regimientos y batallones de cada una, con los de sus respectivos comandantes.

Artículo 6º—En los cuatro frentes del segundo cuerpo del pedestal irán grabados en bronce, en alto relieve, los siguientes cuadros alegóricos de episodios de la batalla:

1º Entrada del General Páez al campo de batalla.

2º Combate de la Legión Británica.

3º Persecución del Batallón Valencey.

4º Nombramiento del General Páez, General en Jefe.

Artículo 7º—En los cuatro frentes del primer basamento se grabarán las siguientes inscripciones:

1ª El bizarro General Páez, vencedor en Carabobo, es nombrado General en Jefe, en recompensa de su extraordinario valor y virtudes militares, por el Libertador, á nombre del Congreso de Colombia, en el mismo campo de batalla.

2ª *El General Manuel Cedeño, honor de los bravos de Colombia, murió venciendo en Carabobo. Ninguno más valiente que él. Ninguno más obediente al Gobierno.*

3ª *El intrépido General Ambrosio Plaza, animado de un heroísmo eminente, se precipitó sobre un batallón enemigo. Colombia llora su muerte.*

4ª El valiente soldado venezolano Pedro Camejo, llamado "Negro Primero", es herido de muerte en el Campo de Carabobo y rinde la vida despidiéndose del General Páez, después de haberla ofrendado en aras de la Patria.

Artículo 8º—Los campos de Carabobo y Tocuyito recuerdan en la historia el triunfo de dos aspiraciones populares: *La Independencia Nacional y la Restauración de los principios liberales.* Y, por singular coincidencia, ambos sitios gloriosos corresponden á un mismo valle y están situados en una misma llanura. Los panteones de los mártires de esas dos batallas se levantan los unos al lado de los otros, en la comunión de la inmortalidad, como si el genio de nuestros destinos hubiera señalado de antemano esa llanura para que en ella se resolvieran victoriosamente, en los dos extremos de un mismo siglo, las grandes necesidades históricas de la Patria. El General Cipriano Castro, Jefe del Gobierno de Venezuela, consagra este pensamiento, en nombre de la República y de la Causa Liberal Restauradora, como un voto porque la Independencia americana y el liberalismo en las instituciones y en la vida republicana, perduren en el tiempo y en la gloria, como el mejor homenaje que los pueblos agradecidos pueden ofrecer á sus grandes servidores. En consecuencia, en el segundo basamento del monumento irán las siguientes inscripciones, en bronce de alto relieve:

1er. frente: El presente Decreto, refrendado por los Ministros del Despacho, el Gobernador del Distrito Federal y el Secretario General del Ejecutivo.

2º frente: El 23 de mayo de 1899. Día inicial de la Restauración Liberal.

3er. frente: Día 14 de setiembre de 1899. El General Cipriano Castro alcanza en el campo de Tocuyito la victoria decisiva en la primera etapa de la Restauración Liberal.

4º frente: 13 de octubre - 2 de noviembre de 1902. El General Castro conquista en la batalla de La Victoria la consolidación de la paz y el desarrollo del progreso bajo la Restauración Liberal.

Artículo 9º—Como una demostración de respeto y gratitud hacia los Padres de la Patria colombiana, se conservan las mismas inscripciones ordenadas para el monumento de Carabobo por el Congreso General de la República en su decreto de 20 de julio de 1821, y que van subrayadas en el presente.

Artículo 10.—Para la construcción de este monumento se abre un concurso al que sólo deberán asistir los artistas escultores é ingenieros de las Repúblicas de Venezuela, Colombia y Ecuador, antiguos Departamentos de la Gran Colombia, fundada por el Libertador Simón Bolívar. Un Jurado constituido por un ciudadano venezolano, uno colombiano y uno ecuatoriano se encargará de estudiar los proyectos que se presenten para escoger, adoptar y determinar el modelo que juzgue más conveniente y formular el presupuesto total de la obra. Escogido el modelo, este mismo Jurado determinará las personas á quienes corresponde el premio, el accesit y el diploma de que trata el artículo siguiente. El concurso deberá cerrarse el día 24 de junio de 1905 en esta capital, fecha en que se instalará el Jurado.

Artículo 11.—Se destina la suma de Bs. 4.000 para premiar el mejor proyecto que se presente para el monumento; un accesit para el que le siga en mérito y un diploma para el tercero.

Artículo 12.—El Gobierno de Venezuela invita á los de las Repúblicas hermanas de Colombia y Ecuador, á contribuir con él por partes iguales á los gastos que ocasione la erección de este monumento, que ha de conmemorar el acto definitivo de la Gran Revolución de la Independencia Colombiana.

Artículo 13.—El Ejecutivo Nacional de los Estados Unidos de Venezuela queda encargado de la ejecución del presente Decreto; y oportunamente, por medio de Resoluciones especiales, se dispondrá todo lo conveniente á su más eficaz realización.

Dado, firmado, sellado con el Sello del Ejecutivo Nacional y refrendado por los Ministros del Despacho, Gobernador del Distrito Federal y Secretario General del Ejecutivo, en el Palacio Federal, en Caracas, á 5 de julio de 1904.—Año 93º de la Independencia y 46º de la Federación.

(L.S.)

CIPRIANO CASTRO

Refrendado.
El Ministro de Relaciones Interiores,
(L.S.)

Lucio Baldó

Refrendado.
El Ministro de Relaciones Exteriores,
(L.S.)

Gustavo J. Sanabria

Refrendado.
El Ministro de Hacienda y Crédito Público,
(L.S.)

J. C. de Castro

Refrendado.
El Ministro de Guerra y Marina,
(L.S.)

Joaquín Garrido

Refrendado.
El Ministro de Fomento,
(L.S.)

Arnaldo Morales

Refrendado.
El Ministro de Obras Públicas,
(L.S.)

R. Castillo Chapellín

Refrendado.
El Ministro de Instrucción Pública,
(L.S.)

Eduardo Blanco

Refrendado.
El Gobernador del Distrito Federal,
(L.S.)

R. Tello Mendoza

Refrendado.
El Secretario General del Ejecutivo,
(L.S.)

J. Torres Cárdenas

3

CIPRIANO CASTRO,

PRESIDENTE PROVISIONAL DE LOS ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA,

DECRETO:

Artículo 1º—Eríjase en el área de terreno cedida graciosamente por la Compañía del Tranvía Caracas, en la Avenida "Castro" de esta capital donde se construye la Plaza que se denominará de "La República", la estatua ecuestre del General José Antonio Páez,

mandada á erigir en el Paseo Independencia, por Decreto fecha 24 de julio de 1903.

Artículo 2º—El Ministro de Obras Públicas queda encargado de la ejecución del presente Decreto.

Dado, firmado, sellado con el Sello Nacional, y refrendado por el Ministro de Obras Públicas, á veintisiete de febrero de mil novecientos cinco.—Año 94º de la Independencia y 47º de la Federación.

(L.S.)

CIPRIANO CASTRO

Refrendado.
El Ministro de Obras Públicas,
(L.S.)

R. Castillo Chapellín

(*Caceta Oficial* número 9.399, de 28 de febrero de 1905).

La estatua ecuestre del General José Antonio Páez, decretada por el General Cipriano Castro, es de bronce, con base de granito y pórfido; y fue hecha en Munich, por el estatuario venezolano, señor Eloy Palacio, para colocarse en la plaza denominada "La República", construida al efecto en la Avenida Castro de esta ciudad.

Caracas, 2 de abril de 1905.

MANUEL LANDAETA ROSALES

INDICE

Pág.

PRESENTACION 9

AMERICO BRICEÑO VALERO

Hazañas, proezas y virtudes del General José Antonio Páez, paradigma de los jóvenes venezolanos 11

Introducción, por Mario Briceño Perozo 13

I Infancia, adolescencia y juventud 17

II El primer ascenso del humilde peón de "La Calzada" 26

III El protegido de las ánimas benditas 29

IV Nuevo David, vence a un gigante 32

V Defensor de prisioneros 35

VI Una arenga sui generis 39

VII Jugarretas con que José Antonio Páez solía entretener el ocio de sus tropas y burlarse de los enemigos 44

VIII La magnanimidad del General 51

IX Mucuritas 56

X Llaneros y montañeses en la suprema resolución de triunfar 59

XI Del 17 al 21 64

XII Carabobo 73

XIII Títulos, honores y distinciones discernidos al General Páez durante su vida 85

Pág.

ANTONIO GARCIA

Páez, Guerrillero del Llano

El Hombre y el escenario 91
Llega José Antonio Páez 93
La Noche de la Colonia 95
En la Escuela del Hato 97
El Amanecer 100
Un soldado llanero 102
Yo quiero caballos! 105
Mi General Páez 108
Llega la Reconquista 109
La guerra en los hatos 112
"A la carga!" 113
Escenas guerrilleras 115
Llega el General Bolívar 117
El cerco 120
Asalto en el agua 122
El General Morillo se escapa 123
La contramarcha 126
Las Queseras del Medio 130
La retirada final 131

JOSE NUCETE SARDI

José Antonio Páez

Introducción 141

Infancia y juventud humildes y esforzadas 143
Al servicio de Venezuela 145
Organizador de caballería en las montañas 146
Genio militar, generoso y socarrón. Conoce a Bolívar 149
General en Jefe en Carabobo 152
Los comienzos de la separación 155
Bolívar y Páez en Caracas 156
El Presidente 165

Pág.

Otra vez en campaña por la Constitución 174
Prisionero y desterrado 176
Páez en Buenos Aires 181
Páez, autor de versos y compositor musical 183
La posteridad 191

MIGUEL A. PAEZ FORMOSO

Páez, el Centauro Llanero

Entrada en el mundo

El prólogo de una vida 199
El despertar del Héroe 202

Bajo el Arco de la Gloria

Los pasos iniciales 205
La organización del Ejército 208
El Conductor 211
Mata de la Miel 213
Mucuritas 217
La caballería de agua 218
Las Queseras del Medio 222
Carabobo. Independencia de Venezuela 225

Abyssus Abyssum Invocat

Los nuevos rumbos 231
Agitaciones en la fronda 233
El final de la Gran Colombia y el Congreso
Admirable 237
La decepción de la anarquía 241

Un sueño inconcluso

La libertad de Cuba y Puerto Rico 246

Pág.

Del Capitolio al destierro

Primera Presidencia de Páez 249
La Segunda Presidencia 253
Apoteosis del Libertador. Traslación de sus restos 255
Nuevas etapas. El destierro de Páez 259
La historia se repite 265

Se extingue el relámpago

La muerte del León de Apure 268

Homenaje a Páez en el Uruguay

La ofrenda 272

Por las rutas del tiempo

Pasado y porvenir 281

GENERAL MANUEL LANDAETA ROSALES

Hoja de Servicios del General José Antonio Páez

Nacimiento y primeros años 289
Campañas (Epoca de la Independencia) 289
Guerras civiles 291
Acciones de guerra a que asistió (Guerra de Independencia) 293
Guerras civiles 298
Grados militares 302
Empleos militares 303
Empleos civiles 305
Condecoraciones y títulos honoríficos 306
Grandes honores durante su vida 307
Grandes honores póstumos 309

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

Serie *Fuentes para la Historia Republicana de Venezuela*

La Academia publicó y repartió la Serie *Sesquicentenario de la Independencia* que comprende desde el volumen 1 hasta el 53 de la Biblioteca. La Serie *Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela* comenzó con el volumen 54 y llega actualmente al 114.

La nueva *Serie* comprende:

Vol. 1-2 —Autobiografía del General José Antonio Páez. Tomos I y II.

Vol. 3-4 —Archivo del General José Antonio Páez. Tomos I y II.

Vol. 5 —Biografía del General José Antonio Páez, por R. B. Cunninghame Graham.

Vol. 6 —Resumen de la Vida Militar y Política del Ciudadano Esclarecido, General José Antonio Páez, por Tomás Michelena.

Vol. 7 —Memorias de Carmelo Fernández.

Vol. 8 —Escenas Rústicas en Sur América o la Vida en los Llanos de Venezuela, por Ramón Páez.

Vol. 9 —Memorias de un Oficial de la Legión Británica. Campañas y Cruceros durante la Guerra de Emancipación Hispanoamericana, por Richard Vowell.

Vol. 10 —Las Sabanas de Barinas, por Richard Vowell.

Vol. 11 —Las Estadísticas de las Provincias, en la época de Páez. Recopilación y prólogo de Antonio Arellano Moreno.

Vol. 12 —Las Comadres de Caracas, por John G. A. Willianson.

Vol. 13 —20 Discursos sobre el General José Antonio Páez.

Vol. 14 —Páez Visto por Cinco Historiadores.

Impreso en los talleres gráficos
del Congreso de la República,
en el mes de mayo de 1973